TARZAN
TRIUNFANTE

EDGAR RICE BURROUGHS

Un gángster que huye de una deuda, el joven e inexperto líder de una expedición científica, una secta de fanáticos religiosos que ha raptado a una joven inglesa y una banda dedicada a la captura de nativos destinados a la esclavitud son los protagonistas de la cuatro líneas argumentales que Burroughs desarrolla en esta nueva entrega de la serie y que, como es habitual, confluyen en un final trepidante en el que Tarzán pone de nuevo de manifiesto su sagacidad y su valor para enfrentarse al mal.

Edgar Rice Burroughs

Tarzán triunfante

Tarzán 15

ePUB r1.0
Zaucio Olmian 01.07.13

Título original: *Tarzan Triumphant*
Edgar Rice Burroughs, 1931
Traducción: Carmen Camps
Portada original 1ª. edición EE.UU.: Studley Burroughs
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian

Editor digital: Zaucio Olmian
ePub base r1.0

TARZÁN
triunfante

PRÓLOGO

EL TIEMPO es la urdimbre del tapiz de la vida. Es eterno, constante, inmutable. Pero la trama es recogida en las cuatro esquinas de la tierra, de los veintiocho mares, del aire y de la mente de los hombres por ese artista maestro, el Destino, que teje el diseño que nunca termina. Un hilo de aquí, un hilo de allí, otro del pasado que ha esperado años al hilo compañero sin el que el dibujo resulte incompleto.

Pero el Destino es paciente. Aguarda cien o mil años para juntar dos hebras de hilo cuya unión es esencial para el tapiz, para la composición del diseño que no tenía principio y no tiene fin.

Hace unos mil ochocientos sesenta y cinco años (los estudiosos no se ponen de acuerdo en cuanto a la fecha exacta), Pablo de Tarso sufrió martirio en Roma.

Que una tragedia tan remota afectara gravemente la vida y los destinos de un aviador inglés y un profesor estadounidense de geología, ninguno de los cuales era consciente de la existencia del otro en el momento en que esta narración da comienzo —cuando empiece, que no es ahora, ya que Pablo de Tarso se menciona simplemente a modo de prólogo—, puede parecernos notable, pero no para el Destino, que ha estado aguardando pacientemente casi dos mil años estos acontecimientos que estoy a punto de relatar.

Pero hay un vínculo de unión entre Pablo y estos dos jóvenes. Se trata de Angusto el Efesio. Angusto era un joven que sufría de humores y epilepsia, sobrino de la casa de Onesiforo. Se contaba entre los primeros conversos a la nueva fe cuando Pablo de Tarso visitó por primera vez la antigua ciudad jónica de Éfeso.

Inclinado al fanatismo, epiléptico desde la primera infancia y adorador del apóstol como representante del Maestro en la tierra, no es extraño que la noticia del martirio de Pablo afectara tanto a Angusto como para poner

en grave peligro su equilibrio mental.

Imaginando una posible persecución, huyó de Éfeso, en un barco que iba hacia Alejandría; y aquí podríamos dejarlo, envuelto en su túnica, acurrucado, enfermo y asustado, en la cubierta de la pequeña nave, de no ser por el hecho de que en la isla de Rodas, adonde llegó el barco, Angusto, al bajar a tierra, adquirió de alguna manera (no sabemos si por trueque o compra) una esclava de cabello rubio de alguna tribu bárbara del lejano norte.

Y aquí nos despedimos de Angusto y de los días de los césares, y no sin cierta nostalgia por mi parte, pues no me cuesta imaginar la aventura, si no el romance, de Angusto y la esclava rubia al adentrarse en África desde el puerto de Alejandría, a través de Menfis y Tebas, hacia lo desconocido.

I

RECOGIENDO LOS HILOS

QUE YO sepa, el primer conde de Whimsey no tiene nada que ver con esta historia y, por tanto, no nos interesa particularmente el hecho de que no fuera tanto la buena calidad del whisky que fabricaba como la generosa aportación que hizo al partido liberal en la época en que se hallaba en el poder unos años atrás lo que le valió el condado.

Como soy un simple historiador y no un profeta, no puedo decir si veremos de nuevo al conde de Whimsey o no. Pero si no encontramos al conde particularmente interesante, puedo asegurarles que no puede decirse lo mismo de su hija, lady Barbara Collis.

El sol africano, aún alto, quedaba oculto a la superficie de la tierra a causa de sólidos bancos de nubes que envolvían los picos más elevados de las misteriosas e impenetrables fortalezas de la cordillera de los montes Ghenzi, que fruncía el ceño perpetuamente sobre un millar de valles poco conocidos por el hombre.

Desde lo alto de esta aparente soledad, procedente del corazón de las densas nubes, llegó a oídos de quien pudiera escucharlo un extraño y terrible zumbido que sugería la presencia de un absurdo abejorro colosal volando en círculos por encima de los accidentados picos de Ghenzi. A veces su volumen crecía hasta alcanzar proporciones aterradoras; y, luego, poco a poco disminuía hasta ser una simple sugerencia de un sonido, sólo para aumentar su intensidad una vez más y volver a reducirse.

Durante largo rato, invisible y misterioso, había estado describiendo grandes círculos en los vapores que le escondían de la tierra y, a su vez, le ocultaban la tierra a él.

Lady Barbara Collis estaba preocupada. Se estaba quedando sin combustible. En el momento crucial su brújula le había fallado y había estado volando a ciegas a través de las nubes, buscando una abertura durante lo que ahora le parecía una eternidad.

Sabía que debía cruzar una elevada serie de montañas, y con este fin se había mantenido a una considerable altitud por encima de las nubes; pero, después, éstas se habían elevado tanto que no podía sobrepasarlas y, neciamente, en lugar de dar media vuelta y abandonar su proyectado vuelo ininterrumpido desde El Cairo hasta El Cabo, se había arriesgado a traspasarlas.

Durante una hora lady Barbara se había entregado a sus pensamientos, con considerable energía, lamentando al mismo tiempo no haber pensado un poco más antes de despegar y contravenir la orden explícita de su padre. Decir que estaba aterrada en el sentido de que el miedo hubiera perjudicado a alguna de sus facultades no sería cierto. Sin embargo, era una muchacha de aguda inteligencia, plenamente competente para comprender el grave peligro de su situación; y cuando, de pronto, apareció cerca de la punta de su ala izquierda una escarpadura de granito que se perdió inmediatamente arriba y abajo en el vapor envolvente, no disminuyó su valor el que involuntariamente contuviera el aliento al ahogar un grito, y al mismo tiempo volvió la proa de su aparato hacia arriba hasta que su altímetro registró una altitud que ella sabía debía de ser mucho más elevada que el pico más encumbrado de cualquier parte de África.

Elevándose formando una amplia espiral, pronto se halló a kilómetros de distancia de aquella terrible amenaza que, aparentemente, había surgido de las nubes para atraparla. Sin embargo, aun así, su situación aún era de absoluta desesperanza. El combustible prácticamente se había agotado. Intentar descender por debajo de los bancos de nubes, ahora que sabía positivamente que se hallaba entre altas montañas, sería una absoluta locura; por tanto, hizo lo único que podía hacer.

Sola en las frías y húmedas nubes, muy por encima de un país desconocido, lady Barbara Collis rezó una pequeña plegaria mientras se lanzaba en paracaídas. Con la mayor meticulosidad contó hasta diez antes de tirar del cordón de apertura.

En aquel mismo instante, el Destino estaba cogiendo otros hilos —hilos remotos— para este diminuto fragmento de su tapiz.

Kabariga, jefe del pueblo bangalo, de Bungalo, se arrodilló ante Tarzán de los Monos a muchas penosas jornadas de distancia al sur del monte Ghenzi.

En Moscú, León Stabutch entraba en el despacho de Stalin, el dictador de la Rusia roja.

Ignorando la existencia de Kabariga, el jefe negro, o de León Stabutch o de lady Barbara Collis, Lafayette Smith, A. M., doctor en Filosofía, doctor en Ciencias, profesor de geología de la Academia Militar Phil Sheridan, subió a bordo de un buque en el puerto de Nueva York.

El señor Smith era un hombre joven con aspecto de erudito, modesto, tranquilo, con gafas de montura de asta que llevaba no por algún defecto de la vista, sino porque creía que añadían cierta dignidad y apariencia de edad a su aspecto. Que sus gafas llevaran cristales sin graduar era algo que sólo conocían él y su óptico.

Licenciado de la universidad a los diecisiete años, el joven había dedicado otros cuatro años a adquirir más títulos, época durante la cual esperaba, con optimismo, que se hiciera evidente el sello de la digna madurez en su rostro y actitud; pero, para su consternación, su aspecto parecía igual de joven a los veintiuno que a los diecisiete.

El gran inconveniente de Lafe Smith para el cumplimiento inmediato de su ambición (ocupar la cátedra de geología en alguna universidad de prestigio) residía en poseer la inusual combinación de un brillante intelecto y memoria retentiva con una salud robusta y un físico espléndido. Hiciera lo que hiciera, no tenía un aspecto suficientemente maduro y erudito para impresionar a ninguna junta de universidad. Probó a dejarse bigote, pero el resultado fue humillante; y, después, concibió la idea de ponerse gafas de montura de asta y redujo su ambición, temporalmente, de una universidad a una escuela preparatoria.

Ahora, durante un año escolar había sido instructor en una discreta academia militar del oeste y estaba a punto de alcanzar otra de las ambiciones que acariciaba: ir a África a estudiar los grandes valles del Continente Oscuro, sobre cuya formación hay tantas teorías propuestas y aclamadas por reconocidas autoridades sobre el tema, que el lego tiene la impresión de que un requisito fundamental para el éxito en la ciencia de la geología es idéntico al requerido por los hombres del tiempo.

Sea como fuere, Lafayette Smith se hallaba camino de África con el apoyo financiero de un padre adinerado y la amplia experiencia que se podía adquirir en numerosas excursiones de fin de semana al campo, a los pastos de complacientes granjeros, más una considerable habilidad como tenista y nadador.

Ahora vamos a dejarle, con su cuaderno de notas y su mareo, en manos del Destino, que le conduce inexorablemente a situaciones siniestras de las

que no le sacarán ni los muchos conocimientos geológicos ni la habilidad para nadar y jugar al tenis.

Cuando faltan dos horas para el mediodía en Nueva York, en Moscú falta una hora para la puesta de sol, y así ocurrió que, cuando Lafe Smith subía a bordo del buque por la mañana, León Stabutch, en el mismo momento, estaba encerrado con Stalin a media tarde.

—Eso es todo —dijo Stalin—, ¿comprendes?

—Perfectamente —respondió Stabutch—. Peter Zveri será vengado y el obstáculo que impidió nuestros planes en África eliminado.

—Esto último es esencial —recalcó Stalin—, pero no menosprecies las habilidades del obstáculo. Como has dicho, puede que no sea más que un hombre mono, pero desbarató por completo una expedición roja bien organizada que habría conseguido mucho en Abisinia y Egipto de no haber sido por su interferencia. Y deja que te diga —añadió—, camarada, que iniciamos otro intento; pero no habrá acabado hasta que tengamos un informe tuyo que diga que el obstáculo ha sido eliminado.

Stabutch hinchó el pecho.

—¿Alguna vez he fallado? —preguntó.

Stalin se levantó y puso una mano en el hombro del otro hombre.

—La Rusia roja no cuenta con la GPU para los fracasos —dijo. Sólo sus labios sonreían al hablar.

Aquella misma noche, León Stabutch salió de Moscú. Creía que se iba solo y en secreto, pero el Destino estaba a su lado en el compartimiento del vagón de ferrocarril.

Mientras lady Barbara Collis descendía en paracaídas sobre la cordillera Ghenzi, y Lafayette Smith subía la plancha que conducía a bordo del transatlántico, y Stabutch permanecía ante Stalin, Tarzán, con la frente fruncida, miraba al negro que estaba arrodillado a sus pies.

—¡Levántate! —ordenó, y luego preguntó—: ¿Quién eres y por qué has buscado a Tarzán de los Monos?

—Soy Kabariga, oh, gran *bwana* —respondió el negro—. Soy jefe del pueblo bangalo de Bungalo. He venido a ver al gran *bwana* porque mi pueblo sufre mucha aflicción y gran temor y nuestros vecinos, que están emparentados con los gallas, nos han dicho que tú eres amigo de los que reciben agravios a manos de hombres perversos.

—¿Y cuáles son esos agravios que ha recibido tu pueblo? —preguntó Tarzán—. ¿Y a manos de quién?

—Durante mucho tiempo vivimos en paz con todos los hombres —explicó Kabariga—; no estábamos en guerra con nuestros vecinos. Sólo deseábamos plantar y cosechar en un ambiente seguro. Pero, un día, llegó a nuestra región, procedente de Abisinia, una banda de shiftas que habían sido expulsados de su propia región. Saquearon algunas de nuestras aldeas, robaron nuestro grano, nuestras cabras y nuestra gente, y a ésta la vendieron como esclava en países lejanos.

»No lo toman todo, no destruyen nada; pero no se van de nuestra región. Permanecen en una aldea que han construido en las montañas inaccesibles, y cuando necesitan más provisiones o esclavos vuelven a otras aldeas de mi pueblo.

»Y por eso nos permiten vivir, plantar y cosechar, para que ellos puedan seguir saqueándonos.

—Pero ¿por qué acudes a mí? —preguntó el hombre mono—. Yo no me interpongo entre tribus que se hallan fuera de los límites de mi propia región, a menos que causen estragos contra mi propia gente.

—He acudido a ti, gran *bwana* —respondió el jefe negro—, porque eres un hombre blanco y estos shiftas están conducidos por un hombre blanco. Es sabido entre todos los hombres que eres el enemigo de los blancos malvados.

—Eso —dijo Tarzán— es diferente. Iré contigo a tu país.

Y así, el Destino, a través de los servicios de Kabariga, el jefe negro, sacó a Tarzán de los Monos de su región y lo llevó hacia el norte. Pocos de los suyos sabían que se había ido o por qué; ni siquiera el pequeño Nkima, el amigo íntimo y confidente del hombre mono.

II

LA TIERRA DE LOS MIDIOS

ABRAHAM, hijo de Abraham, se hallaba al pie de la alta escarpadura que formaba la pared del gran cráter de un volcán extinguido hacía mucho tiempo. Detrás y encima de él estaban las moradas de su gente, excavadas en la blanda ceniza volcánica que se elevaba desde el fondo del cráter hasta los precipicios que lo rodeaban; y apiñados a su alrededor se encontraban los hombres, mujeres y niños de su tribu.

Todos tenían la cara vuelta hacia el cielo, reflejada en cada semblante la emoción particular que la ocasión despertaba: maravilla, interrogación, miedo y, siempre, arrebatada y tensa escucha, pues procedente de las nubes bajas que se cernían unas decenas de metros por encima del borde del gran cráter, cuyo suelo se extendía unos ocho kilómetros hasta el lado opuesto, se percibía un extraño y siniestro zumbido que nadie había oído jamás.

El ruido aumentó de volumen hasta que pareció hallarse justo encima de ellos, llenando todos los cielos con su terrible amenaza; y luego disminuyó poco a poco hasta ser tan sólo una sugerencia de un ruido que podía no haber sido más que un persistente recuerdo en su cabeza; y cuando pensaron que había desaparecido, volvió a crecer hasta que, una vez más, retumbó sobre ellos, que permanecieron aterrorizados o en éxtasis, según interpretara cada uno el significado del fenómeno.

Y en el lado opuesto del cráter, un grupo similar, acosado por idénticos miedos e interrogantes, se agrupaba en torno a Elija, el hijo de Noé.

En el primer grupo, una mujer se volvió a Abraham, hijo de Abraham:

—¿Qué es eso, padre? —preguntó—. Tengo miedo.

—Los que confían en el Señor —respondió el hombre— no conocen el miedo. Has revelado la perversidad de tu herejía, mujer.

El rostro de quien había hecho la pregunta palideció y, realmente, tembló.

—¡Oh, padre, sabes que no soy ninguna hereje! —exclamó

lastimosamente.

—¡Silencio, Marta! —ordenó Abraham—. Quizá sea el Señor mismo, que vuelve a la tierra como fue profetizado en la época de Pablo, para juzgarnos a todos. —Su voz era aguda y estridente, y temblaba al hablar.

Un muchacho medio crecido, en la periferia del grupo, cayó al suelo, donde se retorció echando espuma por la boca. Una mujer lanzó un grito y se desvaneció.

—Oh, Señor, si en verdad eres Tú, tu pueblo elegido aguarda para recibir tu bendición y tus órdenes —oró Abraham—; pero —añadió—, si no eres Tú, te suplicamos que nos salves de todo daño.

—¡Quizás es Gabriel! —sugirió otro de los hombres de larga barba.

—¡Y el sonido de su trompeta —gimió una mujer—, la trompeta de la condenación!

—¡Silencio! —gritó Abraham, y la mujer se encogió, temerosa.

Sin ser visto, el joven se revolcaba y jadeaba mientras, con ojos como de muerto, luchaba en medio de su agonía; y entonces otro se tambaleó y también cayó, retorciéndose y echando espuma por la boca.

Y ahora caían en todas partes, algunos con convulsiones y otros desmayados, hasta que hubo una docena o más en el suelo, aunque su lastimoso estado no llamaba la atención de sus compañeros a menos que uno cayera por casualidad contra un vecino o sobre sus pies, en cuyo caso el último se limitaba a apartarse sin siquiera echar una mirada al pobre infortunado.

Con pocas excepciones, los que sufrían los violentos ataques eran hombres y muchachos, mientras que las mujeres simplemente se desmayaban; pero fuera hombre, mujer o niño, se retorciera en convulsiones o yaciera sin sentido, nadie prestaba la más mínima atención a ninguno de ellos. En cuanto a si esta aparente indiferencia era normal o simplemente provocada por la excitación y aprensión del momento —pues estaban con los ojos, los oídos y la mente concentrados en las nubes que había sobre sus cabezas—, sólo alguien que conociera mejor a esta extraña gente podría ilustrarnos.

Una vez más aquel ruido aterrador, en proporciones espantosas, se acercó; pareció detenerse sobre ellos por un instante y entonces…

De las nubes surgió flotando una extraña aparición, una cosa aterradora, un gran objeto blanco bajo el cual se balanceaba de un lado a otro una figura diminuta. Al verla caer suavemente hacia ellos, una docena de

espectadores se desplomó, echando espuma por la boca, presa de convulsiones.

Abraham, hijo de Abraham, se hincó de rodillas y alzó las manos al cielo en gesto de súplica. Su pueblo, los que aún se tenían en pie, siguieron su ejemplo. De sus labios brotó un torrente de extraños sonidos; una plegaria, quizá, pero ni en la misma lengua que antes había utilizado para dirigirse a su gente ni en ninguna lengua conocida por el hombre, y, mientras rezaba, sus seguidores permanecieron arrodillados en silencio sepulcral.

La misteriosa aparición estaba cada vez más cerca, hasta que, al fin, los ojos expectantes reconocieron en la figura los contornos de una forma humana.

Un gran grito se elevó cuando la vieron, un grito que era una mezcla de terror, gemido y extático hosanna. Abraham fue de los últimos en reconocer la forma de la figura bamboleante, o, quizá, de los últimos en admitir lo que divisaban sus ojos. Cuando lo hizo se desplomó al suelo, los músculos retorciendo su cuerpo entero en horribles contorsiones, los ojos en blanco, la respiración jadeante entre los labios manchados de espuma.

Abraham, hijo de Abraham, que jamás había sido un Adonis, era en ese momento cualquier cosa menos algo bonito de ver; pero nadie pareció fijarse en él más de lo que se habían fijado en las otras criaturas inferiores que habían sucumbido a la excitación nerviosa de la experiencia vivida durante la media hora anterior.

Unas quinientas personas, hombres, mujeres y niños, de las que unas treinta yacían en silencio o se retorcían en convulsiones en el suelo, formaban el grupo de espectadores hacia el que lady Barbara Collis flotaba suavemente. Cuando llegó a tierra, si hay que decir la verdad (y los historiadores somos proverbialmente veraces, salvo cuando relatamos la crónica de la vida de nuestros héroes nacionales o gobernantes vivos a cuyo alcance podemos estar, o de pueblos enemigos con quienes nuestro país ha estado en guerra, y en otras ocasiones), pero, como iba diciendo, cuando lady Barbara aterrizó, en una postura desmañada, a cien metros del grupo, los que habían permanecido en pie se hincaron de rodillas.

La joven se apresuró a ponerse en pie y desengancharse del arnés de su paracaídas y se quedó mirando, perpleja, la escena que la rodeaba. Una rápida mirada había revelado los altos acantilados que formaban las paredes que rodeaban el gigantesco cráter, aunque en aquellos momentos

no sospechaba la verdadera naturaleza del valle que se extendía ante ella. Era la gente lo que reclamaba su sorprendida atención.

¡Eran blancos! En el corazón de África, había ido a parar en medio de una colonia de blancos. Pero este pensamiento no la tranquilizó por completo. Había algo extraño e irreal en aquellas figuras tumbadas y arrodilladas; pero al menos no tenían un aspecto feroz o violento, sino que su actitud era, en realidad, la opuesta, y no vio ni asomo de armas entre ellos.

Se acercó y, al hacerlo, muchos de ellos se pusieron a gemir y a apretar la cara contra el suelo, mientras otros elevaban las manos en gesto de súplica, algunos hacia los cielos y otros hacia ella.

La mujer se hallaba ahora lo bastante cerca para ver sus facciones y su corazón se llenó de desaliento, pues nunca había concebido la existencia de una aldea entera de gente de aspecto tan poco atractivo, y lady Barbara era de aquellas personas que se dejan impresionar fuertemente por el aspecto externo.

Los hombres eran particularmente repulsivos. Sus largos cabellos y barba parecían tan poco familiarizados con el agua, el jabón y el peine como con las tijeras y los útiles de afeitar.

Había dos rasgos que le impresionaron en gran medida y poco favorablemente: la enorme nariz y la barbilla huidiza de prácticamente toda la gente. La nariz era tan grande que constituía una deformidad, a la vez que en muchos de los que tenía ante ella la barbilla era casi inexistente.

Y entonces vio dos cosas que causaron efectos diametralmente opuestos en ella: la veintena de epilépticos que se retorcían en el suelo y una muchacha singularmente bella, con el pelo dorado, que se había levantado de la multitud postrada y se acercaba a ella lentamente, con una expresión interrogadora en sus grandes ojos grises.

Lady Barbara Collis miró a la muchacha directamente a los ojos y sonrió, y cuando lady Barbara sonreía las piedras se desmenuzaban ante la radiante visión de su rostro, o al menos así una vez se lo había dicho al oído un poético y emocionado admirador. El hecho de que ceceara, sin embargo, le había hecho sentir prejuicios contra su declaración.

La muchacha devolvió la sonrisa con otra casi igual de espléndida, pero pronto la borró de su rostro y, al mismo tiempo, miró furtivamente alrededor como si tuviera miedo de que alguien la hubiera descubierto cometiendo un delito; pero cuando lady Barbara le tendió ambas manos, se

acercó y puso las suyas al alcance de las de la muchacha inglesa.

—¿Dónde estoy? —preguntó lady Barbara—. ¿Qué país es éste? ¿Quién es esta gente?

La muchacha hizo gestos de negación con la cabeza.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Eres un ángel que el Señor Dios de los Ejércitos ha enviado a su pueblo elegido?

Ahora le tocó a lady Barbara negar con la cabeza para expresar su incapacidad de comprender el lenguaje de la otra.

Un anciano con una larga barba blanca se levantó y se acercó a ellas, pues había visto que la aparición de los cielos no había hecho caer muerta a la muchacha por su temeridad.

—¡Márchate, Jezabel! —exclamó el anciano dirigiéndose a la muchacha—. ¿Cómo osas dirigirte a este visitante celestial?

La muchacha se retiró, con la cabeza baja; y aunque lady Barbara no había entendido ni una sola palabra de lo que el hombre había dicho, su tono y gestos, junto con la acción de la muchacha, le indicaron lo que había ocurrido.

Pensó con rapidez. Se había dado cuenta de la impresión que su milagrosa aparición había causado en aquellas gentes aparentemente ignorantes y supuso que su actitud posterior hacia ella estaría regida en gran medida por la impresión que se llevaran de sus primeros actos; y como era inglesa, tenía la inglesa tradición de inculcar en los inferiores la autoridad de su linaje. Por lo tanto, no permitiría que aquel desaliñado patriarca ordenara a la muchacha que se retirara si lady Barbara deseaba que se quedara; y, después de mirar los rostros que la rodeaban, estuvo segura de que si debía elegir una compañía de entre ellos la belleza de cabello rubio sería la candidata.

Con gesto imperioso y cierta aprensión, avanzó un paso y cogió a la chica por el brazo, y, como ésta se volvió con sorpresa, la atrajo a su lado.

—Quédate conmigo —dijo, aunque sabía que sus palabras resultaban ininteligibles.

—¿Qué ha dicho, Jezabel? —preguntó el anciano.

La muchacha estaba a punto de responder que no lo sabía, pero algo la detuvo. Quizá fue la extrañeza misma de la pregunta lo que la hizo vacilar, pues debió de ser evidente para el anciano que la extranjera hablaba en una lengua desconocida para él y, por lo tanto, desconocida para todos ellos.

Pensó con rapidez. ¿Por qué hacía ese hombre semejante pregunta a no

ser que acariciara la creencia de que ella podía haber entendido las palabras de la mujer? Recordó la sonrisa que la extraña le había provocado sin ella quererlo y recordó, también, que el anciano la había observado.

La muchacha llamada Jezabel conocía el precio de una sonrisa en tierras de los midios, donde cualquier expresión de felicidad es el reconocimiento del pecado; y así, como era una chica brillante entre un pueblo casi uniformemente estúpido, respondió sin vacilar con la esperanza de que ello la salvara del castigo.

Miró al anciano directamente a los ojos.

—Ha dicho, Jobab —dijo—, que ha venido del cielo con un mensaje para el pueblo elegido y que lo entregará a través de mí y de nadie más.

En gran parte esta afirmación le había sido sugerida a Jezabel por las observaciones de los mayores y los apóstoles mientras contemplaban la extraña aparición descendiendo de las nubes y buscaban alguna explicación al fenómeno. En realidad, el propio Jobab había aportado la esencia misma de esta teoría y, por lo tanto, estaba más que dispuesto a creer las palabras de la muchacha.

Lady Barbara permanecía con un brazo sobre los delgados hombros de la muchacha de cabello dorado, contemplando asombrada la escena que tenía lugar ante sus ojos: aquella gente desaliñada que se apiñaba estúpidamente ante ella, las formas inertes de los que se habían desmayado, las contorsiones de los epilépticos en el suelo. Evaluó con aversión el semblante de Jobab, observando los ojos acuosos, la enorme monstruosidad de nariz, la larga y sucia barba que semiocultaba un mentón débil. Reprimió con dificultad un involuntario estremecimiento, que fue su natural reacción nerviosa a lo que veían sus ojos.

Jobab la miraba fijamente, con una expresión de sobrecogimiento en su rostro bobo, casi imbécil. Varios hombres de entre la multitud se acercaron, casi con temor, y se detuvieron justo detrás de él. Jobab miró por encima del hombro.

—¿Dónde está Abraham, hijo de Abraham? —preguntó.

—Aún comulga con Jehovah —respondió uno de los ancianos.

—Quizás ahora mismo Jehovah le ha revelado el propósito de esta visita —sugirió otro, esperanzado.

—Ella ha traído un mensaje —dijo Jobab— y lo entregará sólo a través de la muchacha llamada Jezabel. Ojalá Abraham, hijo de Abraham, hubiera terminado de comulgar con Jehovah —añadió; pero Abraham, hijo de

Abraham, aún se retorcía en el suelo, echando espuma por la boca.

—En verdad —dijo otro anciano—, si es un verdadero mensajero de Jehovah, no debemos quedarnos así, mirando sin hacer nada, no sea que despertemos la ira de Jehovah y nos traiga una plaga, de moscas o de piojos.

—Dices palabras verdaderas, Timoteo —coincidió Jobab, y, volviéndose a la multitud que estaba detrás de ellos, dijo—: Id enseguida a buscar ofrendas que puedan ser buenas a los ojos de Jehovah, cada uno de acuerdo con su capacidad.

Con simplicidad, la gente congregada se volvió hacia las cuevas y casuchas que constituían la aldea, dejando al pequeño grupo de ancianos frente a lady Barbara y la dorada Jezabel y, en el suelo, a los epilépticos, algunos de los cuales daban muestras de recuperarse de su ataque.

Una vez más, una sensación de repugnancia se apoderó de la muchacha inglesa cuando se fijó en las facciones y los andares de los aldeanos. Casi sin excepción estaban desfigurados por una enorme nariz y una barbilla tan pequeña y huidiza que en muchos casos parecía absolutamente inexistente. Cuando andaban se echaban hacia delante, lo que hacía creer al observador que estaban a punto de caer de bruces.

En ocasiones, aparecía entre ellos un individuo cuyo semblante sugería una mentalidad mucho más elevada que la poseída por la mayoría de aldeanos, y sin excepción tenían el cabello rubio, mientras que el de todos los demás era negro.

Tan extraordinario era este fenómeno que lady Barbara no pudo sino observarlo casi en su primer breve examen de estas extrañas criaturas, aunque nunca iba a descubrir la explicación, pues no había nadie que pudiera hablarle de Angusto y de la esclava de cabello rubio procedente de alguna horda bárbara del norte, ni nadie que pudiera adivinar la espléndida mente y la radiante salud de aquella pequeña esclava, muerta desde hacía casi diecinueve siglos, cuya sangre, incluso ahora, se elevaba en ocasiones por encima de la horrible decadencia de todos aquellos largos años de forzada endogamia y producía una criatura como Jezabel, en un esfuerzo, aunque inútil, de frenar la marea de la degeneración.

Lady Barbara se preguntaba ahora por qué la gente se había ido a sus moradas; ¿qué significaba? Miró a los ancianos que se habían quedado atrás; pero su rostro estulto, casi imbécil, no revelaba nada. Luego, se volvió a la muchacha. Cuánto deseaba poder entenderse con ella. Estaba

segura de que la chica era totalmente amistosa, pero no lo estaba tanto de los demás. Todo en ellos la repelía, y le resultaba imposible tener confianza en sus intenciones hacia ella.

¡Pero qué diferente era la muchacha! También ella, sin duda alguna, era una extraña entre esa gente; y este hecho daba esperanzas a la inglesa, pues no había visto nada que indicara que la chica rubia estuviera amenazada o fuera maltratada; y al menos estaba viva y sin daño. Sin embargo, debía de ser de otra raza. Su indumentaria, sencilla y escasa, fabricada al parecer con fibra vegetal, estaba limpia, igual que las partes de su cuerpo expuestas a la vista, mientras que las prendas de todos los demás, en especial las de los ancianos, estaban indescriptiblemente sucias, igual que su cabello y barba y toda porción de su cuerpo no oculta por la escasa ropa que apenas cubría su desnudez.

Mientras los ancianos susurraban entre sí, lady Barbara se volvió lentamente para mirar alrededor en todas direcciones. Vio escarpados precipicios que rodeaban por completo un pequeño valle circular, cerca de cuyo centro había un lago. En ningún sitio vio indicación alguna de interrupción de las paredes circundantes que se elevaban centenares de metros sobre el valle; y, sin embargo, sentía que debía de haber una entrada desde el mundo exterior, de lo contrario, ¿cómo había ido a parar allí aquella gente?

Su examen sugirió que el valle se hallaba en el fondo del cráter de un gran volcán, largo tiempo extinguido, y, si era así, el camino al mundo exterior debía de cruzar la cima de aquellas elevadas paredes; sin embargo, éstas, por lo que veía, parecían completamente imposibles de escalar. Pero ¿cómo explicar la presencia de aquella gente? El problema la irritaba, pero sabía que permanecería insoluble hasta que hubiera determinado la actitud de los aldeanos y descubierto si la consideraban una invitada o una prisionera.

Ahora regresaban, y lady Barbara vio que muchos de ellos llevaban cosas en sus manos. Se acercaban despacio, tímidamente, exhortados por los ancianos, hasta llegar a los pies de ella, donde depositaban la carga que acarreaban: cuencos de comida, verduras crudas y frutas, pescado y piezas de tela de fibra como la de sus toscas prendas de vestir, las ofrendas caseras de una gente sencilla.

Cuando se aproximaban a ella, muchos mostraban síntomas de gran nerviosismo y varios se desplomaron, víctimas del paroxismo convulsivo

de los ataques a los que tantos de ellos parecían estar sometidos.

A lady Barbara le pareció que aquellas gentes o le traían regalos que daban fe de su hospitalidad o estaban ofreciendo sus artículos como trueque al extranjero que había llegado a su tierra; no se le ocurrió en aquel momento la verdad: que los aldeanos, en realidad, estaban efectuando ofrendas votivas a alguien que creían era el mensajero de Dios, o incluso, quizás, una diosa por derecho propio. Cuando, después de depositar sus objetos, se volvieron y se alejaron apresuradamente, algunos con muestras de miedo en el rostro simple, abandonó la idea de que los artículos le eran ofrecidos en venta y decidió que, si no eran regalos de hospitalidad, se podían considerar un tributo para apaciguar la ira de un enemigo potencial.

Abraham, hijo de Abraham, había recuperado el conocimiento. Lentamente, se incorporó, se sentó, y miró alrededor. Estaba muy débil. Siempre lo estaba después de estos ataques. Tardaba uno o dos minutos en recuperarse y recordar los acontecimientos inmediatamente anteriores al colapso. Vio al último que traía ofrendas a lady Barbara depositarlas a sus pies. Vio a la extranjera. Y entonces recordó el extraño zumbido procedente de los cielos y la aparición que había visto flotando hacia ellos.

Abraham, hijo de Abraham, se puso en pie. Fue Jobab, entre los ancianos, quien le vio primero.

—¡Aleluya! —exclamó—. Abraham, hijo de Abraham, no camines más con Jehovah. Él ha regresado entre nosotros. ¡Recemos! —Al oír esto, toda la asamblea, con excepción de lady Barbara y la muchacha llamada Jezabel, se hincaron de rodillas. Entre ellos, Abraham, hijo de Abraham, avanzó lentamente, como en trance, hacia la extranjera, su mente aún aletargada por los efectos de su ataque. A su alrededor se alzaba una extraña babel mientras los ancianos oraban en voz alta sin concordia ni armonía, interrumpidas con gritos ocasionales de «Aleluya» y «Amén».

Alto y delgado, con una larga barba gris salpicada de espuma y saliva, su escasa túnica hecha jirones y sucia, Abraham, hijo de Abraham, presentaba un aspecto de lo más repulsivo a los ojos de la muchacha inglesa cuando, al fin, se paró ante ella.

Ahora su mente se estaba aclarando rápidamente y, cuando se paró, pareció reparar en la presencia de la muchacha, Jezabel, por vez primera.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó—. ¿Por qué no estás de rodillas, orando, con los demás?

Lady Barbara observaba con atención a los dos. Reparó en la actitud

seria y acusadora y en el tono de voz del hombre, y vio la mirada suplicante que la muchacha lanzó hacia ella. Al instante, rodeó con un brazo los hombros de la chica.

—¡Quédate aquí! —dijo, pues temía que el hombre estuviera ordenando a la muchacha que se marchara.

Aunque Jezabel no entendió las palabras de la extraña y celestial visitante, no podía malinterpretar el gesto; y, de todos modos, no deseaba unirse a los demás en su plegaria. Quizá sólo era que podía aferrarse unos minutos más a la posición de importancia a la que el incidente la había elevado tras una vida entera de degradación y desprecio a la que su extraña herencia de belleza la había condenado.

Y así, animada por la presión del brazo que la rodeaba, se enfrentó a Abraham, hijo de Abraham, con decisión, aunque también un poco temerosa, ya que sabía en qué hombre tan terrible Abraham, hijo de Abraham, podía convertirse cuando alguien se le enfrentaba.

—Respóndeme, tú, tú… Abraham, hijo de Abraham, no encontraba un epíteto suficientemente insultante para la ocasión.

—No dejes que tu ira te ciegue a la voluntad de Jehovah —advirtió la muchacha.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre.

—¿No ves que su mensajera me ha elegido para ser su portavoz?

—¿Qué sacrilegio es éste, mujer?

—No es ningún sacrilegio —replicó ella con fuerza—. Es la voluntad de Jehovah, y, si no me crees, pregúntale a Jobab, el apóstol.

Abraham, hijo de Abraham, se volvió hacia los ancianos que estaban orando.

—¡Jobab! —gritó, con una voz que se elevó por encima del rumor de la plegaria.

Al instante cesaron las devociones con un fuerte «¡Amén!» por parte de Jobab. El anciano se levantó, y siguieron su ejemplo aquellos aldeanos que no eran presa de la epilepsia; y Jobab, el apóstol, se acercó a los tres que ahora eran el objetivo de todas las miradas.

—¿Qué ha ocurrido aquí mientras yo caminaba con Jehovah? —preguntó Abraham, hijo de Abraham.

—Ha llegado esta mensajera del cielo —respondió Jobab—, y la hemos honrado, y la gente ha traído ofrendas, cada uno según sus posibilidades, y las ha dejado a sus pies, y no ha parecido que le molestara, aunque tampoco

ha dado muestras de estar complacida —añadió—. Y más que esto no hemos sabido hacer.

—¡Pero esta hija de Satán! —exclamó Abraham, hijo de Abraham—. ¿Qué me dices de ella?

—En verdad te digo que ella habla con la lengua de Jehovah —respondió Jobab—, pues la ha elegido para que sea la portavoz de su mensajera.

—Alabado sea Jehovah —exclamó Abraham, hijo de Abraham—, los caminos del Todopoderoso son inescrutables. —Se volvió entonces a Jezabel, pero cuando habló había una nota conciliadora en su tono y, quizá, no poco miedo en sus ojos—. Suplica a la mensajera que contemple a estos pobres servidores de Jehovah con clemencia y perdón; ruégale que abra su boca para nosotros, pobres pecadores, y divulgue sus deseos. Aguardamos su mensaje, temblorosos y temerosos, conscientes de nuestra indignidad.

Jezabel se volvió a lady Barbara.

—¡Espera! —exclamó Abraham, hijo de Abraham, cuando una duda repentina asaltó su débil mente—. ¿Cómo puedes conversar con ella? Tú sólo hablas la lengua de la tierra de los midios. En verdad, si tú puedes hablar con ella, ¿por qué no puedo yo, el profeta de Pablo, el hijo de Jehovah?

Jezabel poseía un cerebro equivalente a cincuenta cerebros como el del profeta de Pablo; y ahora lo aprovechó, aunque, si hay que decir la verdad, no sin ciertos recelos en cuanto al resultado de su atrevida propuesta, pues, aunque tenía una mente brillante y llena de recursos, era no obstante la hija ignorante de un pueblo ignorante y supersticioso.

—Tú tienes lengua, profeta —dijo—. Habla tú, pues, a la mensajera de Jehovah, y, si te responde en la lengua de la tierra de los midios, podrás entenderla igual que yo.

—Eso —dijo Abraham, hijo de Abraham— es poco menos que una inspiración.

—¡Un milagro! —exclamó Jobab—. Jehovah debe de haber puesto las palabras en su boca.

—Me dirigiré a la mensajera —dijo el profeta—. ¡Oh ángel de luz! —exclamó, volviéndose hacia lady Barbara—, mira con compasión a un anciano, Abraham, hijo de Abraham, el profeta de Pablo, hijo de Jehovah, y dígnate darle a conocer los deseos de aquel que te envía a nosotros.

Lady Barbara meneó la cabeza.

—Hay algo que uno hace cuando está molesto —dijo—. Lo he leído repetidamente en la sección de anuncios de los periódicos americanos, pero no tengo esa marca. Sin embargo, cualquier puerto es bueno cuando hay tormenta —y extrajo una cigarrera de oro del bolsillo de su chaqueta y encendió uno de los cigarrillos.

—¿Qué ha dicho, Jezabel? —preguntó el profeta—. Y, en nombre de Pablo, ¿qué milagro es éste?, se dice del monstruo de la sagrada escritura. ¿Qué puede significar esto?

—Es un aviso —dijo Jezabel—, porque has dudado de mis palabras.

—No, no —exclamó Abraham, hijo de Abraham—. No he dudado de ti. Dile que no he dudado de ti y, luego, dime lo que ha dicho.

—Ha dicho —respondió Jezabel— que Jehovah no está contento contigo ni con tu pueblo. Está enojado porque tratas mal a Jezabel. Su ira es terrible porque la haces trabajar más allá del límite de sus fuerzas, no le das la mejor comida y la castigas cuando se ríe y es feliz.

—Dile —dijo el profeta— que no sabíamos que tú trabajabas tanto y que rectificaremos. Dile que te amamos y que te daremos la mejor comida. Háblale, oh, Jezabel, y pregúntale si tiene más órdenes para sus pobres siervos.

Jezabel miró a los ojos a la muchacha inglesa y en su semblante había una expresión de angélico candor, mientras de sus labios brotaba una corriente de jerga sin sentido que era ininteligible para Jezabel y para lady Barbara y los aldeanos que escuchaban.

—Mi querida niña —dijo lady Barbara cuando Jezabel al fin dejó de hablar—, lo que dices es como griego para mí, pero eres muy bella y tu voz es musical. Lamento que no puedas entenderme mejor de lo que yo te entiendo a ti.

—¿Qué dice? —preguntó Abraham, hijo de Abraham.

—Dice que está cansada y hambrienta, y que desea que las ofrendas traídas por el pueblo se lleven a una cueva, una cueva limpia, y que yo la acompañe y que la dejen en paz, ya que desea descansar; y desea que sólo Jezabel se quede con ella.

Abraham, hijo de Abraham, se volvió a Jobab.

—Envía mujeres a limpiar la cueva que hay junto a la mía —ordenó—, y que otros lleven las ofrendas a la cueva, así como hierbas limpias para un lecho.

—Para dos lechos —le corrigió Jezabel.

—Sí, para dos lechos —se apresuró a decir el profeta.

—Y así, lady Barbara y Jezabel se instalaron en una cueva renovada cerca del fondo del acantilado, con comida suficiente para alimentar a una compañía numerosa. La muchacha inglesa se quedó en la entrada de su nueva vivienda, contemplando el valle mientras trataba de idear algún plan para comunicar su situación y su paradero al mundo exterior. Sabía que al cabo de veinticuatro horas su familia y amigos empezarían a estar preocupados y pronto muchos aviones ingleses rugirían en la ruta del El Cabo a El Cairo en su busca, y, mientras reflexionaba sobre su infortunada situación, la muchacha llamada Jezabel yacía con lujuriosa ociosidad en su lecho de hierbas frescas y comía de un montón de fruta que tenía cerca de la cabeza, mientras una feliz sonrisa de satisfacción iluminaba su semblante adorable.

Las sombras de la noche ya caían, y lady Barbara entró en la cueva con una sola idea práctica en su pensamiento: que debía encontrar la manera de comunicarse con aquella gente, pues no podía escapar de la convicción de que sólo aprendiendo su lengua podría conseguirlo.

A medida que oscurecía y el aire frío de la noche sustituía al calor del día, Jezabel encendió un fuego en la boca de la cueva. Las dos muchachas se sentaron cerca de él sobre un blando cojín de hierba, con la luz del fuego jugueteando en su rostro, y allí inició lady Barbara la larga y tediosa tarea de aprender una nueva lengua. El primer paso consistió en hacer que Jezabel comprendiera lo que deseaba realizar, pero se quedó agradablemente asombrada por la celeridad con que la muchacha captaba la idea. Pronto estaba señalando diversos objetos, llamándolos por su nombre inglés, y Jezabel los nombraba en la lengua de la tierra de los midios.

Lady Barbara repetía la palabra en la lengua midia varias veces hasta que dominaba la pronunciación, y observó que, de manera similar, Jezabel repetía su equivalente inglés. Así, Jezabel adquiría un vocabulario inglés mientras enseñaba midio a su invitada.

Transcurrió una hora mientras las dos muchachas ocupaban su tiempo en esta tarea. La aldea se hallaba en silencio. Débilmente, desde el distante lago, llegaba el coro apagado de las ranas. De vez en cuando, una cabra balaba en algún lugar en la oscuridad. Muy a lo lejos, al otro lado del valle, brillaban unas pequeñísimas luces, vacilantes: las fogatas para cocinar de otra aldea, pensó lady Barbara.

De pronto, apareció un hombre con una antorcha encendida, que venía

de una cueva cercana. En tono bajo y monótono entonó un cántico. Otro hombre, otra antorcha, otra voz se unieron a él. Y después llegaron otros hasta que hubo una procesión que llegaba hasta el nivel inferior de las cuevas.

Poco a poco las voces se fueron alzando. Un niño gritó. Lady Barbara entonces lo vio: un niño pequeño era arrastrado por un anciano.

La procesión rodeó una gran roca y se detuvo, pero el cántico no cesó, así como tampoco los gritos del niño. Lady Barbara reconoció, alta entre los demás, la figura del hombre que la había interrogado antes. Abraham, hijo de Abraham, el profeta, estaba detrás de la roca, que le llegaba a la altura de la cintura. El hombre levantó la mano abierta y el cántico cesó. El niño había dejado de gritar, pero su llanto entrecortado llegaba claramente a los oídos de las dos muchachas.

Abraham, hijo de Abraham, empezó a hablar, con los ojos dirigidos hacia el cielo. Su voz era monótona en la oscuridad. Sus grotescas facciones estaban iluminadas por las vacilantes antorchas que se araban sobre los rostros igualmente repulsivos de su congregación.

De modo inexplicable, la escena entera adquirió un aspecto de amenaza a los ojos de la muchacha inglesa. Al parecer, se trataba del simple servicio religioso de una gente simple y, sin embargo, para Barbara Collis, había algo terrible en ello, algo que parecía cargado de horror.

Miró a Jezabel. La muchacha estaba sentada con las piernas cruzadas y los codos sobre las rodillas, sosteniendo la barbilla en las palmas de las manos, con la mirada fija al frente. Ahora no había ninguna sonrisa en sus labios.

De pronto, el aire fue desgarrado por un grito infantil de miedo y horror que hizo que lady Barbara volviera a mirar la escena que se desarrollaba abajo. Vio al niño que era arrastrado, peleando y forcejeando, a lo alto de la roca; vio a Abraham, hijo de Abraham, levantar una mano sobre su cabeza; vio la luz de la antorcha reflejarse en un cuchillo; y entonces se apartó y se tapó la cara con las manos.

III

GUNNER

DANNY *GUNNER* PATRICK se desperezó generosamente en su tumbona. Se hallaba en paz con el mundo, al menos temporalmente. Entre la ropa llevaba escondidos veinte mil dólares. Bajo el brazo izquierdo también ocultaba un arma del calibre cuarenta y cinco en una pistolera diseñada especialmente. *Gunner* Patrick no esperaba tener que utilizarla en mucho tiempo; pero había que estar preparado. Venía de Chicago, donde la gente de su círculo social cree en la preparación.

Nunca había sido un pez gordo, y, si se hubiera contentado con permanecer más o menos oculto, habría podido proseguir con su negocio durante algún tiempo hasta que llegara el momento en que, como muchos de sus ex amigos y conocidos, fuera elegido para detener su cuota de balas de ametralladora; pero Danny Patrick era ambicioso. Durante años había sido la mano derecha, y eso significa la mano de la pistola, de un pez gordo. Había visto a su patrón hacerse rico —asquerosamente rico, según Danny— y había sentido envidia.

Así que Danny engañó al pez gordo, se fue al otro bando, que, por cierto, poseía un pez gordo mayor y mejor, y participó en el secuestro de varios camiones de alcohol que pertenecían a su ex patrón.

Lamentablemente, durante el atraco al último camión, uno de sus ex compinches al servicio del engañado le vio y Danny, que sabía que le habían reconocido, intentó, cosa que se le puede perdonar, eliminar esta prueba que le perjudicaba; pero su objetivo le esquivó y, antes de que pudiera rectificar sus errores balísticos, llegó la policía. Es cierto que amablemente formaron una escolta para acompañar el camión hasta el almacén del pez gordo mayor y mejor, pero el testigo de la perfidia de Danny escapó.

Danny *Gunner* Patrick conocía el genio de su antiguo patrón mejor que nadie, pues el propio Danny se había librado de muchos enemigos del pez

gordo, y de varios de sus amigos. Conocía el poder del pez gordo y le temía. Danny no tenía ganas de irse, pero sabía que si se quedaba en la vieja Chicago le ocurriría lo que a todos los buenos pistoleros, aunque demasiado pronto para sus planes.

Y así, con los veinte mil que habían sido el precio de su traición, había salido de la ciudad con cautela; y, como era prudente, también había salido cautelosamente del país, otro hilo que utilizaría el Destino para tejer su tapiz.

Sabía que el pez gordo estaba en declive (ésta fue una de las razones por las que le había abandonado); y también sabía que, tarde o temprano, el pez gordo tendría un gran funeral con camiones llenos de flores y un ataúd de, al menos, diez mil dólares. Así que Danny se perdería en climas extranjeros hasta después del funeral.

Sobre dónde se perdería exactamente no estaba seguro, pues Danny conocía poco la ciencia geográfica; pero estaba decidido a ir al menos hasta Inglaterra, de la que sabía que estaba en algún lugar de Londres.

Así que ahora se repantigaba al sol, en paz con el mundo que le rodeaba inmediatamente; o casi en paz, pues le dolían en su pecho joven diversas ofensas que le habían lanzado los pocos pasajeros a los que se había acercado. Danny no comprendía por qué era persona non grata. Tenía buen aspecto. Su ropa había sido diseñada por uno de los sastres más exclusivos de Chicago; era discreta y de buen gusto. Estas cosas Danny las sabía, y también sabía que nadie a bordo del barco tenía ni idea de su profesión. ¿Por qué, entonces, al cabo de diez minutos de conversación, invariablemente perdían interés por él y después miraban a través de él como si no existiera? Estaba perplejo e irritado.

Era el tercer día y Danny ya estaba harto de viajar por el océano. Casi deseaba estar de nuevo en Chicago, donde sabía que encontraría espíritus afines con los que reunirse, pero no del todo. Era mejor un aislamiento temporal sobre la tierra que uno permanente bajo ella.

Un joven en el que hasta entonces no había reparado se acercó y se sentó en la silla de al lado. Miró a Danny y sonrió.

—Buenos días —saludó—. Qué buen día tenemos. Los ojos azules y fríos de Danny examinaron al extraño.

—¿Tenemos? —dijo en un tono tan frío como su mirada; luego, reanudó su anterior ocupación de mirar fijamente por encima de la barandilla hacia la ilimitada extensión de mar.

Lafayette Smith sonrió, abrió un libro, se puso más cómodo en la tumbona y se dispuso a olvidar a su descortés vecino.

Aquel mismo día, más tarde, Danny vio al joven en la piscina y le impresionó una de las pocas cosas que Danny podía realmente comprender: la competencia en el deporte físico. El joven superaba con mucho a los demás pasajeros en natación y zambullida, y su cuerpo bronceado por el sol evidenciaba largas horas en bañador.

A la mañana siguiente, cuando Danny salió a cubierta vio que el joven se le había adelantado.

—Buenos días —dijo Danny en tono agradable mientras se sentaba—. Bonita mañana.

El joven levantó la mirada de su libro.

—¿Bonita? —dijo, y dejó caer los ojos de nuevo en la página impresa.

Danny se rió.

—Me la ha devuelto, ¿eh? —exclamó—. Verá, creía que era usted uno de esos tipos estirados. Pero le he visto en la piscina. Qué bien se zambulle, amigo.

Lafayette Smith, A. M., doctor en Filosofía, doctor en Ciencias, dejó el libro lentamente en su regazo mientras se volvía para examinar a su vecino.

Entonces, una sonrisa le cruzó el rostro, una sonrisa afable y amistosa.

—Gracias —dijo—. Es porque me gusta mucho. Un tipo que ha pasado tanto tiempo nadando como yo desde que era pequeño tendría que ser un auténtico patoso para no hacerlo medianamente bien.

—Sí, supongo que se dedica a ello.

—No soy nadador profesional —dijo.

—¿Viaje de placer? —preguntó Danny.

—Bueno, espero que lo sea —respondió el otro—, pero en gran medida es también lo que se podría llamar un viaje de negocios. Investigación científica. Soy geólogo.

—¿Ah, sí? Nunca había oído hablar de ese oficio.

—No es exactamente un oficio —dijo Smith—. No se gana suficiente dinero para elevarlo a la importancia y dignidad de un oficio.

—Ah, bueno, sé de muchos pequeños oficios con los que se consigue un buen dinero, en especial si se hace solo y no hay que repartirlo con una pandilla. ¿Va a Inglaterra?

—Estaré en Londres sólo un par de días —respondió Smith.

—Creía que iba a Inglaterra.

Lafayette Smith puso cara de perplejidad.

—Y así es —dijo.

—Ah, ¿irá desde Londres?

¿Aquel joven se burlaba de él? ¡Muy bien!

—Sí —dijo—, si obtengo permiso del rey Jorge para hacerlo, visitaré Inglaterra mientras esté en Londres.

—Diga, ¿ese tipo vive en Inglaterra? Es el tipo al que *Big* Bill iba a aporrear en todas las narices.

—¿Quién? ¿El rey Jorge?

—No, no le conozco… me refiero a Thompson.

—No conozco a ninguno de los dos —admitió Smith—, pero he oído hablar del rey Jorge.

—¿Nunca ha oído hablar de *Big* Bill Thompson, alcalde de Chicago?

—Ah, sí, pero hay tantos Thompson… no sabía a cuál se refería.

—¿Hay que ver al rey Jorge para ir a Inglaterra? —preguntó Danny, y algo en el tono impaciente de su voz aseguró a Smith que el joven no le estaba tomando el pelo.

—No —respondió—. Verá, Londres es la capital de Inglaterra. Cuando se está en Londres, se está, por supuesto, en Inglaterra.

—¡Caramba! —exclamó Danny—. He metido la pata, ¿verdad? Pero, verá —añadió en tono confidencial—, nunca había salido de América.

—¿Hará una estancia prolongada en Inglaterra?

—Si ¿qué?

—¿Se quedará mucho tiempo en Inglaterra?

—Depende de lo que me guste —respondió Danny.

—Me parece que Londres le gustará —le dijo Smith.

—No tengo que quedarme allí —le confió Danny—. Puedo ir a donde quiera. ¿Adónde va usted?

—A África.

—¿Qué clase de ciudad es? No creo que me guste recibir órdenes de un montón de salvajes, aunque muchos de ellos no lo hacen mal. Conozco a algunos polis negros de Chicago que nunca han enchironado a nadie.

—En el sitio al que voy, ningún policía le molestaría —le aseguró Smith—. No hay ninguno.

—¡Caramba! ¿En serio? Pero entiéndame, señor, no me preocupan los polis, no tienen nada contra mí. Aunque claro que me gustaría ir a algún sitio donde no viera sus feas jetas. Verá, señor —añadió en tono

confidencial—, no me gustan los polis.

Este joven desconcertaba a Lafayette Smith al mismo tiempo que le divertía. Como era un estudioso, y había adquirido modales de estudioso en una tranquila ciudad universitaria, sus nociones del extraño submundo de las grandes ciudades americanas eran tan esquemáticas como las que podrían resultar de un repaso desinteresado de la prensa diaria. No podía catalogar a este joven recién conocido por ningún saber de primera mano. Nunca había hablado con nadie parecido. Externamente, el joven podía ser el hijo estudiante de una familia culta, pero cuando hablaba uno tenía que revisar esta primera impresión.

—Bueno —exclamó Danny tras un breve silencio—, sé algo de esa África. Una vez vi una peli con leones, elefantes y muchos venados con cara de tontos y nombres raros. Así que ahí es a donde va. A cazar, supongo.

—No voy a cazar animales, sino piedras —explicó Smith.

—¡Caramba! ¿Quién caza piedras? —preguntó Danny—. Sé de tipos que liquidarían a su mejor amigo por una piedra.

—No del tipo que yo busco —le aseguró Smith.

—¿No se refiere a diamantes?

—No, sólo formaciones rocosas que me aporten datos sobre la estructura de la tierra.

—¿Y después de encontrarlas no puede convertirlas en dinero?

—No.

—Caramba, qué oficio tan curioso. Usted sabe mucho de África, ¿verdad?

—Sólo lo que he leído en los libros —respondió Smith.

—Una vez tuve un libro —dijo Danny, casi con un contoneo verbal.

—¿Ah sí? —dijo Smith educadamente—. ¿Era sobre África?

—No lo sé. Nunca lo leí. Oiga, he estado pensando —añadió—, ¿por qué no voy a África? Por lo que vi en aquella peli, no parece que haya mucha gente, y estoy seguro de que me gustaría estar lejos de la gente una temporada; estoy harto. ¿Es un sitio muy grande, África?

—Casi cuatro veces más que Estados Unidos.

—¡Caramba! ¿Y no hay polis?

—A donde yo voy, no; tampoco hay mucha gente. Quizá no veré a nadie más que a los miembros de mi safari durante semanas.

—¿Safari?

—Mi gente: porteadores, soldados, criados.

—Ah, su pandilla.

—Puede ser.

—¿Qué dice de que vaya con usted, señor? No entiendo su oficio y no quiero entenderlo, pero no pediré una parte del botín. Como la vieja dama que asistió al funeral, sólo quiero ir por el paseo.

Lafayette dudó. Había algo en aquel joven que le gustaba, y sin duda le encontraba interesante como carácter. También había algo indefinible en su actitud y en aquellos ojos azules y fríos que sugería que podría ser un buen compañero en una emergencia. Además, Lafayette Smith hacía poco había estado pensando que las largas semanas en el interior del continente sin la compañía de otro hombre blanco podrían resultar intolerables. Sin embargo, vacilaba. No sabía nada de aquel hombre. Podía ser un fugitivo de la justicia. Podía ser cualquier cosa. Bueno, ¿y qué? Había tomado una decisión.

—Si lo que le preocupa son los gastos —dijo Danny, dándose cuenta de la vacilación del otro—, olvídelos. Pagaré mi parte y algo más, si quiere.

—No pensaba en eso, aunque el viaje será caro, pero no mucho más si somos dos.

—¿Cuánto?

—Francamente, no lo sé, pero he estado calculando que cinco mil dólares deberían cubrirlo todo, aunque puedo estar equivocado.

Danny Patrick metió la mano en el bolsillo de los Pantalones y sacó un gran fajo de billetes, de cincuenta y de cien. Contó tres mil dólares.

Aquí hay tres mil para cerrar el trato —dijo—, y tengo más. No soy cicatero. Pagaré lo mío y parte de lo suyo también.

—No —dijo Smith, apartando los billetes que *Gunner* le ofrecía—. No es eso. Verá, no sabemos nada el uno del otro. Podría ser que no nos lleváramos bien.

—Usted sabe tanto de mí como yo de usted —replicó Danny—, y estoy dispuesto a arriesgarme. Quizá cuanto menos nos conozcamos, mejor. Bueno, yo voy a ir a África y si usted también va, podríamos ir juntos. Así se reducirán los gastos, y dos blancos es mucho mejor que uno solo. ¿Vamos juntos o nos separamos?

Lafayette Smith se echó a reír. Ahí, quizá, radicaba la gracia de la aventura, y en su corazón de estudioso había albergado largo tiempo la secreta esperanza de partir algún día a la aventura.

—Vamos juntos —dijo.

—¡Venga esos cinco! —exclamó *Gunner* Patrick tendiéndole la mano.

—¿Cinco qué? —preguntó Lafayette Smith, A. M., doctor en Filosofía, doctor en Ciencias.

IV

RECOGIENDO LAS HEBRAS

TRANSCURRIERON las semanas. Los trenes traquetearon y resoplaron. Los barcos surcaron las aguas. Los pies negros pisaron caminos trillados. Tres safaris, encabezados por hombres blancos procedentes de partes muy distantes de la tierra, avanzaban lentamente por diferentes senderos que conducían hacia la salvaje vastedad de los montes Ghenzi. Ninguno conocía la presencia de los otros, ni sus misiones estaban en modo alguno relacionadas.

Del oeste venían Lafayette Smith y *Gunner* Patrick; del sur, un cazador de caza mayor inglés, lord Passmore; del este, Leon Stabutch.

Los rusos habían tenido problemas con sus hombres. Éstos se habían alistado con entusiasmo, pero su impaciencia por actuar se había desvanecido al penetrar más profundamente en una región extraña y desconocida. Recientemente habían hablado con hombres de una aldea junto a la que habían acampado, y éstos les habían contado historias aterradoras de la gran banda de Shiftas, acaudillados por un hombre blanco, que aterrorizaba al país hacia el que se dirigían, matando, violando y haciendo esclavos para ser vendidos en el norte.

Stabutch se había detenido a mediodía para descansar en las laderas meridionales de las estribaciones de los montes Ghenzi. Al norte se elevaban los altos picos de la cadena principal; al sur, a sus pies, se veían el bosque y la jungla extendiéndose hasta perderse en la distancia; alrededor había ondulantes colinas, escasamente pobladas de árboles, y entre las colinas y el bosque había una llanura despejada cubierta de hierba donde pacían rebaños de antílopes y cebras.

El ruso llamó al jefe de los cargadores.

—¿Qué les ocurre a ésos? —preguntó, señalando con la cabeza hacia los porteadores, que se habían congregado y, en cuclillas, formaban un círculo y parloteaban en voz baja.

—Tienen miedo, *bwana* —respondió el negro.

—¿Miedo de qué? —quiso saber Stabutch, aunque conocía la respuesta.

—Miedo de los shiftas, *bwana*. Anoche desertaron otros tres.

—Bueno, tampoco los necesitábamos —espetó Stabutch—; la carga cada vez es más ligera.

—Otros huirán —dijo el jefe—. Todos tienen miedo.

—Será mejor que me tengan miedo a mí —estalló Stabutch—. Si desertan más, yo… yo…

—A ti no te tienen miedo, *bwana* —dijo el jefe con franqueza—. Temen a los shiftas y al hombre blanco que es su jefe. No quieren ser vendidos como esclavos, lejos de su país.

—No me digas que crees esa absurda historia, negro bribón —espetó Stabutch—. No es más que una excusa para regresar. Quieren ir a casa para holgazanear, los muy gandules. Y supongo que tú eres como ellos. ¿Quién te ha dicho que eres jefe? Si valieras un cópec enderezarías a esos tipos en un abrir y cerrar de ojos; y no se hablaría más de regresar, ni de más deserciones.

—Sí, *bwana* —replicó el negro; pero lo que pensó era asunto suyo y de nadie más.

—Ahora, escúchame —gruñó Stabutch, pero lo que debía escuchar el jefe jamás fue pronunciado.

La interrupción procedió de uno de los porteadores, que de pronto se puso de pie lanzando un grito de terror.

¡Mirad! —gritó, señalando hacia el oeste—. ¡Los shiftas!

Recortados en el cielo, un grupo de hombres a caballo habían detenido sus monturas en la cima de una colina baja a kilómetro y medio de distancia. Se hallaban demasiado lejos para que los excitados observadores del campamento ruso pudieran distinguir los detalles, pero la presencia de un grupo de hombres a caballo era lo único que los negros necesitaban para convencerse de que lo formaban miembros de la banda de los shiftas, sobre la que habían oído rumores aterradores que habían llenado de temor creciente sus pechos simples durante los últimos días. Las túnicas blancas ondeaban en la brisa de la cima de la distante colina, los cañones de los rifles y las puntas de las lanzas eran, incluso desde lejos, lo bastante reveladores de la verdadera naturaleza de sus propietarios como para no permitir albergar duda alguna, y sirvieron para que cristalizaran definitivamente las conjeturas de los miembros del safari de Stabutch y

aumentara su pánico.

Ahora estaban de pie, todos los ojos vueltos hacia la amenaza de aquella colina. De pronto, uno de los hombres corrió hacia los fardos que se habían dejado en el suelo durante el descanso de mediodía, gritando algo por encima del hombro. Al instante todos fueron a recoger la carga.

—¿Qué hacen? —gritó Stabutch—. ¡Detenles!

El jefe y los askaris corrieron hacia los porteadores, muchos de los cuales ya se habían echado el fardo al hombro y habían emprendido el camino de regreso. El jefe intentó detenerles, pero uno, un tipo corpulento, le derribó de un solo golpe. Luego, otro, que miró atrás hacia el oeste, lanzó un estridente grito de terror.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Vienen hacia aquí!

Los que le oyeron se volvieron para ver a los jinetes, con sus túnicas ondeando en la brisa, descendiendo la colina al galope, en dirección hacia ellos.

Eso bastó. Como un solo hombre, los porteadores, los askaris y su jefe se dieron media vuelta y huyeron. Los que se habían echado el fardo al hombro lo arrojaron al suelo para que su peso no les rezagara.

Stabutch se quedó solo. Por un instante vaciló y estuvo a punto de huir, pero casi de inmediato comprendió la inutilidad del intento.

Con fuertes gritos los jinetes se precipitaban hacia el campamento; y cuando le vieron allí de pie, solo, se detuvieron ante él. Tenían el rostro duro y un aspecto de villanos y malvados que habría hecho estremecer al corazón más valiente.

Su líder se dirigió a Stabutch en una lengua extraña, pero su actitud era tan claramente amenazadora que el ruso tuvo poca necesidad de conocer la lengua que hablaba el otro para reconocer la amenaza reflejada en su tono de voz y semblante ceñudo; pero disipó sus temores y recibió a los hombres con una fría ecuanimidad que les impresionó y les dio la idea de que el extranjero debía de estar muy seguro de su poder. Quizá no era más que la avanzadilla de un cuerpo mayor de hombres blancos.

Los shiftas miraron alrededor, incómodos, cuando esta idea fue expresada por uno de ellos, pues conocían bien el genio y los brazos de los hombres blancos y los temían. Sin embargo, pese a sus dudas, eran capaces de apreciar el botín del campamento, pues lanzaban miradas codiciosas y evaluadoras a los fardos abandonados por los porteadores fugitivos, muchos de los cuales aún estaban al alcance de la vista corriendo hacia la

jungla.

Como no lograba hacerse entender por el hombre blanco, el líder de los shiftas se puso a discutir acaloradamente con varios de sus hombres y cuando uno, a su lado, juntos los estribos, levantó su rifle y apuntó a Stabutch, el líder dio un golpe al arma y regañó enojado a su compañero. Después emitió varias órdenes, con el resultado de que, si bien dos de la banda se quedaron para vigilar a Stabutch, los otros desmontaron y cargaron los fardos en varios caballos.

Media hora más tarde, los shiftas se fueron por donde habían venido, llevándose todas las pertenencias del ruso y a él mismo, desarmado y prisionero.

Y, mientras se alejaban, unos agudos ojos grises los vigilaban desde la vegetación de la jungla, ojos que habían estado observando los acontecimientos en el campamento del ruso desde que Stabutch había ordenado el alto para el desastroso descanso de mediodía.

Aunque la distancia que había desde la jungla al campamento era considerable, nada había escapado a la aguda vista del observador que se reclinaba cómodamente en la horcadura de un gran árbol en la linde de la llanura. Sus reacciones mentales a los sucesos que había presenciado nadie habría podido adivinarlas por un posible cambio en la expresión de su semblante, que permaneció serio e inexpresivo.

Observó las figuras de los shiftas que se retiraban hasta que desaparecieron de la vista, y luego saltó ágilmente al suelo y avanzó por la jungla en dirección opuesta: la dirección que habían tomado los miembros fugitivos del safari de Stabutch.

Goloba, el jefe de porteadores, seguía con miedo los sombríos senderos de la jungla; y con él iba un número considerable de hombres del safari de Stabutch, todos igualmente temerosos de que los shiftas les persiguieran.

El primer ataque de pánico había disminuido y, a medida que transcurrían los minutos, sin señales de persecución, se fueron envalentonando, aunque en el pecho de Goloba creció otro temor que sustituía al anterior: el miedo del teniente de confianza que había abandonado a su *bwana* . Era algo que Goloba tendría que explicar algún día, y ya estaba formulando sus excusas.

—Se nos echaron encima, disparando sus rifles —lijo—. Eran muchos, al menos un centenar. —Nadie le discutió—. Peleamos valientemente en defensa del *bwana* , pero éramos pocos y no pudimos rechazarlos. —Se

interrumpió y miró a los que caminaban cerca de él. Vio que hacían gestos de afirmación con la cabeza—. Y entonces vi caer al *bwana* y por eso, para que no nos cogieran y nos vendieran como esclavos, huimos.

—Sí —dijo uno de los hombres que caminaban con él—, todo fue como Goloba ha dicho. Yo mismo… —pero no prosiguió. La figura de un hombre blanco bronceado, desnudo salvo por un taparrabo, cayó del follaje de los árboles al sendero una docena de metros más adelante. Se detuvieron como un solo hombre, la sorpresa y el miedo pintados en su rostro.

—¿Quién es el jefe? —preguntó el extranjero en su dialecto, y todos se volvieron a Goloba.

—Yo soy —respondió el jefe negro.

—¿Por qué habéis abandonado a vuestro *bwana*?

Goloba estaba a punto de responder cuando se le ocurrió que aquel hombre iba solo, armado de forma primitiva, sin compañeros, sin safari… era una pobre criatura en la jungla, inferior al negro más mezquino.

—¿Quién eres tú para interrogar a Goloba, el jefe de porteadores? —exigió, con una sonrisa despreciativa—. Apártate de mi camino —y avanzó por el sendero hacia el extraño.

Pero el hombre blanco no se movió. Simplemente habló, en tono bajo y regular.

—Goloba debería saber —dijo— que no debe hablar así a ningún hombre blanco.

El negro vaciló. No estaba muy seguro de sí mismo; sin embargo, se arriesgó a mantenerse firme.

—Los grandes *bwanas* no andan desnudos y solos por la jungla. ¿Dónde está tu safari?

—Tarzán de los Monos no necesita safari alguno —respondió el hombre blanco.

Goloba quedó perplejo. Nunca había visto a Tarzán de los Monos, pues venía de una región distante del terreno que pisaba Tarzán, pero había oído historias del gran *bwana* , historias que no habían perdido nada en la narración.

—¿Eres Tarzán? —preguntó.

El hombre blanco asintió y Goloba se hincó de rodillas, temeroso.

—¡Ten piedad, gran *bwana*! —suplicó—. Goloba no lo sabía.

—Ahora, responde a mi pregunta —dijo Tarzán—. ¿Por qué habéis abandonado a vuestro *bwana*?

—Nos ha atacado una banda de shiftas —respondió Goloba. Se nos han echado encima, disparando sus rifles. Eran al menos un centenar. Hemos luchado valientemente…

—¡Calla! —ordenó Tarzán—. He visto todo lo que ha ocurrido. No han disparado ni un solo tiro. Habéis huido antes de saber si los jinetes eran enemigos o amigos. Habla, pero di la verdad.

—Sabíamos que eran enemigos —lijo Goloba—, porque nos habían advertido los aldeanos, cerca de donde estábamos acampados, de que los shiftas nos atacarían y venderían como esclavo a todo el que fuera capturado.

—¿Qué más os dijeron los aldeanos? —preguntó el hombre mono.

—Que los shiftas están capitaneados por un hombre blanco.

—Eso es lo que deseaba saber —dijo Tarzán.

—¿Y ahora pueden irse Goloba y los suyos? —preguntó el negro—. Tenemos miedo de que los shiftas nos estén persiguiendo.

—No os persiguen —le tranquilizó Tarzán—. Les he visto cabalgar hacia el oeste, llevándose a vuestro *bwana*. Quiero saber más cosas de él. ¿Quién es? ¿Qué hace aquí?

—Es de un país muy lejano del norte —respondió Goloba—. Lo llamó «Rusa».

—Si —dijo Tarzán—, conozco el país. ¿Por qué ha venido?

—No lo sé —respondió Goloba—. No vino a cazar. No cazaba, salvo para comer.

—¿Habló alguna vez de Tarzán? —inquirió el hombre mono.

—Sí —respondió Goloba—. A menudo preguntaba por Tarzán. En cada aldea preguntaba cuándo habían visto a Tarzán y dónde estaba; pero nadie lo sabía.

—Eso es todo —dijo el hombre mono—. Podéis iros.

V

CUANDO EL LEÓN ATACÓ

LORD PASSMORE estaba acampado en un claro natural en la orilla de un riachuelo, a pocos kilómetros al sur del borde septentrional de la jungla. Sus fornidos porteadores y askaris estaban sentados en cuclillas ante los fuegos de cocinar, riendo y bromeando. Habían pasado dos horas desde la puesta de sol, y lord Passmore, impecablemente vestido con ropa de cena, estaba cenando, con su ayudante nativo de pie detrás de su silla, listo para anticiparse a cualquier necesidad.

Un negro alto y de buena complexión se acercó al toldo bajo el que habían colocado la mesa de campaña de lord Passmore.

—¿Me ha enviado a buscar, *bwana* ? —preguntó.

Lord Passmore miró los ojos inteligentes del apuesto negro. Había una levísima sombra de una sonrisa en las comisuras de la patricia boca del hombre blanco.

—¿Tienes algo de que informar? —preguntó.

—No, *bwana* —respondió el negro—. Ni al este ni al oeste hay señales de caza. Quizás el *bwana* ha tenido mejor suerte.

—Sí —respondió Passmore—. He sido más afortunado. Al norte he visto señales. Mañana, tal vez, tendremos mejor caza. Mañana… —se interrumpió de pronto. Los dos hombres se pusieron alerta y aguzaron el oído cuando oyeron un leve ruido que se elevaba por encima de las voces nocturnas de la jungla durante unos breves segundos.

El negro miró a su amo con aire interrogador.

—¿Lo has oído, *bwana*? —preguntó. El blanco asintió—. ¿Qué ha sido, *bwana* ?

—Se parecía diabólicamente a una ametralladora —respondió Passmore—. Venía del sur; pero ¿quién demonios dispararía una ametralladora aquí?, ¿y por qué por la noche?

—No lo sé, *bwana* —respondió el jefe de porteadores—. ¿Quiere que

vaya a averiguarlo?

—No —dijo el inglés—. Quizá mañana. Ya veremos. Ahora vete a dormir.

—Sí, *bwana* ; buenas noches.

—Buenas noches, y advierte al askari de guardia que esté alerta.

—Sí, *bwana*. —El negro hizo una profunda inclinación y se retiró de debajo del toldo. Luego, se alejó en silencio, con las llamas vacilantes de las fogatas reflejándose en su lisa piel oscura, bajo la cual se encontraban los fuertes músculos de un gigante.

—Esto es vida —observó Patrick—. Hace semanas que no veo ni un poli.

Lafayette Smith sonrió.

—Si lo único que temes, Danny, es a la policía, tu mente y tus nervios pueden estar tranquilos durante varias semanas más.

—¿Qué te hace pensar que tengo miedo a la poli? —preguntó Danny—. No he visto nunca un poli al que le tenga miedo. Son un puñado de inútiles. De todos modos, no tienen nada contra mí. Lo que hay que vigilar es si pueden enchironarte. Pero, caramba, aquí un menda no tiene que preocuparse por nada. —Se recostó cómodamente en su silla de campaña y exhaló lentamente una columna de humo de cigarrillo que se elevó perezosamente en el suave aire nocturno de la jungla—. Caramba —exclamó tras un breve silencio—. No sabía que uno pudiera sentirse tan en paz. Digo, ¿sabes que es la primera vez en años que no cojo una chata?

—¿Una qué?

—Una chata, un hierro, una pipa… ya sabes, una pistola.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —rió Smith—. ¿Por qué no tratas de hablar bien alguna vez?

¡Caramba! —exclamó Danny—. Mira quién habla. ¿Qué es aquello que me echaste encima el otro día, cuando cruzábamos aquel terreno ondulado y raso? Me lo aprendí de memoria: «Una zona de relieve bajo en un estado avanzado de disección madura». Y me dices a mí que hable bien. Tú y tus fallas y escarpas, tus calderas y solfataras… ¡caramba!

—Bueno, estás aprendiendo, Danny.

—¿Aprendiendo qué? Cada oficio tiene su vocabulario. ¿De qué me sirve el tuyo? Pero todo el mundo quiere saber lo que es una chata, si sabe lo que le conviene para la salud.

—Por lo que Ogonyo me ha dicho, puede que esté bien que sigas llevando tu chata —dijo Smith.

—¿Cómo es eso?

—Dice que estamos entrando en zona de leones. Incluso es posible que los encontremos cerca de aquí. No frecuentan las junglas, pero sólo estamos a una jornada de marcha de terreno más abierto.

—Sea lo que sea eso. Habla bien… ¡Caramba! ¿Qué ha sido eso? —Unos gruñidos surgieron de algún lugar del sólido muro negro de jungla que rodeaba el campamento, a los que siguió un estruendoso rugido que hizo temblar la tierra.

—¡Simba! —gritó uno de los negros, e inmediatamente media docena de hombres se apresuraron a añadir combustible a las fogatas.

Gunner Patrick se puso en pie de un salto y corrió a meterse en la tienda, de la que salió un instante después con una ametralladora Thompson.

—Al infierno la chata —dijo—. Cuando me encuentro en estos berenjenales quiero una matraca.

—¿Vas a liquidarle? —preguntó Lafayette Smith, cuya educación había progresado notablemente en las semanas que había pasado en compañía de Danny *Gunner* Patrick.

—No —admitió Danny—, a menos que quiera hacer ejercicio a mi costa.

Una vez más, el retumbante rugido del león quebró el silencio de la oscuridad. Esta vez sonó tan cerca que ambos hombres dieron un brinco, nerviosos.

—Al parecer acaricia esa idea —comentó Smith.

—¿Qué idea? —preguntó.

—Lo de hacer ejercicio.

—Los negros han tenido la misma corazonada —dijo Danny—. Míralos.

Los porteadores estaban visiblemente aterrados y se apretujaban cerca de las fogatas, mientras los askaris acariciaban el gatillo de sus rifles. *Gunner* se acercó a donde estaban con los ojos fijos en la oscuridad impenetrable.

—¿Dónde está? —preguntó a Ogonyo, el jefe de porteadores—. ¿Lo has visto?

—Por allí —dijo Ogonyo—. Parece que allí algo se mueve, *bwana* .

Danny miró hacia la oscuridad. No veía nada, pero le pareció oír un susurro de follaje más allá de las fogatas. Hincó una rodilla y apuntó con la ametralladora en la dirección del ruido. Hubo un estallido y un repentino ra-ta-tá del arma cuando apretó el gatillo. Por un instante, a los presentes les zumbaron los oídos y no oyeron nada, y luego, cuando sus nervios auditivos volvieron a la normalidad, a los oídos más aguzados llegó el rumor de arbustos aplastados que disminuía alejándose.

—Me parece que le he dado —dijo Danny a Smith, que se había acercado y estaba de pie detrás de él.

—No lo has matado —dijo Smith—. Lo habrás herido.

—Simba no está herido, *bwana* —dijo Ogonyo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Danny—. No se ve nada ahí.

—Si le hubieras herido habría atacado —explicó el jefe—. Ha huido. Ha sido el ruido lo que le ha asustado.

—¿Crees que volverá? —preguntó Smith.

—No lo sé, *bwana* —respondió el negro—. Nadie sabe lo que hará Simba.

—Claro que no volverá —dijo Danny—. Esta vieja matraca le ha dado un susto de muerte. Voy a acostarme.

Numa, el león, era viejo y estaba hambriento. Había estado cazando en terreno abierto, pero sus músculos, aunque aún fuertes, no eran lo que habían sido en sus mejores días. Cuando se levantaba sobre las patas traseras para atacar a Pacco, la cebra, o a Wappi el antílope, siempre era un poquito más lento de lo que había sido en el pasado; y su presa se le escapaba. Así que Numa, el león, había vagado por la jungla, donde el rastro de olor del hombre le había atraído hasta el campamento. Las hogueras de los negros le cegaban, pero más allá su olfato aún aguzado le decía que había carne y sangre, y Numa, el león, estaba famélico.

Lentamente su hambre iba superando su inherente deseo de evitar al hombre; poco a poco se fue acercando a los odiados fuegos. Agazapado, con el vientre casi rozando el suelo, avanzaba centímetro a centímetro. En unos momentos atacaría… y entonces oyó el estallido, el estruendo de la ametralladora, el chillido de las balas por encima de su cabeza.

La desconcertante brusquedad de este inesperado tumulto quebró el silencio cargado de miedo del campamento y la jungla y tocó los nervios tensos del gran felino, y su reacción fue tan natural como involuntaria. Girando sobre sus talones, se alejó en la jungla.

Los oídos de Numa, el león, no fueron los únicos en la jungla afectados por el discordante ruido de la ametralladora de *Gunner* Patrick, pues aquella aparente soledad de oscuridad impenetrable albergaba multitud de vidas. Por un instante, todo permaneció inmóvil debido al desconcierto; y, luego, siguió con las múltiples ocupaciones de su variada existencia. Algunos, preocupados por la extrañeza del ruido, se alejaron del campamento de los hombres; pero hubo al menos uno cuya curiosidad le llevó a investigar más de cerca.

Poco a poco el campamento se iba preparando para pasar la noche. Los dos *bwanas* se habían retirado a la reclusión de su tienda. Los porteadores en parte habían vencido su nerviosismo y la mayoría se había tumbado para dormir. Unos cuantos vigilaban las fogatas cerca de las cuales permanecían dos askaris de guardia, uno a cada lado del campamento.

—Numa se quedó de pie con la cabeza baja, en algún lugar, en la noche. El retumbar de la ametralladora no había apaciguado su apetito, sino que había aumentado su nerviosa irritabilidad. Ya rugía en protesta por tener el vientre vacío mientras observaba las llamas de las fogatas, que ahora alimentaron su ira hasta ahogar sus temores.

Y mientras el campamento se iba sumiendo poco a poco en el sueño, el cuerpo de color tostado del carnívoro se fue acercando lentamente al círculo de luz de las fogatas. Los ojos amarillo-verdosos miraron con salvaje fijeza a un askari que se apoyaba, soñoliento, en su rifle.

El hombre bostezó y cambió de postura. Reparó en el estado del fuego. Necesitaba combustible, y el hombre se volvió hacia el montón de ramas y leña que tenía detrás. Cuando se inclinó para recoger lo que precisaba, de espaldas a la jungla, Numa atacó.

El gran león deseaba golpear rápidamente y en silencio; pero algo dentro de él, la marca de los años, hizo brotar de su garganta un rugido bajo y siniestro.

La víctima lo oyó, y también *Gunner* Patrick, que yacía despierto en su cama. Cuando el askari se giraba en redondo hacia la amenaza de tan espantoso aviso, *Gunner* se puso en pie de un salto, cogió la Thompson y salió al exterior en el instante en que Numa se levantaba ante el negro. Un grito de terror brotó de los labios del hombre condenado en el instante en que las garras del león se hundieron en sus hombros. Luego, las gigantescas fauces se cerraron en su cara.

El grito, fruto del terror de la más absoluta indefensión, despertó al

campamento. Los hombres, sobresaltados, se pusieron en pie, la mayoría de ellos a tiempo de ver a Numa, medio arrastrando y medio acarreando a su víctima, alejarse en la oscuridad.

Gunner fue el primero en ver todo esto y el único en actuar. Sin esperar a arrodillarse, se llevó la ametralladora al hombro. Que las balas indudablemente alcanzarían al hombre si alcanzaban al león no tenía importancia para Danny Patrick, compañero de la muerte repentina y violenta. Habría podido argumentar que el hombre ya estaba muerto, pero no desperdició un pensamiento con una posibilidad que, en cualquier caso, no tendría consecuencias; así el ambiente y la costumbre embotan o apagan la sensibilidad del hombre.

El león aún era perceptible en la oscuridad cuando Danny apretó el gatillo de su amada ametralladora, y esta vez no falló; quizá fue una lástima, pues un león herido es un aparato de destrucción de lo más peligroso que una sabia Providencia puede crear.

Excitado por el ruido ensordecedor del arma, enfurecido por la herida infligida por la única bala que entró en su cuerpo, comprendiendo que iban a despojarle de su presa, inclinado a la rápida y salvaje represalia, Numa dejó caer al askari, giró en redondo y cargó directamente contra Danny Patrick.

Gunner ahora estaba arrodillado, para apuntar mejor. Lafayette Smith se hallaba de pie detrás de él, armado sólo con una pistola de calibre treinta y dos niquelada que algún amigo le había regalado años atrás. Un gran árbol extendía su ramaje sobre los dos hombres, un refugio que Lafayette Smith, al menos, habría debido buscar, pero su mente no fue rápida, pues, en verdad, no asaltó a Lafayette el temor por su propio bienestar o el de su compañero. Estaba excitado, pero no tenía miedo, ya que no concebía desastre alguno, en forma de animal u hombre, si estaba bajo la protección de Danny Patrick y su ametralladora. E incluso si se diera la remota posibilidad de que fallara, ¿no iba él mismo adecuadamente armado? Agarró la empuñadura de su reluciente juguete con más fuerza y con una renovada sensación de seguridad.

Los porteadores, que formaban apretados grupitos, permanecían con los ojos desorbitados aguardando el resultado de lo que estaba pasando, el cual llegó unos segundos después del instante en que una de las balas de Danny dio al carnívoro fugitivo.

Y mientras el león se dirigía hacia él, no dando saltos, sino

precipitándose a una increíble velocidad, varias cosas, cosas sorprendentes, ocurrieron casi simultáneamente. Y si hubo un elemento de sorpresa, también hubo, para Danny al menos, un motivo de turbación.

Cuando el león hubo dado la vuelta, Danny ya había apretado el gatillo de nuevo. El mecanismo de la pieza estaba preparado para una descarga continua de balas siempre que Danny siguiera apretando el gatillo y quedara el resto de las cien balas que cabían en el tambor; pero hubo sólo una breve explosión de fuego y, luego, el arma se encalló.

¿Cómo se puede describir con palabras en cámara lenta los pensamientos y sucesos de un segundo y dar a la narración la idea de la velocidad y acción del instante?

¿Intentó *Gunner* , frenético, sacar el cartucho vacío que había causado el atasco? ¿El terror penetró en su corazón e hizo que los dedos le temblaran y se movieran con torpeza? ¿Qué hizo Lafayette Smith? O, mejor dicho, ¿qué pensó hacer?, ya que no tuvo oportunidad más que de quedarse allí de pie, como observador silencioso de los acontecimientos. No lo sé.

Antes de que pudieran forjar un plan con el que salir de la emergencia, un hombre blanco de piel bronceada, desnudo salvo por un taparrabo, cayó de las ramas del árbol que había sobre ellos, directamente en el camino del león atacante. El hombre llevaba en la mano una pesada lanza y, cuando aterrizó en silencio en el suelo, ya estaba preparado para recibir el golpe del ataque del león con la punta de su arma.

El impacto del pesado cuerpo de Numa habría hecho caer a tierra a cualquier hombre más débil; pero éste se mantuvo en pie y la lanza se clavó unos buenos sesenta centímetros en el pecho del carnívoro, mientras en el mismo instante el hombre se hacía a un lado. Numa, interceptado antes de completar su carga, aún no se había erguido para asir a su pretendida víctima. Ahora, sorprendido y paralizado por este nuevo enemigo, mientras el otro se hallaba casi entre sus garras, se quedó momentáneamente confuso; y en ese breve instante, el extraño hombre-cosa saltó sobre su lomo. Un brazo gigantesco rodeó su garganta, unas piernas de acero se enlazaron en torno a su dilatada cintura y una robusta hoja se le clavó en el costado.

Hechizados, Smith, Patrick y sus hombres permanecieron con la mirada fija en la escena, incrédulos. Vieron a Numa volverse rápidamente para agarrar a su atormentador. Vieron a éste saltar y arrojarse al suelo en un

esfuerzo por desembarazarse de su oponente. Vieron la mano libre del hombre clavar repetidamente la punta de su cuchillo en el costado del enfurecido león.

De la masa enmarañada de hombre y león brotaban gruñidos y rugidos espantosos, cuyo elemento más aterrador llegó a los dos viajeros con el descubrimiento de que estos sonidos bestiales no surgían sólo de la salvaje garganta del león, sino también de la del hombre.

La batalla fue breve, pues el animal ya herido había recibido la lanza directamente en el corazón, y sólo su notable tenacidad le permitió vivir los pocos segundos que transcurrieron entre el golpe mortal y su desplome.

Cuando de pronto Numa cayó de costado, el hombre saltó a tierra. Por un momento se quedó mirando a su enemigo vencido, mientras Smith y Patrick permanecían en sobrecogida contemplación de la salvaje y primitiva escena; luego, se acercó un poco y, colocando un pie sobre el cuerpo de su presa, levantó el rostro al cielo y lanzó un grito tan espantoso que los negros cayeron al suelo aterrorizados mientras los dos blancos sentían que el pelo se les ponía de punta.

Una vez más, en la jungla se hizo el silencio y volvió la parálisis del terror momentáneo. Entonces, débilmente, de la lejanía, llegó la respuesta. En algún lugar del negro vacío de la noche un simio macho, que se había despertado, había respondido al grito de victoria de su compañero. Más débilmente, y desde una distancia mayor, llegó el retumbante rugido de un león.

El extraño se detuvo y cogió su lanza por el mango. Puso un pie sobre el hombro de Numa y retiró el arma del animal muerto. Luego, se volvió hacia los dos hombres blancos. Era la primera indicación que daba de que era consciente de su presencia.

—¡Caramba! —exclamó *Gunner* Patrick, cuyo vocabulario no alcanzaba para la ocasión.

El extraño les examinó fríamente.

—¿Quiénes sois? —preguntó—. ¿Qué hacéis aquí?

Que hablara inglés fue una sorpresa y un alivio para Lafayette Smith. De pronto pareció menos aterrorizado.

—Soy geólogo —explicó—. Me llamo Smith, Lafayette Smith, y mi compañero es el señor Patrick. Estoy aquí para llevar a cabo un trabajo de investigación de campo; es una expedición puramente científica.

El extraño señaló la ametralladora.

—¿Eso forma parte del equipo de campo normal de un geólogo? —preguntó.

—No —respondió Smith—, y no sé por qué el señor Patrick insistió en traerlo.

—No quería arriesgarme en un país lleno de extraños personajes —dijo —. Digo, un tipo que conocí en el barco me habló de esos que se comen a la gente.

—Puede ser práctico, quizá, para cazar —sugirió el extraño—. Un rebaño de antílopes sería un excelente blanco para un arma de esa clase.

—¡Caramba! —exclamó *Gunner*—, ¿qué crees que soy, un carnicero? La traje sólo por seguridad. Pero esta vez no ha valido la pena —añadió con disgusto—; se ha atascado cuando más la necesitaba. Pero, digo, usted estaba ahí. Se la debo, señor, y si alguna vez puedo devolverle el favor… —Hizo un gesto expansivo que completaba la frase y prometía todo lo que se pudiera pedir, más exactamente, a cambio.

El gigante asintió.

—No la utilice para cazar —dijo, y entonces, se volvió a Smith—: ¿Dónde va a llevar a cabo su investigación?

De pronto una luz de comprensión brilló en los ojos de *Gunner* y una expresión de pena se instaló definitivamente en su rostro.

—¡Caramba! —exclamó con disgusto mirando a Smith—. Habría debido saber que era demasiado bonito para ser cierto.

—¿El qué? —preguntó Lafayette.

—Lo que dije de que aquí no había polis.

—¿Adónde van? —volvió a preguntar el extraño.

—Vamos a los montes Ghenzi —respondió Smith.

—Digo, ¿quién diantres es usted? —preguntó *Gunner*—, ¿y qué le importa adónde vamos?

El extraño hizo caso omiso de estas palabras y se volvió de nuevo hacia Smith.

—Tengan mucho cuidado en la región de los Ghenzi —dijo—. Hay una banda de ladrones que operan allí y cogen esclavos, según tengo entendido. Si sus hombres se enteran puede que les abandonen.

—Gracias —respondió Smith—. Es muy amable de su parte avisarnos. Me gustaría saber con quién estamos en deuda —pero el extraño se había ido.

Tan misteriosa y silenciosamente como había aparecido, volvió a subir

al árbol y desapareció. Los dos blancos se miraron, atónitos.

—¡Caramba! —exclamó Danny.

—Ratifico plenamente tu opinión —dijo Smith.

—Digo, Ogonyo, ¿quién era ese tipo? ¿Tú o alguno de tus hombres le conoce?

—Sí, *bwana* —respondió el jefe de porteadores—, era Tarzán de los Monos.

VI

LAS AGUAS DEL CHINNERETH

LADY BARBARA COLLIS caminaba despacio por el polvoriento sendero que iba de la aldea al lago que se hallaba en el fondo del antiguo cráter que formaba el valle de la tierra de los midios. A su derecha iba Abraham, hijo de Abraham, y a su izquierda la muchacha de la cabellera dorada, Jezabel. Detrás de ellos iban los apóstoles, rodeando a una joven cuyo hosco semblante de vez en cuando cobraba vida con las temerosas miradas que lanzaba a los —ancianos que formaban su escolta o su guardia. Siguiendo a los apóstoles marchaba el resto de aldeanos, encabezados por los ancianos. Aparte de estas divisiones generales del cortejo, observadas aproximadamente, no existía ningún intento de mantener algo parecido a una formación ordenada. Avanzaban como ovejas, ya apiñados, ya separados sobrepasando los límites del estrecho sendero para desparramarse a ambos lados, adelantándose algunos unos metros sólo para volver atrás de nuevo.

Lady Barbara tenía miedo. Había aprendido muchas cosas en las largas semanas de su virtual cautividad entre aquella extraña secta religiosa. Entre otras cosas, había aprendido su lengua, y su dominio había abierto en su mente curiosa muchas vías de información que antes estaban cerradas. Y ahora estaba descubriendo, o eso creía, que Abraham, hijo de Abraham, alimentaba en su pecho un creciente escepticismo sobre su divinidad.

La primera noche que pasó en Midia había sido testigo de las crueles costumbres y ritos de aquel degenerado descendiente de la primera Iglesia cristiana, y mientras adquiría el conocimiento práctico de la lengua de la tierra y se enteraba del exaltado origen que los líderes de aquella gente le atribuían, y su posición de portavoz de su Dios, había utilizado su influencia para desalentar, e incluso prohibir, las prácticas más terribles y degradantes de su religión.

Si bien el recuerdo de los aspectos sobrenaturales del descenso de la

muchacha desde las nubes permanecía claro en la débil mente de Abraham, hijo de Abraham, y lady Barbara había tenido éxito en su campaña contra la brutalidad, la asociación diaria con esta visita celestial había llevado a disipar el temor sobrecogido que al principio había embargado al profeta de Pablo, hijo de Jehovah. Las prohibiciones de su celestial invitada eran contrarias a los deseos de Abraham, hijo de Abraham, y a la palabra de Jehovah tal como había sido interpretada por los profetas más allá de la memoria del hombre. Estos eran los fundamentos del creciente escepticismo del profeta, y la actitud cambiante del anciano hacia ella no pasaba inadvertida a la joven inglesa.

Hoy le había hecho caso omiso e incluso la estaba obligando a acompañarles y presenciar la prueba de su apostasía. ¿Qué habría a continuación? Lady Barbara no sólo había tenido prueba ocular del frenesí de sangre del terrible anciano, sino que durante horas había escuchado descripciones detalladas de orgías de horror de labios de Jezabel. Sí, lady Barbara Collis tenía miedo, y no sin razón; pero estaba decidida a efectuar un último esfuerzo para reafirmar su menguante autoridad.

—Piensa bien, Abraham, hijo de Abraham —dijo al hombre que caminaba a su lado—, en la ira de Jehovah cuando vea que le has desobedecido.

Voy por el sendero de los profetas —replicó el anciano—. Siempre hemos castigado a los que desafían las leyes de Jehovah, y Jehovah nos ha recompensado. ¿Por qué no íbamos a hacerlo ahora? La chica debe pagar el precio de su iniquidad.

—Pero si sólo ha sonreído —adujo lady Barbara.

—Eso es pecado a los ojos de Jehovah —repuso Abraham, hijo de Abraham—. La risa es carnal y las sonrisas conducen a la risa, que da placer; y todos los placeres son señuelos del Diablo. Son Perversos.

—No digas nada más —dijo Jezabel en inglés—. Sólo lograrás que se enfurezca, y cuando está furioso es terrible.

—¿Qué dices, mujer? —preguntó Abraham, hijo de Abraham.

—Estaba orando a Jehovah en la lengua del Cielo —respondió la muchacha.

El profeta posó su mirada ceñuda en ella.

—Haces bien en orar, mujer. Jehovah no te mira complacido.

—Entonces, seguiré orando —dijo la muchacha dócilmente, y a lady Barbara, en inglés, le dijo—: Ese viejo diablo ya está pensando en mi

castigo. Siempre me ha odiado, como siempre nos han odiado a las pobres criaturas que no hemos sido creadas con la misma imagen que ellos.

La notable diferencia en aspecto físico y mentalidad que distinguía a Jezabel de los otros midios era un fenómeno inexplicable que constantemente había desconcertado a lady Barbara y seguiría desconcertándola, ya que no podía saber nada de la joven esclava de pelo rubio cuya viril personalidad aún quería expresarse fuera de una tumba de diecinueve siglos de antigüedad. Cuán grandemente sobrepasaba la mentalidad de Jezabel la de sus imbéciles compañeros, había quedado demostrado a lady Barbara por la sorprendente facilidad con que la muchacha había aprendido a hablar inglés mientras le enseñaba a ella la lengua de los midios. ¡Con cuánta frecuencia y sinceridad había agradecido la bondadosa naturaleza de Jezabel!

La procesión había llegado ya a la orilla del lago, cuya leyenda aseguraba que no tenía fondo, y se había detenido donde había unas rocas de lava planas, de gran tamaño, que quedaban colgadas sobre las aguas. Los apóstoles ocuparon sus lugares con Abraham, hijo de Abraham, sobre una de las rocas, la muchacha en el medio; y entonces, a una señal de Jobab, se acercaron media docena de hombres más jóvenes. Uno de ellos llevaba una red de fibra y otros dos un pesado trozo de lava. Rápidamente arrojaron la red sobre la muchacha, que ahora estaba aterrada y no paraba de gritar, y la ataron a la roca de lava.

Abraham, hijo de Abraham, elevó las manos por encima de la cabeza y, a esta señal, todos se arrodillaron. El anciano se puso a rezar en aquella jerga ya familiar que no era midia, ni, según Jezabel, ninguna otra lengua, pues insistía en que el profeta y los apóstoles, a los que se restringía su uso, tampoco la entendían. La muchacha, arrodillada, ahora lloraba suavemente, a veces ahogándose al reprimir un sollozo, mientras los hombres jóvenes mantenían fija la red.

De pronto, Abraham, hijo de Abraham, abandonó la lengua celestial y habló en la lengua de su pueblo.

—Tal como ha pecado, así sufrirá —declaró—. Es la voluntad de Jehovah, en su infinita misericordia, que no sea consumida por el fuego, sino que sea sumergida tres veces en las aguas del Chinnereth para que sus pecados sean lavados. Oremos para que no sean demasiado graves, pues entonces no sobrevivirá.

Hizo una seña con la cabeza a los seis jóvenes, que parecían conocer

bien su tarea.

Cuatro cogieron la red y la levantaron entre ellos, mientras los dos restantes sujetaban los extremos de largas cuerdas de fibra que estaban unidas a ella. Cuando los cuatro comenzaron a hacer oscilar el cuerpo de la muchacha como un péndulo, los gritos de ésta pidiendo clemencia se elevaron sobre las silenciosas aguas del Chinnereth como un diapasón de horror, mezclados con los chillidos y gruñidos de los que, excitados hasta el punto de sobrepasar la capacidad de su sistema nervioso, caían al suelo presa de ataques de epilepsia.

Los hombres jóvenes hacían oscilar cada vez más deprisa su carga. De pronto, uno de ellos se desplomó, retorciéndose y echando espuma por la boca, en la superficie del gran bloque de lava sobre el que estaban, y el cuerpo de la muchacha cayó pesadamente sobre las duras rocas. Cuando Jobab hizo señas a otro joven para que ocupara el lugar del que había caído, un apóstol lanzó un grito y cayó en redondo.

Pero nadie hizo caso de los que se habían desplomado, y un momento después la muchacha se balanceaba de un lado a otro sobre las aguas del Chinnereth y sobre la dura superficie de la lava.

—¡En el nombre de Jehovah! ¡En el nombre de Jehovah! —entonaba Abraham, hijo de Abraham, siguiendo la cadencia del bulto oscilante—. ¡En el nombre de Jehovah! ¡En el nombre de su hijo…! —Hizo una pausa y, cuando el cuerpo de la muchacha volvió a pasar sobre el agua, prosiguió —:… ¡Pablo!

Era la señal. Los cuatro jóvenes soltaron la red y el cuerpo de la muchacha cayó en las oscuras aguas del lago. Hubo un chapoteo. Los gritos cesaron. Las aguas se cerraron sobre la víctima del cruel fanatismo, dejando sólo un círculo cada vez más amplio de pequeñas ondas y dos cuerdas de fibra que se extendían en el altar del castigo.

Durante unos segundos reinaron el silencio y la inmovilidad, salvo por los gruñidos y las contorsiones del ya numeroso grupo de víctimas de la Némesis de los midios. Entonces, Abraham, hijo de Abraham, habló de nuevo a los seis ejecutores, que de inmediato agarraron las dos cuerdas e izaron a la muchacha hasta que quedó colgando, goteando y tosiendo, sobre la superficie del agua.

Durante un breve intervalo la mantuvieron allí; y luego, a una orden del profeta, volvieron a dejarla caer al agua.

¡Asesino! —gritó lady Barbara, incapaz de seguir controlando su ira—.

Ordena que esa pobre criatura sea llevada a la orilla antes de que se ahogue.

Abraham, hijo de Abraham, volvió sus ojos a la muchacha inglesa, que casi se quedó paralizada por el horror: eran los ojos salvajes y fijos de un maníaco.

—¡Silencio, blasfema! —gritó el hombre—. Anoche caminé con Jehovah y me dijo que tú serías la siguiente.

—Oh, por favor —susurró Jezabel, tirando de la manga de lady Barbara —. No le enojes más o estás perdida.

El profeta se volvió de nuevo a los seis jóvenes y de nuevo, a su orden, la víctima fue izada sobre la superficie del lago. Fascinada por el horror de la situación, lady Barbara se acercó al borde de la roca y, al mirar abajo, vio a la pobre criatura inerte pero jadeando, en un esfuerzo por recuperar el aliento. No estaba muerta, pero otra inmersión seguramente sería fatal.

—Oh, te lo ruego —suplicó, volviéndose al profeta—. En el nombre de Dios misericordioso, no permitas que vuelvan a sumergirla.

Sin pronunciar una palabra de respuesta, Abraham, hijo de Abraham, dio la señal; y, por tercera vez, la chica, ahora inconsciente, fue arrojada al lago. La muchacha inglesa se hincó de rodillas en actitud de plegaria y, alzando los ojos al cielo, imploró fervientemente a su Hacedor que moviera el corazón de Abraham, hijo de Abraham, a la compasión, o que, por su propio amor, salvara a la víctima de aquellas criaturas descarriadas de una muerte segura. Durante un minuto rezó, y la muchacha siguió bajo las aguas. Entonces, el profeta ordenó que la sacaran.

—Si ahora es pura a los ojos de Jehovah —dijo—, emergerá viva. Si está muerta, es la voluntad de Jehovah. No he hecho sino caminar por los senderos de los profetas.

Los seis hombres jóvenes izaron la red a la superficie de las rocas, donde hicieron rodar el cuerpo inanimado de la muchacha hasta cerca de lady Barbara, que seguía de rodillas, rezando. Y entonces el profeta pareció reparar por primera vez en la actitud y voz suplicante de la chica inglesa.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Rezo a un Dios cuyo poder y clemencia superan tu comprensión —respondió—. Ruego por la vida de esta pobre criatura.

—No hay respuesta a tu plegaria —espetó el profeta con desdén, señalando el cuerpo inmóvil de la muchacha—. Está muerta y Jehovah ha revelado a todo el que haya dudado que Abraham, hijo de Abraham, es su profeta y que tú eres una impostora.

—Estamos perdidas —susurró Jezabel.

Lady Barbara creía lo mismo; pero pensó con rapidez, pues la situación era crítica. Se puso en pie y se encaró con el profeta:

—Sí, está muerta —dijo—, pero Jehovah puede resucitarla.

—Puede, pero no lo hará —replicó Abraham, hijo de Abraham.

——No por ti, pues está enojado con aquel que osa llamarse su profeta y sin embargo desobedece sus órdenes. —Se acercó apresurada al cuerpo sin vida de la joven—. Pero por mí la resucitará. ¡Ven, Jezabel, y ayúdame!

—Lady Barbara, como las mujeres jóvenes más modernas y con inclinaciones atléticas, conocía los métodos corrientes de reanimar a los ahogados; y se puso a trabajar en la víctima de la manía homicida del profeta con una voluntad derivada no sólo de la compasión, sino de la necesidad vital. De vez en cuando daba órdenes escuetas a Jezabel, órdenes que interrumpían pero no ponían fin a un torrente constante de palabras que ella expresaba como un cántico. Empezó con *La carga de la brigada ligera*, pero después de dos estrofas le falló la memoria y recurrió a *La madre Oca*, fragmentos del verso que aparece en *Alicia en el País de las Maravillas*, Kipling, Omar Khayyam; y, cuando la muchacha, tras diez minutos de angustioso esfuerzo, empezó a dar señales de vida, lady Barbara finalizó con extractos del *Discurso de Gettysburg* de Lincoln.

Agolpados en torno a ellas se encontraban el profeta, los apóstoles, los ancianos y los seis ejecutores, mientras más allá los aldeanos se apretaban lo más cerca que se atrevían para presenciar el milagro, si es que se producía.

—«Y este gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparecerá de la faz de la tierra» —entonó lady Barbara poniéndose en pie—. Dejad a la criatura en la red —ordenó, volviéndose a los jóvenes que la habían arrojado al agua, que tenían los ojos desorbitados— y llevadla con cuidado a la cueva de sus padres. ¡Ven, Jezabel! —No dirigió ni una mirada a Abraham, hijo de Abraham.

Aquella noche, las dos muchachas se sentaron a la entrada de su cueva contemplando el valle de Midia. Una luna llena bañaba de luz plateada la cima de la alta escarpadura del borde septentrional del cráter. A media distancia, las silenciosas aguas del Chinnereth tenían el aspecto de un escudo bruñido.

—Qué hermoso —suspiró Jezabel.

—Pero qué horrible, por culpa de los hombres —dijo lady Barbara con

un estremecimiento.

—Por la noche, cuando estoy sola, y únicamente veo las cosas bonitas, trato de olvidar al hombre —dijo la muchacha de la cabellera dorada—. ¿Hay tanta crueldad y perversión como aquí en la tierra de donde tú vienes, Barbara?

—Hay crueldad y perversión dondequiera que estén los hombres, pero en mi tierra no es tan horrible como aquí, donde gobiernan los sacerdotes y éstos sólo conocen la crueldad.

—Dicen que los hombres de allá son muy crueles —dijo Jezabel, señalando el otro lado del valle—, pero son hermosos, no como nuestro pueblo.

—¿Les has visto?

—Sí. A veces vienen a buscar cabras que se les han extraviado, pero no a menudo. Entonces nos persiguen y nos obligan a entrar en nuestras cuevas, y nosotros les echamos rocas haciéndolas rodar para impedir que suban y nos maten. Roban nuestras cabras y si capturan a alguno de nuestros hombres, también lo matan. Si estuviera sola, les dejaría atraparme porque son muy hermosos, y no creo que me mataran. Creo que les gustaría.

—No lo dudo —coincidió lady Barbara—, pero yo de ti no dejaría que me capturaran.

—¿Por qué no? ¿Qué esperanzas puedo tener aquí? Quizás algún día me pillen sonriendo o cantando, y entonces me matarán, y tú no has visto todos los métodos que tiene el profeta para destruir a los pecadores. Si no me matan, sin duda me llevarán a su cueva algunos horribles viejos; y allí, toda mi vida seré esclava suya y de sus otras mujeres; y las mujeres ancianas son más crueles que los hombres con los que son como yo. No, si no tuviera miedo de lo que hay en medio huiría e iría a la tierra de los midios del norte.

—Quizá tu vida será más feliz y más segura aquí conmigo, ya que hemos demostrado a Abraham, hijo de Abraham, que somos más poderosas que él; y cuando llegue el momento en que los míos me encuentren, o descubra una vía de escape, tú irás conmigo, Jezabel; aunque no sé si estarás mucho más segura en Inglaterra que aquí.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—Porque eres demasiado hermosa para estar totalmente a salvo o disfrutar de una felicidad completa.

—¿Crees que soy hermosa? Yo también lo he creído siempre. Me he visto reflejada en el lago o en un recipiente con agua; y me ha parecido que soy hermosa, aunque no me gustaban las otras muchachas de la tierra de los midios. Sin embargo, tú eres hermosa y yo no soy como tú. ¿Alguna vez has estado a salvo o has sido feliz, Barbara?

La inglesa se echó a reír.

—Yo no soy muy hermosa, Jezabel —explicó.

El ruido de una pisada en el empinado sendero que conducía a la cueva les llamó la atención.

—Viene alguien —dijo Jezabel.

—Es tarde —dijo lady Barbara—. Nadie debería venir a nuestra cueva.

—Quizás es un hombre de Midia del norte —sugirió Jezabel—. ¿Llevo el pelo bien arreglado?

—Será mejor que preparemos una roca en vez de pensar en nuestro cabello —dijo lady Barbara, con una breve carcajada.

—¡Ah, pero son unos hombres tan hermosos…! —suspiró Jezabel.

Lady Barbara sacó una pequeña navaja de uno de sus bolsillos y la abrió.

—No me gustan los hombres «hermosos» —dijo.

Las pisadas cada vez se oían más cerca; pero las dos jóvenes mujeres, sentadas a la entrada de su cueva, no veían el empinado sendero por el que se aproximaba su visitante nocturno. Entonces, una sombra atravesó el umbral y, un instante después, un anciano de elevada estatura apareció a la vista. Era Abraham, hijo de Abraham.

Lady Barbara se puso en pie y se encaró con el profeta.

—¿Qué te trae a mi cueva a estas horas de la noche? —preguntó—. ¿Qué es tan importante que no podía esperar hasta mañana? ¿Por qué me molestas ahora?

Durante un largo momento el anciano la miró echando fuego por los ojos.

—He caminado con Jehovah a la luz de la luna —dijo después—, y Jehovah ha hablado al oído de Abraham, hijo de Abraham, profeta de Pablo, el hijo de Jehovah.

—¿Y has venido para hacer las paces conmigo tal como Jehovah te ha indicado?

—Ésas no son las órdenes de Jehovah —replicó el profeta—. Él está enojado contigo, que has querido engañar al Profeta de su hijo.

—Debes de haber estado caminando con otro —espetó lady Barbara.

—No. He caminado con Jehovah —insistió Abraham, hijo de Abraham —. Me has engañado. Con trucos, quizás incluso con brujería, has devuelto a la vida a la que estaba muerta por voluntad de Jehovah; y Jehovah está enojado.

—Has oído mis plegarias y has presenciado el milagro de la resurrección —le recordó lady Barbara—. ¿Crees que soy más poderosa que Jehovah? Ha sido Jehovah quien ha levantado a la joven muerta.

—Has hablado incluso como Jehovah profetizó —dijo el profeta—. Y Él me ha hablado al oído y me ha ordenado que demuestre tu falsedad, para que todos los hombres vean tu iniquidad.

—Interesante, si fuera cierto —comentó lady Barbara—; pero no lo es.

—¿Osas poner en duda la palabra del profeta? —exclamó el hombre, encolerizado—. Pero mañana tendrás oportunidad de demostrar lo que afirmas. Mañana, Jehovah te juzgará. Mañana serás arrojada a las aguas del Chinnereth en una red con un peso, y no habrá cuerdas con las que sacarte a la superficie.

VII

EL CAZADOR DE ESCLAVOS

LEON STABUTCH, montado detrás de uno de sus captores, cabalgando hacia un destino desconocido, estaba justificadamente perturbado. Ya había estado a punto de morir a manos de uno de la banda, y por su aspecto y su actitud hacia él, no le resultaba difícil imaginar que lo eliminarían con el más mínimo pretexto.

Saber cuáles podían ser sus intenciones era altamente problemático, aunque se le ocurría un solo motivo que pudiera inspirarles la idea de conservarle. Pero si el rescate era su objetivo, no podía conjeturar ningún método por el que aquellos semisalvajes pudieran ponerse en contacto con sus amigos o superiores de Rusia. Se vio obligado a admitir que sus perspectivas parecían de lo más descorazonadoras.

Los shiftas se veían obligados a avanzar lentamente debido a los fardos que algunos de sus caballos acarreaban desde que habían saqueado el campamento del ruso. Tampoco habrían podido cabalgar mucho más deprisa, en ninguna circunstancia, por el sendero que habían tomado poco después de capturar a Stabutch.

La senda penetraba en un cañón estrecho y rocoso y ascendía serpenteando, muy empinada, para desembocar en una pequeña meseta, en cuyo extremo superior Stabutch vio que, a cierta distancia, aparecía una aldea vallada junto a un risco que rodeaba la meseta por completo.

Éste era, evidentemente, el destino de sus captores, que sin duda eran miembros de la banda cuya existencia había llenado de terror a sus hombres. Stabutch sólo lamentaba que el resto de la historia, que postulaba la existencia de un jefe blanco, fuera visiblemente erróneo, ya que habría supuesto menos dificultad arreglar los términos y la entrega de un rescate con un europeo que con aquellos ignorantes salvajes.

Cuando se acercaba a la aldea, Stabutch descubrió que se habían aproximado bajo la observación de vigías apostados detrás de la

empalizada, cuya cabeza y hombros ahora eran claramente visibles por encima de la tosca aunque sólida muralla.

Y entonces estos centinelas se pusieron a saludar dando gritos y haciendo preguntas a los miembros de la banda que regresaba, mientras la puerta de la ciudad se abría lentamente y los salvajes jinetes entraban en el recinto con su cautivo, que pronto fue el centro de atención de una multitud de hombres, mujeres y niños, curiosos e inquisidores, un grupo salvaje de hoscos negros.

Aunque no había nada que fuera explícitamente amenazador en la actitud de los salvajes, existía una clara hostilidad en su conducta que ensombreció aún más el ánimo ya deprimido del ruso; y cuando la cabalgata entró en el recinto central, alrededor del cual se hallaban agrupadas las chozas, experimentó una sensación de absoluta desesperanza.

En ese momento vio a un hombre blanco, de baja estatura y con barba, que salía de una de las escuálidas moradas; y al instante la depresión que se había apoderado de él se alivió en parte.

Los shiftas estaban desmontando y a él le hicieron bajar bruscamente del animal que le había transportado desde el campamento, y le empujaron sin ceremonia alguna hacia el hombre blanco, que se hallaba de pie en la entrada de la choza de la que había salido, examinando al prisionero con aire hosco mientras escuchaba el informe del líder de la banda que regresaba.

No apreció ninguna sonrisa en el rostro del hombre barbudo cuando se dirigió a Stabutch después de que el negro shifta hubiera completado su informe. El ruso reconoció que la lengua empleada por el extranjero era italiano, lengua que ni hablaba ni comprendía, y esto lo explicó en ruso; pero el barbudo se limitó a encogerse de hombros y a menear la cabeza. Entonces Stabutch probó el inglés.

—Eso está mejor —dijo el otro hombre—. Entiendo un poco el inglés. ¿Quién eres? ¿Cuál era el idioma en que me has hablado primero? ¿De qué país vienes?

—Soy científico —respondió Stabutch—. Te he hablado en ruso.

—¿Tu país es Rusia?

—Sí.

El hombre le miró atentamente un rato, como si tratara de leer los secretos más recónditos de su mente, antes de volver a hablar. Stabutch observó la complexión fuerte y robusta del extraño, los labios que

indicaban crueldad, ocultos sólo en parte por la densa barba negra, y los ojos duros y astutos, y supuso que podría irle tan mal como si estuviera en manos de los negros.

—¿Dices que eres ruso? —preguntó el hombre—. ¿Rojo o blanco?

Stabutch deseaba saber cómo responder a esta pregunta. Sabía que los rusos rojos no eran amados por todos los pueblos; y que a la mayoría de italianos le enseñaban a odiarlos, y sin embargo había algo en la personalidad de aquel extraño que sugería que podría estar más favorablemente inclinado a los rusos rojos que a los blancos. Además, admitir que era rojo tal vez asegurara al otro que podría obtener un rescate más fácilmente que de un blanco, la organización de los cuales era débil y pobre. Por estas razones, Stabutch decidió decir la verdad.

—Soy rojo —dijo.

El otro le examinó atentamente y en silencio un momento; luego, hizo un gesto que habría pasado inadvertido por cualquiera salvo por un comunista rojo. Leon Stabutch dejó escapar un audible suspiro de alivio, pero su expresión facial no indicó haber reconocido esta señal secreta cuando respondió de acuerdo con el ritual de su organización, mientras el otro le observaba bien.

—¿Tu nombre, camarada? —preguntó el barbudo en tono alterado.

—Leon Stabutch —respondió el ruso—. ¿Y el tuyo, camarada?

—Dominic Capietro. Vamos, hablaremos dentro. Tengo una botella con la que podemos brindar por la causa y conocernos mejor.

—Adelante, camarada —dijo Stabutch—. Siento la necesidad de tomar algo para calmar mis nervios. He pasado unas horas muy malas.

—Te pido disculpas por las molestias que te han dado mis hombres —dijo Capietro, entrando en la choza—, pero todo volverá a ir bien. Siéntate. Como ves, llevo una vida sencilla; pero ¿qué trono imperial puede compararse en grandeza con el seno de la Madre Tierra?

—Ninguno, camarada —coincidió Stabutch, observando la absoluta ausencia de sillas, o de taburetes siquiera, que el discurso del otro ya había sugerido—. En especial —añadió—, cuando se disfruta bajo un techo amistoso.

Capietro revolvió en un viejo macuto y por fin sacó una botella que descorchó y pasó a Stabutch.

—Las copas de oro son para los tiranos reales, camarada Stabutch —declaró—, pero nosotros no lo somos, ¿eh?

Stabutch se llevó la botella a los labios y tomó un tragó del fuerte líquido; cuando éste llegó ardiendo hasta su estómago y los vapores se le subieron a la cabeza, sus últimos temores y dudas desaparecieron.

—Dime ahora —dijo, pasándole la botella a su anfitrión—, por qué me capturaron, quién eres y qué será de mí.

—Mi jefe shifta me ha dicho que te encontró solo, pues tu safari te había abandonado y, como no sabía si eras amigo o enemigo, te trajo a mí. Has tenido suerte, camarada, de que hoy estuviera Dongo a cargo del grupo. Otro tal vez te habría matado primero y preguntado después. Son un hatajo de asesinos y ladrones, estos hombres míos. Han estado oprimidos por amos crueles y han sentido el tacón del tirano sobre su cuello, y sus manos están contra todos los hombres. No se les puede reprochar nada.

»Pero son buenos hombres. Me sirven bien. Son la mano de obra, y yo soy el cerebro; y dividimos los beneficios de las operaciones equitativamente: la mitad para la mano de obra y la mitad para el cerebro —y Capietro sonrió.

—¿Y tus operaciones? —preguntó Stabutch. Capietro frunció el entrecejo; luego, su rostro se iluminó.

—Eres un camarada, pero déjame decirte que no siempre es seguro ser inquisitivo.

—No me cuentes nada —dijo Stabutch encogiéndose de hombros—. No me importa. No es asunto mío.

—Bien —exclamó el italiano—, y por qué estás en África tampoco es asunto mío, a menos que quieras decírmelo. Bebamos de nuevo.

Mientras la conversación que siguió, puntuada por numerosos tragos, evitaba escrupulosamente las historias personales, la cuestión de la ocupación del otro era algo destacado en la mente de cada hombre; y para cuando los efectos naturales del licor tendieron a desarmar sus recelos, impulsaron a la confidencia y también estimuló la curiosidad de los dos, ambos estaban bastante borrachos.

Fue Capietro el que rompió la tensión del tremendo interés mutuo. Estaban sentados codo con codo sobre una alfombra de indiscutible suciedad, con dos botellas vacías y una recién abierta ante ellos.

—Camarada —dijo, arrojando un brazo sobre los hombros del ruso en gesto afectuoso—, me caes bien. A Dominic Capietro no le caen bien muchos hombres. Éste es su lema: «Que te gusten pocos hombres y ama a todas las mujeres» —y soltó una estruendosa carcajada.

—Bebamos por ello —sugirió Stabutch, uniéndose a las risas—. ¡De eso se trata!

—En el instante en que te he visto he sabido que eras un hombre como yo, camarada —prosiguió Capietro—, ¿y por qué ha de haber secretos entre camaradas?

—Claro, ¿por qué? —coincidió Stabutch.

—O sea, que te diré por qué estoy aquí con esta asquerosa banda de ladrones asesinos. Yo era soldado del ejército italiano. Mi regimiento se hallaba destinado en Eritrea. Yo fomentaba la discordia y el motín, como debe hacer todo buen comunista, cuando algún perro fascista me denunció al comandante. Me arrestaron. Indudablemente, deberían haberme fusilado, pero escapé y me dirigí a Abisinia, donde los italianos no son muy del agrado de sus habitantes; pero cuando se supo que era desertor me trataron bien.

»Al cabo de un tiempo conseguí empleo con un poderoso ras para entrenar a sus soldados en las líneas europeas. Allí aprendí el amárico, la lengua oficial del país, y también aprendí a hablar la de los galos, que constituían el grueso de la población del principado del ras para el que trabajaba. Como es natural, al ser contrario a cualquier forma de gobierno monárquico, empecé enseguida a instilar los gloriosos ideales del comunismo en el seno de los secuaces del viejo ras; pero, una vez más, mis planes fueron frustrados por un delator, y sólo por casualidad escapé con vida.

»Esta vez, sin embargo, logré tentar a varios hombres para que me acompañaran. Robamos caballos y armas del ras y cabalgamos hacia el sur, donde nos unimos a una banda de shiftas, o, más bien, debería decir que los absorbimos.

»Este cuerpo organizado de ladrones constituía una excelente fuerza con la que exigir tributo a cada viajero y caravana, pero las ganancias eran pequeñas y, por eso, nos movimos más hacia el sur, hasta esta remota región de los montes Ghenzi, donde podemos ejercer un lucrativo comercio de marfil negro.

—¿Marfil negro? No sabía que existiera.

Capietro se rió.

—Marfil de dos patas —explicó.

Stabutch emitió un silbido.

—Ah —exclamó—, creo que entiendo. Atrapas esclavos; pero ¿dónde

hay algún mercado de esclavos, aparte de los esclavos con salario de los países capitalistas?

—Te sorprenderías, camarada. Aún hay muchos mercados, incluidos los mandatos y protectorados de varios signatarios, altamente civilizados, de tratados mundiales dirigidos a la abolición de la esclavitud humana. Sí, soy cazador de esclavos; una vocación bastante notable para un licenciado universitario y ex editor de un periódico de éxito.

—¿Y prefieres esto?

—No tengo alternativa; y debo vivir. Al menos, creo que debo vivir, una forma muy común de racionalización. Verás, mi periódico era antifascista. Y ahora, camarada, te toca a ti: ¿qué investigación «científica» ha emprendido el gobierno soviético en África?

—Llamémoslo antropología —respondió Stabutch—. Estoy buscando a un hombre.

—Hay muchos hombres en África y mucho más cerca de la costa que la región de los Ghenzi. ¿Has *viajado tierra adentro en busca de un hombre?

—El hombre al que busco hay que encontrarlo al sur de los Ghenzi —respondió Stabutch.

—Quizá yo pueda ayudarte. Conozco a todos los hombres, al menos de nombre y por su fama, de esta parte del mundo —sugirió el italiano.

De haber estado enteramente sobrio, Stabutch habría vacilado en dar esta información a un completo extraño, pero el alcohol induce a las confidencias irreflexivas.

—Busco a un inglés conocido como Tarzán de los Monos —explicó.

Capietro entrecerró los ojos.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó.

—No hay otro a quien prefiriera ver —respondió Stabutch.

—¿Dices que está aquí, en la región de los Ghenzi?

—No lo sé. Ninguno de los nativos a los que he interrogado conocía su paradero.

—Su región está mucho más al sur de los Ghenzi —dijo Capietro.

—Ah, entonces, le conoces.

—Sí. ¿Quién no? Pero ¿qué tienes que ver con Tarzán de los Monos?

—He venido desde Moscú para matarle —espetó Stabutch, y en ese mismo instante lamentó haberlo confesado.

Capietro se relajó.

—Qué alivio —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el ruso.

—Temía que fuera amigo tuyo —explicó el italiano—, en cuyo caso no podríamos ser amigos tú y yo; pero si has venido a matarle, no tendrás más que mis mejores deseos y el más cordial apoyo.

El alivio de Stabutch fue algo casi esencial, tan considerable y auténtico fue.

—¿También tú tienes algo contra él? —preguntó.

—Es una constante amenaza para mis operaciones de marfil negro —respondió Capietro—. Me sentiría mucho más seguro si él no estuviera.

—Entonces, quizá me ayudarás, camarada —dijo Stabutch impaciente.

—No he perdido ningún hombre mono —replicó Capietro—, y si él me deja en paz, yo nunca iré por él. Esta aventura, camarada, no tendrás que compartirla conmigo.

—Pero me has arrebatado los medios para llevar a cabo mis planes. No puedo buscar a Tarzán sin un safari —se quejó Stabutch.

—Tienes razón —admitió el ladrón—, pero quizás el error de mis hombres pueda ser reparado. Tu equipo y mercancías están a salvo. Se te devolverán y, en cuanto a los hombres, ¿quién podría encontrarlos mejor que Dominic Capietro, tratante en hombres?

El safari de lord Passmore se dirigió hacia el norte, rodeando las colinas occidentales de los montes Ghenzi. Sus fornidos porteadores marchaban casi con la precisión de soldados entrenados, al menos porque se mantenían las distancias y no había rezagados. Un centenar de metros más adelante iban tres askaris y, detrás, lord Passmore, su mozo de armas y su jefe de cargadores. A la cabeza y en la retaguardia de la columna de porteadores iba un destacamento de askaris, hombres eficientes y bien armados. La expedición sugería una organización inteligente y una supervisión experta. La disciplina observada de buena gana era evidente, una disciplina que parecía ser respetada por todos con la posible excepción de Isaza, el ayudante de lord Passmore, que también era su cocinero.

Isaza marchaba donde se le antojaba, riendo y bromeando primero con uno y luego con otro de los miembros del safari; era la personificación del buen humor que impregnaba al grupo entero y que se manifestaba constantemente con las risas y canciones de los hombres. Era evidente que lord Passmore era un experto viajero africano y que sabía cómo tratar a sus seguidores.

Qué diferente era, en verdad, este ordenado safari, del otro que subía

con esfuerzo las laderas empinadas de los Ghenzi, unos kilómetros al este. Aquí, la columna se extendía a lo largo de más de un kilómetro, con los askaris mezclados entre los porteadores, mientras los dos hombres blancos a los que acompañaban iban mucho más adelante con un solo ayudante y un mozo de armas.

—Caramba —exclamó *Gunner*—, qué oficio tan asqueroso elegiste. Habría podido quedarme en casa y trepar por la fachada del *Sherman Hotel*, si hubiera querido hacer escalada, y siempre con comida y bebida al alcance de la mano.

—Ah, no habrías podido —dijo Lafayette Smith.

—¿Por qué no? ¿Quién me lo habría impedido?

—Tus amigos, los polis.

—Tienes razón, pero no les llames mis amigos, a esos asquerosos. Pero ¿adónde diantres me llevas?

—Creo que percibo en esta cadena montañosa pruebas de levantamiento por compresión horizontal —respondió Lafayette Smith—, y quiero examinar las indicaciones superficiales más atentamente de lo que es posible desde lejos. Por lo tanto, debemos ir a las montañas, ya que éstas no vendrán a nosotros.

—¿Y qué ganas con eso? Dinero no. Es un oficio tonto.

Lafayette Smith se echó a reír de buena gana. Estaban cruzando una pradera a través de la cual serpenteaba un arroyuelo, rodeada de bosque.

—Aquí se podría montar un buen campamento —dijo— desde el que trabajar durante unos días. Tú puedes cazar, y yo examinaré las formaciones que hay por aquí cerca. Después, proseguiremos.

—Por mí, bien —dijo *Gunner*—. Estoy harto de trepar.

—Supongamos que tú te quedas con el safari y haces que monten el campamento —sugirió Smith—. Yo subiré un poco más, a ver qué hay. Todavía es temprano.

—De acuerdo —asintió *Gunner*—. Detendré al grupo cerca de aquellos árboles. No te pierdas, digo, será mejor que te lleves a mi protector —dijo, señalando al mozo de armas.

—No voy a cazar —replicó Smith—. No le necesitaré.

—Entonces, llévate mi chata. —*Gunner* hizo ademán de desabrocharse la pistolera—. Podrías necesitarla.

—Gracias, tengo una —replicó Smith, dando unos golpecitos a su pistola de calibre treinta y dos.

—Caramba, no llamarás a eso una chata, ¿verdad? —preguntó *Gunner* con desprecio.

—Es todo lo que necesito. Estoy buscando rocas, no problemas. Vamos, Obambi —e hizo seña a su ayudante de que le siguiera cuando echó a andar por la pendiente hacia las montañas más elevadas.

—Caramba —masculló *Gunner*—, no he conocido a ningún tipo más chalado que éste; pero —añadió— es un tipo simpático. No puedes evitar que te caiga bien. —Luego, volvió su atención a elegir un lugar donde montar el campamento.

Lafayette Smith penetró en el bosque que había después de la llanura; y allí el camino se hizo más dificil, pues el terreno enseguida se elevó y la maleza se hizo densa. Se abrió paso como pudo, seguido de cerca por Obambi, y, al fin, llegó a una elevación, donde el bosque era menos denso debido a la naturaleza rocosa del suelo y la ausencia de capa superior de tierra. Ahí se detuvo para examinar la formación, pero enseguida volvió a ponerse en marcha, esta vez en ángulo recto a su dirección original.

Así, deteniéndose de vez en cuando para investigar, se movió erráticamente hasta que llegó a la cima de una montaña desde la que contemplaba una vista de kilómetros de accidentadas montañas que se extendían a lo lejos. El cañón que se hallaba ante él, separándole de la siguiente montaña, despertó su interés. La formación de la pared opuesta, decidió, merecía una investigación más de cerca.

Obambi se había arrojado al suelo cuando Smith paró. Parecía exhausto. No lo estaba. Simplemente, estaba disgustado. Para él, el *bwana* estaba loco, completamente loco. No podía explicar de otro modo la insensata ascensión, con una pausa ocasional para examinar las rocas. Obambi estaba seguro de que habrían podido descubrir muchas rocas al pie de las montañas si las hubieran buscado. Y, además, este *bwana* no cazaba. Suponía que todos los *bwanas* iban a África a cazar. Éste, que era tan diferente, debía de estar loco.

Smith miró a su asistente. Era una lástima, pensó, hacerle realizar aquella ascensión innecesariamente. Sin duda no había modo alguno en que el muchacho pudiera ayudarle, mientras que verle en un estado constante de agotamiento le causaba a Smith una impresión desfavorable. Sería mucho mejor estar solo. Se volvió al chico.

—Vuelve al campamento, Obambi —dijo—. No te necesito aquí.

Obambi le miró con sorpresa. Ahora tenía la certeza que el *bwana*

estaba muy loco. Sin embargo, sería mucho más agradable estar en el campamento que ascendiendo aquellas montañas. Se puso en pie.

—¿E1 *bwana* no me necesita? —preguntó—. Quizá me necesitará. — La conciencia de Obambi ya le estaba molestando. Sabía que no debía dejar solo a su *bwana* .

No, no te necesitaré, Obambi —le aseguró Smith—. Vuelve al campamento. Yo iré muy pronto.

—Sí, *bwana* —Obambi se volvió y descendió la montaña.

Lafayette Smith bajó al cañón, que era más profundo de lo que había supuesto, y luego emprendió la subida del lado opuesto, que resultó ser más agreste de lo que parecía desde la cima de la otra montaña. Sin embargo, encontró tantas cosas que le interesaban que consideró que valía la pena realizar el esfuerzo, y tan absorto estaba que no se dio cuenta del paso del tiempo.

Hasta que llegó a lo alto del otro lado del cañón no se fijó en la luz menguante que presagiaba la proximidad de la noche. Ni siquiera entonces se preocupó demasiado, pero se dio cuenta de que todo estaría muy oscuro antes de que hubiera vuelto a cruzar el cañón, y se le ocurrió que si seguía subiendo la montaña en la que se encontraba llegaría a la cabeza del cañón donde se unía con la montaña de la que había descendido, ahorrándose así una larga y ardua ascensión y acortando el tiempo, si no la distancia, de regreso al campamento.

Mientras avanzaba penosamente por la montaña, cayó la noche; pero él siguió adelante, aunque ahora sólo podía andar a tientas, lentamente, y no se le ocurrió hasta varias horas después que estaba irremediablemente perdido.

VIII

LOS MANDRILES

UN NUEVO día había nacido y África saludó el secular milagro de Kudu, que emergía de su madriguera tras las colinas orientales, y sonrió. Con excepción de algunos rezagados, las criaturas de la noche habían desaparecido y entregado el mundo a sus compañeros diurnos.

Tongani, el mandril, posado en su roca de centinela, examinaba la escena y, quizá, no sin apreciar la belleza; porque ¿quiénes somos nosotros para decir que Dios dio belleza a tantísimas de sus obras y, sin embargo, sólo dio a una el poder de apreciarla?

Bajo el vigilante se alimentaba la tribu de Zugash, el rey; fieras hembras tongani con sus cachorros pegados a la espalda, si eran muy jóvenes, mientras otros jugueteaban cerca, imitando a sus mayores en su constante búsqueda de comida; corpulentos y perversos machos; el viejo Zugash mismo, el más hosco y el más perverso.

Los ojos agudos y juntos del centinela, constantemente alerta, percibieron algo que se movía entre las colinas de abajo. Era la coronilla de un hombre. Después apareció la cabeza entera; y el centinela vio que pertenecía a un tarmangani; pero no dio la alarma, pues el tarmangani aún se hallaba lejos y podría no ir en la dirección de la tribu. El centinela vigilaría un poco más y se aseguraría, pues era imprudente interrumpir la alimentación de la tribu si no amenazaba ningún peligro.

Ahora el tarmangani estaba a plena vista. El tongani deseaba poder tener la evidencia de su fino olfato además de lo que veía con sus ojos; entonces no cabría duda, pues, como muchos animales, los tonganis preferían someter toda evidencia a su sensible olfato antes de aceptar el veredicto de sus ojos; pero el viento soplaba en dirección opuesta.

Quizá, también, el tongani estaba desconcertado, pues no había visto nunca a un tarmangani como éste, que iba casi tan desnudo como el propio tongani. Pero por la piel blanca le habría considerado un gomangani. Como

era un tarmangani, el centinela buscó el temido palo de trueno, y, como no vio ninguno, aguardó antes de dar la alarma. Pero entonces vio que la criatura iba directamente hacia la tribu.

El tarmangani hacía rato que era consciente de la presencia de los mandriles, pues su fuerte olor era transportado por el viento, que soplaba en su dirección, hasta su aguzado olfato. Además, había visto al centinela casi en el mismo instante en que éste le había visto a él; sin embargo, siguió adelante, caminando con una facilidad que sugería el poder y la salvaje independencia de Numa, el león.

De pronto, el tongani, el mandril, se puso en pie, lanzó un fuerte ladrido y, al instante, la tribu se puso en acción, echando a correr por los riscos bajos al pie de los cuales se habían estado alimentando. Allí se volvieron e hicieron frente al intruso, chillando con desafío mientras corrían excitados de un lado a otro.

Cuando vieron que la criatura iba sola y no llevaba palo de trueno, más que asustarse se pusieron furiosos y regañaron ruidosamente al centinela por haber interrumpido su alimentación. Zugash y varios de los machos más corpulentos incluso descendieron parte del risco para ahuyentarlo; pero sólo lograron aumentar su propia ira, pues el tarmangani siguió subiendo hacia ellos.

Zugash, el rey, estaba ahora fuera de sí. Hecho una furia, le amenazó.

—¡Vete! —gritó—. ¡Soy Zugash y mato!

Y entonces el extraño se paró al pie del risco y le escrutó.

—Soy Tarzán de los Monos —dijo—. Tarzán no viene a la región de los tongani a matar. Viene como amigo.

El silencio se hizo en la tribu de Zugash: el silencio de la sorpresa atónita. Nunca hasta entonces habían oído a ningún tarmangani ni gomangani hablar la lengua de los simios. Nunca habían oído hablar de Tarzán de los Monos, cuya región se hallaba mucho más al sur; pero, no obstante, quedaron impresionados por su capacidad de entenderles y hablarles. Sin embargo, era un extraño y, por eso, Zugash le ordenó que se marchara.

—Tarzán no desea quedarse con los tongani —replicó el hombre mono —, sólo desea pasar por aquí en paz.

—¡Vete! —gruñó Zugash—. Yo mato. Soy Zugash.

Tarzán trepaba por el risco con tanta facilidad como los mandriles. Fue su respuesta a Zugash, el rey. Nadie mejor que él conocía la fuerza, el valor

y la ferocidad del tongani; sin embargo, también sabía que podría estar en esa región algún tiempo y que, si quería sobrevivir, tenía que quedar grabado definitivamente en la mente de todas las criaturas inferiores como alguien que caminaba sin temor y al que era mejor dejar en paz.

Chillando con furia, los mandriles se retiraron y Tarzán alcanzó la cima del risco, donde vio a las hembras y cachorros que se habían dispersado, muchos de ellos yendo más arriba, mientras que los machos adultos se quedaban para luchar.

Cuando Tarzán se detuvo, justo después de la cima del risco, se encontró en el centro de un círculo de machos que gruñían, contra cuya fuerza y ferocidad juntas no podría hacer nada. A otra persona su situación le habría parecido precaria hasta la desesperación; pero Tarzán conocía a las criaturas salvajes de aquel mundo salvaje demasiado bien para esperar un ataque sin provocación, o el asesinato por el gusto de matar como ocurre con el hombre, única criatura que lo hace. También era consciente del peligro de su posición si un macho, más nervioso o suspicaz que sus compañeros, confundía las intenciones de Tarzán o malinterpretaba algún acto o gesto inocente como una amenaza contra la seguridad de la tribu.

Pero sabía que sólo un accidente podría precipitar un ataque y que, si no les daba motivos para combatirle, de buena gana le dejarían seguir su camino sin molestarle. Sin embargo, había tenido la esperanza de crear relaciones amistosas con los tongani, cuyo conocimiento de la región y sus habitantes podía ser de inestimable valor para él. Era mejor que la tribu de Zugash fuera aliada que enemiga. Y por eso intentó una vez más ganarse su confianza.

—Dime, Zugash —dijo, dirigiéndose al irritado rey mandril—, si hay muchos tarmangani en tu región. Tarzán busca a un tarmangani malo que tiene a muchos gomangani con él. Son hombres malos. Matan. Con palos de trueno. Matarán a los tongani. Tarzán ha venido a echarlos de tu país.

Pero Zugash sólo gruñó y apoyó la cabeza en el suelo, en gesto de desafío. Los otros machos se movían incansables lateralmente, con los hombros altos, la cola enroscada. Entonces, algunos de los machos más jóvenes se apoyaron con la cabeza en el suelo, imitando el gesto de desafío de su rey.

Zugash, haciendo muecas a Tarzán, levantaba Y bajaba las cejas rápidamente, dejando al descubierto el blanco de los ojos. Así, con su aspecto horrible, intentaba el viejo rey salvaje convertir el corazón de su

antagonista en agua; pero Tarzán se encogió de hombros con indiferencia Y siguió avanzando como si estuviera convencido de que los mandriles no aceptarían sus intentos amistosos.

Caminó directamente hacia los machos que le desafiaban en medio del camino, sin apresurarse y aparentemente sin interés; pero sus ojos estaban entrecerrados y alerta, todos sus sentidos en guardia. Un macho, de patas rígidas y porte arrogante, se apartó de mala gana; pero otro se quedó donde estaba. El hombre mono sabía que ésta era la verdadera prueba que decidiría el resultado.

Los dos ahora se hallaban muy cerca, cara a cara, cuando, de pronto, de los labios del hombre mono brotó un gruñido salvaje y, al mismo tiempo, atacó. Con un gruñido como respuesta y un salto de felino, el mandril se hizo a un lado; y Tarzán pasó por el borde del círculo, victorioso en el juego del farol que juegan todos los órdenes de cosas vivas suficientemente avanzadas en la escala de la inteligencia para poseer imaginación.

Al ver que el hombre-cosa no seguía hacia arriba tras las hembras y cachorros, los machos se contentaron con chillarle insultos y dirigir gestos nada lisonjeros en su dirección; pero éstos no eran actos que pusieran en peligro su integridad, y por eso el hombre mono les hizo caso omiso.

Se había desviado a propósito de las hembras y sus cachorros, con intención de rodearlos en lugar de precipitar un auténtico ataque si daba la impresión de que corrían peligro. Y así su camino le llevó al borde de un barranco poco profundo al que, sin que Tarzán ni los tongani lo supieran, una joven madre había huido con su pequeño cachorro.

Tarzán aún estaba a plena vista de la tribu de Zugash, aunque sólo él veía lo que había en el barranco, cuando de pronto ocurrieron tres cosas que destrozaron la paz que parecía descender de nuevo sobre la escena. Una fuerte corriente de aire sopló desde la densa vegetación transportando el olor de Sheeta, la pantera; un mandril lanzó un grito de terror; y, al mirar abajo, el hombre mono vio a la joven hembra, con su cachorro pegado a la espalda, huir hacia él perseguidas por la salvaje Sheeta.

Cuando Tarzán, reaccionando al instante a la necesidad del momento, saltó hacia abajo con la lanza en la mano, los machos de Zugash corrieron hacia allí en respuesta a la nota de terror expresada en la voz de la joven madre.

Desde su posición más elevada con respecto a actores de esta súbita tragedia, el hombre mono vio a la pantera por encima de la cabeza del

mandril y, al darse cuenta de que la bestia alcanzaría a su víctima antes de que pudiera llegarle auxilio alguno, arrojó su lanza con la esperanza de detener al carnívoro, aunque sólo fuera por un momento.

Era un lanzamiento que sólo una mano experta se habría atrevido a intentar, pues el peligro para el mandril era casi tan grande como el que amenazaba a la pantera en caso de que el hombre mono no apuntara a la perfección.

Zugash y sus machos, que se aproximaron galopando torpemente, llegaron al borde del precipicio a tiempo para ver la pesada lanza pasar sobre la cabeza de la hembra por un margen de centímetros e ir a hundirse en el pecho de Sheeta. Entonces bajaron, formando un grupo compacto, y con ellos iba un vizconde inglés, que saltó sobre una pantera sorprendida y enloquecida por el dolor.

Los mandriles saltaron sobre su enemigo hereditario y se apartaron, y el hombre bestia, rápido y ágil como ellos, saltó sobre el animal y le clavó su cuchillo de caza, mientras el frenético felino se lanzaba a un lado y a otro, contra un atormentador y contra otro.

Dos veces aquellas poderosas garras llegaron a su objetivo y dos machos cayeron al suelo, heridos y ensangrentados; pero la piel bronceada del hombre mono siempre esquivaba la furia de la pantera herida.

Breve fue la furiosa batalla, feroces los rugidos y gruñidos de los combatientes, prodigiosos los saltos y brincos de las excitadas hembras que merodeaban; y, luego, Sheeta, irguiéndose sobre las patas traseras, atacó salvajemente a Tarzán y, en el mismo instante, cayó muerta por la punta de la lanza que se le clavó en el corazón.

Al instante el gran tarmangani, que una vez había sido rey de los grandes simios, se acercó de un salto y puso un pie sobre el cuerpo de su presa. Alzó la cara hacia Kulu, el sol, y de sus labios brotó el horrible grito de desafío que lanza el simio macho que ha matado.

Por un momento reinó el silencio en el bosque, la montaña y la jungla. Sobrecogidos, los mandriles cesaron sus inquietos movimientos y su estruendo. Tarzán se inclinó y arrancó la lanza del cuerpo tembloroso de Sheeta, mientras los tongani le observaban con nuevo interés.

Entonces se acercó Zugash. Esta vez no apoyó la cabeza en el suelo en gesto de desafío.

—Los machos de la tribu de Zugash son amigos de Tarzán de los Monos —anunció.

—Tarzán es amigo de los machos de la tribu de Zugash —respondió el hombre mono.

—Hemos visto a un tarmangani —dijo Zugash—. Tiene muchos gomangani. Hay muchos palos de trueno entre ellos. Son malos. Quizás es el que busca Tarzán.

—Quizás —admitió el que había matado a Sheeta—. ¿Dónde están?

—Estaban acampados donde las rocas están sobre la ladera de la montaña, como aquí. —Señaló hacia el risco.

—¿Dónde? —volvió a preguntar Tarzán, y esta vez Zugash señaló hacia el sur.

IX

LA GRAN FISURA

EL SOL de la mañana brillaba sobre el Chinnereth y se reflejaba en las pequeñas ondas producidas por la brisa que recorrían su superficie como vastas compañías de soldados pasando revista con sus incontables lanzas reluciendo al sol; un aspecto deslumbrante de la belleza.

Pero para lady Barbara Collis significaba algo muy diferente: un esplendor superficial que ocultaba profundidades crueles y traidoras, el verdadero Chinnereth. Se estremeció cuando se aproximó a su orilla rodeada por los apóstoles, que iban precedidos por Abraham, hijo de Abraham, y seguidos por los ancianos y los aldeanos. Entre ellos, en algún lugar, sabía que estaban los seis jóvenes con su gran red y sus cuerdas de fibra.

¡Qué parecidos eran todos al Chinnereth, ocultando su crueldad y traición bajo una fina capa de piedad! Pero ahí terminaba el paralelo, pues el Chinnereth era hermoso. La joven miró los rostros de los hombres que tenía más cerca y volvió a estremecerse. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza —reflexionó—, luego, ¿quién creó a éstos?

Durante las largas semanas que el destino la había retenido en la tierra de los midios, a menudo había buscado una explicación al origen de esta extraña raza, y las deducciones de su activa mente no se habían desviado mucho de la verdad. Observando las exageradas características raciales de rostro y forma que les distinguían de otros pueblos que había visto, recordando su tendencia común a la epilepsia, había llegado a la conclusión de que eran los descendientes engendrados por endogamia de un antepasado común, que debía de ser retrasado y epiléptico.

Esta teoría explicaba muchas cosas; pero no explicaba la presencia de Jezabel, quien insistía en que era hija de dos de aquellas criaturas y en que, por lo que ella sabía, ninguna nueva cepa de sangre había sido jamás inyectada en las venas de los midios por la mezcla con otros pueblos. Sin

embargo, de alguna manera, lady Barbara sabía que dicha cepa tenía que haberse introducido, aunque no podía adivinar la verdad ni la antigüedad del hecho que yacía enterrado en la tumba de una joven esclava.

¡Y su religión! De nuevo se estremeció. ¡Qué espantosa variación de las enseñanzas de Cristo! Era una mezcla confusa de un cristianismo antiguo y un judaísmo aún más antiguo, transmitido oralmente a través de gente medio imbécil que no poseía escritura; un pueblo que había confundido a Pablo el Apóstol con Cristo el Maestro y perdido por completo la esencia de las enseñanzas del Maestro, interpolando al mismo tiempo espantosos barbarismos de su propia invención. A veces creía ver en esta exagerada desviación una sugerencia de paralelismo con otras sectas llamadas cristianas del mundo exterior civilizado.

Pero ahora el hilo de sus pensamientos fue interrumpido por la llegada de la procesión a la orilla del lago. Allí estaba la roca de lava plana de sombrío aspecto y recuerdo espantoso. Cuánto tiempo parecía haber transcurrido desde que había visto a los seis jóvenes lanzar a su víctima desde su superficie, y sin embargo había sido el día anterior. Ahora le tocaba a ella. El profeta y los apóstoles entonaban su parloteo sin sentido, con el fin de impresionar a los aldeanos con su erudición y ocultar el verdadero vacío de sus mentes, una práctica que no desconocían otras sectas más civilizadas.

Ahora la hicieron ponerse sobre la lisa superficie de lava, pulida por suaves sandalias y pies desnudos durante los incontables años en que se habían realizado estos crueles ritos junto a las aguas del Chinnereth. De nuevo oyó los gritos de la víctima del día anterior. Pero lady Barbara Collis no había gritado, ni lo haría. Al menos les privaría de esa satisfacción.

Abraham, hijo de Abraham, indicó a los seis hombres que se adelantaran; y se acercaron, con la red y las cuerdas. A sus pies se hallaba el pedazo de lava que haría de peso para la red y su contenido. El profeta alzó las manos por encima de la cabeza y los presentes se arrodillaron. En la primera fila, lady Barbara vio la cabellera rubia de Jezabel y su corazón se conmovió, pues había angustia en el bello rostro y lágrimas en los ojos adorables. Al menos había alguien que albergaba amor y compasión.

—He caminado con Jehovah —gritó Abraham, hijo de Abraham, y lady Barbara se preguntó si no tendría ampollas en los pies, ya que caminaba tan a menudo con Jehovah. La ligereza de esta idea hizo brotar una sonrisa involuntaria en sus labios, sonrisa que el profeta observó.

—Sonríes —dijo, enojado—. Ríes cuando deberías gritar y rogar clemencia como hacen los demás. ¿Por qué sonríes?

—Porque no tengo miedo —respondió lady Barbara, aunque estaba asustadísima.

—¿Por qué no tienes miedo, mujer? —preguntó el anciano.

—También yo he caminado con Jehovah —respondió—, y me ha dicho que no tema, porque tú eres un falso profeta y…

—¡Silencio! —retumbó Abraham, hijo de Abraham—. No blasfemes más. Jehovah te juzgará dentro de un momento. —Se volvió a los seis jóvenes—. ¡Metedla en la red!

Rápidamente le obedecieron y, cuando empezaban a hacer oscilar su cuerpo hacia un lado y otro, para ganar impulso hasta el momento en que la soltaran y la arrojaran al profundo lago, oyó al profeta recitar las iniquidades que ella había cometido y que Jehovah estaba a punto de juzgar a su peculiar manera. Su discurso estaba puntuado por los gritos y gruñidos de los que eran presa de los ataques, ya conocidos, que lady Barbara había llegado a asumir como algo tan cruel como los midios mismos.

La muchacha se sacó del bolsillo la pequeña navaja que era su única arma y la sujetó firmemente con una mano, con la hoja abierta y lista para el trabajo que tenía intención de realizar. ¿Y de qué trabajo se trataba? Es indudable que no podía esperar infligirse una muerte instantánea con aquella arma inadecuada. Sin embargo, en las últimas fases del miedo inducido por la absoluta indefensión y desesperación, cabe intentarlo todo, incluso lo imposible.

Ahora el balanceo la llevaba lejos sobre el Chinnereth. Los apóstoles y los ancianos, los que no se retorcían sobre el suelo rocoso presas de un ataque, entonaban su extraño cántico con voces excitadas hasta el frenesí por la inminencia de la muerte.

De pronto llegó la orden de Abraham, hijo de Abraham. Lady Barbara contuvo el aliento con un último jadeo atemorizado. Los seis soltaron la red. Un fuerte grito brotó de entre los aldeanos, el grito de una mujer, y mientras se hundía en las aguas oscuras, lady Barbara supo que era la voz de Jezabel, que expresaba la angustia de la tristeza. Entonces, el misterioso Chinnereth se cerró sobre su cabeza.

En aquel mismo momento, Lafayette Smith, A. M., doctor en Filosofía, doctor en Ciencias, avanzaba dando traspiés por una ladera rocosa que amurallaba el gran cráter donde se hallaba la tierra de los midios y el

Chinnereth. El hombre era tan consciente de la tragedia que se estaba desarrollando en el lado opuesto de aquella magnífica pared como del hecho de que se movía alejándose directamente del campamento que estaba buscando. Si hubiera habido alguien allí que le hubiese dicho que estaba irremediablemente perdido, se habría inclinado por discutir la afirmación, tan seguro estaba de que tomaba un atajo para ir al campamento, el cual imaginaba se hallaba a poca distancia más adelante.

Aunque no había cenado ni desayunado, el hambre aún no le causaba ninguna molestia, en parte por el hecho de que llevaba un poco de chocolate que le había ayudado a aliviar sus punzadas, y en parte por su interés por las formaciones geológicas que llamaban la atención de su mente estudiosa hasta el punto de hacerle obviar consideraciones materiales como el hambre, la sed y la comodidad del cuerpo. Incluso la cuestión de la seguridad personal quedaba relegada al olvido que solía tragarse todos los asuntos prácticos cuando Lafayette Smith estaba inmerso en las agradables aguas de la investigación.

En consecuencia, no se dio cuenta de la proximidad de un cuerpo leonado, ni de la mirada fija y penetrante de un par de crueles ojos amarillo-verdosos que traspasaban la armadura de su preocupación para perturbar ese sexto sentido que popularmente se supone nos avisa de un peligro invisible. Sin embargo, aunque hubiera tenido alguna premonición de amenaza a su vida o seguridad, indudablemente le habría hecho caso omiso, pues se sentía a salvo, adecuadamente protegido por la posesión de su pistola de calibre treinta y dos niquelada.

Mientras se dirigía hacia el norte por las laderas inferiores de una montaña cónica, la mente del geólogo estaba cada vez más absorta en la historia rocosa que la Naturaleza había escrito en el paisaje, una historia tan emocionante que incluso los pensamientos del campamento quedaron olvidados; y mientras se alejaba del campamento, un gran león le seguía.

Qué oculta necesidad instó así a Numa a seguir al hombre-cosa quizá ni el propio felino lo habría adivinado. No tenía hambre, pues hacía poco había acabado con una presa, tampoco comía hombres, aunque una combinación debidamente equilibrada de circunstancias fácilmente podría hacer que la balanza se decantara en esa dirección a causa del hambre, inevitable y a menudo recurrente. Puede que sólo fuera curiosidad, o, tal vez, algún motivo afín a esas ganas de jugar inherentes a todos los felinos.

Durante una hora Numa siguió al hombre —una hora de intenso interés

por parte de ambos—, una hora que habría estado repleta de mucho mayor interés para el hombre, aunque menos agradable, de haber compartido con Numa el conocimiento de su proximidad. Entonces el hombre se detuvo ante una estrecha grieta vertical en la escarpadura rocosa. ¡Aquella era una interesante entrada en el libro de la Naturaleza! ¿Qué fuerza titánica había desgarrado así la sólida roca de aquella imponente montaña? Quizá tenía su propio significado peculiar, pero ¿cuál era? Quizás en alguna otra parte de la cara de la montaña, que aquí se hacía escarpada, hubiera otra prueba que apuntara hacia una solución. Lafayette Smith levantó la vista hacia el risco que se elevaba sobre él, miró hacia delante y, luego, miró hacia atrás al camino por donde había venido… y vio al león.

Por un largo momento los dos se quedaron observándose el uno al otro. Sorpresa e interés fueron las emociones más claras que el descubrimiento engendró en la mente del hombre. Recelo e irritabilidad fue lo que se despertó en Numa.

«Muy interesante —pensó Lafayette Smith—. Un ejemplar espléndido»; pero su interés por los leones era puramente académico, y sus pensamientos pronto volvieron al fenómeno más importante de la grieta en la montaña, la cual ahora, de nuevo, reclamaba su absoluta atención. De ello puede deducirse que Lafayette Smith era o un hombre extraordinariamente valiente o un tonto. Sin embargo, ninguno de los dos supuestos sería completamente correcto, en especial el último. La verdad del asunto es que Lafayette Smith sufría de inexperiencia y de falta de sentido práctico. Aunque sabía que un león era, per se, una amenaza a la longevidad, no vio razón para que este león le atacara. Él, Lafayette Smith, no había hecho nada para ofender ni a este ni a ningún otro león; se ocupaba de sus asuntos y, como el caballero que era, esperaba que los demás, incluidos los leones, fueran igualmente considerados. Además, tenía una fe pueril en la infalibilidad de su pistola niquelada de calibre treinta dos en caso de que ocurriera lo peor. Por lo tanto, hizo caso omiso de Numa y volvió a la contemplación de la intrigante grieta.

Ésta tenía más de medio metro de anchura y se elevaba en la cara del risco tanto como alcanzaba la vista. Además, todo indicaba que continuaba muy por debajo de la superficie actual del suelo, pero los escombros provocados por la erosión de más arriba la habían llenado. Hasta dónde se extendía en el interior de la montaña no podía adivinarlo, pero esperaba que se adentrara y estuviera abierta a lo largo de gran distancia, en cuyo caso

ofrecería un medio único para estudiar el origen de este macizo montañoso.

Por lo tanto, con este pensamiento destacado en su mente, y con el león ya relegado al oscuro fondo de su conciencia, penetró en la estrecha abertura de la interesante fisura. Allí descubrió que ésta se curvaba poco a poco hacia la izquierda y se extendía hacia arriba hasta la superficie, donde era considerablemente más ancha que en el fondo, permitiendo así que entraran la luz y el aire.

Emocionado e irradiando orgullo por su descubrimiento, Lafayette subió gateando por las rocas caídas que llenaban el suelo de la fisura, con intención ahora de explorar la abertura en toda su extensión y, luego, volver lentamente hasta la entrada de una manera más ociosa, momento en que realizaría un minucioso examen de los registros geológicos que la Naturaleza hubiera impreso en las paredes de aquel majestuoso corredor. El hambre, la sed, el campamento y el león quedaban en el olvido.

Sin embargo, Numa no era geólogo. La gran grieta no despertó un palpitante entusiasmo en su amplio pecho. No le hizo olvidar nada y su interés se había despertado sólo hasta el punto de hacerle especular por qué el hombre-cosa había entrado allí. Como había percibido la actitud indiferente del hombre, su falta de prisa, Numa no podía atribuir su desaparición en el interior de la fisura a la huida, de la que no percibía ningún signo; y aquí puede reseñarse que Numa era experto en huidas. Durante toda su vida, las cosas habían huido de él.

A Numa siempre le había parecido injusto que las cosas intentaran, inevitablemente, escapar de él, en especial las cosas que él más codiciaba. Estaban, por ejemplo, Pacco, la cebra, y Wappi, el antílope, las más tiernas y más deliciosas de sus debilidades particulares, y, al mismo tiempo, las más huidizas. Todo habría sido mucho más sencillo si Kota, la tortuga, hubiera estado dotada de la velocidad de Pacco y ésta de la torpeza de Kota.

Pero en este caso no había nada que indicara que el hombre-cosa huía de él. Quizá, pues, se trataba de una traición. Numa se irritó. Con gran cautela se aproximó a la grieta en la que su presa había desaparecido. Numa ya empezaba a pensar en Lafayette Smith en términos de comida, ya que el largo rato de acecho había empezado a despertar en su vientre el primer y débil asomo de hambre. Se acercó a la abertura y miró dentro. El tarmangani no estaba a la vista. A Numa esto no le gustó, y expresó su desagrado con un enojado rugido.

Unos metros más adentro de la fisura Lafayette Smith oyó el rugido y se paró en seco.

—¡Maldito león! —exclamó—. Me había olvidado de él.

Se le ocurrió entonces que aquello pudiera ser la guarida de la fiera, un contratiempo de lo más lamentable, si era cierto. Por fin se dio cuenta de su situación y dejó las ensoñaciones geológicas que habían llenado su mente. Pero ¿qué iba a hacer? De pronto su fe en su pistola se tambaleó. Cuando recordó el aspecto de la gran bestia, el arma le pareció menos infalible; sin embargo, aún le proporcionaba cierta sensación de seguridad mientras sus dedos acariciaban su empuñadura.

Decidió que no sería sensato deshacer el camino hacia la entrada. Por supuesto, podía ser que el león no hubiera entrado en la fisura, o que ni siquiera tuviera intención de hacerlo. Por otra parte, podía ser que sí, en cuyo caso regresar hacia la abertura podía resultar embarazoso, si no desastroso. Quizá si esperaba un poco, el león se marcharía; y, entretanto, decidió que sería prudente adentrarse más en la grieta, ya que el león, si entraba, no podría penetrar hasta las profundidades del corredor. Además, existía la posibilidad de que más adelante encontrara alguna clase de refugio, una cueva, un saliente al que pudiera trepar, un milagro. Lafayette Smith estaba abierto a cualquier cosa.

Y, así, siguió adelante, desgarrándose la ropa y la carne con los fragmentos afilados de roca, penetrando más en aquel notable corredor que parecía no tener fin. Considerando lo que podía haber detrás de él, esperaba que no tuviera fin. De vez en cuando, se estremecía con la expectativa de tropezar con una pared. Se imaginaba la situación. De espaldas al rocoso final del callejón sin salida, se pondría cara al corredor, con la pistola en la mano. Entonces aparecería el león y le descubriría.

En este punto le costaba un poco construir la escena, porque no sabía lo que haría el león. Quizás al ver a un hombre, acobardado por la mirada superior del ojo humano, se daría la vuelta efectuando una apresurada retirada. O quizá no. Lafayette Smith se inclinaba por la conclusión de que no lo haría. Pero, desde luego, no tenía suficiente experiencia con animales salvajes para actuar como una autoridad sobre el tema. En realidad, en otra ocasión, mientras se hallaba realizando trabajo de campo, había sido perseguido por una vaca. Sin embargo, ni siquiera esta experiencia había sido concluyente; no había servido para demostrar definitivamente la intención última de la vaca, ya que Lafayette había alcanzado una cerca

cuando se hallaba a dos pasos por delante del animal.

Aunque el asunto parecía confuso por su absoluta ignorancia de la psicología leonina, estaba convencido de que debía visualizar la escena para estar preparado para la eventualidad.

Avanzando penosamente por entre los fragmentos que llenaban el suelo, lanzando ocasionales miradas atrás, volvió a imaginar su última escena con la espalda contra el fondo rocoso del corredor. El león avanzaba lentamente hacia él, pero Lafayette esperaba hasta que no hubiera posibilidad de fallar. Mantenía la sangre fría. La mano permanecía firme mientras apuntaba con atención.

Aquí las lamentaciones interrumpieron el tenor de sus reflexiones, lamentaciones por no haber practicado más asiduamente con su revólver. El hecho de que nunca hubiera disparado le preocupaba, aunque sólo vagamente, ya que albergaba la popular convicción subconsciente de que si un arma de fuego se apunta en la dirección de un objeto animado se convierte en un arma mortal.

Sin embargo, en esta imagen mental apuntó con cuidado; el hecho de que estuviera utilizando la vista frontal no le preocupaba. Apretó el gatillo. El león se tambaleó y estuvo a punto de caer. Fue preciso un segundo disparo para acabar con él, y cuando se desplomaba al suelo Lafayette Smith respiró hondo y exhaló un sincero suspiro de alivio. Notó que estaba temblando un poco como reacción a la tensión nerviosa que había experimentado. Se paró, se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la transpiración de la frente, sonriendo un poco al darse cuenta de la excitación que se había despertado en él. Sin duda alguna, el león ya se había olvidado de él y se había ido a por otra cosa, pensó.

Miró de nuevo hacia el camino por donde había venido mientras esta satisfactoria conclusión le pasaba por la cabeza; y entonces, a un centenar de metros, donde el corredor se doblaba en una curva, apareció el león.

X

EN LAS GARRAS DEL ENEMIGO

GUNNER estaba perturbado. Era por la mañana y Lafayette Smith aún no había regresado. La noche anterior le habían buscado hasta muy tarde, y ahora se disponían a seguir haciéndolo. Ogonyo, el jefe de porteadores, siguiendo instrucciones de *Gunner* , había dividido el grupo en parejas y, con excepción de cuatro hombres que se quedaron de guardia en el campamento, se fueron a buscar en diferentes direcciones, peinando la zona con atención para encontrar algún indicio del hombre desaparecido.

Danny había elegido a Obambi como compañero, hecho que molestó considerablemente al muchacho negro, pues había sido el objetivo de gran cantidad de enojados vituperios desde que Danny había descubierto, la tarde anterior, que había dejado a Smith solo en las montañas.

—No importa lo que él te dijera, idiota —le reprochaba *Gunner*—; no hiciste un buen negocio dejándole allí solo. Ahora te voy a llevar a dar un paseo, y si no encontramos a Lafayette tú no volverás.

—Sí, *bwana* —respondió Obambi, que no tenía ni la más remota idea de lo que decía el hombre blanco. Sin embargo, una cosa le complacía inmensamente, y era que el *bwana* insistía en llevar su propia arma, por lo que Obambi no tenía que acarrear más que un ligero almuerzo y dos tambores de munición. No es que los cuatro kilos y cuatrocientos gramos de una ametralladora Thompson hubieran sido para él una carga excepcionalmente pesada, pero Obambi siempre se alegraba de verse aliviado de cualquier carga. Habría agradecido la reducción de incluso unos gramos.

Gunner, intentando determinar la probable ruta que Smith habría seguido en busca del campamento, razonó de acuerdo con lo que supuso habría hecho él en iguales circunstancias; y, como sabía que Smith había sido visto por última vez muy por encima del campamento y un poco al norte, decidió buscar en dirección norte al pie de las colinas, pues era

evidente que un hombre en semejante situación bajaría la colina en lugar de seguir subiendo.

El día era caluroso y a mediodía *Gunner* estaba cansado, sudado y disgustado. Estaba particularmente disgustado con África, la cual, informó a Obambi, era «un sitio del infierno».

—Caramba —rezongó—, he andado hasta quedarme sin piernas, y no he avanzado nada. He caminado seis horas y en taxi lo habría podido hacer en veinte minutos. Claro que no hay polis en África, pero tampoco hay taxis.

—Sí, *bwana* —coincidió Obambi.

—¡Cierra el pico! —gruñó *Gunner* .

Estaban sentados a la sombra de un árbol en la ladera de una colina, descansando y almorzando. A poca distancia más abajo, la ladera caía en picado formando un risco de quince metros, hecho que no era evidente desde donde estaban sentados, igual que no lo era la aldea con empalizada que había en la base del risco. Tampoco vieron al hombre que estaba agazapado junto a un arbusto en el borde mismo del risco. Estaba de espaldas a ellos y, oculto tras el arbusto, contemplaba la aldea de abajo.

Allí estaba, según creía el observador, el hombre que buscaba; pero deseaba asegurarse, lo cual tal vez requiriera días de vigilancia. Sin embargo, el tiempo poco o nada significaba para Tarzán, no más que para cualquier otra bestia de la jungla. Volvería a menudo a este lugar ventajoso para observar. Tarde o temprano descubriría la verdad o la falsedad de su sospecha de que uno de los hombres blancos que veía en la aldea de abajo era el cazador de esclavos a causa del cual había venido al norte. Y así, como un gran león, el hombre mono permanecía agazapado, observando a su presa.

Abajo, Dominic Capietro y Leon Stabutch holgazaneaban a la sombra de un árbol fuera de la choza del ladrón y comían, ociosamente, su desayuno tardío, servidos por media docena de muchachas esclavas.

Un par de fuertes bebidas estimulantes habían animado sus cansados espíritus, que habían estado bajos tras su despertar después de los excesos del día anterior, aunque no se podría decir que ninguno de los dos se encontrara en buena forma.

Capietro, que estaba aún más hosco y pendenciero de lo normal, descargaba su ira en las desventuradas esclavas, mientras Stabutch comía en silencio, el cual rompió por fin para volver al tema de su misión.

—Debería ponerme en marcha hacia el sur —dijo—. Por lo que sé, no se gana nada buscando al hombre mono en esta parte del país.

—¿Qué prisa tienes por encontrarle? —preguntó Capietro—. ¿Mi compañía no es suficientemente buena para ti?

—«Los negocios antes que el placer», camarada, ya lo sabes —le recordó Stabutch en tono conciliador.

—Supongo que sí —gruñó Capietro.

—Me gustaría volver a visitarte cuando regrese del sur —sugirió Stabutch.

—Puede que no regreses.

—Lo haré. Hay que vengar a Peter Zveri. El obstáculo en la senda del comunismo debe ser destruido.

—¿El hombre mono mató a Zveri?

—No, le mató una mujer —respondió el ruso—, pero el hombre mono, como tú le llamas, fue directamente responsable del fracaso de todos los planes de Zveri y, por eso, indirectamente responsable de su muerte.

—Espero que te vaya mejor que a Zveri. Te deseo buena suerte, pero no envidio tu misión. Este Tarzán es como un león con el cerebro de un hombre. Es salvaje. Es terrible. En su región también es muy poderoso.

—Le cogeré, de todos modos —dijo Stabutch, seguro de sí mismo—. Si es posible, le mataré en el momento en que le vea, antes de que tenga oportunidad de sospechar; o, si no puedo hacerlo, me ganaré su confianza y su amistad y luego le destruiré, cuando menos desconfíe del peligro.

Las voces se elevaban hasta una gran distancia, y por eso, aunque Stabutch hablaba en tono normal, el vigía, agazapado en lo alto del risco, sonrió; fue una leve sugerencia de una sonrisa triste.

Así que por eso el hombre de «Rusa» del que Goloba, el jefe de porteadores, le había hablado preguntaba por su paradero. Quizá Tarzán lo sospechaba, pero se alegró de tener una prueba definitiva.

—Me alegraré si le matas —dijo Capietro—. Me dejaría sin negocio si conociera mi existencia. Es un canalla que impediría que un hombre se ganara un dólar honradamente.

—Puedes quitártelo de la cabeza, camarada —aseguró Stabutch—. Ya es como si estuviera muerto. Proporcióname hombres, y pronto estaré camino del sur.

—Mis ladrones ya se están preparando para ir a buscar hombres para tu safari —anunció Capietro, con un gesto de la mano en dirección a la zona

central, donde una veintena de asesinos estaban ensillando sus caballos preparándose para una incursión en una distante aldea galla.

—Que tengan suerte —deseó Stabutch—. Espero… ¿qué ha sido eso? —preguntó, poniéndose en pie de un salto cuando se oyó un súbito estrépito de roca y tierra cayendo detrás de ellos.

Capietro también se había levantado.

—¡Un corrimiento de tierras! —exclamó—. Ha caído una parte del risco. ¡Mira! ¿Qué es eso? —señaló un objeto que había en mitad de la escarpadura, la figura de un hombre blanco desnudo aferrado a un árbol que había encontrado sitio para sus raíces en la cara rocosa de la pendiente. El árbol, pequeño, se inclinaba bajo el peso del hombre. Lentamente fue cediendo, se oyó el ruido de madera que se rompía y entonces la figura cayó a la aldea, donde quedó escondida a la vista de los dos observadores blancos.

Pero Stabutch había visto la figura gigantesca del blanco semidesnudo el tiempo suficiente para compararla con la descripción que tenía del hombre por el que había venido desde Moscú. No podía haber dos iguales, de eso estaba seguro.

—¡Es el hombre mono! —exclamó—. ¡Vamos, Capietro, ya es nuestro!

Al instante, el italiano ordenó a varios shiftas que se adelantaran y capturaran al hombre mono.

La fortuna nunca está necesariamente con los valientes o los virtuosos. Por desgracia, es probable que se incline hacia el estandarte de los cobardes o los canallas. Ese día abandonó a Tarzán por completo. Cuando estaba agazapado en el borde del acantilado, contemplando debajo de él la aldea de Dominic Capietro, de pronto notó que la tierra cedía bajo sus pies. Como un felino, se puso en pie de un salto arrojando las manos por encima de su cabeza, como uno hace, de forma mecánica, para conservar el equilibro o buscar apoyo, pero fue demasiado tarde. Con una pequeña avalancha de tierra y roca resbaló por el borde del acantilado. El árbol, que crecía en parte en la cara del risco, interrumpió su descenso y, por un instante, le dio esperanzas de que podría escapar al mayor peligro de la caída final en la aldea, donde, si el impacto no le mataba, era evidente que lo harían sus enemigos. Pero por un instante albergó esperanzas. Con la rotura de la rama las ilusiones se desvanecieron y él cayó irremediablemente.

Danny *Gunner* Patrick, que había terminado su almuerzo, encendió un

cigarrillo y dejó vagar su mirada por el paisaje que se desplegaba formando un encantador panorama ante él. Criado en la ciudad, sólo veía una parte de lo que había que ver y de ello comprendía poco. Lo que más le impresionaba era la soledad de la perspectiva. «Caramba —se dijo—, ¡qué escondite! Aquí nunca encontrarían a un tipo». De pronto sus ojos se fijaron en un objeto que tenía delante.

—Eh, tío —susurró a Obambi—, ¿qué es eso? —Señaló en dirección a la cosa que había despertado su curiosidad.

Obambi miró y, cuando la encontró, sus ojos penetrantes la reconocieron como lo que era.

—Es un hombre, *bwana* —dijo—. Es el hombre que mató a Simba en nuestro campamento aquella noche. Es Tarzán de los Monos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó *Gunner* .

—Sólo hay un Tarzán —respondió el negro—. No podría haber otro, pues ningún otro hombre blanco en toda la jungla o la montaña o la llanura va vestido así.

Gunner se levantó. Iba a bajar a tener una charla con el hombre mono, quien, quizá, podría ayudarle en su búsqueda de Lafayette Smith; pero cuando se levantó vio que el hombre se ponía en pie de un salto y alzaba los brazos por encima de su cabeza. Luego, desapareció como si la tierra se lo hubiera tragado. *Gunner* frunció el entrecejo.

—Caramba —exclamó—, está locatis, ¿no?

—¿Qué, *bwana* ? —preguntó Obambi.

—Cierra el pico —espetó *Gunner*—. Ha sido curioso —masculló—. Me pregunto qué se habrá hecho de él. Supongo que voy a seguirle. Vamos —ordenó a Obambi.

Como había aprendido por experiencia (la experiencia de otros que no lo habían hecho) que prestar atención a los detalles es esencial para la busca continuada de la vida, la libertad y la felicidad, *Gunner* inspeccionó con atención su Thompson mientras caminaba rápida pero cautelosamente hacia el lugar donde había desaparecido Tarzán. Vio que había un cartucho en la cámara, que el tambor estaba debidamente colocado y que la palanca de control del fuego estaba puesta en fuego automático pleno.

En la aldea, que aún no veía y cuya presencia ni siquiera soñaba, los shiftas corrían hacia el lugar donde sabían que tenía que haber caído el cuerpo del hombre; a la vanguardia iban Stabutch y Capietro, cuando, de pronto, salió del interior de la última choza el hombre al que buscaban. No

sabían que había aterrizado en el tejado de paja de la choza de la que acababa de emerger, ni que, aunque en su caída al suelo había roto la techumbre, ésta había amortiguado su caída y por tanto no había sufrido ningún daño incapacitante.

A ellos les pareció un milagro; y verle así, aparentemente ileso, pilló a los dos hombres tan por sorpresa que se pararon en seco mientras sus seguidores, siguiendo su ejemplo, se agolpaban a su alrededor.

Stabutch fue el primero en recuperar la presencia de ánimo. Sacó el revólver de su funda y estaba a punto de disparar a bocajarro al hombre mono cuando Capietro le cogió la mano.

—Espera —gruñó el italiano—. No seas tan rápido. Aquí mando yo.

—Pero es el hombre mono —protestó Stabutch.

—Lo sé —replicó Capietro—, y por eso deseo cogerle vivo. Es rico. Nos proporcionará un gran rescate.

—Al diablo el rescate —exclamó Stabutch—. Es su vida lo que yo quiero.

—Espera a tener el rescate —dijo Capietro—, y después puedes ir por él.

Entretanto, Tarzán observaba a los dos hombres. Vio que su situación era de excepcional peligro. A uno de ellos le interesaba matarle y, si bien el rescate que buscaba el que hablaba podía impedirlo temporalmente, sabía que la más mínima provocación sería suficiente para hacer que éste le matara para impedir que escapara, mientras que era evidente que el ruso ya consideraba que había tenido suficiente provocación, y Tarzán no dudaba que encontraría la manera de cumplir sus deseos aun frente a las objeciones del italiano.

Si podía ponerse entre ellos, donde no pudieran utilizar armas de fuego contra él, debido al peligro de matar a miembros de su propio grupo, creía que, en virtud de su superior fuerza, rapidez y agilidad, podría huir hasta una de las empalizadas de la aldea, donde tendría alguna posibilidad de escapar. Una vez allí escalaría la valla con la rapidez de Manu, el mono, y con poco peligro aparte de los revólveres de los dos blancos, ya que despreciaba la puntería de los shiftas.

Oyó a Capietro llamar a sus hombres para que le cogieran vivo; y entonces, sin esperarles, atacó directamente a los dos blancos, mientras de su garganta brotaba el feroz rugido de bestia salvaje que, en más de una ocasión en el pasado, había hecho estragos en los nervios de sus oponentes

humanos.

Tampoco ahora falló en su propósito. Sorprendido y nervioso, Stabutch cayó atrás mientras Capietro, que no tenía deseos de matar al hombre mono a menos que fuera necesario, saltó a un lado y ordenó a sus seguidores que le capturaran.

Por un instante reinó la confusión en la aldea del cazador de esclavos blanco. Hombres que lanzaban gritos y maldiciones pululaban alrededor de un gigante blanco que luchaba con las manos desnudas, agarrando a un antagonista y lanzándolo a la cara de los otros, o que, utilizando el cuerpo de otro como un mayal, intentaba derribar a los que se oponían a él.

Entre la tupida masa de luchadores corrían perros excitados, ladrando y gañendo, mientras niños y mujeres situados alrededor del grupo lanzaban gritos de aliento a los hombres.

Poco a poco, Tarzán fue ganando terreno hacia uno de los muros de la aldea, donde, cuando retrocedió cedió rápidamente para esquivar un golpe, tropezó con un perro y cayó bajo una docena de hombres.

En lo alto del risco, *Gunner* Patrick contemplaba la escena.

—Esa multitud le ha cogido —dijo en voz alta—. Es un tipo corriente. Supongo que aquí es donde intervengo yo.

—Sí, *bwana* —coincidió el voluntarioso Obambi.

—Cierra el pico —ordenó *Gunner* , y entonces se llevó la Thompson al hombro y apretó el gatillo.

Mezclados con la rápida sucesión de disparos de la ametralladora, se oían los gritos y maldiciones de los hombres heridos y asustados y los chillidos aterrorizados de mujeres y niños. Como la nieve ante una lluvia de primavera, la multitud que había rodeado a Tarzán se disolvió cuando los hombres corrieron a buscar refugio en sus chozas o a montar sus ponis ensillados.

Capietro y Stabutch se encontraban entre estos últimos, e incluso antes de darse cuenta de lo que había ocurrido, Tarzán vio a los dos cruzar a toda velocidad las puertas abiertas de la aldea.

Gunner, tras observar el efecto satisfactorio de su fuego, dejó de disparar, aunque se mantuvo preparado para volver a inundar de balas la aldea en caso necesario. Sólo había apuntado al exterior del grupo que rodeaba al hombre mono, por temor a que una bala le diera al hombre al que intentaba socorrer; pero estaba dispuesto a arriesgarse a apuntar mejor si alguien se acercaba demasiado al gigante desnudo.

Vio a Tarzán solo en la calle de la aldea como un león acorralado, y entonces vio que sus ojos buscaban una explicación de la explosión de fuego que le había liberado.

—¡Aquí arriba, compañero! —gritó *Gunner* .

El hombre mono alzó los ojos y localizó a Danny al instante.

—Espera —gritó—. Estaré ahí arriba enseguida.

XI

LA CRUCIFIXIÓN

CUANDO las aguas del Chinnereth se cerraron sobre la cabeza de lady Barbara, la joven de la cabellera dorada, Jezabel, se puso en pie de un salto y corrió veloz entre los hombres congregados en la gran roca plana de lava desde la que la víctima del cruel fanatismo había sido arrojada a su condenación. Empujó bruscamente a los apóstoles para abrirse paso hacia la orilla, con lágrimas que se le desbordaban de los ojos y sollozos que le atenazaban la garganta.

Abraham, hijo de Abraham, que estaba directamente en su camino, fue el primero en adivinar su propósito de arrojarse al lago y compartir el destino de su amada amiga. Impelido no por una necesidad humanitaria, sino más bien por una egoísta determinación de reservar a la muchacha para otro destino que ya había elegido para ella, el profeta la agarró cuando estaba a punto de saltar al agua.

Jezabel se volvió contra el anciano como una tigresa y le arañó, le mordió y le dio patadas en un esfuerzo por liberarse, lo cual habría conseguido si el profeta no hubiera llamado a los seis ejecutores para que acudieran en su ayuda. Dos de ellos la agarraron y, al ver que sus esfuerzos eran inútiles, la muchacha desistió; pero entonces volvió toda su ira contra Abraham, hijo de Abraham.

—¡Asesino! —gritó—. ¡Hijo de Satanás! Que Jehovah te dé muerte por esto. Maldigo tu cabeza y la de toda tu familia. Malditos sean ellos y tú por el horrible crimen que hoy has cometido aquí.

—¡Silencio, blasfema! —gritó Abraham, hijo de Abraham—. Que la paz de Jehovah esté contigo, pues esta noche serás juzgada por el fuego. Llevadla a la aldea —ordenó a los dos que sujetaban a la joven— y atadla en una cueva. Procurad que no escape.

—Fuego o agua, me da lo mismo —declaró a gritos la muchacha mientras se la llevaban—, con tal de que me lleve lejos para siempre de

esta tierra maldita de los midios y de la bestia enloquecida que se hace pasar por el profeta de Jehovah.

Mientras Jezabel era arrastrada a la aldea entre sus dos guardias, los aldeanos se fueron detrás de ellos, gritando insultos las mujeres, y detrás de todos iban el profeta y los apóstoles, dejando a una veintena de sus compañeros yaciendo en el suelo, donde se retorcían, sin ser observados, con un ataque de epilepsia.

El impacto con la superficie del agua había dejado casi aturdida a lady Barbara, pero ésta había logrado no perder el sentido y el control de sus poderes mentales y físicos, de modo que, aunque desconcertada, podía poner en práctica el plan que había alimentado desde el instante en que fue consciente del destino al que el profeta la había condenado.

Como era una excelente nadadora y buceadora, la idea de permanecer sumergida bajo la superficie del Chinnereth durante unos minutos no le había causado una gran perturbación mental. Su único temor residía en la posibilidad de quedar tan gravemente lastimada por el impacto con el agua que le fuera imposible liberarse de la red. Su alivio fue grande, por tanto, cuando descubrió que no se hallaba indefensa, y no tardó un instante en sacar su pequeña navaja y ponerse manos a la obra para cortar las hebras de fibra de la red que la envolvía.

Trabajando rápidamente, pero, al mismo tiempo, de acuerdo con un plan práctico, cortó hebra tras hebra en línea recta, mientras la roca la arrastraba hacia el fondo. Constantemente tenía en su mente una sola advertencia: «¡Tranquila, tranquila!». Si se permitía ceder a la histeria, aunque sólo fuera por un instante, sabía que estaría perdida. El lago parecía no tener fondo y las hebras eran innumerables, mientras que el cuchillo se hacía cada vez menos afilado y sus fuerzas parecían menguar con suma rapidez.

«¡Tranquila, tranquila!». Tenía los pulmones a punto de explotar. «¡Sólo un poco más, tranquila!». Sentía que empezaba a perder el conocimiento. Hizo esfuerzos para pasar por la abertura que había practicado en la red, y estaba semiinconsciente cuando salió disparada rápidamente hacia la superficie.

Cuando asomó la cabeza fuera del agua, los que estaban sobre la roca, por encima de ella, tenían puesta su atención en Jezabel, que en aquel momento estaba dando patadas al profeta de Pablo, hijo de Jehovah, en las espinillas. Lady Barbara ignoraba todo esto; pero seguramente fue una

suerte para ella, porque impidió que alguno de los midios reparara en su resurrección desde las profundidades y le permitió nadar, sin que la vieran, bajo el refugio proporcionado por la roca sobresaliente desde la que la habían lanzado al lago.

Se encontraba muy débil y, con una plegaria de agradecimiento, descubrió un estrecho tramo de playa en la orilla del agua, bajo el gran bloque de lava que se cernía sobre ella. Mientras se arrastraba pesadamente, oyó las voces de los que estaban sobre la roca: la voz de Jezabel maldiciendo al profeta y la amenaza del anciano contra la muchacha.

El valor de Jezabel conmovió a lady Barbara, así como el saber que se había ganado una amiga tan leal y devota que estaba dispuesta a poner en peligro su propia vida simplemente por acusar al asesino de su amiga. ¡Qué magnífica era en su salvaje y primitiva denuncia! Lady Barbara casi la veía de pie, desafiando al mayor poder que su mundo conocía, su cabello dorado enmarcando el rostro oval, echando fuego por los ojos, sus labios curvados en una mueca de desprecio, su joven y esbelto cuerpo tenso por la emoción.

Y lo que había oído, y la idea de la indefensión de la joven frente al poder del vil anciano, hizo cambiar por completo los planes de lady Barbara. Había pensado permanecer oculta hasta la noche y, entonces, intentar escapar de aquel espantoso valle y sus locos habitantes. No la perseguirían, pues creerían que estaba muerta en el fondo del Chinnereth; y así podría buscar el camino para salir al mundo exterior sin peligro de encontrar interferencia alguna por parte del pueblo de Midia.

Ella y Jezabel habían especulado con frecuencia sobre la probabilidad de la existencia de una posible vía de ascenso de la pared del cráter; y en la entrada de la cueva que habían elegido, un lugar a medio camino de la cara occidental del cráter, donde el borde había caído hacia dentro, se ofrecía la mejor posibilidad de huida. Desde el fondo del valle se elevaban casi hasta la cima del cráter masas de roca que habían caído, y allí había decidido lady Barbara efectuar su primer intento hacia la libertad.

Pero ahora todo había cambiado. No podía abandonar a Jezabel, cuya vida se hallaba claramente en peligro debido a su amistad y lealtad. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Cómo podía ayudar a la muchacha? No lo sabía. De una sola cosa estaba segura: debía intentarlo.

Había presenciado suficientes horrores en la aldea de los midios del sur para saber que cualquier cosa que planeara Abraham, hijo de Abraham,

para Jezabel sin duda tendría su consumación cuando se hiciera oscuro, la hora qué él Prefería para sus horribles ritos religiosos. Sólo los que les llevaban a cierta distancia de la aldea, como las inmersiones en las aguas del Chinnereth, se efectuaban a plena luz del día.

Teniendo presente estos datos, lady Barbara decidió que podría esperar hasta que se hiciera de noche para aproximarse a la aldea. Si lo hacía más temprano podrían volver a capturarla, hecho que le impediría ir en ayuda de Jezabel, mientras que proporcionaría al profeta dos víctimas en lugar de una.

El ruido de voces arriba había cesado. Oyó los insultos de las mujeres que se alejaban y con esto supo que el grupo había regresado a la aldea. Bajo la sombra de la roca hacía frío, y más aún con la ropa mojada que se le pegaba al cuerpo; y por eso volvió a meterse en el agua y nadó por la orilla unos metros hasta que encontró un lugar donde salir y tumbarse bajo el agradable calor del sol.

Allí descansó unos minutos, y luego ascendió cautelosamente la orilla hasta que sus ojos estuvieron a nivel del suelo. A poca distancia vio a una mujer, tumbada de bruces, que intentaba incorporarse para sentarse. Estaba débil y deslumbrada, y lady Barbara comprendió que se estaba recuperando de uno de aquellos horribles ataques a los que casi todos los habitantes de la aldea estaban sujetos. Cerca de ella había otros; algunos yacían tranquilamente y otros se retorcían, y en la dirección de la aldea vio a varios que se habían recuperado lo suficiente para intentar el viaje de regreso a casa.

Lady Barbara se quedó tumbada muy quieta, con la frente oculta detrás de unos arbustos, y observó y esperó media hora, hasta que el último del infortunado grupo hubo recuperado el conocimiento y el control de sí mismo lo suficiente para partir en dirección a sus miserables moradas.

Entonces se quedó sola, con pocas probabilidades de que la descubrieran. Su ropa aún estaba mojada y era sumamente incómoda; por eso se apresuró a quitársela y la extendió al sol para que se secara, mientras que ella se entregaba al relajante placer de un baño de sol, alternado con alguna ocasional zambullida en las aguas del lago.

Antes de que el sol se ocultara tras el borde occidental del cráter, su ropa se había secado; y entonces se sentó, completamente vestida de nuevo, aguardando a que cayera la noche. Bajo ella se extendían las aguas del lago y más allá de la otra orilla apenas distinguía los contornos de la aldea de los

midios del norte, donde moraban los misteriosos «hombres hermosos» de los ensueños de Jezabel.

Indudablemente, pensó lady Barbara, el príncipe encantado imaginado por la chica dorada resultaría ser un Adonis bigotudo portador de un nudoso garrote; pero, aun así, era dificil imaginar hombres más degradados o repulsivos que los de su propia aldea. Casi cualquier cosa —incluso un gorila— parecería preferible a ellos.

Cuando se acercaba la noche, la muchacha vio que empezaban a encenderse algunas lucecitas en la aldea del norte —las fogatas para cocinar, sin duda—, y entonces se levantó y volvió el rostro hacia la aldea de Abraham, hijo de Abraham, de Jobab, Timoteo y Jezabel, hacia el peligro cierto y la muerte posible.

Mientras caminaba por el ya familiar camino hacia la aldea, la mente de lady Barbara Collis fue acosada por el problema aparentemente insoluble con que se enfrentaba, mientras en el borde de su conciencia se cernía el miedo a la soledad y la oscuridad de un país desconocido e inhóspito que es inherente a la mayoría de nosotros. Jezabel le había dicho que las bestias peligrosas eran casi desconocidas en la tierra de los midios; sin embargo, su imaginación fabricaba formas furtivas en la negrura, ruido de patas almohadilladas en el sendero detrás de ella y el aliento de unos pulmones salvajes. Sin embargo, delante de ella se hallaba una amenaza real mucho más terrible, quizá, que las garras rápidas y las fuertes fauces.

Recordó que había oído contar que los hombres que habían sido atacados por leones y vivían para contar su experiencia habían declarado, sin excepción, que no había existido dolor y habían sentido poco terror durante los rápidos momentos de la experiencia, y la joven sabía que había una teoría propuesta por ciertos estudiantes de la vida animal que decía que la muerte a manos de los carnívoros siempre era rápida, indolora y misericordiosa. ¿Por qué, se preguntó, de todas las cosas creadas sólo el hombre era caprichosamente cruel y sólo él, y las bestias domesticadas por él, mataban por placer?

Pero ya se aproximaba a la aldea y pasó de la posibilidad de ataque por parte de animales misericordiosos a la seguridad de un ataque por hombres inmisericordes, en caso de que la cogieran. Para reducir este riesgo rodeó la aldea a cierta distancia y llegó al pie del promontorio donde estaban situadas las cuevas y donde esperaba encontrar a Jezabel y, quizá, descubrir la manera de liberarla.

Levantó la mirada hacia la elevación rocosa, que parecía desierta, pues la mayoría de aldeanos se habían congregado en torno a un grupo de pequeños fuegos de cocina cerca de las pocas chozas que había al pie de la escarpadura. A menudo cenaban así, juntos, chismorreando, rezando y narrando experiencias y revelaciones; todos recibían revelaciones de Jehovah cuando «caminaban» con Él, paseos que constituían su explicación de sus ataques epilépticos.

Los miembros más imaginativos de la comunidad eran los recipientes de las revelaciones más notables; pero, como todos ellos eran estúpidos, Jehovah, al menos durante la estancia de lady Barbara entre ellos, no había revelado nada de naturaleza particularmente notable o inspiradora. Sus murmuraciones, igual que sus «experiencias», eran mezquinas, estrechas y sórdidas. Cada uno buscaba constantemente descubrir o inventar algún escándalo o herejía en la vida de sus compañeros, Y si el dedo señalaba a uno que no se hallaba congraciado con el profeta o los apóstoles, la víctima era muy probable que fuera condenada.

Al ver a los aldeanos congregados en torno a sus fogatas, lady Barbara inició el ascenso del empinado sendero que zigzagueaba por la cara del risco. Se movía lentamente y con cautela, deteniéndose a menudo para mirar alrededor, arriba y abajo; pero, pese a sus temores y dudas, finalmente llegó a la boca de la cueva que ella y Jezabel habían ocupado. Si esperaba encontrar allí a la muchacha de la cabellera dorada sufrió una decepción, pero, al menos, si bien Jezabel no se hallaba allí, era un alivio que no hubiera nadie más, y, con una sensación de mayor seguridad que la que había sentido desde el amanecer de aquel día lleno de acontecimientos, se arrastró al interior y se arrojó sobre el jergón de paja que las jóvenes habían compartido.

¡El hogar! Aquella tosca madriguera, no mejor que las que alojaban a las bestias salvajes, ahora era el hogar de lady Barbara Collis, que se había pasado la vida en los salones de mármol del conde de Whimsey. Ahora su mente estaba impregnada de los recuerdos de la extraña amistad y afecto que poco a poco habían unido a estas dos muchachas, cuyos orígenes y antecedentes apenas podían ser más diferentes. Aquí, cada una había aprendido la lengua de la otra, aquí habían reído y cantado juntas, aquí habían intercambiado confidencias, y aquí habían planeado juntas un futuro en el que no se separarían. Las frías paredes parecían más cálidas gracias al amor y a la lealtad de los que habían sido mudos testigos.

Pero ahora lady Barbara se hallaba sola. ¿Dónde estaba Jezabel? Era la respuesta a esta pregunta lo que la joven inglesa tenía que encontrar. Se acordó de la amenaza del profeta: «Esta noche serás juzgada por el fuego». Debía darse prisa, pues, si quería salvar a Jezabel. Pero ¿cómo lo haría con los obstáculos aparentemente insalvables con que se enfrentaba?: su ignorancia del lugar donde retenían a Jezabel, el número de sus enemigos, su desconocimiento de la región por la que se vería obligada a huir, en caso de tener la buena fortuna de poder escapar de la aldea.

Se dio ánimos. Allí tumbada no conseguiría nada. Se levantó y miró hacia la aldea, abajo; y, al instante, volvió a estar alerta, pues allí estaba Jezabel. Se hallaba de pie entre dos guardias, rodeada por muchos aldeanos, que mantenían un espacio abierto a su alrededor. Después, los espectadores se separaron y aparecieron unos hombres llevando una carga. ¿De qué se trataba? La dejaron en el centro del espacio abierto, frente a Jezabel; y entonces lady Barbara vio lo que era: una gran cruz de madera.

Un hombre estaba haciendo un agujero en el centro del espacio circular que habían dejado alrededor de la prisionera, otros traían haces de leña Y broza. Entonces los hombres que vigilaban a Jezabel la agarraron y la hicieron ponerse en el suelo. La tumbaron sobre la cruz y le extendieron los brazos en los de aquélla.

A lady Barbara le embargó el horror. ¿Iban a perpetrar la horrible atrocidad de clavarla a la cruz?

Abraham, hijo de Abraham, se hallaba junto al extremo superior, con las manos en actitud de plegaria, la personificación de la hipocresía piadosa. La muchacha sabía que ninguna crueldad, por atroz que fuera, era ajena a aquel hombre. También sabía que ella no tenía poder alguno para impedir la consumación de este horrible acto; sin embargo, dejó a un lado toda prudencia y su propio interés y, con un grito de alarma que destrozó el silencio de la noche, echó a correr a toda velocidad por el empinado sendero hacia la aldea: un autosacrificio ofrecido de buena gana en el altar de la amistad.

Sobresaltados por su grito, todos los ojos se volvieron a ella. En la oscuridad no la reconocieron, pero su mente estúpida se llenó de preguntas y de terror cuando vieron que algo se precipitaba desde el promontorio hacia ellos. Incluso antes de que ella hubiese llegado al círculo de luz del fuego donde se hallaban, muchos ya habían empezado a sufrir ataques de epilepsia inducidos por la conmoción nerviosa de esta visita inesperada.

Cuando estuvo más cerca y la reconocieron, otros se desplomaron, pues ahora en verdad parecía que se había operado un milagro y que los muertos se habían levantado de nuevo, ya que el día anterior habían visto resucitar a la muchacha muerta.

Apartando a los que no eran lo bastante rápidos en dejarle paso, lady Barbara llegó al centro del círculo. Cuando sus ojos cayeron sobre ella, Abraham, hijo de Abraham, palideció y dio un paso atrás. Por un instante pareció al borde de un ataque.

—¿Quién eres? —gritó—. ¿Qué haces aquí?

—Sabes quien soy —respondió lady Barbara—. ¿Por qué tiemblas si no sabes que soy la mensajera de Jehovah a quien has injuriado e intentado destruir? Estoy aquí para salvar de la muerte a la joven Jezabel. Más adelante Jehovah enviará su ira sobre Abraham, hijo de Abraham, y sobre el pueblo de la tierra de Midia por sus crueldades y sus pecados.

—No lo sabía —exclamó el profeta—. Dile a Jehovah que no lo sabía. Intercede por mí, que Jehovah me perdone; y si hay algo que está en mi poder concederte, será tuyo.

Tan grande fue su sorpresa por el giro que habían dado los acontecimientos que se quedó unos instantes aturdida. Era tan extraño a todo lo que había imaginado que no tenía preparada ninguna respuesta. Casi se echó a reír en voz baja cuando recordó los temores que la habían acosado desde que había decidido intentar la liberación de Jezabel. Y ahora era muy fácil.

—Libera a la joven Jezabel —ordenó—, y, luego, haz que preparen comida para ella y para mí.

—¡Rápido! —exclamó el profeta—. Levantad a la muchacha y liberadla.

—¡Espera! —gritó una voz delgada detrás de él—. He caminado con Jehovah. —Todos se volvieron en dirección al que hablaba. Era Jobab, el apóstol.

—¡Rápido! ¡Soltadla! —exigió lady Barbara, quien, en esta interrupción y en la actitud y voz del que había hablado, al que conocía como uno de los más fanáticamente intolerantes de los religiosos midios, había vislumbrado la primera chispa que podría convertirse en una llama de resistencia a la voluntad del profeta; pues conocía a aquella gente lo suficiente para estar segura de que se aferrarían a cualquier excusa para no abandonar su cruel diversión.

—¡Espera! —chilló Jobab—. He caminado con Jehovah y me ha hablado, diciendo: «Fíjate, oh, Jobab el Apóstol, un milagro aparente se producirá en Chinnereth; pero no te engañes, pues yo te digo que será obra de Satán; y cualquiera que crea en él perecerá».

—¡Aleluya! —exclamó una mujer, y los demás secundaron el grito. A izquierda y derecha los excitados aldeanos cayeron presa de su Némesis. Una veintena de cuerpos se retorcían y luchaban en el suelo en medio de convulsiones, asfixiándose, echando espuma por la boca y añadiendo horror a la escena.

Por un instante, Abraham, hijo de Abraham, se quedó silencioso, pensativo. De pronto apareció un destello en sus ojos astutos y después habló.

—¡Amén! —dijo—. Que la voluntad de Jehovah se cumpla tal como ha sido revelada al apóstol Jobab. Que Jobab pronuncie la palabra de Jehovah y sea recompensado.

—Otra cruz —pidió Jobab—; traed otra cruz. Que dos hogueras iluminen el camino de Jehovah en los cielos, y si alguna de éstas es su hija, Él no permitirá que se consuma —y así, cuando Abraham, hijo de Abraham, hubo pasado la papeleta a Jobab, Jobab se la pasó a Jehovah, que en el transcurso de los tiempos ha sido el receptor de más de lo que le correspondía.

Inútiles fueron las amenazas y los argumentos de lady Barbara contra la sed de sangre de los midios. Trajeron una segunda cruz, hicieron un segundo agujero, y después ella y Jezabel fueron atadas a los símbolos de amor y colocadas en posición vertical. Hundieron la parte inferior de las cruces en los agujeros preparados para ello y apretaron tierra alrededor para mantenerlas verticales. Luego, manos voluntariosas trajeron haces de leña y maleza y los apilaron en la base de las dos piras.

Lady Barbara observaba estos preparativos en silencio. Contempló los rostros débiles y degenerados de aquel pueblo degradado; y no pudo, ni siquiera en un momento de tan gran peligro, condenarlos con demasiada severidad por hacer lo que gente supuestamente más iluminada había hecho, dentro de la historia del hombre, en nombre de la religión.

Miró a Jezabel y vio que la muchacha la estaba observando.

—No deberías haber regresado —dijo—. Pudiste haber escapado. —Lady Barbara meneó la cabeza—. Lo has hecho por mí —prosiguió Jezabel —. Que Jehovah te recompense, porque yo sólo puedo darte las gracias.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí en el Chinnereth —replicó lady Barbara—. Te he oído desafiar al profeta.

Jezabel sonrió.

—Eres la única criatura a la que he amado. Claro que moriría por ti.

Abraham, hijo de Abraham, estaba rezando. Unos hombres jóvenes ya tenían preparadas las antorchas, cuya luz vacilante danzaba grotescamente sobre las espantosas facciones del público, sobre las dos grandes cruces y sobre los bellos rostros de las víctimas.

—Adiós, Jezabel —susurró lady Barbara.

—Adiós —respondió la joven de la cabellera dorada.

XII

FUERA DE LA TUMBA

A PESAR de que Lafayette Smith había visualizado hacía un instante esta misma emergencia y, en realidad, había ensayado su papel en ella, ahora que se encontraba cara a cara con el león no hizo ninguna de las cosas que había imaginado. No se quedó tan frío cuando vio al carnívoro aparecer en la curva de la fisura; no se enfrentó a él con calma, apuntó y disparó. Nada era como había decidido que sería. En primer lugar, la distancia entre ellos parecía completamente inadecuada y el león mucho más grande de lo que había supuesto que ningún león podía ser, mientras que su revólver parecía haberse encogido a unas proporciones que representaban la absoluta inutilidad.

Todo esto, sin embargo, quedó englobado en una sola idea, instantánea y abrumadora. No transcurrió un lapso de tiempo apreciable, pues, entre el momento en que percibió al león y el momento en que empezó a apretar el gatillo de su pistola, cosa que hizo, sin apuntar, mientras se daba media vuelta para huir.

Corriendo por el revoltijo de rocas, Lafayette Smith huyó precipitadamente a las profundidades desconocidas de la antigua montaña, con un miedo espantoso a que tras una curva se encontrara con el rocoso final de su huida, mientras detrás de él se imaginaba al hambriento carnívoro sediento de sangre. El ruido de veloces patas almohadilladas detrás, cerca de él, le instaba a ir a mayor velocidad, y notaba el aliento caliente del león, surgido de los salvajes pulmones, golpeándole en las orejas como las olas en una playa.

Así es el poder de la imaginación. Es cierto que Numa corría por la parte inferior de la montaña, pero en dirección opuesta a la de Lafayette Smith. Por fortuna para Lafayette, ninguno de sus disparos había dado al león; pero la resonante reverberación de la detonación en la estrecha fisura había sorprendido y excitado tanto al animal que había dado media vuelta y

huido igual que el hombre.

Si la persecución hubiera sido tan real como Lafayette la imaginaba, no le habría podido hacer correr más ni el consecuente terror le habría puesto más nervioso; pero los poderes físicos tienen sus límites y la comprensión de que los suyos habían llegado a ellos apareció en la conciencia de Lafayette, y con ella el convencimiento de la inutilidad de seguir huyendo.

Entonces se volvió para hacer frente al peligro. Estaba temblando, pero de fatiga más que de miedo; y por dentro estaba frío cuando volvió a cargar el revólver. Le sorprendió descubrir que el león no se hallaba sobre él, pero esperaba verle aparecer donde la fisura se curvaba. Se sentó en una roca plana y aguardó la llegada del carnívoro mientras descansaba, y a medida que transcurrían los minutos y no llegaba ningún león, su asombro fue en aumento.

Después, su ojo científico empezó a observar la estructura de las paredes de la fisura y, a medida que crecía su interés por los datos geológicos revelados o sugeridos, su interés por el león fue desapareciendo, hasta que, una vez más, el carnívoro quedó relegado al fondo de su conciencia, mientras en su lugar volvía el plan, momentáneamente olvidado, de explorar la montaña en su mayor extensión.

Recobrado de la fatiga excesiva producida por el agotador ejercicio, emprendió una vez más la investigación tan bruscamente interrumpida. Recuperado estaba el placer del descubrimiento, olvidados el hambre, la fatiga y la seguridad personal, y Smith siguió avanzando por este misterioso sendero de la aventura.

Entonces el suelo de la montaña descendió rápidamente hasta quedar inclinado a un ángulo que hacía dificil el avance; y al mismo tiempo se estrechaba, lo que daba fe de que podría estar comprimiéndose rápidamente. Ahora apenas había anchura para pasar entre las paredes cuando, delante, la fisura de pronto quedó envuelta en la oscuridad. Lafayette miró hacia arriba en busca de una explicación de este nuevo fenómeno y descubrió que las paredes, muy arriba, convergían hasta que directamente sobre él sólo quedaba una Pequeña línea de cielo visible mientras al frente la montaña quedaba evidentemente cerrada por completo en lo alto.

Prosiguió el avance, el cual, aunque seguía siendo dificil debido a lo empinado del suelo, mejoró en cierta medida por la ausencia de fragmentos de roca, pues el techo cerrado del corredor no había producido derrumbes

de la montaña; pero entonces se hizo evidente otro inconveniente: la oscuridad, que aumentó progresivamente hasta que el hombre tuvo que ir palpando el camino, a ciegas, aunque no menos decidido, hacia lo desconocido que le aguardaba más adelante.

Tal vez se le ocurrió que pudiera estarle aguardando un abismo tras el siguiente paso, pero era tan poco práctico en todos los asuntos del mundo, mientras que su naturaleza científica se hallaba tan en ascenso, que hizo caso omiso de las más sencillas consideraciones de la seguridad. Sin embargo, no había ningún abismo; y después, tras un recodo, apareció la luz del día. Sólo era un círculo pequeño de luz del día; y cuando llegó a la abertura a través de la cual penetraba, pareció, al principio, que había llegado al final de su búsqueda, que no podía seguir más adelante.

Se puso a cuatro patas y trató de pasar por la abertura, la cual, descubrió entonces, era lo bastante amplia para alojar su cuerpo; y, un momento después, estaba de pie contemplando atónito la escena que tenía delante.

Se encontraba cerca de la base de una alta escarpadura que daba a un valle que su ojo experto reconoció de inmediato como el cráter de un volcán extinguido mucho tiempo atrás. Abajo se extendía un panorama de paisaje ondulado y arbolado, interrumpido por algunas ocasionales formaciones rocosas de lava; y, en el centro, un lago azul danzaba bajo los rayos de un sol de tarde.

Emocionado, con una reacción idéntica a la que sin duda dominó a Balboa cuando se encontró en las alturas de Darién sobre el extenso Pacífico, Lafayette Smith experimentó ese júbilo espiritual que constituye, quizá, la mayor recompensa para el explorador. Olvidado, de momento, estaba el interés científico del geólogo, absorto en intrigantes especulaciones sobre la historia de aquel valle perdido, en el que, quizá, jamás se habían posado los ojos de ningún otro hombre blanco.

Por desgracia para la permanencia de este beatífico estado mental, otros dos pensamientos se abrieron paso bruscamente, como hacen los pensamientos. Uno se refería al campamento que se suponía andaba buscando, mientras que el otro se refería al león, que supuestamente le estaba buscando a él. El último le recordó que estaba de pie directamente delante de la boca de la fisura, en el mismo lugar por donde saldría el león; y esto sugirió la impracticabilidad de la fisura como camino de regreso al otro lado de la pared del cráter.

A un centenar de metros Smith divisó un árbol y hacia él se dirigió, pues le ofrecía el refugio más cercano en el caso de que reapareciera el león. También allí podría descansar mientras hacía planes para el futuro; y, para disfrutar de una paz mental ininterrumpida mientras lo hacía, trepó al árbol, donde se sentó a horcajadas en una rama y apoyó la espalda en el tronco.

Era un árbol de escaso follaje, lo que le permitía una vista casi sin obstáculo del panorama que tenía delante, y mientras sus ojos lo recorrían, se detuvieron al ver algo al pie de la pared meridional del cráter, algo que no armonizaba con su entorno natural. En ese momento su mirada permaneció fija mientras intentaba identificar la cosa que le había llamado la atención. Estaba seguro de que no podía ser lo que parecía, debido a la inaccesibilidad del valle para el hombre; sin embargo, cuanto más miraba más convencido estaba de que lo que veía era una pequeña aldea de chozas con techo de paja.

¿Y qué pensamientos inspiró este descubrimiento? ¿Qué nobles y estéticas emociones despertaron en su pecho al ver aquella aldea solitaria en las profundidades del gran cráter que, según todas las pruebas que había visto, era inaccesible para el hombre?

No, vuelve usted a equivocarse. Lo que le sugirió fue comida. Por primera vez desde que se había perdido, Lafayette Smith fue agudamente consciente de que tenía hambre, y cuando recordó que hacía más de veinticuatro horas que no había comido nada más sustancial que un poco de chocolate, su apetito se hizo voraz. Además, de pronto se dio cuenta de que también tenía mucha sed.

A poca distancia se hallaba el lago. Miró atrás, hacia la entrada a la fisura, y no vio a ningún león; y por eso bajó del árbol y se dirigió hacia el agua, caminando de tal modo que en ningún momento se hallaba a una gran distancia de un árbol.

El agua estaba fresca y era refrescante; y cuando hubo bebido fue consciente, por primera vez, de que estaba terriblemente cansado. El agua le había aliviado temporalmente las punzadas del hambre, y decidió descansar unos minutos antes de proseguir hacia la distante aldea. Una vez más se aseguró de que no le perseguía ningún león; y entonces se tumbó en la hierba alta que crecía cerca de la orilla del lago, al lado de un árbol bajo que le protegía del fuerte sol, y relajó sus cansados músculos para entregarse a un descanso muy necesario.

No tenía intención de dormir, pero su fatiga era mayor de lo que había supuesto, así que, al relajarse, la inconsciencia se apoderó de él. A su alrededor zumbaban insectos perezosamente, un pájaro se posó en el árbol bajo el que él se hallaba tumbado y le examinó con ojo crítico, el sol fue descendiendo hacia el borde occidental y Lafayette Smith siguió durmiendo.

Soñó que un león se dirigía hacia él por entre la hierba alta. Intentó levantarse, pero no tenía fuerzas. El horror de la situación era intolerable. Intentó gritar y ahuyentar al león, pero de su garganta no brotó ningún sonido. Entonces hizo un supremo esfuerzo final y el grito resultante le despertó.

Se incorporó, bañado en sudor, y miró alrededor rápidamente, asustado. No había ningún león.

—¡Uf! —exclamó—. Qué alivio.

Miró entonces hacia el sol y se dio cuenta de que había dormido gran parte de la tarde. Ahora volvió a sentir hambre y con ella regresó el recuerdo de la distante aldea. Se puso en pie, volvió a beber en el lago y, luego, emprendió su viaje hacia la base del borde meridional, donde esperaba encontrar nativos amistosos y comida.

El camino seguía en su mayor parte la orilla del lago; y cuando empezó a anochecer y la oscuridad aumentó, se hizo cada vez más difícil avanzar, salvo a un paso lento y cauteloso, ya que el terreno a menudo estaba sembrado de fragmentos de lava que en la oscuridad no eran visibles.

La noche trajo la alegre vista de las fogatas de la aldea; y éstas, que parecían más próximas de lo que en realidad estaban, animaron su espíritu con la seguridad de que su viaje estaba llegando a su fin. Sin embargo, mientras caminaba a trompicones, le surgió la convicción de que estaba persiguiendo una quimera, ya que la luz de los fuegos parecía retroceder tan deprisa como él avanzaba.

Sin embargo, al fin los contornos de las pequeñas chozas, iluminadas por las fogatas, se hicieron distinguibles y, después, las figuras de las personas que se apiñaban alrededor. Hasta que estuvo casi en la aldea no vio con asombro que aquella gente era blanca y, entonces, vio otra cosa que le hizo pararse en seco. Había dos muchachas en sendas cruces que se elevaban por encima de los aldeanos. Las fogatas les iluminaban el rostro y vio que ambas eran hermosas.

¿Qué extraño e impío rito era aquél? ¿Qué extraña raza habitaba aquel

valle perdido? ¿Quiénes eran las muchachas? Que no eran de la misma raza que los aldeanos le fue evidente a primera vista, cuando vio las facciones degradadas de éstos.

Lafayette Smith vaciló. Estaba claro que era testigo de algún rito religioso o pagano, y supuso que interrumpirlo no constituiría una presentación satisfactoria ante aquella gente, cuyos rostros, que ya le repelían, le causaron una impresión tan desfavorable que puso en duda que lo recibieran con amistad incluso bajo las circunstancias más propicias.

Y entonces, un movimiento de la multitud abrió un pasillo hasta el centro del círculo donde se levantaban las cruces, y el hombre se horrorizó por lo que se reveló durante un instante a sus ojos atónitos, pues vio maleza seca y leña menuda apiladas en la parte inferior de las cruces y hombres jóvenes con teas llameantes listas para encender los montones inflamables.

Un anciano entonaba una plegaria. En algunos lugares había aldeanos que se retorcían en el suelo en lo que Smith creyó eran pruebas de éxtasis religioso. Y entonces el anciano dio una señal y los portadores de las antorchas aplicaron las llamas a la maleza seca.

Lafayette no esperó a ver más. Se precipitó hacia delante apartando a los sorprendidos aldeanos de su camino y se plantó en el círculo ante las cruces. Con un pie calzado con bota pateó la maleza ya encendida y, luego, con su pequeña pistola reluciente en la mano, se volvió y se encaró con la asombrada y enojada multitud.

Por un instante Abraham, hijo de Abraham, quedó paralizado por la sorpresa. Aquella criatura estaba fuera de su experiencia o su conocimiento. Tal vez se trataba de un mensajero celestial; pero el anciano había ido demasiado lejos y su mente enloquecida estaba tan imbuida de la sed de tortura que incluso habría desafiado al propio Jehovah antes que olvidar los placeres del espectáculo que había organizado.

Al fin logró hablar.

—¿Qué blasfemia es ésta? —gritó—. Coged a este infiel y desgarradle miembro a miembro.

—Ahora tendrás que disparar —lijo una voz detrás de Smith—, porque si no lo haces te matarán.

Se dio cuenta de que había sido una de las muchachas de las cruces (otro asombroso misterio en aquella aldea de misterios, aquella fría voz inglesa). Entonces, uno de los portadores de antorchas se abalanzó sobre él con un chillido maníaco y Smith disparó. Lanzando un grito, el tipo se

aferró el pecho y se desplomó a los pies del americano, y, ante el disparo de la pistola y la súbita caída de su compañero, los demás, que se habían adelantado hacia el intruso, se echaron atrás, mientras por todas partes las sobreexcitadas criaturas sucumbían a la maldición que había descendido sobre ellos desde Angusto el Efesio, hasta que el suelo quedó cubierto de formas que se retorcían.

Comprendiendo que los aldeanos, de momento al menos, estaban demasiado desconcertados y sobrecogidos por la muerte de su compañero para realizar su ataque, Smith volvió su atención a las dos muchachas. Guardó su pistola en la funda y les cortó las ataduras con la navaja antes de que Abraham, hijo de Abraham, pudiera reaccionar e instara a sus seguidores a efectuar una nueva acometida.

Liberar a las dos cautivas iba a requerir más que un momento, ya que, después de haber cortado las ataduras de los pies, Smith se había visto obligado a sostener parcialmente a cada una de ellas con un brazo mientras cortaba las fibras que ligaban sus muñecas a los brazos de la cruz, para que no se rompiera ningún hueso ni ningún músculo sufriera un desgarro cuando el peso de la víctima recayera de pronto en una sola muñeca.

Había liberado primero a lady Barbara, y ahora ella le ayudaba a bajar a Jezabel, quien, como había estado crucificada más rato, no se tenía en pie, cuando Abraham, hijo de Abraham, recuperó la compostura lo suficiente para pensar y actuar.

Lady Barbara y Smith sostenían a Jezabel, por cuyos ateridos pies la sangre volvía a circular. Estaban de espaldas al profeta y, aprovechando su distracción, el anciano se acercaba a ellos con sigilo por detrás. En la mano llevaba un tosco cuchillo, pero no era menos formidable por su tosquedad. Era el cuchillo del sacrificio, manchado de sangre, de aquel terrible anciano, sumo sacerdote de los midios, más terrible ahora por la rabia y el odio que animaban la mente defectuosa y cruel de aquel que lo sostenía.

Toda su ira, toda su animadversión se dirigían contra la persona de lady Barbara, en quien veía la autora de su humillación y la frustración de sus deseos. Sigilosamente se acercó a ella por detrás mientras sus seguidores, paralizados y silenciosos por su terrible mirada, observaban con expectación, sin casi atreverse a respirar.

Ocupados con Jezabel, que estaba medio desmayada, ninguno de los tres que se hallaban junto a las cruces vieron la repulsiva figura del vengador cuando, de pronto, se irguió detrás de la muchacha inglesa, con la

mano derecha levantada para clavarle el cuchillo en la espalda; pero oyeron su grito repentino y jadeante y se volvieron a tiempo para ver la afilada hoja caer de sus dedos flojos, que trataron de asir su garganta antes de que el anciano se desplomara.

Angusto el Efesio había salido de una tumba cavada dos mil años antes para salvar la vida de lady Barbara Collis, aunque sin duda alguna se habría revuelto en esa misma tumba si se hubiera dado cuenta de ello.

XIII

GUNNER CAMINA

COMO UN gran felino, Tarzán de los Monos escaló la empalizada de la aldea de los ladrones, se dejó caer ágilmente al suelo en el otro lado y ascendió los riscos un poco al sur de la aldea, donde eran menos escarpados. Habría podido aprovechar la puerta abierta, pero la dirección que eligió era el camino más corto, y una empalizada no constituía ningún obstáculo para el hijo adoptivo de Kala, la simia.

Gunner lo esperaba en la cima del risco que estaba directamente detrás de la aldea y, por segunda vez, aquellos hombres extrañamente distintos se encontraron; distintos y, sin embargo, en algunos aspectos, iguales. Cada uno era en general taciturno, seguro de sí mismo y se regía por su propia ley en su ambiente; pero ahí terminaba la similitud, pues los extremos del ambiente habían producido extremos psicológicos tan remotamente separados como los polos de la Tierra.

El hombre mono se había criado entre escenas de eterna belleza y grandiosidad, sus compañeros habían sido las bestias de la jungla, salvajes quizá, pero desprovistas de avaricia, de celos, de perfidia, de mezquindad y de crueldad intencionada; mientras que *Gunner* no había conocido más que los aspectos miserables del paisaje creado por el hombre, de horizontes grotescos con horribles atrocidades arquitectónicas, de una tierra oculta por el cemento y el asfalto y llena de latas y basura, y sus socios, en todos los caminos de la vida, habían estado impulsados por grandes y pequeñas mezquindades exclusivas de los hombres.

—Una ametralladora tiene sus posibilidades —dijo el hombre mono, con un asomo de sonrisa.

—Le habían puesto en un apuro, señor —observó *Gunner* .

—Creo que habría salido de la situación —dijo el hombre mono—, pero de todos modos te doy las gracias. ¿Cómo es que estabas aquí?

—Estaba buscando a mi compañero y por casualidad le he visto a usted

en el borde. Aquí, Obambi, me ha señalado que era el tipo que me había salvado del león, así que me he alegrado de ayudarle.

—¿A quién buscas?

—A mi compañero, Smith.

—¿Dónde está?

—No le estaría buscando si lo supiera. Se fue y se perdió. Falta desde ayer por la tarde.

—Cuéntame las circunstancias —dijo Tarzán—, quizá pueda ayudarte.

—Esto es lo que iba a pedirle —dijo *Gunner*—. Conozco el camino al sur de Madison Street, pero fuera de allí estoy perdido. No tengo ni idea de dónde buscarle. Caramba, mire las montañas. Es como buscar una aguja en un pajar. Le contaré cómo ocurrió —y entonces narró brevemente todo lo que sabía de la desaparición de Lafayette Smith.

—¿Iba armado? —preguntó el hombre mono.

—Él creía que sí.

—¿A qué te refieres?

—Llevaba una pistola de juguete; si alguien me disparara con ella y lo descubriera, le pondría sobre mis rodillas y le daría unos azotes.

—Podría servirle para conseguir comida —dijo Tarzán—, y eso será más importante que nada. No corre mucho peligro, salvo por el hombre y el hambre. ¿Dónde está tu campamento?

Danny señaló con la cabeza hacia el sur.

—Hacia allí, a muchos kilómetros.

—Será mejor que vayas y te quedes allí, donde pueda encontrarte tu compañero si consigue regresar, y yo si le localizo.

—Quiero ayudarle. Es un buen tipo, aunque sea legal.

—Me moveré más deprisa si voy solo —replicó el hombre mono—. Si te pones a buscarle, probablemente también tendré que ir a buscarte a ti.

Gunner sonrió.

—Supongo que usted sabe mucho más —dijo—. De acuerdo, iré al campamento y le esperaré allí. ¿Sabe dónde está?

—Lo encontraré —respondió Tarzán, y se volvió a Obambi, a quien hizo algunas preguntas en el dialecto bantú del negro. Luego, se volvió de nuevo a *Gunner*—. Ahora ya sé dónde está tu campamento. Cuidado con esa gente de la aldea, y no dejes que tus hombres se alejen mucho de la protección de tu ametralladora.

—¿Por qué? —preguntó Danny—. ¿Quiénes son?

—Son ladrones, asesinos y cazadores de esclavos —respondió Tarzán.

—Caramba —exclamó *Gunner*—, hay chanchullos incluso en África.

—Yo no sé lo que es un chanchullo, pero el delito está dondequiera que esté el hombre y en ningún otro sitio —dijo el hombre mono. Se volvió entonces y, sin una palabra de despedida, echó a andar hacia las montañas.

—¡Caramba! —masculló *Gunner*—. Qué opinión tiene este tipo de los hombres.

—¿Qué dices, *bwana* ? —preguntó Obambi.

—Cierra el pico —ordenó Danny.

La tarde casi había transcurrido cuando Danny y Obambi llegaron al campamento. A pesar de lo cansado que estaba y de lo doloridos que tenía los pies, el hombre blanco había avanzado rápidamente por el sendero por miedo a que la noche descendiera sobre ellos antes de alcanzar su destino, pues Danny, al igual que la mayoría de humanos criados en la ciudad, había descubierto algo peculiarmente deprimente y sobrecogedor en los misteriosos sonidos y silencios de la noche salvaje. Deseaba las fogatas y la compañía de los hombres cuando el sol se había puesto. Y por eso los dos cubrieron la distancia del regreso en mucho menos tiempo del que habían utilizado para ir.

Cuando el campamento apareció a la vista la breve luz crepuscular del trópico había caído, las fogatas para cocinar estaban encendidas y para el ojo experto habría sido evidente un cambio en el aspecto del campamento que habían abandonado aquella mañana temprano; pero los ojos de Danny eran expertos en asuntos de gachís, líos y jarras de cerveza, y no en campamentos y safaris; por eso, a la luz del crepúsculo, no reparó en que había más hombres que cuando había salido del campamento por la mañana, ni que hacia la parte posterior había caballos donde antes no los había.

La primera pista que tuvo de algo inusual vino de Obambi.

—Hay hombres blancos en el campamento, *bwana* —dijo el negro—, y muchos caballos. Quizás han encontrado al *bwana* loco y lo han traído.

—¿Dónde ves hombres blancos? —preguntó *Gunner* .

—Junto a la gran fogata del centro del campamento, *bwana* —respondió Obambi.

—Caramba, sí, ya les veo —admitió Danny—. Deben de haber encontrado al viejo Smithy; pero no le veo, ¿y tú?

—No, *bwana* , pero a lo mejor está en su tienda.

La aparición de Patrick y Obambi provocó una conmoción en el campamento completamente desproporcionada. Los hombres blancos se pusieron en pie de un salto y sacaron sus revólveres mientras negros extraños, en respuesta a las órdenes de uno de ellos, cogieron rifles y se quedaron nerviosamente alerta.

—No disparéis —gritó Danny—, sólo somos yo y Obambi.

Los hombres blancos avanzaron para ir a su encuentro, y los dos grupos se pararon cara a cara cerca de una de las fogatas. Entonces los ojos de uno de los dos extraños hombres blancos se posaron en la ametralladora Thompson. Alzó su revólver y apuntó a Danny.

—¡Manos arriba! —ordenó con brusquedad.

—¿Qué diantres? —preguntó *Gunner* , pero levantó las manos como cualquier hombre sensato hace cuando le invitan así, apuntándole con una pistola.

—¿Dónde está el hombre mono? —preguntó el extraño.

—¿Qué hombre mono? ¿De qué hablas? ¿Qué queréis?

—Ya sabes a quién me refiero: Tarzán —espetó el otro.

Gunner recorrió rápidamente el campamento con la mirada. Vio a sus hombres agrupados, vigilados por negros de aspecto malvado vestidos con largas túnicas que en un tiempo habían sido blancas; vio los caballos atados justo detrás de ellos; no vio ni rastro de Lafayette Smith. El entrenamiento y la ética del mundillo del crimen le contuvieron al instante.

—No conozco a ese tipo —respondió con hosquedad.

—Hoy has estado con él —replicó el blanco de la barba—. Has disparado en mi aldea.

—¿Quién, yo? —preguntó con aire inocente—. Se ha confundido, señor. He estado todo el día cazando. No he visto a nadie. No he disparado a nada. Ahora me toca a mí. ¿Qué hacen aquí, con esta horda de miembros del Ku Klux Klan? Si es un atraco, adelante y largo de aquí. Tengo hambre y quiero comer.

—Quítale el arma —ordenó Capietro, en lengua galla, a uno de sus hombres—, y su pistola —y no le quedó más remedio a Danny Patrick, con las manos sobre la cabeza, que someterse. Entonces, enviaron a Obambi, con escolta, a reunirse con los otros negros prisioneros y ordenó a *Gunner* que les acompañara a la gran fogata que ardía frente a la tienda de Smith y suya.

—¿Dónde está tu compañero? —preguntó Capietro.

—¿Qué compañero? —se sorprendió Danny.

—El hombre con el que viajabas —continuó el italiano—. ¿Quién si no?

—Registradme —dijo *Gunner* .

—¿Qué quieres decir? ¿Escondes algo? —Si queréis dinero, no tengo.

—No has respondido a mi pregunta —insistió Capietro.

—¿Qué pregunta?

—¿Dónde está tu compañero? —No tengo ninguno.

—Tu jefe de porteadores nos ha dicho que erais dos. ¿Cómo te llamas?

—Bloom —respondió Danny.

Capietro puso cara de asombro.

—El jefe ha dicho que uno de vosotros era Smith y el otro Patrick.

—Nunca he oído hablar de ellos —dijo Danny—. Ese tipo debe de haberos tomado el pelo. Estoy aquí solo, cazando, y me llamo Bloom.

—¿Y hoy no has visto a Tarzán de los Monos?

—Jamás he oído nada de un tipo con ese mote —respondió Danny.

—O nos está mintiendo —dijo Stabutch—, o era el otro el que ha disparado en la aldea.

—Seguro, deben de haber sido otros dos tipos —les aseguró Danny—. Digo, ¿cuándo voy a comer?

—Cuando nos digas dónde está Tarzán —respondió Stabutch.

—Entonces supongo que no comeré —observó Danny—. Caramba, ¿no os digo que no sé nada de ese tipo? ¿Crees que conozco a todos los monos de África por su nombre? Vamos, ¿qué queréis? Si tenemos algo que queráis, cogedlo. Me estoy cansando de veros la jeta.

—No entiendo muy bien el inglés —susurró Capietro a Stabutch—. No siempre sé lo que dice.

—Yo tampoco —dijo el ruso—, pero creo que nos está mintiendo. Quizás intenta ganar tiempo hasta que lleguen su compañero y Tarzán.

—Es posible —dijo Capietro en voz normal.

—Matémosle y vámonos de aquí —sugirió Stabutch—. Podemos llevarnos a los prisioneros y todo el equipo que quieras; por la mañana podríamos estar lejos de aquí.

—Caramba —exclamó Danny—, esto me recuerda Chicago. Me está entrando nostalgia.

—¿Cuánto dinero pagas si no te matamos? —preguntó Capietro—. ¿Cuánto pagan tus amigos?

Gunner se echó a reír.

—Digo, señor, se está engañando. —Pensaba cuánto más conseguirían por matarle, si pudieran ponerse en contacto con ciertos grupos de la parte norte de Chicago, que por conservarle la vida. Pero era una oportunidad, quizá, de ganar tiempo. *Gunner* no deseaba que le mataran, y por eso cambió su táctica—. Mis amigos no son ricos —dijo—, pero podrían hacerse con algunos de los grandes. ¿Cuánto quieren?

Capietro calculó. Debía de ser un americano rico, pues sólo los hombres ricos podían permitirse aquellas expediciones de caza mayor en África.

—Cien mil no debería ser excesivo para un hombre rico como usted —dijo.

—Déjese de bromas elijo *Gunner* —. Yo no soy rico.

—¿Cuánto podría reunir? —preguntó Capietro, quien vio por la expresión de asombro del prisionero que la apuesta original estaba descartada.

—Podría reunir veinte de los grandes —sugirió Danny.

—¿De cuánto son los grandes? —preguntó el italiano.

—De mil, veinte mil —explicó *Gunner* .

—¡Bah! —exclamó Capietro—. Eso no pagaría ni la molestia de retenerle hasta que llegara el dinero de América. Que sean cincuenta mil liras y es una ganga.

—¿Cincuenta mil liras? ¿Qué son?

—Una lira es una moneda italiana que vale unos veinte centavos en dinero americano —explicó Stabutch.

Danny efectuó unos cálculos mentales rápidos antes de responder; y cuando hubo obtenido el resultado, le costó reprimir una sonrisa, pues descubrió que su oferta de veinte mil de los grandes en realidad era el doble de lo que el italiano ahora le exigía. Sin embargo, vaciló en acceder demasiado de buena gana.

—Eso son diez mil pavos —dijo—. Es mucha, mucha pasta.

—¿Pavos? ¿Pasta? No entiendo —dijo Capietro.

—Machacantes —explicó Danny con claridad.

—¿Machacantes? ¿Hay una moneda así en América? —preguntó Capietro volviéndose hacia Stabutch.

—Sin duda es un vulgarismo —dijo el ruso.

—Caramba, sois un poco cortos —gruñó *Gunner*—. Un machacante es

un billete verde. Todo el mundo lo sabe.

—Quizá si lo dijeras en dólares sería más fácil —sugirió Stabutch—. Todos comprendemos el valor de un dólar americano.

—Eso es más de lo que algunos americanos entienden —le aseguró Danny—, pero es lo que he dicho: diez mil dólares, y es demasiado, caramba.

—Tú decides —dijo Capietro—. Estoy harto de regatear; nadie más que un americano regatería por una vida humana.

—¿Qué has hecho tú? —preguntó *Gunner*—. Tú has empezado.

Capietro se encogió de hombros.

—No es mi vida —dijo—. Me pagarás diez mil dólares americanos o morirás. Decide.

—De acuerdo —dijo Danny—. Pagaré. Ahora, ¿puedo comer? Si no me alimentáis no valdré nada.

—Átale las manos —ordenó Capietro a uno de los shiftas; luego, se puso a discutir planes con Stabutch. El ruso por fin estuvo de acuerdo con Capietro en que la aldea vallada del ladrón sería el mejor lugar para defenderse en el caso de que Tarzán reclutara ayuda y les atacara. Uno de sus hombres había visto el safari de lord Passmore; y, aunque su prisionero les mintiera, había al menos otro blanco, probablemente bien armado, que podría considerarse una amenaza. Ogonyo les había dicho que este hombre iba solo y probablemente estaba perdido, pero no sabían si creer o no al jefe de porteadores. Si Tarzán dirigía esas fuerzas, cosa para la que Capietro sabía que tenía influencia suficiente, podían esperar un ataque a su aldea.

A la luz de varias fogatas los negros del safari capturado fueron obligados a desmontar el campamento y, cuando estuvieron preparados, a llevar los fardos en la difícil marcha nocturna hasta la aldea de Capietro. Con los shiftas en sus caballos delante, en los flancos y la retaguardia, no había posibilidad alguna de escapar.

Gunner, que avanzaba penosamente a la cabeza de sus porteadores, contemplaba la perspectiva de aquella marcha nocturna con un disgusto indisimulado. Desde que había salido el sol ya había hecho aquella ruta dos veces, y la idea de volver a hacerla, en la oscuridad, con las manos atadas a la espalda, no es que le animara mucho. Para colmo de males, estaba débil por el hambre y la fatiga y las punzadas de la sed empezaban a asaltarle.

—Caramba —dijo para sí—, ésta no es manera de tratar a un tipo cabal. Cuando liquido a alguien no le hago caminar, ni siquiera a una rata. Estos

tipos me las pagarán; ¡creen que pueden coger a Danny Patrick y hacerle caminar!

XIV

HUIDA

CUANDO el grito ahogado brotó de los labios de Abraham, hijo de Abraham, lady Barbara y Smith se giraron en redondo y le vieron desplomarse, con el cuchillo cayéndosele al suelo. Smith quedó horrorizado y la muchacha palideció, pues se dieron cuenta de lo cerca que habían estado de la muerte. Ella vio a Jobab y a los otros paralizados, contraídos sus feos rostros por la rabia.

—Hemos de salir de aquí —dijo—. Se nos echarán encima enseguida.

—Me temo que tendrás que ayudarme a llevar a tu amiga —dijo Smith —. No puede andar sola.

—Rodéala con el brazo izquierdo —indicó lady Barbara—. Así tendrás la mano derecha libre para la pistola. Yo la sostendré por el otro lado.

—Dejadme —suplicó Jezabel—. Sólo os impediré escapar.

—Tonterías —dijo Smith—. Pasa el brazo por mis hombros.

—Pronto podrás andar —le dijo lady Barbara—, cuando la sangre te vuelva a los pies. ¡Vamos! Vámonos de aquí mientras podamos.

Medio arrastrando a Jezabel, los dos echaron a andar hacia el círculo de amenazadoras figuras que les rodeaban. Jobab fue el primero en recuperar el sentido después de que el profeta se hubiera derrumbado en el momento crítico.

—¡Detenedles! —gritó, preparándose para impedirles el paso, al tiempo que sacaba un cuchillo de entre los pliegues de su sucia túnica.

—¡A un lado! —ordenó Smith, amenazando a Jobab con su pistola.

—La ira de Jehovah caerá sobre ti —exclamó lady Barbara en lengua midia—, igual que ha caído sobre los que nos habrían hecho daño, si no nos dejas pasar en paz.

—Es obra de Satanás —gritó Timoteo—. No permitas que debiliten tu corazón con mentiras, Jobab. ¡No les dejes pasar! —Era evidente que el anciano se hallaba bajo una gran tensión nerviosa y mental. La voz le

temblaba al hablar y sus músculos se estremecían. De pronto, también él cayó, como Abraham, hijo de Abraham. Pero Jobab siguió donde estaba, con el cuchillo alzado en un gesto de clara amenaza contra ellos. El círculo que les rodeaba se fue haciendo pequeño y su circunferencia más apretada por los cuerpos de los midios que se aproximaban.

—Tengo que hacerlo —dijo Smith, medio en voz alta, al tiempo que levantaba su pistola y apuntaba a Jobab. El apóstol se hallaba justo enfrente de Lafayette Smith y a poco más de un metro de distancia cuando el americano le apuntó al pecho, apretó el gatillo y disparó.

Una expresión de sorpresa se mezcló con la de rabia que había convulsionado las facciones horribles de Jobab el apóstol. Lafayette Smith también se sorprendió y por la misma razón: había fallado. Era increíble, ¡debía de ocurrirle algo a la pistola!

Pero la sorpresa de Jobab, aunque se basaba en el mismo milagro, era de un aspecto más elevado y noble. Estaba envuelta en la santidad de la divina revelación. Emanaba de una convicción adquirida de repente de que era inmune al fuego y al trueno de aquella extraña arma que, unos minutos antes, había hecho desplomarse a Lamech. ¡En verdad, Jehovah era su escudo y su defensa!

Por un instante, cuando el disparo pasó de largo, Jobab se paró y entonces, envuelto en la imaginada inmunidad de esta repentina revelación, saltó sobre Lafayette Smith. El súbito e inesperado impacto de su cuerpo hizo caer la pistola de la mano de Smith y, simultáneamente, los aldeanos se cerraron a su alrededor. Una amenaza real, ahora que habían presenciado la inutilidad de la extraña arma.

Lafayette Smith no era un cobarde, y aunque su antagonista actuaba empujado por una combinación de furia maníaca y fanatismo religioso, el resultado de su lucha habría sido inevitable si no hubiera existido ninguna influencia externa que le afectara. Pero existía. Al lado de los aldeanos estaba lady Barbara Collis.

Había presenciado con consternación la inutilidad de la acción de Smith; y cuando le vio desarmado y en poder de Jobab, con otros aldeanos precipitándose sobre él, comprendió que entonces, en verdad, la vida de los tres estaba en peligro.

La pistola se hallaba a sus pies, pero sólo por un instante. Se agachó a recogerla y, entonces, con la ciega desesperación de la autoconservación, puso el cañón contra el costado de Jobab y apretó el gatillo, y cuando el

hombre cayó, con un grito espantoso en sus labios, giró el arma a los aldeanos que avanzaban y volvió a disparar. Fue suficiente. Gritando de terror, los midios se dieron la vuelta y salieron huyendo. Una oleada de náusea inundó a la muchacha; se volvió y se habría caído si Smith no la hubiera sujetado.

—Enseguida estaré bien —dijo—. ¡Ha sido horrible!

—Has sido muy valiente —dijo Lafayette Smith.

—No tanto como tú —respondió con una débil sonrisa—, pero mejor tiradora.

—¡Oh! —exclamó Jezabel—. Creía que estábamos de nuevo en su poder. Ahora que se han asustado, vámonos. Sólo sería precisa una palabra de uno de los apóstoles para que se volvieran contra nosotros otra vez.

—Tienes razón —coincidió Smith—. ¿Tienes algo que quieras llevarte?

—Sólo lo que llevo puesto —respondió lady Barbara.

—¿Cuál es la manera más fácil de salir del valle? —preguntó el hombre, por si existía la posibilidad de que hubiera otra vía de escape más cercana que la fisura por la que él había venido.

—No conocemos ninguna salida —respondió Jezabel.

—Entonces, seguidme —indicó Smith—. Os llevaré por donde yo he venido.

Salieron de la aldea a la oscura llanura hacia el Chinnereth y no volvieron a hablar hasta que se hallaron a una buena distancia de las fogatas de los midios y les pareció que estaban a salvo de la persecución. Entonces Lafayette Smith hizo algunas preguntas, instigado por la curiosidad natural.

—¿Cómo es posible que dos jóvenes damas como vosotras no conozcan la salida de este valle? —preguntó—. ¿Por qué no podéis salir por donde vinisteis?

—A mí me sería imposible —respondió Jezabel—. Nací aquí.

¿Naciste aquí? —exclamó Smith—. Entonces tus padres deben de vivir en el valle. Podemos ir a su casa. ¿Dónde está?

—Acabamos de salir de allí —explicó lady Barbara—. Jezabel nació en la aldea de la que acabamos de escapar.

—¿Y aquellas bestias mataron a sus padres? preguntó Lafayette.

—No lo entiendes —dijo lady Barbara—. Aquella gente es su gente.

Smith estaba atónito. Estuvo a punto de exclamar: «¡Qué horrible!», pero reprimió el impulso.

—¿Y tú? —preguntó luego—. ¿También eres de su gente? —Había una nota de horror en su voz.

—No —respondió lady Barbara—, yo soy inglesa.

—¿Y no sabes cómo llegaste a este valle?

—Sí, lo sé: llegué en paracaídas.

Smith se detuvo y la miró a la cara.

—¡Eres lady Barbara Collis! —exclamó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella—. ¿Me has estado buscando?

—No, pero cuando pasé por Londres los periódicos iban llenos con la historia de tu vuelo y tu desaparición, con dibujos y eso, ¿sabes?

—¿Y has tropezado conmigo? ¡Qué coincidencia! Y qué suerte para mí.

—A decir verdad, yo mismo estoy perdido —admitió Smith—. Así que posiblemente estáis en una situación tan mala como antes.

—No lo creo —dijo ella—. Al menos has impedido mi incineración prematura.

—¿De verdad iban a quemaros? No me parece posible en la actualidad, en la era de la ilustración y la civilización.

—Los midios van retrasados dos mil años —le dijo ella—, y, además, son maníacos religiosos y congénitos.

Smith miró en dirección a Jezabel, a la que veía plenamente a la luz de una luna llena que acababa de aparecer en el borde oriental del cráter. Quizá lady Barbara percibió la pregunta no formulada que le inquietaba.

—Jezabel es diferente —dijo—. No puedo explicar por qué, pero no es como su gente. Me ha contado que de vez en cuando nace entre ellos alguien como ella.

—Pero habla inglés —dijo Smith—. No puede ser de la misma sangre que la gente que he visto en la aldea, cuya lengua sin duda no es la misma, por no decir nada de la diferencia de aspecto físico.

—Yo le enseñé inglés —explicó lady Barbara.

—¿Quiere irse y dejar a sus padres y a su gente? —preguntó Smith.

—Claro que sí —dijo Jezabel—. ¿Por qué iba a querer quedarme aquí y que me asesinaran? Mi padre, mi madre y mis hermanos estaban en esa multitud que habéis visto esta noche rodeando las cruces. Me odian. Me han odiado desde el día en que nací porque no soy como ellos. Pero, bueno, en la tierra de Midia no existe el amor, sólo la religión, que predica el amor y practica el odio.

Smith se quedó callado mientras los tres avanzaban penosamente por el

accidentado terreno dirigiéndose a la orilla del Chinnereth. Estaba pensando en la responsabilidad que el Destino había puesto sobre sus hombros de forma tan inesperada y se preguntaba si él estaba a la altura de las circunstancias, ya que, como empezaba a comprender, apenas estaba seguro de su capacidad de asegurar su propia existencia en aquel mundo salvaje y desconocido.

Acudió a su mente la idea de que en casi treinta horas había estado exclusivamente en manos de sus propios recursos y no había encontrado ni una sola oportunidad de conseguir comida para sí mismo, con lo cual se estaba haciendo cada vez más evidente la pérdida de fuerza y resistencia.

¿Cómo podía, pues, esperar conseguir algo con otras dos bocas que alimentar?

¿Y si encontraban alguna bestia salvaje o a nativos no amistosos? Lafayette Smith se estremeció.

—Espero que sepan correr —murmuró.

—¿Quién? —preguntó lady Barbara—. ¿Qué quieres decir?

—Oh —exclamó Lafayette—. Yo… no sé qué he dicho. —¿Cómo iba a confesarles que había perdido la confianza incluso en su revólver de calibre treinta y dos? No podía. Nunca en su vida se había sentido tan incompetente. Su inutilidad le parecía que estaba al borde de la criminalidad. En cualquier caso, era deshonroso, ya que estaba engañando a aquellas dos jóvenes que tenían derecho a esperar que él las guiara y protegiera.

Estaba resentido consigo mismo; pero quizás en parte se debía a la reacción nerviosa posterior a la experiencia horrible en la aldea y a la debilidad física que rozaba el agotamiento. Se reprendía interiormente por haber despedido a Obambi, pues comprendía que este acto se hallaba en el fondo de todos sus problemas; y entonces recordó que de no haber estado él allí, no habría habido nadie para salvar a las dos muchachas del horrible sino del que él las había preservado. Este pensamiento restauró un poco su autoestima, pues no podía escapar al hecho de que, al fin y al cabo, él las había salvado.

Jezabel, una vez restablecida la circulación en sus pies, caminaba sin ayuda desde hacía un rato. Los tres se habían sumido en un largo silencio, ocupado cada uno con sus propios pensamientos, mientras Smith encabezaba la marcha en busca de la abertura de la fisura.

Una luna llena africana les iluminaba el camino, y sus amistosos rayos

reducían las dificultades de la marcha nocturna. El Chinnereth se hallaba a su derecha, una visión adorable a la luz de la luna, mientras a su alrededor la torva masa de las paredes del cráter parecía haberse cerrado sobre ellos y colgar amenazadoramente sobre sus cabezas, pues la noche y la luz de la luna producen extraños juegos de perspectiva.

Poco después de medianoche, Smith tropezó y se cayó. Se apresuró a ponerse en pie, censurando su torpeza; pero cuando echó a andar, Jezabel, que iba directamente detrás, observó que caminaba con vacilación, tropezando cada vez más a menudo. Luego, volvió a caerse, y esta vez fue evidente que tenía que hacer un esfuerzo considerable para levantarse. La tercera vez que cayó las dos le ayudaron a ponerse de pie.

—Estoy terriblemente torpe —dijo. Se bamboleaba un poco, de pie entre las dos.

Lady Barbara le observó con atención.

—Estás exhausto —dijo.

—Oh, no —insistió Smith—. Estoy bien.

—¿Cuándo comiste por última vez? —preguntó la muchacha.

—Llevaba encima un poco de chocolate —respondió Smith—. Me he comido el último trozo esta tarde.

—¿Cuándo comiste una comida, quiero decir? —insistió lady Barbara.

—Bueno —admitió él—, ayer a mediodía tomé un almuerzo ligero, o, mejor dicho, anteayer. Ahora ya debe de ser más de medianoche.

—¿Y desde entonces has estado caminando?

—Corrí parte del tiempo —respondió él, con una leve carcajada—. Cuando el león me persiguió. Y dormí por la tarde, antes de llegar a la aldea.

—Vamos a parar aquí mismo para que descanses —anunció la muchacha inglesa.

—Oh, no —protestó él—, no debemos hacerlo. Quiero sacaros de este valle antes de que se haga de día, ya que probablemente nos perseguirán en cuanto salga el sol.

—No lo creo —dijo Jezabel—. Temen demasiado a los midios del norte para alejarse tanto de la aldea; y, de todos modos, si vienen, podemos llegar a los riscos, donde dices que está la fisura, antes de que nos alcancen.

—Debes descansar —insistió lady Barbara.

De mala gana, Lafayette se sentó.

—Me temo que no os seré de gran ayuda —dijo—. Ya veis que no

estoy familiarizado con África, y me temo que no voy armado adecuadamente para protegeros. Ojalá Danny estuviera aquí.

—¿Quién es Danny? —preguntó lady Barbara.

—Es un amigo que me acompañaba en este viaje.

—¿Tiene experiencia en África?

—No —admitió Lafayette—, pero uno siempre se siente a salvo cuando Danny está cerca. Parece muy familiarizado con las armas de fuego. Es un protector.

—¿Un protector? —preguntó lady Barbara.

—Para ser sincero —dijo Lafayette—, tampoco estoy muy seguro de lo que es. Danny no habla mucho de su pasado, y no me he decidido en meterme en sus asuntos privados, pero un día me ofreció voluntariamente la información de que había sido protector de un pez gordo. Me pareció tranquilizador.

—¿Qué es un pez gordo? —preguntó Jezabel.

—Por los comentarios de Danny —dijo Lafayette—, creo que un pez gordo es un rico cervecero o destilador que también ayuda a dirigir los asuntos de una gran ciudad. Puede que sea otro nombre para indicar un jefe político.

—Claro —dijo lady Barbara—, estaría bien que tu amigo estuviera aquí; pero no está, así que supongo que nos dirás algo de ti. ¿Te das cuenta de que ni siquiera sabemos tu nombre?

Smith se echó a reír.

—Eso es todo lo que hay que saber de mí —dijo—. Me llamo Lafayette Smith, y ahora, ¿me presentarás a esta otra joven dama? Tú ya sé quién eres.

—Ah, ella es Jezabel —dijo lady Barbara.

Hubo un momento de silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó Smith.

Lady Barbara se rió.

—Sólo Jezabel —dijo—. Si alguna vez salimos de aquí, tendremos que buscarle un apellido. En la tierra de Midia no los utilizan.

Smith se tumbó y se quedó mirando la luna. Ya empezaba a sentir los efectos beneficiosos del descanso. Sus pensamientos jugaban con los acontecimientos de las últimas treinta horas. ¡Qué aventura para un prosaico profesor de geología!, pensó. Nunca se había interesado particularmente por las chicas, aunque estaba lejos de ser misógino, y

encontrarse así, arrojado a la relación íntima de protector de dos bellas jóvenes, era un poco desconcertante. Y la luna había revelado que eran bellas. Quizá bajo el sol sería otra cosa diferente. Había oído decir que ocurrían estas cosas, y se preguntó si sería así. Pero el sol no podía alterar la voz fría, seca y bien educada de lady Barbara Collis. Le gustaba oírla hablar. Siempre había disfrutado con el acento y la dicción de los ingleses cultos.

Trató de pensar en algo que preguntarle para escuchar de nuevo su voz. Esto planteó la cuestión de cómo debería dirigirse a ella. Sus contactos con la nobleza había sido pocos; en realidad, casi se restringían a un único príncipe ruso que había sido portero en un restaurante al que él acudía a veces, y nunca habían oído que le llamaran otra cosa que Mike. Pensó que lady Barbara sería la fórmula correcta, aunque denotaba un poco de familiaridad. Lady Collis le parecía aún menos apropiado. Quería estar seguro. Mike no serviría. Jezabel. ¡Qué nombre tan arcaico! Y entonces se quedó dormido.

Lady Barbara le miró y se llevó un dedo a los labios para advertir a Jezabel de que no le despertara. Luego, se levantó y se alejó un poco, haciendo señas a la muchacha de la cabellera dorada para que la siguiera.

—Está agotado —susurró mientras volvían a sentarse—. Pobre tipo, ha sido difícil para él. Imagínate, ser perseguido por un león y tener sólo esa pistolita con la que defenderse.

—¿Es de tu país? —preguntó Jezabel.

—No, es americano. Lo sé por su acento.

—Es muy hermoso —dijo Jezabel con un suspiro.

—Después de ver a Abraham, hijo de Abraham, y a Jobab, durante estas semanas, estaría de acuerdo contigo si insistieras en que St. Ghandi es un Adonis —respondió lady Barbara.

—No sé qué quieres decir —dijo Jezabel—. Pero ¿no le encuentras hermoso?

—Estoy menos interesada en su belleza que en su puntería, y ésta es horrible. Aunque tiene valor, ¡ya lo creo! Entró en la aldea y nos sacó de ella ante las narices de cientos de personas cuando sólo tenía, como protección, su pistolita de juguete. Eso, Jezabel, ha sido extraordinario.

La dorada Jezabel suspiró.

—Es mucho más hermoso que los hombres de Midia del Norte —dijo.

Lady Barbara miró a su compañera durante un largo minuto; luego,

suspiró.

—Si alguna vez te llevo a la civilización —dijo—, me temo que serás un problema.

Dicho esto, se tumbó en el suelo y pronto se quedó dormida, pues también ella había tenido un día agotador.

XV

ESHBAAL, EL PASTOR

EL SOL le daba en la cara a Lafayette Smith y éste despertó. Al principio, le costó saber dónde estaba. Los acontecimientos de la noche anterior le parecían un sueño, pero cuando se incorporó y descubrió las figuras de las muchachas, que dormían a poca distancia de él, su mente volvió de pronto al mundo de las realidades y se sumió en el desaliento. ¿Cómo iba a salir airoso de semejante responsabilidad? Francamente, no lo sabía.

No le cabía duda de que podría encontrar la fisura y conducir a las muchachas al mundo exterior, pero ¿estarían entonces mucho mejor? No tenía ni idea, y se dio cuenta de que nunca la había tenido, de dónde se encontraba el campamento. Luego, estaba la posibilidad de encontrarse de nuevo con el león en la fisura, y si no era así, estaba la cuestión del sustento. ¿Qué iban a emplear como comida, y cómo iban a conseguirla?

La idea de la comida le despertó un hambre voraz. Se levantó y se acercó a la orilla del lago, donde se tumbó de bruces y se llenó de agua. Cuando se levantó, las muchachas estaban sentadas y le miraban.

—Buenos días —saludó—. Estaba desayunando. ¿Me acompañáis?

Ellas le devolvieron el saludo mientras se ponían en pie y se acercaban a él. Lady Barbara sonreía.

—Gracias a Dios tienes sentido del humor —dijo—. Me parece que vamos a necesitar mucho hasta que salgamos de aquí.

—Preferiría huevos con jamón —dijo él.

—Ahora sé que eres americano —dijo.

—Supongo que tú estás pensando en té y mermelada —repuso él.

—Intento no pensar en nada de comer.

—Toma un poco de lago —sugirió él—. No tienes idea de lo satisfactorio que es si tomas una buena cantidad.

Después de que las muchachas bebieran, los tres se pusieron en marcha

otra vez, Smith a la cabeza, en busca de la abertura de la fisura.

—Sé dónde está —les había asegurado la noche anterior, e incluso ahora le parecía que no le costaría encontrarla, pero cuando estuvieron cerca de la base del risco, en el punto en el que esperaba encontrarla, no estaba allí.

Buscó a lo largo del pie de la sobresaliente escarpadura, pero no había señales de la abertura por la que había salido al valle de la tierra de Midia. Por fin, confundido, habló claro a lady Barbara.

—No la encuentro —admitió, y había una nota de desesperación en su voz que la conmovió.

—No importa —dijo—. Ha de estar en algún sitio. Sólo tenemos que seguir buscando hasta que la encontremos.

—Pero es muy duro para vosotras —dijo—. Debes de sentir una amarga decepción. No sabes cómo me siento al darme cuenta de que no tenéis a nadie más en quien confiar y os he fallado.

—No te lo tomes así, por favor —le rogó—. Cualquiera se habría extraviado en ese agujero. Estos riscos apenas cambian de aspecto en muchos kilómetros.

—Eres muy amable al decirme eso, pero no puedo por menos que sentirme culpable. Sin embargo, sé que la abertura no puede estar lejos de aquí. Entré por el lado occidental del valle, que es donde estamos ahora. Sí, estoy seguro de que al final la encontraré; pero no es necesario que vayamos todos a buscarla. Tú y Jezabel podéis sentaros aquí y esperar mientras yo la busco.

—Creo que deberíamos permanecer juntos —sugirió Jezabel.

—Estoy de acuerdo —coincidió lady Barbara.

—Como queráis —dijo Smith—. Buscaremos hacia el norte, ya que es posible que la abertura esté ahí. Si no la encontramos, regresaremos aquí y buscaremos hacia el sur.

A medida que avanzaban por la base del acantilado en dirección norte, Smith estaba cada vez más convencido de que se hallaba a punto de descubrir la entrada a la fisura. Pensaba que distinguía algo conocido en el contorno del otro lado del valle, pero la abertura seguía sin aparecer después de haber recorrido una distancia considerable.

Después, mientras ascendían y llegaban a la cima de una de las numerosas montañas bajas que iban, como un contrafuerte, desde la cara del risco hasta el valle, se detuvo, desalentado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jezabel.

—Ese bosque —respondió él—. No había ningún bosque a la vista desde la abertura.

Ante ellos se extendía un bosque de arbolitos que crecían casi al pie de los riscos y se extendían hasta la orilla del lago, formando un paisaje de excepcional belleza, con aspecto de parque. Pero Lafayette Smith no veía belleza alguna, sólo veía otra prueba de su ineficacia e ignorancia.

—¿No pasaste por ningún bosque al ir de los riscos a la aldea? —preguntó lady Barbara.

Él negó con la cabeza.

—Tenemos que regresar —dijo— y buscar en la otra dirección. Es descorazonador. Me pregunto si podréis perdonarme.

—No seas tonto —dijo lady Barbara—. Se diría que pareces aquel correo de Cook que se perdió durante un recorrido personal por las galerías de arte de París y esperaba perder su empleo por ello.

—Me siento peor —admitió Smith con una carcajada—, e imagino que es mucho.

—¡Mirad! —exclamó lady Barbara—. En el bosque hay alguna clase de animales. ¿No los veis?

—Oh, sí —exclamó Jezabel—, ya los veo.

¿Qué son? —preguntó Smith—. Parecen venados.

—Son cabras —dijo Jezabel—. Los midios del norte tienen cabras, que vagan por esta parte del valle.

—A mí me parecen algo para comer —dijo lady Barbara—. Bajemos y cojamos una.

—Probablemente no nos dejarán cogerla —sugirió Lafayette.

—Tienes una pistola —le recordó la muchacha inglesa.

—Es cierto —coincidió—. Puedo disparar a una.

—Tal vez —puntualizó lady Barbara.

—Será mejor que baje solo —dijo Smith—. Nosotros tres podríamos asustarlas.

—Tendrás que tener mucho cuidado o las asustarás tú —le advirtió lady Barbara—. ¿Alguna vez has cazado?

—No —admitió el americano.

Lady Barbara se humedeció el dedo índice y lo levantó.

—El viento es favorable —anunció—. Lo único que tienes que hacer es mantenerte fuera de la vista y no hacer ruido.

—¿Cómo voy a mantenerme fuera de la vista? —preguntó Smith.

—Tendrás que bajar arrastrándote, aprovechando los árboles, las rocas y los arbustos, cualquier cosa que te oculte. Si dan muestras de nerviosismo, arrástrate unos metros y párate, hasta que vuelvan a estar tranquilas.

—Tardaré mucho tiempo —dijo Smith.

—Puede que tardemos mucho en encontrar otra cosa para comer —le recordó ella—, y nada que encontremos se nos acercará y se tumbará para morir a nuestros pies.

—Supongo que tienes razón —declaró Smith—. ¡Allá voy! Reza por mí.

—Se puso a cuatro patas y lentamente fue avanzando por el accidentado terreno en dirección al bosque y las cabras. Tras unos metros, se volvió y susurró:

—Será duro para las rodillas.

—Ni la mitad de duro de lo que será para nuestros estómagos si no lo consigues —replicó lady Barbara.

Smith hizo una mueca y reanudó la marcha mientras las dos muchachas, ahora tumbadas en el suelo para esconderse de la presa, observaban su avance.

—No lo hace tan mal —comentó lady Barbara al cabo de varios minutos de silenciosa observación.

—Qué hermoso es —suspiró Jezabel.

—De momento, las cosas más hermosas del paisaje son esas cabras —dijo lady Barbara—. Si se acerca lo suficiente para disparar y falla, me moriré; y sé que fallará.

—Anoche no falló cuando disparó a Lamech —le recordó Jezabel.

—Debía de estar apuntando a otro —comentó lady Barbara lacónicamente.

Lafayette Smith seguía arrastrándose despacio. Efectuando numerosas paradas, como le había aconsejado lady Barbara, fue acercándose a su presa. Los minutos parecían horas. Constantemente le martilleaba en la cabeza la idea de que no debía fallar, aunque no por la razón que se podría suponer de forma natural. El fracaso en la obtención de comida parecía una consecuencia menos espantosa que el desprecio de lady Barbara Collis.

Luego, por fin, se encontró bastante cerca del rebaño. Unos metros más y estaba seguro de que no podría fallar. Un arbusto bajo, que crecía justo

delante de donde él se encontraba, ocultaba su aproximación a los ojos de su víctima. Lafayette Smith llegó al arbusto y se detuvo detrás. Un poco más adelante descubrió otro matorral aún más cerca de la cabra, un delgado ejemplar con una gran ubre. No tenía aspecto apetitoso, pero bajo aquel exterior poco atractivo Lafayette Smith vio jugosos bistecs ocultos. Avanzó a rastras. Tenía las rodillas despellejadas y le dolía el cuello a causa de la postura poco natural que su método de locomoción, al que no estaba acostumbrado, le obligaba a adoptar.

Pasó el arbusto tras el cual se había detenido y no vio al cabrito que yacía oculto al otro lado, oculto por una solícita mamá que lo estaba alimentando. El cabrito vio a Lafayette pero no se movió. No se movería hasta que su madre lo indicara, a menos que algo lo tocara o aterrorizara.

Observó a Lafayette, que se arrastraba hacia el siguiente arbusto de su itinerario, el último. Lo que pensó no se sabe, pero cabe dudar que le impresionara la belleza de Lafayette.

Ahora el hombre había llegado al último arbusto, sin que le hubieran visto otros ojos más que los del cabrito. Smith sacó la pistola con cuidado, para que ni el más pequeño ruido alarmara a su cena potencial. Se levantó un poco hasta que tuvo los ojos por encima del nivel del arbusto y apuntó atentamente. La cabra estaba tan cerca que fallar parecía una contingencia tan remota como inapreciable.

Lafayette sentía la agitación del orgullo con el que arrojaría el cadáver de su presa a los pies de lady Barbara y Jezabel. Entonces, apretó el gatillo.

La cabra dio un salto y, cuando volvió a tocar el suelo, ya estaba huyendo hacia el norte en compañía del resto del rebaño. Lafayette Smith había fallado otra vez.

Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de este hecho asombroso y humillante y ponerse en pie cuando, de pronto, algo le golpeó pesadamente por detrás; el golpe le hizo doblar las rodillas y desplomarse, y se quedó sentado en el suelo. No, no en el suelo. Estaba sobre algo blando que se retorcía y convulsionaba. Sus desconcertados ojos miraron abajo y vieron la cabeza de un cabrito que sobresalía de entre sus piernas: el cabrito se había asustado tanto que había perdido el control de sí mismo.

—¡Ha fallado! —exclamó lady Barbara Collis—. ¿Cómo ha podido fallar?

Eshbaal, que recogía sus cabras en el borde norte del bosque, aguzó el oído y escuchó. ¡Un ruido desconocido! Y muy cerca. Procedente del otro

lado del valle, lejos, hacia la aldea de los midios del sur, Eshbaal había oído un ruido similar, aunque débil y alejado, la noche anterior. Cuatro veces había roto el silencio del valle y nada más. Eshbaal lo había oído y también sus compañeros en la aldea de Elija, el hijo de Noé.

Lafayette Smith cogió el cabrito antes de que pudiera liberarse y, pese a sus forcejeos, se lo echó sobre los hombros y se dirigió hacia las dos muchachas que le esperaban.

—¡No ha fallado! —exclamó Jezabel—. Sabía que no fallaría —y descendió para recibirle, mientras lady Barbara, perpleja, la seguía.

—¡Espléndido! —exclamó la muchacha inglesa cuando estuvieron más cerca—. ¿De verdad le has dado a una? Estaba segura de que fallarías.

—He fallado —admitió Lafayette de mala gana.

—Entonces, ¿cómo lo has atrapado?

—Si he de decir la verdad —explicó el hombre—. Me he sentado encima. En realidad, él me ha cogido a mí.

—Bueno, sea como sea, lo has conseguido —dijo ella.

—Y será mucho mejor que comer la otra, a la que había apuntado —les aseguró él—. Aquella era terriblemente delgada y muy vieja.

—Qué mono es —dijo Jezabel.

—No lo hagas —ordenó lady Barbara—. No debemos pensar así. Recuerda sólo que estamos hambrientos.

—¿Dónde lo comeremos? —preguntó Smith.

Aquí mismo —respondió la muchacha inglesa—. Hay mucha leña menuda entre estos árboles. ¿Tienes cerillas?

—Sí. Bueno, vosotras mirad hacia otro lado mientras yo cumplo con mi deber. Ojalá hubiera dado a la vieja. Esto es como asesinar a un niño.

Al otro lado del bosque, Eshbaal volvía a sorprenderse, pues de pronto las cabras que había estado buscando llegaron a él en estampida.

—El extraño ruido las ha asustado —se dijo Eshbaal—. Tal vez sea un milagro. Las cabras que he estado buscando todo el día han vuelto a mí.

Mientras pasaban corriendo por su lado, el ojo experto del pastor las fue observando. No había muchas cabras en el grupo que se había extraviado, por tanto, no le costó contarlas. Faltaba un cabrito. Como era pastor, Eshbaal no tenía nada que hacer más que emprender la búsqueda del animal que faltaba. Avanzaba con cautela, alerta, debido al ruido que había oído.

Eshbaal era un hombre de baja estatura, robusto, con los ojos azules y

una mata de pelo rubio y barba. Sus facciones eran corrientes y bellas de un modo primitivo y salvaje. La única prenda que llevaba, confeccionada con un pellejo de cabra, le dejaba el brazo derecho completamente libre y tampoco le estorbaba en las piernas, ya que no le llegaba a las rodillas. Llevaba un palo y un tosco cuchillo.

Lady Barbara se hizo cargo de las actividades culinarias después de que Lafayette hubiera matado al cabrito y admitido que, aparte de hacer huevos duros, sus conocimientos de cocina eran tan escasos que no merecía la pena mencionarlos.

—Y, de todos modos —dijo—, no tenemos huevos.

Siguiendo las instrucciones de la joven inglesa, Smith separó varios trozos del cuerpo y los asaron clavados en unos palos puntiagudos que lady Barbara le había hecho cortar de un árbol cercano.

—¿Cuánto tardará en hacerse? —preguntó Smith—. Podría comerme mi parte cruda. Podría comerme todo el cabrito crudo, en realidad, de una sola sentada y aún me quedaría espacio para la vieja cabra a la que no he dado.

—Sólo comeremos lo necesario para recuperar fuerzas y seguir —dijo lady Barbara—; luego, envolveremos el resto en el pellejo y nos lo llevaremos. Si tenemos cuidado, esto nos mantendrá vivos tres o cuatro días.

—Claro, tienes razón —admitió Lafayette—. Siempre la tienes.

—Esta vez puedes hacer una comilona —le dijo ella—, porque has estado más tiempo que nosotras sin comer.

—Tú hace mucho que no has comido nada, Barbara —dijo Jezabel—. Yo soy la que necesita menos.

—Ahora todos necesitamos alimento —dijo Lafayette—. Comamos bien esta vez, para reponer fuerzas, y después racionaremos el resto para que dure varios días. Quizá me sentaré sobre otra cosa antes de que se haya terminado.

Todos rieron. Después, cuando la carne estuvo hecha, los tres dieron buena cuenta de ella.

—Como los armenios que se mueren de hambre —fue el símil que Smith sugirió.

Ocupados como estaban con el delicioso asunto de calmar el hambre voraz, ninguno de ellos vio a Eshbaal pararse detrás de un árbol y observarles. Reconoció a Jezabel y un súbito destello iluminó sus ojos

azules. Los otros eran un enigma para él, en especial su extraño atuendo.

De una cosa estaba convencido Eshbaal. Había encontrado su cabrito perdido y había ira en su corazón. Observó un momento a los tres; luego, regresó al bosque hasta que estuvo fuera de su vista y echó a correr.

Terminada la comida, Smith envolvió el resto del animal en el pellejo y los tres reanudaron su búsqueda de la fisura.

Transcurrió una hora y después otra y sus esfuerzos no tuvieron éxito. No vieron ninguna abertura en la imponente superficie del risco, ni tampoco las figuras que se iban acercando furtivamente, una veintena de robustos hombres de pelo amarillo conducidos por Eshbaal, el pastor.

—Debemos de haber pasado de largo —dijo Smith por fin—. No puede estar tan al sur. —Sin embargo, un centenar de metros más lejos se encontraba la abertura de la gran fisura.

—Tendremos que buscar otra manera de salir del valle —dijo lady Barbara—. Hay un sitio más al sur, que Jezabel y yo solíamos ver desde la boca de nuestra cueva, en el que parecía que el risco podía escalarse.

—Intentémoslo —dijo Smith—. ¡Eh, mirad ahí! —Señaló hacia el norte.

—¿Qué es? ¿Dónde? —preguntó Jezabel.

—Me ha parecido ver la cabeza de un hombre detrás de esa roca —dijo Smith—. Sí, ahí está otra vez. Dios mío, miradles. Estamos rodeados.

Eshbaal y sus compañeros, comprendiendo que les habían descubierto, salieron y avanzaron lentamente hacia los tres.

—¡Los hombres de Midia del Norte! —exclamó Jezabel—. ¿No son hermosos?

—¿Qué haremos? —preguntó lady Barbara—. No debemos dejar que nos cojan.

—A ver qué quieren —lijo Smith—. Puede que sean amistosos. De todos modos, no podríamos escapar de ellos corriendo. Nos alcanzarían enseguida. Poneos detrás de mí, y si dan muestras de atacar, dispararé a unos cuantos.

—Quizá será mejor que vayas a sentarte sobre ellos —sugirió lady Barbara en tono cansado.

—Lamento —dijo Smith— que mi puntería sea tan mala; pero, quizá lamentablemente, nunca se les ocurrió a mis padres enseñarme el dulce arte de matar. Ahora comprendo que se equivocaron y que mi educación fue tristemente descuidada. Sólo soy un maestro de escuela, y enseñando al

joven intelecto a disparar no he aprendido yo a hacerlo.

—No tenía intención de ser desagradable —dijo lady Barbara, que captó en la ironía de la respuesta del hombre la presencia de un orgullo herido—. Perdóname, te lo ruego.

Los midios del norte avanzaban con cautela, deteniéndose de vez en cuando para conferenciar brevemente entre susurros. Después, uno de ellos habló, dirigiéndose a los tres:

—¿Quiénes sois? —preguntó—. ¿Qué hacéis en la tierra de Midia?

—¿Le entiendes? —preguntó Smith por encima del hombro.

—Sí —respondieron ambas muchachas a la vez.

—Habla la misma lengua que el pueblo de Jezabel —explicó lady Barbara—. Quiere saber quiénes somos y qué hacemos aquí.

—Habla con él, lady Barbara —dijo Smith.

La muchacha inglesa se adelantó un poco.

—Somos extranjeros en Midia —dijo—. Nos hemos perdido. Lo único que deseamos es salir de vuestro país.

—No hay modo de salir de Midia —respondió el hombre—. Habéis matado un cabrito que pertenecía a Eshbaal. Debéis ser castigados por ello. Debéis venir con nosotros.

—Estábamos muertos de hambre —explicó lady Barbara—. Si podemos pagar por el cabrito, lo haremos de buena gana. Dejadnos ir en paz.

Los midios volvieron a conferenciar en susurros y después el portavoz volvió a dirigirse a los tres.

—Debéis venir con nosotros —dijo—; al menos, las mujeres. Si el hombre quiere irse, no le haremos daño, a él no le queremos; queremos las mujeres.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Smith, y cuando lady Barbara se lo hubo explicado, meneó la cabeza—. Dile que no —ordenó—. Además, dile que si nos molestan tendré que matarles.

Cuando la muchacha comunicó este ultimátum a los midios, éstos se echaron a reír.

—¿Qué puede hacer un hombre contra veinte? —preguntó el jefe; luego, avanzó seguido por sus secuaces. Ahora blandían sus palos y algunos de ellos alzaron la voz en un salvaje grito de guerra.

—Tendrás que disparar —dijo lady Barbara—. Al menos son veinte. A alguno le darás.

—¡Retroceded! —gritó Jezabel—. ¡Si no lo hacéis os matará! —Pero los hombres se acercaron más.

Entonces Smith disparó. Al oír la aguda detonación de la pistola, los midios se detuvieron, sorprendidos, pero ninguno cayó. En cambio, el jefe lanzó su palo, rápidamente y con precisión, justo cuando Smith estaba a punto de disparar de nuevo. Esquivó el golpe, pero el proyectil le dio en la mano que sostenía la pistola, que salió volando; entonces, los midios se lanzaron sobre ellos.

XVI

RASTREANDO

TARZÁN DE LOS MONOS había matado. Era tan sólo un pequeño roedor, pero satisfaría su hambre hasta el día siguiente. La oscuridad había caído poco después de que descubriera el rastro del americano desaparecido y se vio obligado a abandonar la búsqueda hasta que volviera a hacerse de día. La primera señal del rastro había sido muy débil; sólo una ligerísima huella de una esquina de un tacón de bota, pero para el hombre mono había sido suficiente. Adherido a un arbusto cercano se hallaba el apenas perceptible rastro de olor de un hombre blanco, que Tarzán habría podido seguir incluso después de oscurecer; pero habría sido un método lento y arduo de rastreo y el hombre mono consideró que las circunstancias no lo justificaban. Por lo tanto, mató, comió y se enroscó en un lugar de hierba alta para dormir.

Puede que las bestias salvajes no duerman con un ojo abierto, pero a menudo parece que duermen con las dos orejas levantadas. Los ruidos nocturnos habituales no son percibidos, mientras que un ruido menor, que anuncie un peligro o sugiera algo desconocido, puede despertarlas al instante. Fue un ruido que entraba en esta última categoría lo que despertó a Tarzán poco después de medianoche.

Levantó la cabeza y escuchó; luego, la bajó y pegó una oreja al suelo.

—Hombres y caballos —dijo para sí, levantándose.

De pie, respirando con fuerza, escuchó con atención. Su sensible nariz, que quería confirmar el testimonio de sus oídos, se dilató para recibir y clasificar los mensajes que Usha, el viento, le llevaba. Captó el olor de Tongani, el mandril, tan fuerte que casi anulaba los otros. Tenue, desde una gran distancia, le llegaba el rastro de olor de Sabor, la leona, y el dulce y fuerte olor de Tantor, el elefante. Uno a uno el hombre mono fue leyendo los mensajes que le traía Usha, el viento; pero sólo le interesaban los que hablaban de caballos y hombres.

¿Por qué en la noche se movían caballos y hombres? ¿Quiénes y qué eran los hombres? Apenas necesitaba hacerse esta última pregunta, y sólo la primera le interesaba.

Es asunto de bestias y hombres saber qué hacen sus enemigos. Tarzán estiró perezosamente sus grandes músculos y descendió la ladera de la colina en la dirección de donde había venido la prueba de que sus enemigos estaban tramando algo.

Gunner avanzaba a trompicones en la oscuridad. Nunca, en sus veintitantos años de vida, se había acercado siquiera a semejante agotamiento físico. Estaba seguro de que cada paso que daba sería el último. Hacía rato que estaba demasiado cansado incluso para maldecir a sus captores; ahora avanzaba pesadamente, casi insensible a toda sensación, con la mente hecha un caos de desdicha.

Pero incluso los viajes interminables tienen que acabar tarde o temprano; y al fin la cabalgata entró por las puertas de la aldea de Dominic Capietro, el cazador de esclavos, y *Gunner* fue escoltado a una choza, donde se dejó caer en el duro suelo de tierra después de que le quitaran las ataduras, seguro de que jamás volvería a levantarse.

Estaba dormido cuando le trajeron comida; pero se despertó lo suficiente para comer, pues su hambre era tan grande como su fatiga. Luego, volvió a tumbarse y se durmió, mientras un cansado y disgustado shifta, de guardia junto a la entrada de la choza, daba cabezadas.

Tarzán había llegado a la escarpadura que estaba sobre la aldea cuando los ladrones entraban por la puerta. Una luna llena arrojaba sus rayos reveladores sobre la escena, iluminando las figuras de hombres y caballos. El hombre mono reconoció a Capietro y a Stabutch, vio a Ogonyo, el jefe de porteadores del safari del joven geólogo americano, y distinguió a *Gunner* tropezando dolorosamente debido a sus ataduras.

El hombre mono era un interesado espectador de todo lo que ocurría en la aldea. Observó en particular la situación de la choza en la que habían arrojado al prisionero blanco. Observó la preparación de comida y se fijó en las grandes cantidades de licor que Capietro y Stabutch consumían mientras esperaban la cena de medianoche que los esclavos les estaban haciendo. Cuanto más bebían, más satisfecho estaba Tarzán.

Mientras les observaba, se preguntó cómo criaturas supuestamente racionales podían considerar la palabra bestia un término de reproche y hombre uno de glorificación. Las bestias, como él sabía, tenían un concepto

opuesto de las virtudes relativas de estos dos órdenes, aunque desconocían la mayoría de estupideces y degradaciones del hombre, pues su mente era demasiado pura para comprenderlas.

Esperando con la paciencia del sistema nervioso primitivo intacto, Tarzán observó desde la cima del risco hasta que la aldea pareció haberse dispuesto a pasar la noche. Vio a los centinelas en la banqueta del interior de la empalizada, pero no vio al guardia que estaba agazapado en la sombra de la choza donde *Gunner* yacía durmiendo profundamente.

Satisfecho, el hombre mono se puso en pie y caminó por el promontorio hasta que estuvo más lejos de la aldea, y allí, donde el risco era menos escarpado, se dirigió hacia su base. Se arrastró hasta la empalizada sin hacer ruido, hasta un punto que quedaba oculto a la vista de los centinelas. La luna llena brillaba en lo alto, pero sabía que el lado opuesto de la empalizada estaría en la más profunda sombra. Allí escuchó un momento para asegurarse de que su aproximación no había levantado sospechas. Deseaba poder ver a los centinelas de la puerta, pues cuando estuviera en lo alto de la empalizada se encontraría al descubierto por un instante. Cuando les había visto por última vez estaban sentados en cuclillas de espaldas a la empalizada, y al parecer a punto de dormirse. ¿Seguirían así?

Aquí, sin embargo, tenía que correr un riesgo y por eso pensó poco en el asunto. Si era así, era así; y si no podía cambiarlo, debía hacerle caso omiso; por tanto, saltando ágilmente, se agarró a la parte superior de la empalizada, se aupó y pasó al otro lado. Sólo lanzó una mirada en dirección a los centinelas cuando coronaba la barrera, una mirada que le indicó que no se habían movido desde que los había visto por última vez.

En la sombra de la empalizada se detuvo para mirar alrededor. No había nada que le hiciera temer; y, así, se movió rápidamente, manteniéndose en la sombra donde esto era posible, dirigiéndose hacia la choza donde esperaba encontrar al joven hombre blanco. Ésta le quedaba oculta de la vista por otra choza a la que se había acercado y rodeado cuando vio la figura del guardia sentado junto al umbral, con el rifle sobre las rodillas.

Ésta era una contingencia que el hombre mono no había previsto y que le hizo cambiar sus planes inmediatos. Se apartó de la vista escondiéndose tras la otra choza, se tumbó en el suelo y luego se arrastró de nuevo hasta que la cabeza le asomaba de la choza lo suficiente para observar al guardia. Allí se quedó esperando, una bestia humana observando a su presa.

Durante largo rato se quedó así, pegado al suelo, confiando en su

conocimiento del hombre y esperando el momento que sabía que llegaría. Después, la barbilla del shifta le cayó al pecho; pero, inmediatamente, volvió a levantarla. Luego, el tipo cambió de posición. Se sentó en el suelo, con las piernas estiradas, y se apoyó en la choza. Seguía con el rifle sobre las rodillas. Era una posición peligrosa para un hombre que debía mantenerse despierto.

Al cabo de un rato, la cabeza le cayó a un lado. Tarzán le observaba con atención, como el gato observa al ratón. La cabeza permanecía en la posición en la que había caído, con la boca abierta; el tempo de la respiración cambió, lo que indicaba que dormía.

Tarzán se levantó en silencio y con el mismo cuidado cruzó el espacio que le separaba del hombre inconsciente. No debía producirse ningún grito.

Igual que ataca Histah, la serpiente, así atacó Tarzán de los Monos. Sólo se oyó el chasquido de las vértebras al partirse cuando el cuello se rompió en aquellas manos de acero.

Tarzán dejó el rifle en el suelo; luego, cogió el cadáver en brazos y lo llevó a la oscuridad del interior de la choza. Allí se movió a tientas un momento hasta que localizó el cuerpo del blanco que dormía y se arrodilló a su lado. Le zarandeó, con una mano lista para ahogar cualquier grito que el otro lanzara, pero *Gunner* no despertaba. Tarzán volvió a zarandearle con más brusquedad pero sin obtener resultado alguno; luego, le dio una fuerte bofetada.

Gunner se agitó.

—Caramba —masculló—, ¿no podéis dejar dormir a un hombre? ¿No te he dicho que te daría el rescate?

Tarzán permitió que una débil sonrisa asomara a sus labios.

—Despierta —susurró—. No hagas ruido. He venido a salvarte.

—¿Quién eres?

—Tarzán de los Monos.

—¡Caramba! —*Gunner* se incorporó.

—No hagas ruido —le previno el hombre mono otra vez.

—Claro —susurró Danny poniéndose en pie rígidamente.

—Sígueme —dijo Tarzán—, y, pase lo que pase, quédate cerca de mí. Voy a arrojarte a lo alto de la empalizada. Procura no hacer ningún ruido cuando pases por encima, e intenta caer al otro lado con las rodillas flexionadas, es una caída considerable.

—¿Estás diciendo que vas a arrojarme a lo alto de la empalizada,

amigo?

—Sí.

—¿Sabes lo que peso?

—No, y no me importa. No hagas ruido y sígueme. No tropieces con ese cadáver. —Tarzán se detuvo en la entrada y miró alrededor; luego, salió, seguido de *Gunner* , y se dirigió rápidamente hacia la empalizada. Aunque ahora le descubrieran, aún tenía tiempo de hacer lo que se proponía, antes de que ellos pudieran interferir, a menos que los centinelas les dispararan y les dieran; pero esto poco lo temía.

Cuando llegaron a la empalizada, *Gunner* miró arriba y su escepticismo aumentó; era poco probable que nadie pudiera arrojar sus noventa kilos de peso allí arriba.

El hombre mono le cogió por el cuello de la camisa y el fondillo de los pantalones.

—¡Cógete arriba! —le susurró. Luego, balanceó a *Gunner* como si fuera un saco de patatas de veinticinco kilos y lo arrojó hacia arriba; y en el mismo instante, los dedos extendidos de Danny Patrick se aferraron a lo alto de la empalizada.

—Caramba —masculló—, si no me hubiera cogido habría ido directamente al otro lado.

Como un felino, el hombre mono trepó por la barrera y se arrojó al suelo en la parte exterior casi en el mismo instante en que *Gunner* aterrizaba y, sin decir una palabra, echó a andar hacia el risco, donde una vez más tuvo que ayudar al otro a llegar a la cima.

Danny *Gunner* Patrick se había quedado sin habla, en parte porque le faltaba el aliento debido al ejercicio pero, más aún, por el asombro. ¡Vaya tipo era aquél! En toda su experiencia de matón, que había sido considerable, jamás había conocido, ni esperado conocer, a un hombre igual.

—He localizado el rastro de tu amigo —dijo Tarzán.

—¿El qué? —preguntó *Gunner*—. ¿Está muerto?

—Sus huellas —explicó el hombre mono, que aún abría el camino al subir la pendiente hacia las montañas más elevadas.

—Entiendo —dijo *Gunner*—. Pero ¿no le has visto?

—No, estaba demasiado oscuro para seguirle cuando las encontré. Lo haremos por la mañana.

—Si es que puedo andar —dijo *Gunner* .

—¿Qué te pasa? —preguntó Tarzán—. ¿Acaso estás herido?

—No tengo piernas de las rodillas para abajo —respondió Danny—. Ayer las agoté.

—Te llevaré en brazos —sugirió Tarzán.

—¡No! —exclamó Danny—. Puedo arrastrarme, pero que me aspen si voy a permitir que alguien me lleve en brazos.

—Será un viaje duro si ya estás agotado —le previno el hombre mono —. Podría dejarte en algún sitio cerca de aquí y recogerte después de encontrar a tu amigo.

—Ni hablar. Voy a buscar al viejo Smithy aunque se me gasten las piernas hasta la cadera.

—Probablemente podría viajar más deprisa si fuera solo —sugirió Tarzán.

—Adelante —accedió *Gunner* , alegre—. Te seguiré.

—Y te perderás.

—Déjame ir contigo, amigo. Estoy preocupado por aquel loco.

—De acuerdo. De todos modos, no importará. Puede que tenga un poco más de hambre cuando le encontremos, pero no se morirá en dos días.

—Digo —exclamó Danny—, ¿cómo es que sabías que esos tipos me habían capturado y llevado a aquella asquerosa aldea suya?

—Estaba en el risco cuando habéis llegado. He esperado hasta que se han quedado dormidos. No estoy dispuesto a enfrentarme con ellos todavía.

—¿Qué les harás?

Tarzán se encogió de hombros y no respondió; y durante largo rato caminaron en silencio en la noche, el hombre mono adaptando su velocidad al estado físico de su compañero, cuyo coraje se vio obligado a admirar, aunque su resistencia y conocimientos los contemplaba con desprecio.

Más arriba en las montañas, donde antes se había acostado, Tarzán se detuvo y dijo a *Gunner* que descansara un poco antes de que amaneciera.

—Caramba, son las palabras más agradables que he oído en años —suspiró Danny, mientras se tumbaba en la hierba alta—. Puede que creas que has visto a alguien quedarse frito, pero no me has visto a mí. Observa —y se quedó dormido casi antes de acabar de pronunciar estas palabras.

Tarzán se tumbó a poca distancia; y también él se quedó dormido pronto, pero al primer asomo del amanecer estaba despierto. Vio que su compañero aún dormía y entonces se deslizó en silencio hacia un charco de agua que había descubierto el día anterior en una cañada rocosa cerca del

risco donde había encontrado la tribu de Zugash, el tongani.

Se mantuvo pegado a la ladera de la colina, pues con la llegada del amanecer el viento había cambiado y deseaba ir al charco de agua contra el viento. Se movía tan silenciosamente como las sombras de la noche que se retiraba, moviendo las ventanas de la nariz para captar cada olor que la brisa del amanecer transportaba.

En una orilla del charco de agua había una profunda capa de barro, donde la tierra había sido pisoteada por las patas de los animales que se acercaban para beber; y cerca encontró lo que buscaba, la pegajosa dulzura de aquel cuyo olor había sido transportado por Usha.

En la parte inferior de la cañada crecían árboles bajos y mucha maleza, pues aquí la tierra conservaba su humedad más tiempo que en las montañas, que estaban más expuestas a los inmisericordes rayos de Kudu. Era un agradable bosquecillo selvático y su belleza no escapó a los ojos apreciativos del hombre mono, aunque el atractivo del bosquecillo no residía esa mañana en su encanto estético, sino en el hecho de que albergaba a Horta, el jabalí.

El hombre mono se acercó en silencio al borde de la maleza cuando Horta se aproximaba a la charca para beber. En el otro lado estaba Tarzán, con el arco y las flechas preparados en sus manos; pero la alta maleza impedía realizar un buen disparo, y por eso el cazador salió a plena vista del jabalí. Tan deprisa se movió que su flecha salió cuando Horta se volvía para echar a correr y alcanzó al jabalí en el costado, junto al hombro izquierdo, un punto vital.

Con un bufido airado, Horta se volvió y atacó. Cruzó la charca hacia Tarzán y, cuando se acercaba, otras tres flechas se le clavaron con increíble exactitud y celeridad y se hundieron profundamente en su pecho. Echaba espuma ensangrentada por la boca y sus ojos perversos estaban inyectados de odio mientras trataba de alcanzar al autor de sus heridas y vengarse antes de morir.

El hombre mono dejó el arco y recibió el ataque de la enloquecida bestia con su lanza, pues no había modo de eludir la rápida embestida de aquel gran cuerpo, encerrado como estaba por los densos matorrales. Afianzó los pies y dejó caer la punta de su arma en el instante en que Horta se puso a su alcance, para que no tuviera oportunidad de esquivarla o apartarla con sus colmillos. Se hundió en su pecho, hasta el corazón; sin embargo, la bestia aún trataba de alcanzar al hombre mono, que la

mantenía a raya con una fuerza casi igual.

Pero Horta, el jabalí, ya estaba casi muerto. Terminó su breve y salvaje lucha y cayó en las aguas poco profundas de la orilla de la charca. Luego, el hombre mono puso un pie sobre su enemigo vencido y lanzó el espantoso grito de desafío de su tribu.

De pronto, *Gunner* se irguió, despierto de su profundo sueño.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Qué ha sido eso? —Al no recibir respuesta, miró alrededor—. ¿Eso te comería? —murmuró—. Se ha ido. Me pregunto si ha huido de mí. No parecía esa clase de tipo. Pero nunca se sabe; otros tipos me han engañado antes.

En la aldea de Capietro, un centinela adormilado de pronto se puso alerta, mientras su compañero se incorporó a medias.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó uno.

—Alguien peludo ha matado —dijo el otro.

Sheeta, la pantera, que iba en la dirección del viento, acechando al hombre y al jabalí, se paró en seco; luego, se volvió y se alejó dando ágiles saltos; pero no había ido muy lejos cuando se paró de nuevo y levantó su hocico contra el viento. De nuevo el olor del hombre; pero esta vez era un hombre diferente, y no había señales del temido palo de trueno que solía acompañar al rastro de olor del tarmangani. Con el vientre bajo, Sheeta subió lentamente la ladera hacia Danny *Gunner* Patrick.

—¿Qué voy a hacer? —masculló *Gunner*—. ¡Caramba, tengo hambre! ¿Debo esperarle o irme? ¿Adónde? Estoy seguro de que me metería en algún lío. ¿Adónde voy? ¿Cómo me las arreglo para comer? ¡Demonios!

Se levantó y se movió un poco, para estirar los músculos. Los tenía doloridos, pero se dio cuenta de que había descansado mucho. Luego, miró a lo lejos en busca de Tarzán y vio a Sheeta, la pantera, a unos centenares de metros.

Danny Patrick, matón, timador, gángster, pistolero, asesino, temblaba de terror. Un sudor frío empezó a salirle por todos los poros y notó que se le erizaba el cabello. Sintió un fuerte impulso de correr, pero, por fortuna para Danny, sus piernas se negaron a moverse. Literalmente estaba muerto de miedo. *Gunner* , el pistolero, sin pistola era un hombre muy diferente.

La pantera se había parado y le estaba examinando. La cautela y un miedo hereditario al hombre hicieron vacilar al gran felino, pero estaba enojado porque había sido ahuyentado de su presa después de pasar toda la noche cazando inútilmente y estaba muy hambriento. Rugió, el rostro

arrugado formando una máscara horrible, y Danny sintió que las rodillas le flaqueaban.

Entonces, más allá de la pantera, vio que la hierba alta se movía al acercarse otro animal, el cual *Gunner* pronto supuso que era el compañero de la bestia. Había una sola franja estrecha de esta hierba alta, y cuando el animal la hubiera cruzado, también él vería a Danny, que llegó a la conclusión de que esto sería su muerte. Uno de ellos tal vez vacilara en atacar a un hombre —no lo sabía—, pero estaba seguro de que los dos no lo harían.

Cayó de rodillas e hizo algo que no había hecho desde hacía muchos años: rezó. Y entonces las hierbas se separaron y Tarzán de los Monos apareció a la vista, con el cuerpo de un jabalí sobre uno de sus anchos hombros. Al instante, el hombre mono captó la escena para la que su olfato ya le había preparado.

Dejó el cuerpo del animal muerto en tierra y lanzó un repentino y feroz rugido que sobresaltó a Sheeta más que a Danny Patrick. El felino se paró, a la defensiva. Tarzán atacó, lanzando fuertes rugidos, y Sheeta hizo exactamente lo que él había supuesto que haría: se dio la vuelta y huyó. Entonces Tarzán recogió a Horta del suelo y subió la ladera hasta Danny, que seguía de rodillas, boquiabierto y petrificado.

—¿Por qué estás arrodillado? —le preguntó el hombre mono.

—Trataba de atarme el zapato —explicó *Gunner* .

—Aquí está el desayuno —dijo Tarzán, dejando el jabalí en el suelo—. Sírvete.

—Sin duda tiene buen aspecto —dijo Danny—. Podría comérmelo crudo.

—Está bien —dijo Tarzán; se sentó y cortó dos tiras de una de las patas —. Toma —dijo, ofreciéndole una a *Gunner* .

—Estás de broma —repuso el otro.

Tarzán le miró con aire interrogador, al tiempo que arrancaba un bocado de carne con sus fuertes dientes.

—Horta es un poco duro —observó—, pero es lo mejor que he podido conseguir sin perder mucho tiempo. ¿Por qué no comes? Creía que estabas muy hambriento.

—Tengo que asar la mía —dijo *Gunner* .

—Pero has dicho que podrías comértela cruda —le recordó el hombre mono.

—Era una forma de hablar —explicó *Gunner*—. Podría, pero nunca lo he hecho.

—Pues haz fuego y asa tu parte —dijo Tarzán.

—Digo… —empezó a decir Danny unos minutos después mientras estaba en cuclillas ante el fuego guisando su carne—, ¿has oído ese ruido hace un rato?

—¿Cómo era?

—Nunca había oído nada parecido; ¡he dado un brinco! Has sido tú al cazar. Te oí gritar así la noche en que mataste el león en nuestro campamento.

—Nos iremos en cuanto hayas terminado tu carne —dijo Tarzán. Cortó varios trozos, la mitad de los cuales entregó a *Gunner* y el resto lo metió en su carcaj—. Llévate esto —dijo—. Puede que tengas hambre antes de que podamos matar otro animal.

Entonces, hizo un agujero en el suelo de tierra blanda y enterró lo que quedaba del animal.

—¿Por qué haces eso? —preguntó *Gunner*—. ¿Tienes miedo de que huela?

—Puede que volvamos por aquí —explicó Tarzán—. Si lo hacemos, Horta estará menos duro.

Gunner no hizo ningún comentario, pero, mentalmente, se dijo que él no era ningún perro que enterrara su carne y después la desenterrara una vez podrida. Esta idea le daba náuseas.

Tarzán pronto encontró el rastro de Lafayette Smith y lo siguió fácilmente, aunque *Gunner* no veía nada que indicara que unos pies humanos habían pisado jamás aquellas colinas.

—No veo nada —dijo.

—Ya lo he observado —replicó Tarzán.

«Suena a chiste malo», pensó Danny Patrick, pero no dijo nada.

—Aquí, un león le siguió el rastro —dijo el hombre mono.

—No te burlas de mí, ¿verdad? —preguntó Danny—. No hay señales de nada en el suelo.

—Tal vez nada que tú puedas ver —espetó Tarzán—, pero, aunque tú no lo sepas, vosotros, los llamados hombres civilizados, sois casi ciegos y casi tan sordos como una tapia.

Pronto llegaron a la fisura, y allí Tarzán vio que el hombre y el animal habían entrado en ella, el león siguiendo al hombre, y que sólo el león

había salido.

—Parece que el viejo Smithy lo tuvo dificil, ¿no? —dijo *Gunner* cuando Tarzán le hubo explicado lo que el rastro indicaba.

—Es posible —respondió el hombre mono—. Entraré y le buscaré. Tú puedes esperarme aquí o seguirme. No puedes perderte si te quedas dentro de esta rendija.

—Adelante —dijo Danny—. Te seguiré.

La fisura era mucho más larga de lo que Tarzán había imaginado; pero a cierta distancia de la entrada descubrió que el león no había atacado a Smith, pues vio que Numa se había dado media vuelta y que el hombre había seguido adelante. Unos arañazos recientes en los lados de la fisura le informaron de lo que había pasado con bastante exactitud.

«Es una suerte que no le diera a Numa», se dijo el hombre mono.

Al final de la fisura a Tarzán le costó un poco pasar por la abertura que daba al valle de la tierra de Midia, pero una vez lo hubo hecho, captó el rastro de Smith otra vez y lo siguió hacia el lago, mientras Danny, mucho más atrás, avanzaba penosamente por la fisura.

Tarzán echó a andar rápidamente, pues el rastro era claro. Cuando llegó a la orilla del Chinnereth, descubrió las huellas de Smith mezcladas con las de una mujer que llevaba botas europeas muy gastadas y de otra calzada con sandalias.

Cuando había entrado por primera vez en el valle, había visto a lo lejos la aldea de los midios del sur y llegó a la falsa conclusión de que Smith había encontrado gente amistosa y otros blancos y que, por tanto, no corría ningún peligro.

Intrigado por el misterio de este valle escondido, el hombre mono decidió visitar la aldea antes de seguir el rastro de Smith. El tiempo nunca había entrado mucho en sus cálculos, pues había sido entrenado por simios salvajes para quienes el tiempo significaba menos que nada; pero investigar y conocer cada detalle de su mundo salvaje formaba parte de vida como la religión para un sacerdote.

Y por eso avanzó rápidamente hacia la distante aldea, mientras Danny Patrick seguía arrastrándose lentamente y tropezando por el suelo rocoso de la fisura.

Danny estaba cansado. De vez en cuando esperaba encontrar a Tarzán regresando con Smith o con la noticia de su muerte; así que se paraba a menudo a descansar, lo que tuvo como consecuencia que, cuando hubo

llegado al final de la fisura y pasado por la abertura para contemplar la inexplicable vista de un extraño valle ante él, Tarzán ya se hallaba fuera del alcance de la vista.

—¡Caramba! —exclamó *Gunner*—. ¿Quién habría pensado que este agujero conducía a un sitio como éste? Me pregunto qué camino habrá tomado ese Tarzán.

Este pensamiento ocupó a *Gunner* unos minutos. Examinó el suelo como había visto hacer a Tarzán, confundió unas manchas donde algún pequeño roedor había escarbado la tierra o tomado un baño de polvo, con pisadas de un hombre y emprendió la marcha en dirección equivocada.

XVII

«¡ES MÍA!»

LOS FORNIDOS guerreros rubios de Elija, hijo de Noé, rápidamente rodearon y cogieron a Lafayette Smith y a sus dos compañeras. Elija le arrebató la pistola a Smith y la examinó con interés; luego, la metió en una bolsa de pellejo de cabra que llevaba suspendida del cinto que sujetaba la única prenda que vestía.

—Ésta —dijo Eshbaal, señalando a Jezabel— es mía.

—¿Por qué? —preguntó Elija, hijo de Noé.

—La he visto primero —respondió Eshbaal.

—¿Has oído lo que ha dicho? —preguntó Jezabel a lady Barbara.

La muchacha inglesa asintió con apatía. Su cerebro estaba insensibilizado a causa de la decepción y el horror de la situación, pues en algunos aspectos su sino podría ser peor con aquellos hombres que con los midios del sur. Éstos eran guerreros lujuriosos y primitivos, no criaturas bobas cuyas pasiones naturales se habían debilitado por generaciones de enfermedad hereditaria del cerebro y los nervios.

—Me quiere a mí —dijo Jezabel—. ¿No le encuentras hermoso?

Lady Barbara se volvió hacia la muchacha casi con enojo, y entonces recordó de pronto que Jezabel apenas tenía la experiencia de una niña y que no tenía idea del destino que tal vez le aguardara en manos de los midios del norte.

En su estrecho fanatismo religioso, los midios del sur negaban incluso las fases más obvias de la procreación. El tema era un tabú absoluto y los siglos de instrucción y costumbre lo habían hecho aparecer como algo tan espantoso que a menudo las madres mataban a su primer hijo para no exhibir este signo del pecado.

—Pobrecita Jezabel —dijo lady Barbara.

—¿Qué quieres decir, Barbara? —preguntó la muchacha—. ¿No estás contenta de que el hombre hermoso me quiera?

—Escucha, Jezabel —dijo lady Barbara—. Sabes que soy tu amiga, ¿verdad?

—Mi única amiga —respondió la muchacha—. La única persona a la que jamás he amado.

—Entonces, créeme si te digo que debes matarte, igual que yo haré conmigo, si somos incapaces de escapar de estas criaturas.

—¿Por qué? —preguntó Jezabel—. ¿No son más hermosos que los midios del sur?

—Olvida su belleza fatal —replicó lady Barbara—, pero jamás olvides lo que te he dicho.

—Ahora tengo miedo —dijo Jezabel.

—Gracias a Dios —exclamó la muchacha inglesa. Los midios del norte marchaban separados y sin disciplina. Parecían una raza gárrula, y sus discusiones y discursos eran numerosos y largos. A veces, tan absortos estaban en algún punto de la discusión, o escuchando una larga perorata de uno de sus compañeros, que casi se olvidaban de sus prisioneros, que a veces estaban entre ellos y a veces más adelante y, en una ocasión, más atrás.

Era lo que lady Barbara había estado esperando y lo que en cierto modo había planeado.

—¡Ahora! —susurró—. No miran. —Se paró y se dio media vuelta. Se encontraban entre los árboles del bosque, donde podrían hallar algún lugar donde esconderse.

Smith y Jezabel se habían parado al oír la orden de lady Barbara; y por un instante los tres se quedaron quietos, conteniendo la respiración y observando las figuras de sus capturadores que se alejaban.

—¡Corred! —susurró entonces lady Barbara—. Nos separaremos y volveremos a reunirnos al pie del risco.

Qué era lo que había instado a lady Barbara a sugerir que se separaran Lafayette Smith no lo comprendía. A él le parecía una decisión necia e innecesaria; pero como tenía mucha más confianza en el criterio de lady Barbara, en cuanto a asuntos prácticos, que en el suyo propio, no expresó en voz alta sus dudas, aunque aceptó el plan con algunas reservas mentales que guiaron sus actos posteriores.

La muchacha inglesa corrió en dirección sudeste, mientras Jezabel, obedeciendo las órdenes de su amiga, corrió hacia el sudoeste. Smith miró atrás y no descubrió ninguna señal de que sus captores les hubieran echado

en falta. Por un instante vaciló en cuanto a qué rumbo seguir. Aún tenía la convicción de que era el protector natural de ambas muchachas, no obstante las lamentables circunstancias que habían anulado sus esfuerzos para salir airoso en ese papel; pero vio que iba a ser aún más dificil proteger a las dos ahora que habían elegido direcciones diferentes.

Sin embargo, pronto tomó una decisión, aunque fue dificil. Jezabel se hallaba en su mundo; lejos de alarmarla más bien parecía que la contemplación de su captura por los midios del norte había sido recibida con entusiasmo por su parte; no podía estar peor con ellos que con el otro único pueblo que conocía.

Lady Barbara, por el contrario, era de otro mundo —el mundo de él— y le había oído decir que sería preferible la muerte a la cautividad entre aquellos semisalvajes. Su deber, por tanto, era seguir y proteger a lady Barbara; y así dejó que Jezabel emprendiera su camino hacia el promontorio sin protección, mientras él seguía a la muchacha inglesa en dirección al Chinnereth.

Lady Barbara Collis corrió hasta quedarse sin aliento. Durante varios minutos había oído claramente ruidos de persecución detrás de ella, las fuertes pisadas de un hombre. Frenética y desesperada, sacó su navaja de un bolsillo de la chaqueta y la abrió mientras corría.

Se preguntó si podría suicidarse con aquella arma inadecuada. Estaba segura de que con ella no sería capaz de causar heridas fatales ni incapacitantes a su perseguidor. Sin embargo, la idea de la autodestrucción le repugnaba. Se daba cuenta de que estaba a punto de llegar al límite de su resistencia y de que no podía retrasar mucho la decisión fatal, cuando su herencia de sangre luchadora inglesa decidió la cuestión por ella. Sólo permitiría una cosa: permanecer firme y defenderse. Se paró entonces y se giró en redondo, aferrando el cuchillo con la mano derecha: una tigresa acorralada.

Cuando vio a Lafayette Smith corriendo hacia ella, de pronto se derrumbó y cayó al suelo, donde se sentó con la espalda apoyada en el tronco de un árbol. Lafayette Smith, respirando pesadamente, llegó y se sentó a su lado. Ninguno de los dos tenía aliento para decir nada.

Lady barbara fue la primera en recuperar el poder del habla.

—Creía que había dicho que nos dispersaríamos —le recordó.

—No podía dejarte sola —replicó él.

—¿Y Jezabel? La has dejado sola.

—No podía ir con las dos —se defendió él—, y sabes que Jezabel aquí está como en casa. Escapar significa mucho más para ti que para ella.

Lady Barbara meneó la cabeza.

—La captura significa lo mismo para las dos —dijo—. Pero de las dos yo soy más capaz de cuidar de mí misma que Jezabel; ella no entiende la naturaleza del peligro que corre.

—No obstante —insistió él—, tú eres más importante. Tienes parientes y amigos que se preocupan por ti. La pobre Jezabel sólo tiene una amiga, que eres tú, a menos que me considere a mí un amigo, cosa que me gustaría.

—Imagino que los tres tenemos la distinción única de ser el grupo de amigos más unidos del mundo —dijo ella con una sonrisa—, y no parece que haya nadie que quiera añadirse al grupo.

—La Corporación de Amigos sin Amigos, Sociedad Limitada —sugirió él.

—Quizá sería mejor que celebráramos una reunión de directores y decidiéramos qué hacer a continuación para conservar el interés de los accionistas.

—Yo digo que avancemos —dijo él.

—Apoyo la propuesta. —La muchacha se puso en pie.

—Estás terriblemente cansada, ¿verdad? —preguntó Smith—. Pero supongo que lo único que podemos hacer es alejarnos lo más posible de los midios del norte. Es casi seguro que intentarán capturarnos de nuevo en cuanto descubran que nos han perdido.

—Si pudiéramos encontrar un sitio donde escondernos hasta que llegue la noche —dijo ella—, entonces podríamos regresar a los riscos protegidos por la oscuridad y buscar a Jezabel y el lugar que ella y yo creíamos que podía escalarse.

—Este bosque es tan abierto que no ofrece ningún buen escondite, pero por lo menos podemos buscar.

—Quizás encontremos algún sitio cerca del lago —sugirió lady Barbara —. Deberíamos llegar allí pronto.

Recorrieron una considerable distancia sin hablar, absorto cada uno en sus propios pensamientos; y como no hubo señales de que les persiguieran, su ánimo creció.

—¿Sabes? —dijo él al final—, no puedo por menos que sentir que vamos a salir bien de ésta.

—¡Pero qué experiencia tan terrible! No parece posible que me hayan ocurrido estas cosas. No puedo olvidar a Jobab. —Era la primera vez que mencionaba la tragedia desarrollada en la aldea del sur.

—No debes pensar en ello —dijo Smith—. Hiciste lo único que era posible hacer dadas las circunstancias. Si no hubieras hecho lo que hiciste, tú y Jezabel habríais sido capturadas de nuevo, y ya sabes lo que eso habría significado.

—Pero he matado a un ser humano —replicó ella. Había una nota de temor reverente en su voz.

—Yo también —le recordó él—, pero no lo lamento en absoluto, a pesar de que nunca había matado a nadie. Si no fuera tan mal tirador, hoy habría matado a otro, quizás a varios. Lamento no haberlo hecho. —Tras un momento de silencio reflexivo, prosiguió—: Es un mundo extraño. Siempre me he considerado una persona que ha recibido una buena educación y que estaba preparada para las emergencias de la vida; y supongo que sería así en el tranquilo ambiente de una ciudad universitaria; pero qué terrible fracaso he demostrado ser cuando me he visto fuera de mi estrecha rutina. Solía sentir lástima de los chicos que perdían el tiempo en los salones de tiro y en la caza del conejo. Los hombres que alardeaban de su puntería sólo merecían mi desprecio; sin embargo, en las últimas veinticuatro horas habría cambiado toda mi educación por la capacidad de disparar bien.

—Habría que saber algo de muchas cosas para estar verdaderamente educado —dijo la muchacha—, pero me temo que exageras el valor de la puntería para determinar la situación cultural de uno.

—Bueno, está la cocina —admitió—. Una persona que no sabe cocinar no está bien educada. Yo esperaba algún día ser una autoridad en geología; pero con todo lo que sé del tema, que, por supuesto, tampoco es demasiado, probablemente me moriría de hambre en una tierra poblaba de fieras, porque no sé ni disparar ni cocinar.

Lady Barbara se rió.

—No cojas complejo de inferioridad a estas alturas —exclamó—. Necesitamos toda la confianza en nosotros mismos que podamos reunir. Creo que vales mucho. Puede que no mucho como tirador, eso lo admito, y quizá no sabes cocinar; pero tienes algo que compensa multitud de defectos en un hombre: eres valiente.

Ahora le tocó a Lafayette Smith reírse.

—Eso es muy amable por tu parte —dijo—. Prefiero que pienses eso de mí que cualquier otra cosa en el mundo; y prefiero que lo pienses tú que cualquier otra persona, porque significa mucho para ti ahora; pero no es cierto. Anoche, en la aldea, estaba muerto de miedo, y también hoy, cuando esos tipos nos han cogido, y ésa es la verdad.

—Esto sólo apoya mi afirmación —replicó ella.

—No te entiendo.

—La gente culta e inteligente está más preparada para captar y apreciar los peligros de una situación crítica que los tipos ignorantes y carentes de imaginación. Por eso, cuando una persona así se mantiene firme frente al peligro, o voluntariamente se mete en una situación peligrosa por un sentido del deber, como hiciste anoche, demuestra una cualidad muy superior de valor que el poseído por el ignorante que no tiene suficiente cerebro para darse cuenta de las contingencias que pueden derivar de su acción.

—Ten cuidado —le advirtió él— o harás que me crea todo eso; entonces seré intolerablemente engreído. Pero, por favor, no intentes convencerme de que mi incapacidad de cocinar es una señal de virtud.

—Yo… ¡escucha! ¿Qué ha sido eso? —se paró y volvió los ojos hacia atrás.

—Nos han encontrado —dijo Lafayette Smith—. Adelante… ¡corre todo lo que puedas! Intentaré entretenerles.

—No —replicó ella—, es inútil. Me quedaré contigo, pase lo que pase.

—¡Por favor! —le rogó él—. ¿Por qué voy a hacerles frente si tú no te aprovechas de ello?

—No serviría de nada —dijo ella—. Me cogerían más tarde y tu sacrificio sería inútil. Podríamos rendirnos, con la esperanza de poder persuadirles de que nos liberen más adelante o quizá de encontrar la oportunidad de escapar cuando anochezca.

—Será mejor que corras —insistió él—, porque yo voy a pelear. No voy a dejar que te cojan sin mover una mano en tu defensa. Si te vas ahora, quizá pueda huir yo más tarde. Podemos reunirnos al pie de los riscos; pero no me esperes si encuentras una salida. Ahora, ¡haz lo que te digo! —Su tono era perentorio, enérgico.

Obediente, ella siguió hacia el Chinnereth, pero después se paró y volvió. Tres hombres se acercaban a Smith. De pronto, uno de los tres hizo oscilar su porra y se la lanzó al americano, echando a correr al instante con

sus compañeros.

El garrote no alcanzó el blanco y cayó a los pies de Smith. Ella le vio inclinarse y recogerlo, y entonces vio que otro destacamento de midios venía por el bosque detrás de los tres primeros.

Los antagonistas de Smith estaban sobre él cuando se irguió con el garrote en la mano y lo hizo oscilar pesadamente sobre la cabeza del hombre que se lo había lanzado, el cual se había precipitado hacia él adelantándose a sus compañeros con las manos extendidas para agarrar al extraño.

El hombre cayó como un buey; y entonces lady Barbara vio a Smith librar una desigual batalla con el enemigo mientras, haciendo oscilar el garrote por encima de su cabeza, se precipitaba hacia ellos.

Tan inesperado fue su ataque que los hombres se detuvieron y se volvieron para esquivarle, pero uno fue demasiado lento y la muchacha oyó el chasquido de su cráneo al partirse bajo el pesado golpe del palo.

Luego, los refuerzos, que avanzaban corriendo, rodearon y abrumaron a su único antagonista, y Smith cayó bajo ellos.

Lady Barbara no lograba decidirse a abandonar al hombre que, tan valientemente, aunque de forma tan inútil, había querido defenderla, y cuando los midios del norte hubieron desarmado y atado a Smith, la vieron a ella allí donde había permanecido durante el breve encuentro.

—No podía huir y dejarte —explicó a Smith, mientras ambos eran escoltados hacia la aldea de los midios del norte—. Creía que iban a matarte y no podía ayudarte. Oh, ha sido espantoso. No podía dejarte, ¿verdad?

Él la miró un instante.

—No —respondió—. No podías.

XVIII

UN TIPO Y UNA GACHÍ

DANNY *GUNNER* PATRICK estaba cansado y disgustado. Había andado durante varias horas imaginando que seguía un rastro, pero no había visto nada de su compañero. Tenía sed y lanzaba frecuentes miradas en dirección al lago.

—¡Caramba! —masculló—. No voy a seguir más a ese tipo hasta que haya conseguido beber. Tengo la boca como si hubiera estado comiendo algodón durante una semana.

Se apartó de los riscos y echó a andar en dirección al lago, cuyas tentadoras aguas centelleaban bajo el sol de la tarde; pero *Gunner* no apreciaba la belleza de la escena, pues sólo veía un medio de saciar su sed.

El camino atravesaba un campo de piedras dispersas que habían caído del alto risco. Tenía que andar con mucho cuidado entre las más pequeñas y sus ojos estaban casi constantemente fijos en el suelo. De vez en cuando se veía obligado a rodear un fragmento más grande, muchos de los cuales eran más altos que él y le impedían ver más adelante.

Danny maldecía África en general y esta parte en particular mientras rodeaba un pedazo de roca inusualmente grande, cuando de pronto se paró y sus ojos se le salieron de las órbitas.

—¡Caramba! —exclamó en voz alta—. ¡Una tía!

Ante él, y dirigiéndose hacia él, había una muchacha de cabello dorado ataviada con una sola y escasa pieza de tosco material. Ella le vio simultáneamente y se paró.

—¡Oh! —exclamó Jezabel con una feliz sonrisa—. ¿Quién eres? —Pero como habló en la lengua de la tierra de Midia, *Gunner* no la entendió.

—Caramba —dijo *Gunner*—, sabía que debía venir a África a buscar algo, y supongo que ese algo eres tú. Digo, nena, estás muy bien, pero que muy bien.

—Gracias —dijo Jezabel en inglés—. Me alegro de que te guste.

—Caramba —dijo Danny—. Hablas el idioma de Estados Unidos, ¿no? ¿De dónde eres?

—De Midia —respondió Jezabel.

—Nunca lo había oído nombrar. ¿Qué haces aquí?

¿Dónde está tu gente?

—Estoy esperando a lady Barbara —respondió la muchacha—. Y a Smith —añadió.

—¡Smith! ¿Qué Smith? —preguntó.

—Oh, es hermoso —le confió la muchacha.

—Entonces no es el Smith que estoy buscando —dijo *Gunner*—. ¿Qué hace él aquí y quién es esa tal lady Barbara?

—Abraham, hijo de Abraham, habría matado a lady Barbara y a Jezabel si Smith no hubiera llegado para salvarnos. Es muy valiente.

—Ahora sé seguro que no es mi Smith —dijo Danny—, aunque no se puede decir que no tuviera agallas. Lo que quiero decir es que no sabría salvar a nadie, es geólogo.

—¿Y tú quién eres?

—Llámame Danny, nena.

—No me llamo nena —explicó ella con dulzura—, sino Jezabel.

—¡Jezabel! ¡Caramba, qué apodo! Tienes cara de llamarte Gwendolyn.

—Pues me llamo Jezabel —le aseguró ella—. ¿Sabes quién esperaba que fueras?

—No. Dime, nena, quién suponías que era. Probablemente el presidente Hoover o el gran Hill Thompson, ¿eh?

—No les conozco —dijo Jezabel—. Esperaba que fueras *Gunner* .

—¿*Gunner*? ¿Qué sabes de *Gunner*, nena?

—No me llamo nena, sino Jezabel —le corrigió ella con dulzura.

—De acuerdo, Jez —concedió Danny—, pero dime quién te ha hablado de *Gunner* .

—No me llamo Jez, sino…

—Sí, claro, nena, Jezabel, está bien; pero ahora, dime, ¿qué hay de *Gunner* ?

—¿Qué hay de él?

—Es lo que te he preguntado.

—Pero es que no entiendo tu idioma —explicó Jezabel—. Suena a inglés, pero no es el inglés que me enseñó lady Barbara.

—No es inglés —le dijo Danny con seriedad—, es estadounidense.

—Pero se parece mucho al inglés, ¿verdad?

—Claro —dijo *Gunner*—. La única diferencia es que nosotros entendemos a los ingleses pero los ingleses al parecer no nos entienden nunca a nosotros. Supongo que son tontos.

—Oh, no, no son tontos —le aseguró Jezabel—. Lady Barbara es inglesa y habla tan bien como tú. Danny se rascó la cabeza.

—Yo no he dicho que no sepan hablar. Sólo digo que no saben nada.

—Ah —exclamó Jezabel.

—Pero yo te preguntaba quién te ha puesto al tanto de ese tipo, *Gunner* .

—¿Puedes decirlo en inglés? —pidió Jezabel.

—Caramba, ¿no está claro? Te he preguntado quién te habló de *Gunner* y qué te dijo. —Danny se estaba impacientando.

—Smith nos habló de él. Dijo que *Gunner* era su amigo; y cuando te he visto he pensado que debías de ser el amigo de Smith, que le buscaba.

—Bueno, ¿qué sabes de eso? —preguntó Danny.

—Te acabo de decir lo que sé —explicó la muchacha—, pero quizá no me has entendido. Quizás eres tú el tonto.

—¿Quieres burlarte de mí, nena? —No me llamo…

—De acuerdo, de acuerdo. Sé cómo te llamas. —Entonces, ¿por qué no me llamas por mi nombre? ¿No te gusta?

—Claro, nena, quiero decir, Jezabel, sí que me gusta. Es estupendo, cuando te acostumbras. Pero, dime, ¿dónde está el viejo Smithy?

—No conozco a esa persona.

—Pero me acabas de decir que sí.

—Ah, entiendo —exclamó Jezabel—. Smithy es la forma estadounidense de Smith. Pero Smith no es viejo. Es joven.

—Bueno, ¿dónde está? —preguntó Danny resignado.

—Nos capturaron los hombres hermosos de Midia del Norte —explicó Jezabel—, pero escapamos. Corrimos en diferentes direcciones, pero esta noche nos encontraremos junto a los riscos, más al sur.

—¿Los hombres hermosos? —preguntó *Gunner*—. ¿El viejo Smithy ha dejado que un montón de hadas le cojan?

—No te entiendo —dijo Jezabel.

—No, claro —repuso él—, pero, dime, nena…

—Me llamo…

—Ah, olvídalo… ya sabes qué quiero decir. Y, como iba diciendo,

quedémonos juntos tú y yo hasta que encontremos al viejo Smithy. ¿Qué dices?

—Que sería agradable, *Gunner* —le aseguró ella.

—Bueno, llámame Danny, ne… Jezabel.

—Sí, Danny.

—Vaya, no sabía que Danny sonara tan bien hasta que te he oído decirlo. ¿Qué me dices de ir a tomar un trago ahí abajo? Tengo tanta sed que voy con la lengua fuera. Luego podemos volver aquí y buscar al viejo Smithy.

—Sería agradable —coincidió Jezabel—. Yo también tengo sed. —Suspiró—. No sabes lo feliz que soy, Danny.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque tú estás conmigo.

Vaya, ne… Jezabel; qué deprisa vas.

—No sé a qué te refieres —repuso ella con inocencia.

—Bueno, dime, ¿por qué estar conmigo te hace feliz?

—Es porque contigo me siento segura, después de lo que Smith nos dijo. Él dijo que siempre se sentía seguro cuando tú estabas cerca.

—¿Es eso? ¿Lo único que quieres es protección? ¿No te gusto por mí mismo ni un poquito?

—Oh, claro que me gustas, Danny —exclamó la muchacha—. Creo que eres hermoso.

—¿Sí? Bueno, escucha, hermana. Puede que seas una bromista, no lo sé, o puede que sólo seas tonta, pero no me piropees. Conozco el aspecto que tengo, y no es hermoso, y nunca he llevado boina.

Jezabel, que sólo captaba algunas cosas de la conversación de Danny, no respondió, y siguieron andando en dirección al lago, en silencio, durante un rato. El bosque se hallaba a cierta distancia, a su izquierda, y ellos no tenían ni idea de lo que allí estaba ocurriendo, ni les llegó a los oídos ningún ruido que les informara de la desgracia que se abatía sobre lady Barbara y Lafayette Smith.

En el lago saciaron su sed, tras lo cual *Gunner* anunció que iba a descansar un rato antes de encaminarse hacia los riscos.

—Me pregunto cuánto puede caminar un hombre —dijo—, porque en los últimos días yo he caminado eso y he vuelto.

—¿Eso es mucho? —preguntó Jezabel.

Él la miró un momento y meneó la cabeza.

—Es el doble —respondió, desperezándose y cerrando los ojos—. Vaya, pero no puedo más —murmuró.

—¿No puedes qué?

Danny no respondió y entonces la muchacha se dio cuenta, por su respiración alterada, de que se había quedado dormido. Se sentó con los ojos fijos en él y, de vez en cuando, un profundo suspiro se escapaba de sus labios. Comparaba a Danny con Abraham, el hijo de Abraham, con Lafayette Smith y con los hombres hermosos de Midia del Norte; y la comparación no era poco halagüeña para Danny.

El ardiente sol se abatía sobre ellos, pues no había ninguna sombra cerca; y entonces sus efectos, junto con la fatiga, hicieron que la joven se quedara adormilada. Se tumbó cerca de *Gunner* y se desperezó con ganas. Luego, también ella se quedó dormida.

Gunner no durmió mucho rato; el sol era demasiado fuerte. Cuando despertó, se apoyó sobre un codo y miró alrededor. Sus ojos se posaron en la muchacha y allí se quedaron un rato, observando los bellos contornos de su joven cuerpecito, la abundancia de su cabello dorado y el exquisito rostro.

—Esta chica es guapa, no cabe duda —se dijo Danny—. He visto a muchas chavalas, pero nunca he conocido a ninguna que se le parezca. Seguro que emperifollada sería un exitazo en el Boul Mich. ¡Fundiría los plomos! Me pregunto dónde estará esa ciudad midia de la que dice que viene. Si todas las mujeres son como ella, esa ciudad es para mí.

Jezabel se revolvió y él la zarandeó un poco por el hombro.

—Será mejor que nos piremos —dijo—. No queremos perder al viejo Smithy y a esa dama.

Jezabel se incorporó y miró alrededor.

—¡Oh! —exclamó—, me has asustado. Creía que pasaba algo.

—¿Por qué? ¿Has estado soñando?

—No. Pero has dicho que nos piremos.

—¡Ah, déjalo! Quería decir que tenemos que darle al camino hasta las grandes rocas. Jezabel parecía asombrada.

—Ir a los riscos donde has dicho que tenías que reuniros el viejo Smithy, lady Barbara y tú.

—Ahora entiendo —dijo Jezabel—. Está bien, vamos.

Pero cuando llegaron a los riscos no había señales de Smith ni de lady Barbara y, a sugerencia de Jezabel, descendieron lentamente en dirección al

lugar donde ella y la muchacha inglesa habían esperado poder escapar al mundo exterior.

—¿Cómo has entrado en el valle, Danny? —preguntó la muchacha.

—He venido por una gran grieta que hay en la montaña —explicó él.

—Debe de ser el mismo sitio por el que llegó Smith —dijo Jezabel—. ¿Sabrías encontrarlo de nuevo?

—Claro. Ahí es adonde me dirijo.

Era primera hora de la tarde cuando Danny localizó la abertura de la fisura. No habían visto ni rastro de lady Barbara y Smith y no sabían cuál era la mejor cosa que podían hacer.

—Quizás han venido y se han pirado mientras nosotros chafábamos la oreja —sugirió Danny.

—No sé de qué hablas —dijo Jezabel—, pero creo que es que tal vez han localizado la abertura mientras nosotros dormíamos y han salido del valle.

—Pero ¿no es eso lo que yo he dicho? —preguntó Danny.

—No ha sonado así.

—Digo, ¿te choteas de mí?

—¿Qué?

—Bueno, dejémoslo —gruñó *Gunner* , disgustado—. Vamos a salir tú y yo de este agujero y a buscar al viejo Smithy y a la gachí al otro lado. ¿Qué dices?

—Pero ¿y si no se han ido?

—Bueno, entonces tendremos que volver; pero estoy seguro de que se han ido. ¿Ves esta huella? —señaló una de la suyas, que había hecho antes, y que señalaba hacia el valle—. Me parece que estoy mejorando —dijo—. Pronto no voy a necesitar a ese tipo, Tarzán.

—Me gustaría ver qué hay al otro lado de los precipicios —dijo Jezabel —. Siempre lo he querido.

Bueno, no verás gran cosa —le aseguró él—. Sólo un poco más de paisaje. Ni siquiera hay un puesto de perritos calientes o alguna taberna. — ¿Qué son esas cosas?

—Bueno, podríamos llamarlas «gasolineras».

—¿Qué son «gasolineras»?

—Caramba, nena, ¿qué crees que soy, un profesor de universidad? Nunca he visto a nadie que hiciera tantas preguntas en toda mi vida.

—Me llamo…

—Sí, ya sé cómo te llamas. Ahora, vamos; nos arrastraremos por este agujero que hay en la pared. Iré primero. Tú sígueme.

La dura marcha por el suelo rocoso de la fisura castigó la resistencia de *Gunner* y su paciencia, pero Jezabel era toda excitación y anticipación. Toda su vida había soñado con lo que pudiera existir en el mundo maravilloso de detrás de los riscos.

Su pueblo le había dicho que era una llana extensión llena de pecado, herejía e iniquidad, donde, si uno se alejaba demasiado, sin duda caería por el borde y aterrizaría en las rugientes llamas de un infierno eterno; pero Jezabel lo dudaba. Ella prefería imaginarlo como una tierra de flores, árboles y ríos, donde gentes hermosas reían y cantaban durante largos y soleados días. Pronto iba a verlo por sí misma y estaba muy emocionada por la idea.

Y ahora, al fin, llegaron al otro extremo de la gran fisura y contemplaron la extensión de ondulantes laderas que se extendían hasta el gran bosque que había a lo lejos.

Jezabel entrelazó las manos, extasiada.

—¡Oh, Danny, qué hermoso es!

—¿El qué? —preguntó *Gunner* .

—Oh, todo. ¿No te parece hermoso, Danny?

—Aquí lo único hermoso, ne…, Jezabel, eres tú —dijo Danny.

La muchacha se volvió y le miró con sus grandes ojos azules.

—¿Crees que soy hermosa, Danny? —Claro.

—¿Crees que soy demasiado hermosa?

—Eso no existe —respondió él—, pero si existiera, lo serías. ¿Por qué lo preguntas?

—Lady Barbara dijo que lo era.

Gunner se quedó pensando sobre esto unos momentos.

—Supongo que tiene razón, nena.

—Te gusta llamarme, Nena, ¿verdad? —preguntó Jezabel.

—Bueno, me parece más amistoso —explicó—, y es más fácil de recordar.

—De acuerdo, puedes llamarme Nena si quieres, pero mi nombre es Jezabel.

—Cuando no me salga llamarte Jezabel, te llamaré nena, hermana.

La muchacha se rió.

—Eres un hombre divertido, Danny. Te gusta decirlo todo mal. Yo no

soy tu hermana. —Y no sabes cuánto me alegro, nena.

—¿Por qué? ¿No te gusto?

Danny se echó a reír.

—Nunca había visto a una nena como tú —dijo—. Cierto que me haces dudar. Pero —añadió, un poco serio— hay una cosa que no dudo y es que eres una nenita muy guapa.

—No sé de qué hablas —dijo Jezabel.

—Apuesto a que no —repuso él—; y ahora, nena, vamos a sentarnos y descansar. Estoy cansado. —Yo tengo hambre.

—Nunca he conocido a una gachí que no tenga hambre, pero ¿por qué has tenido que sacar el tema? Tengo tanta hambre que podría comer heno.

—Smith mató un cordero y comimos un poco —dijo Jezabel—. Envolvió el resto en el pellejo y supongo que lo perdió cuando los midios del norte nos atacaron. Ojalá…

—¡Digo! —exclamó Danny—, ¡qué tonto soy! —Se metió la mano en uno de los bolsillos y sacó varias tiras de carne cruda—. Llevo esto encima todo el día y me había olvidado; y estoy muerto de hambre.

—¿Qué es? —preguntó Jezabel mientras se inclinaba para inspeccionar los poco apetitosos bocados.

—Es cerdo —dijo Danny, y se puso a buscar ramitas y hierba seca para hacer una fogata—, y sé dónde hay mucho más; creía que jamás podría comerlo y ahora sé que sí podré, aunque tenga que pelear con los gusanos por él.

Jezabel le ayudó a recoger leña, que era extremadamente escasa, pues se limitaba a ramas muertas de una variedad pequeña de artemisa que crecía en la ladera de la montaña; pero al final recogieron una buena cantidad y asaron los trozos de carne de jabalí sobre las llamas. Tan preocupados estaban que ninguno de los dos vio a tres jinetes detenerse en lo alto de una colina a kilómetro y medio de ellos y observarlos.

—Esto es como hacer de ama de casa —observó *Gunner* .

—¿Qué es eso? —preguntó Jezabel.

—Es cuando un tipo y su amiguita pasan por el altar y hacen su comida. Sólo que en cierto modo esto es mejor… no hay que fregar platos.

—¿Qué quiere decir «pasan por el altar», Danny? —preguntó Jezabel.

—Bueno, esto… —Danny enrojeció. Había dicho muchas cosas a muchas chicas en su vida, muchas de las cuales habrían hecho enrojecer la mejilla de un indio, pero era la primera vez, quizá, que Danny sentía

turbación.

—Bueno, esto… —repitió—, pasar por el altar significa casarse.

—Ah —dijo Jezabel. Se quedó callada un rato, observando los pedazos del jabalí chisporrotear sobre las pequeñas llamas. Luego, miró a Danny—. Me parece que hacer de ama de casa es divertido —dijo.

—A mí también —coincidió Danny—, contigo —añadió, y su voz era un poquito ronca. Tenía los ojos fijos en ella y había una extraña luz en ellos que ninguna otra chica había visto jamás—. Eres una nenita curiosa —dijo después—. Nunca he visto a nadie como tú hasta ahora —y luego se olvidó del jabalí que sostenía clavado en una ramita afilada, y lo hizo caer al fuego.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Mira eso! —pescó el bocado de aspecto poco apetitoso de entre las cenizas y llamas y lo examinó—. No tiene muy buen aspecto, pero voy a zampármelo. Me lo voy a comer de todos modos. No me importaría si un elefante hubiera estado sentado encima durante una semana, me lo comería, y al elefante también.

—¡Oh, mira! —exclamó Jezabel—. Ahí vienen unos hombres, y son negros. ¿Sobre qué extrañas bestias están sentados? Oh, Danny, tengo miedo.

Al oír su primera exclamación *Gunner* se había vuelto y puesto en pie de un salto. Un simple vistazo le indicó quiénes eran los extraños, que para él no lo eran.

—¡Lárgate, nena! —gritó—. Esfúmate por la grieta y date el piro al valle. No podrán seguirte.

Los tres shiftas ya estaban cerca; cuando vieron que habían sido descubiertos se pusieron a galopar, y no obstante Jezabel se quedó de pie al lado de la pequeña fogata, con los ojos desorbitados y asustada. No había entendido la extraña jerga que había empleado *Gunner* en lugar del inglés. «Lárgate», «esfúmate» y «date el piro» no estaban incluidos en el idioma inglés que ella había aprendido de lady Barbara Collis. Pero aunque le hubiera entendido, habría dado lo mismo, pues Jezabel no se arredraba ante el peligro y sus piececitos no eran de los que huían dejando a un compañero en apuros.

Gunner miró atrás y la vio.

—¡Por el amor de Dios, corre, nena! —gritó—. Esos tipos son duros. Les conozco —pero los shiftas ya estaban sobre él.

Para conservar munición, que siempre era escasa y difícil de obtener,

trataron de derribarle golpeándole con sus rifles. Él esquivó al primer jinete, y cuando el tipo frenó para dar media vuelta y atacar, *Gunner* saltó a su lado y le sacó de la silla. La montura de un segundo shifta tropezó con los dos hombres y cayó, lo que hizo desmontar a su jinete.

Gunner cogió el largo rifle que había caído de las manos del hombre al que había hecho caer y se puso en pie. Jezabel le observaba con ojos maravillados y admirados. Le vio utilizar el rifle como un garrote y golpear al tercer jinete, y luego vio al que había golpeado primero precipitarse hacia él y, cogiéndole por las piernas, tirarle al suelo, mientras el segundo en desmontar corría y saltaba sobre él justo cuando el shifta restante le daba un fuerte golpe en la cabeza.

Y le vio caer, con la sangre brotando de una fea herida en la cabeza. Jezabel corrió hacia él, pero los shiftas la agarraron. La pusieron a lomos de un caballo delante de uno de ellos, los otros montaron y los tres se alejaron galopando con su prisionera, dejando a Danny *Gunner* Patrick inmóvil en un charco de sangre.

XIX

EN EL POBLADO DE ELIJA

CUANDO Tarzán se aproximaba a la aldea de Abraham, hijo de Abraham, fue visto por un vigía que de inmediato avisó a sus compañeros, y por eso el hombre mono halló las chozas desiertas cuando llegó allí, pues los aldeanos se habían refugiado en las cuevas del prominente risco.

Abraham, hijo de Abraham, desde la seguridad que le ofrecía la cueva más elevada, exhortaba a su pueblo a repeler el avance de aquella extraña criatura, cuya desnudez parcial y extraño armamento le llenaban de alarma, lo que hizo que, cuando Tarzán se acercó a la base del promontorio, los aldeanos, con grandes gritos, le arrojaran rocas por la empinada pendiente en un esfuerzo por destruirle.

El Señor de la Jungla levantó la mirada hacia las criaturas aullantes. Fueran cuales fueran sus emociones, su rostro no las reveló. Sin duda dominaba el desprecio, pues interpretó su recepción sólo como una muestra de miedo y cobardía.

Como nada más que la curiosidad le había instado a visitar aquella extraña aldea, pues sabía que Smith ya la había abandonado, se quedó sólo el tiempo suficiente para efectuar un breve examen de la gente y su cultura, ninguna de las cuales era lo bastante atractiva para que se quedara; y entonces se volvió y rehízo el camino hacia el lugar en la orilla del Chinnereth donde había captado el rastro de Smith, lady Barbara y Jezabel, que se dirigía hacia el norte.

Avanzaba con actitud ociosa, deteniéndose en el lago para saciar su sed y comer de su pequeña provisión de carne de jabalí; y luego se echó para descansar, a la manera de las bestias que se han alimentado y no tienen prisa.

En la aldea que Tarzán había abandonado, Abraham, hijo de Abraham, dio gracias a Jehovah por haberles librado de aquel bárbaro, aunque se reservaba para sí mismo el mérito de la defensa de su rebaño.

¿Y cómo les iba a lady Barbara y Lafayette Smith? Después de haber sido capturados de nuevo no les dieron una segunda oportunidad de escapar, ya que, fuertemente vigilados, fueron conducidos al norte hacia el poblado de Elija, hijo de Noé.

La muchacha estaba muy deprimida y Smith procuraba tranquilizarla, aunque apenas tenía razones para ello.

—No puedo creer que tengan intención de hacernos daño —dijo él—. No hemos hecho nada peor que matar una de sus cabras, y eso sólo porque nos moríamos de hambre. Puedo pagarles el precio que pidan por el animal, y así quedarán recompensados y no tendrán más motivo de queja contra nosotros.

—¿Con qué vas a pagarles? —preguntó lady Barbara.

—Tengo dinero —respondió Smith.

—¿De qué les serviría?

—¿De qué les serviría? Podrían comprar otra cabra si quisieran —respondió él.

—Esta gente no saben nada del dinero —dijo ella—. Para ellos no tendría ningún valor.

—Supongo que estás en lo cierto —admitió Smith—. No había pensado en ello. Bueno, tal vez podría ofrecerles mi pistola.

—Ya la tienen.

—Pero es mía —exclamó él—. Tendrán que devolvérmela.

Ella meneó la cabeza.

—No son gente civilizada que se guíe por el código y las costumbres de la gente sujeta o responsable ante las fuerzas de la ley con las que nosotros estamos familiarizados, y que, quizá, son lo único que nos mantiene civilizados.

—Hemos escapado una vez —aventuró él—, quizá podamos escapar de nuevo.

—Me parece que ésa es nuestra única esperanza.

La aldea de los midios del norte, adonde por fin llegaron, era más pretenciosa que la de los midios del sur del valle. Aunque había muchas chozas toscas, también había varias de piedra, mientras que el aspecto general de la aldea era más limpio y próspero.

Varios centenares de aldeanos fueron a recibir al grupo en cuanto lo avistaron, y los prisioneros observaron que no había muestras de degeneración y enfermedad, que constituían las marcadas características de

los midios del sur. Por el contrario, aquellas gentes parecían gozar de muy buena salud, parecían inteligentes y, físicamente, eran una raza espléndida y muchos de ellos, apuestos. Todos tenían el cabello rubio y los ojos azules. Que eran descendientes de la misma cepa que había producido a Abraham, hijo de Abraham, y a su degradado rebaño habría parecido imposible, aunque así era.

Las mujeres y los niños se empujaban unos a otros y a los hombres en sus esfuerzos por acercarse a los prisioneros. Reían y charlaban sin cesar, pues al parecer la ropa de los prisioneros despertaba la mayor admiración.

Como su lengua era prácticamente la misma que la de los midios del sur, lady Barbara no tenía dificultad en comprender lo que decían, y por fragmentos que oyó de su conversación comprendió que sus peores temores se iban a cumplir. Sin embargo, la multitud no les hizo daño alguno; y era evidente que en sí mismo no eran un pueblo cruel, aunque su religión y sus costumbres evidentemente prescribían un trato duro a los enemigos que caían en sus manos.

Al llegar al poblado, lady Barbara y Smith fueron separados. A ella se la llevaron a una choza y la pusieron a cargo de una mujer joven, mientras que Smith era confinado, bajo la vigilancia de varios hombres, en otra.

La carcelera de lady Barbara, lejos de ser poco favorecida, era muy hermosa y guardaba cierta semejanza con Jezabel; resultó ser tan locuaz como los hombres que les habían capturado.

—Eres la midia del sur de aspecto más extraño que jamás he visto —observó—, y el hombre no se parece a ninguno. Tu pelo no es ni del color de aquellos a los que conservan ni del color de aquellos a los que destruyen; está en medio, y tus prendas son como ninguna que yo jamás haya visto.

—No somos midios —dijo lady Barbara.

—Pero eso es imposible —replicó la mujer—. Sólo hay midios en la tierra de Midia, y no hay manera de entrar ni de salir. Algunos dicen que hay gente más allá de los grandes riscos, y otros dicen que sólo hay demonios. Si no eres midia quizás eres un demonio; pero, no, claro, eres midia.

—Venimos de un país que está más allá de los riscos —explicó lady Barbara—, y lo único que queremos es regresar allí.

—No creo que Elija os lo permita. Os tratará como si fuerais midios del sur.

—¿Y cómo los trata?

—A los hombres se les da muerte por su herejía; y a las mujeres, sin son guapas, las conserva como esclavas. Pero ser esclava no está mal. Yo soy esclava. Mi madre era esclava. Ella era de Midia del Sur y fue capturada por mi padre, que era su dueño. Era muy hermosa. Al cabo de un tiempo los midios del sur la habrían matado, como hacéis con todas vuestras mujeres hermosas después de dar a luz su primer hijo.

»Pero nosotros somos diferentes. Matamos a los feos, tanto chicos como chicas, y también a cualquiera que sea presa de los extraños demonios que afligen a los midios del sur. ¿Tú tienes esos demonios?

—Ya te he dicho que no soy midia —replicó lady Barbara.

La mujer meneó la cabeza.

—Es cierto que no tienes su aspecto, pero si Elija cree que lo eres, estás perdida.

—¿Por qué? —preguntó lady Barbara.

—Elija es uno de esos que creen que el mundo detrás de los riscos está habitado por demonios; así que si no eres midia del sur, debes de ser un demonio, y sin duda él te destruirá, igual que destruirá al hombre, pero por mi parte, soy de las que dicen que no lo saben. Algunos dicen que quizás este mundo que rodea Midia está habitado por ángeles. ¿Eres un ángel?

—No soy un demonio —respondió lady Barbara.

—Entonces has de ser midia del sur o un ángel.

—No soy midia del sur —insistió la muchacha inglesa.

—Entonces eres un ángel —razonó la mujer—. Y si lo eres no te costará demostrarlo.

—¿Cómo?

—Obrando un milagro.

—Ah —exclamó lady Barbara.

—¿El hombre es un ángel? —preguntó la mujer.

—Es americano.

—Nunca he oído esa palabra, ¿es un tipo de ángel?

—Los europeos no los llaman así.

—Pero, en realidad, creo que Elija dirá que es midio del sur y le destruirá.

—¿Por qué odiáis tanto a los midios del sur? —preguntó lady Barbara.

—Son herejes.

—Son muy religiosos —replicó lady Barbara—; todo el rato rezan a

Jehovah y nunca sonríen. ¿Por qué creéis que son herejes?

—Insisten en que el cabello de Pablo era negro, mientras que nosotros sabemos que era amarillo. Son un pueblo muy perverso y blasfemo. Una vez, hace mucho tiempo, todos éramos un mismo pueblo; pero había muchos herejes perversos entre nosotros que tenían el cabello negro y querían matar a todos los que lo tenían amarillo; por eso los que tenían el cabello amarillo huyeron y se fueron al norte. Desde entonces, los midios del norte han matado a todos los que tienen el cabello negro y los midios del sur a todos los que lo tienen amarillo. ¿Crees que Pablo tenía el cabello amarillo?

—Claro que sí —dijo lady Barbara.

—Eso será un punto a tu favor —dijo la mujer.

En aquel momento entró en la choza un hombre, que ordenó a lady Barbara:

—Ven conmigo.

La muchacha inglesa siguió al mensajero y la mujer que la había estado vigilando les acompañó. Ante una gran choza de piedra encontraron a Elija rodeado por un grupo de ancianos de la aldea, mientras el resto de la población estaba reunido formando un semicírculo delante de ellos. Lafayette Smith se hallaba ante Elija y lady Barbara fue conducida al lado del americano.

Elija, el profeta, era un hombre de edad madura de aspecto no poco atractivo. Era de baja estatura y robusto, de complexión extremadamente musculosa, y su rostro estaba adornado por unos grandes bigotes rubios. Igual que los otros midios del norte, iba ataviado con una única prenda hecha de pellejo de cabra, y su único adorno era la pistola que había arrebatado a Smith, la cual llevaba colgada de una tira de cuero que le rodeaba el cuello.

—Este hombre —dijo Elija, dirigiéndose a lady Barbara— no hablará. Hace ruidos, pero no significan nada. ¿Por qué no habla?

—No entiende la lengua de la tierra de Midia —respondió la muchacha inglesa.

—Debe entenderla —insistió Elija—, todo el mundo la entiende.

—Él no es de Midia —dijo lady Barbara.

—Entonces, es un demonio —dijo Elija.

—Quizás es un ángel —sugirió lady Barbara—; él cree que Pablo tenía el cabello amarillo.

Esta declaración precipitó una larga discusión, y tanto impresionó a Elija y a sus apóstoles que se retiraron al interior de la choza para mantener una conferencia secreta.

—¿Qué es todo esto, lady Barbara? —preguntó Smith, quien, por supuesto, no había entendido nada de lo que se había dicho.

—Tú crees que el cabello de Pablo era amarillo, ¿verdad? —preguntó ella.

—No sé de qué me hablas.

—Bueno, les he dicho que eres un firme creyente de que el cabello de Pablo era amarillo.

—¿Por qué les has dicho esto? —preguntó Smith.

—Porque los midios del norte prefieren a los rubios —respondió.

—Pero ¿quién es Pablo?

—Era. Está muerto.

—Vaya, lo lamento, pero ¿quién era? —insistió el americano.

—Me temo que no conoces bien las Escrituras —le dijo ella.

—Ah, el apóstol; pero ¿qué importa el color de su cabello?

—Importa mucho —explicó ella—. Lo que importa es que, a través de mí, has afirmado que crees que tenía el cabello amarillo, y éste puede ser el medio de salvar tu vida.

—¡Qué tontería!

—Claro, la religión del otro siempre es una tontería, pero no para él. También eres sospechoso de ser un ángel. ¡Imagínate!

—¡No! ¿Quién lo sospecha?

—Yo lo he sugerido, y espero que ahora Elija lo sospeche. Si lo hace, ambos estamos a salvo, siempre que, en tu capacidad celestial, intercedas por mí…

Ya estás salvada —dijo él—, pues como yo no puedo hablar su lengua tú puedes poner en mi boca las palabras que desees sin temor a que te pida explicaciones.

—Eso es cierto, sí —dijo ella, riendo—. Si nuestra situación no fuera tan crítica, me podría divertir mucho, ¿no crees?

—Pareces encontrar diversión en todo —dijo él, en tono admirativo—, incluso frente al desastre.

—Quizás estoy silbando en la oscuridad —dijo ella.

Hablaron mucho mientras esperaban a que Elija y sus apóstoles regresaran, pues eso les ayudaba a pasar los minutos de tensión nerviosa

que, lentamente, se fueron convirtiendo en horas. Oían el zumbido de la conversación dentro de la choza, mientras Elija y sus compañeros debatían, al tiempo que, fuera, los aldeanos se mantenían en una babel constante.

—Les gusta hablar —comentó Smith.

—¿Y has observado una característica de los midios del norte al respecto? —preguntó ella.

—A mucha gente le gusta hablar.

—Quiero decir que los hombres hablan más que las mujeres.

—Quizá sea en defensa propia.

—¡Ahí están! —exclamó la muchacha cuando Elija apareció en el umbral de la choza, toqueteando la pistola que llevaba como adorno.

Estaba anocheciendo ya cuando el profeta y los doce apóstoles fueron a ocupar sus lugares en el exterior. Elija alzó las manos para pedir silencio y, cuando todo el mundo calló, él habló.

—Con la ayuda de Jehovah —dijo—, hemos discutido una cuestión importante. Algunos entre nosotros han sostenido que este hombre es midio del sur, y otros que es un ángel. Grande era el peso de la afirmación de que cree que Pablo tenía el cabello amarillo, pues si esto es cierto entonces en verdad no es un hereje; y si no es un hereje no es midio del sur, pues ellos, como todo el mundo sabe, son herejes. Sin embargo, de nuevo, se ha planteado que si es un demonio podría afirmar que cree que Pablo tenía el cabello amarillo con el fin de engañarnos.

»¿Cómo vamos a saberlo? Debemos saberlo para que, a través de nuestra ignorancia, no pequemos de nuevo contra uno de los ángeles de Jehovah y desatemos su ira sobre nuestras cabezas.

»Pero al fin, yo, Elija, hijo de Noé, verdadero profeta de Pablo, hijo de Jehovah, he descubierto la verdad. ¡Este hombre no es ningún ángel! He tenido la revelación en un estallido de gloria procedente del propio Jehovah: ¡este hombre no puede ser un ángel porque no tiene alas!

Hubo una explosión inmediata de «amenes» y «aleluyas» por parte de los aldeanos reunidos, mientras lady Barbara se quedaba paralizada por el miedo.

—Por lo tanto —prosiguió Elija—, ha de ser o midio del sur o un demonio, y en cualquier caso debe ser destruido.

Lady Barbara volvió el rostro pálido a Lafayette Smith, pálido incluso a pesar de su bronceado. El labio le temblaba un poco. Era la primera indicación de una emoción más débil, femenina, que Smith veía exhibir a

esta muchacha notable.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Van a hacerte daño?

—A ti, mi querido amigo —respondió ella—. Debes escapar.

—Pero ¿cómo? —preguntó él.

—No lo sé, no lo sé. Sólo hay una manera. Tendrás que intentarlo ahora. Es de noche. Ellos no lo esperarán. Yo haré algo para distraerles y tú echas a correr hacia el bosque.

Él meneó la cabeza.

—No —dijo—. Iremos juntos, o no me voy.

—Por favor —le rogó ella—, o será demasiado tarde. Elija había estado hablando con uno de sus apóstoles y ahora alzó la voz de nuevo para que todos le oyeran.

—Por si hemos interpretado mal las instrucciones divinas de Jehovah —dijo—, dejaremos a este hombre a merced de Jehovah y lo que Jehovah desee se hará. Preparad la tumba. Si en verdad es un ángel, saldrá ileso.

—¡Oh, vete, por favor, vete! —suplicó lady Barbara.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Smith.

—Van a enterrarte vivo —respondió ella.

—Y a ti —preguntó de nuevo Smith—, ¿qué van a hacerte?

—Me harán esclava.

Provistos de palos afilados e instrumentos de hueso y piedra, varios hombres ya estaban excavando una tumba en el centro de la calle de la aldea, ante la choza de Elija, quien aguardaba de pie rodeado de sus apóstoles. El profeta seguía jugueteando con su recién hallado adorno, cuyo propósito y mecanismo ignoraba por completo.

Lady Barbara instaba a Smith a intentar escapar mientras aún tuviera oportunidad, y el americano pensaba en el mejor plan que debía seguir.

—Tendrás que ir conmigo —lijo—. Creo que si echamos a correr de pronto hacia los riscos tendremos más oportunidades de tener éxito. Hay menos gente congregada en ese lado.

En la oscuridad más allá de la aldea, en el lado del bosque, un par de ojos observaban la escena que tenía lugar ante la choza de Elija. Lentamente, en silencio, el propietario de los ojos se acercó hasta ocultarse en la sombra de una choza del borde de la aldea.

De pronto, Smith cogió la mano de lady Barbara y echó a correr hacia el lado norte de la aldea; y tan inesperada fue su huida hacia la libertad que, por un instante, ninguna mano se alzó para impedírselo; pero un instante

después, a un grito de Elija, la banda entera corrió en su persecución, mientras, desde la sombra de la choza en que se había escondido, el observador se adentraba en la aldea y se quedaba cerca de la choza de Elija, observando la persecución de los prisioneros huidos. Estaba solo, pues la pequeña zona central de la aldea se había vaciado por arte de magia; incluso las mujeres y los niños se habían unido a la persecución.

Smith era veloz y agarraba con fuerza la mano de la muchacha; y pisándoles los talones iban los perseguidores. Las fogatas del poblado ya no iluminaban su camino, y sólo la oscuridad se cernía delante, ya que la luna aún no había salido.

Poco a poco el americano fue girando hacia la izquierda, con intención de efectuar un cambio de dirección hacia el sur. Había una posibilidad de que lograran huir si podían distanciarse del primero de sus perseguidores hasta llegar al bosque; su situación apurada les daba una velocidad y resistencia muy por encima de lo normal.

Pero cuando el éxito parecía estar cerca, entraron en una zona de fragmentos de roca de lava, invisibles en la oscuridad, y Smith tropezó y se cayó, arrastrando a lady Barbara consigo. Antes de poder ponerse en pie, el midio que encabezaba la persecución les había alcanzado.

El americano se liberó un momento y con esfuerzo se puso en pie; y de nuevo el tipo le agarró, pero Smith le dio un fuerte golpe en la barbilla y le derribó.

Breve, sin embargo, fue su respiro, pues casi de inmediato el americano y la muchacha inglesa se vieron abrumados por el número superior de midios y, una vez más, se encontraron cautivos, aunque Smith peleó hasta que fue reducido, golpeando a sus antagonistas a diestro y siniestro.

Vencidos, fueron arrastrados de nuevo a la aldea y su última esperanza se desvaneció; y de nuevo los midios se reunieron en torno a la tumba abierta para presenciar la tortura de su víctima.

Smith fue conducido al borde del agujero, donde le sujetaron dos hombres fornidos, mientras Elija levantaba la voz en una plegaria y el resto de los reunidos se arrodillaban, lanzando de vez en cuando un «aleluya» o un «amén».

Cuando hubo concluido su larga oración, el profeta se detuvo. Era evidente que había algo en su mente que le atormentaba. En realidad, era la pistola que le colgaba del cuello. No estaba seguro de para qué servía y estaba a punto de destruir a la única persona que podía decírselo.

Para Elija, la pistola era la posesión más notable que jamás había caído en sus manos y sentía una gran curiosidad al respecto. Podía ser, pensó, algún talismán mágico para apartar el mal, o, por el contrario, podía ser el hechizo de un demonio o brujo que obrara el mal en él. Al pensar esto se retiró rápidamente la correa del cuello, pero mantuvo el arma en su mano.

—¿Qué es esto? —preguntó, volviéndose a lady Barbara y exhibiendo la pistola.

—Es un arma —dijo ella—. Ten cuidado o matará a alguien.

—¿Esto mata? —preguntó Elija.

—¿Qué dice? —quiso saber Smith.

—Está preguntando cómo mata la pistola —respondió la muchacha.

Al americano se le ocurrió una idea brillante.

—Dile que me la dé y se lo enseñaré —dijo.

Pero cuando la muchacha tradujo el ofrecimiento a Elija, éste no aceptó.

—Podría matarme con ella —dijo, astuto.

—No te la dará —le explicó lady Barbara a Smith—. Tiene miedo de que le mates.

—Es lo que haré —dijo el hombre.

—Dile —dijo Elija— que me explique cómo puedo matar a alguien con esto.

—Repítele mis instrucciones atentamente —dijo Smith, después de que lady Barbara tradujera la petición del profeta—. Dile cómo ha de agarrar la pistola —y cuando lady Barbara lo hubo hecho y Elija tenía el arma cogida por la empuñadura—, ahora dile que ponga el dedo índice en la guarda pero que no apriete el gatillo.

Elija hizo lo que le dijo la muchacha.

—Ahora —prosiguió Smith—, explícale que para ver cómo funciona el arma debe colocar un ojo en la boca de la pistola y mirar por el cañón.

—Pero no veo nada —protestó Elija cuando lo hubo hecho—. Está muy oscuro.

—Dice que el cañón está demasiado oscuro para ver nada —repitió lady Barbara al americano.

—Explícale que si aprieta el gatillo habrá luz en el cañón —dijo Smith.

—Pero eso será asesinato —exclamó la muchacha.

—Es la guerra —dijo Smith—, y con la confusión que se creará podremos escapar. Lady Barbara se armó de valor.

—No veías nada porque no has apretado esa pequeña pieza de metal que hay debajo de tu dedo índice —explicó a Elija.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó el profeta.

—Habrá una luz en el agujero —dijo lady Barbara.

Elija volvió a pegar el ojo en la boca del cañón, y esta vez apretó el gatillo. Y cuando el disparo quebró el tenso silencio de los aldeanos que miraban, Elija, hijo de Noé, cayó de bruces.

Al instante lady Barbara se precipitó hacia Smith, quien al mismo tiempo intentó soltarse de los hombres que le sujetaban, pero éstos, aunque perplejos por lo que había ocurrido, no bajaron la guardia y, aunque él forcejeó desesperadamente, no le soltaron.

Por un instante reinó el silencio; y luego estalló un pandemónium cuando los aldeanos se dieron cuenta de que su profeta estaba muerto, asesinado por el perverso hechizo de un demonio; pero cuando empezaron a pedir venganza su atención se vio distraída por una figura extraña y notable que salió de un salto de la choza de Elija, se inclinó y recogió la pistola que había caído de la mano del hombre muerto y en un instante se plantó al lado del prisionero que forcejaba con sus guardias.

Era un hombre como nadie había visto jamás; un hombre blanco gigantesco con una enmarañada mata de cabello negro y unos ojos grises que les hicieron estremecerse, tan fieros e implacables eran. Iba desnudo salvo por un taparrabo y los músculos que sobresalían bajo su piel morena eran músculos como jamás habían visto hasta entonces. Cuando el recién llegado se precipitó hacia el americano, uno de los guardias que sujetaban a Smith, percibiendo que se estaba realizando un intento de rescatar al prisionero, hizo oscilar su garrote preparándose para golpear a la extraña criatura que avanzaba hacia él. Al mismo tiempo, el otro guardia intentaba llevarse de allí a Smith.

El americano al principio no reconoció a Tarzán de los Monos; sin embargo, aunque no era consciente de que el extraño iba en su rescate, percibió que era un enemigo de los midios y, por tanto, peleó para impedir que su guardia se lo llevara.

Otro midio cogió a lady Barbara con intención de llevársela de allí, pues todos los aldeanos creían que el extraño gigante era amigo de los prisioneros y había ido a liberarles.

Smith consiguió zafarse del hombre que le sujetaba y de inmediato corrió en ayuda de la muchacha, derribando a su capturador de un solo

golpe mientras Tarzán apuntaba con la pistola del americano al guardia que se estaba preparando para golpearle.

El ruido de este segundo disparo y la visión de su compañero cayendo al suelo, igual que le había ocurrido a Elija, llenó de consternación a los midios; y por un momento se retiraron de allí y los dejaron solos en el centro del recinto.

—¡Rápido! —ordenó Tarzán a Smith—. Tú y la chica salid de aquí antes de que se recuperen de la sorpresa. Yo os seguiré. Por allí —añadió, señalando hacia el sur.

Mientras Lafayette Smith y lady Barbara se apresuraban a salir del poblado, Tarzán reculó lentamente detrás de ellos, manteniendo la pistolita a la vista de los asustados aldeanos, quienes, tras haber visto a dos de los suyos morir bajo su aterradora magia, eran reacios a acercarse demasiado.

Tarzán siguió su lenta retirada hasta que se encontró fuera del alcance de los garrotes que le lanzaban; luego, giró en redondo y echó a correr detrás de Lafayette Smith y lady Barbara Collis.

XX

LAS MEJORES TRES DE CINCO

AUNQUE Jezabel estaba aterrorizada por los negros rostros de sus capturadores y las extrañas bestias que montaban, las cuales jamás había siquiera imaginado, su temor por su suerte fue superado por la aflicción. Su único pensamiento era escapar y regresar al lado de *Gunner* , aunque le creía muerto por el terrible golpe que su agresor le había asestado.

La muchacha forcejeó con violencia para liberarse de las garras del hombre que tenía a su lado; pero el tipo era demasiado fuerte y, aunque le costaba sujetarla, no había la más mínima probabilidad de que pudiera escapar. Sus esfuerzos, sin embargo, le enfurecían y al final la golpeó, con lo que la muchacha comprendió la inutilidad de malgastar sus fuerzas contra las del hombre. Debía esperar, pues, hasta que pudiera llevar a cabo mediante la astucia lo que no podía efectuar mediante la fuerza.

La aldea de los ladrones se hallaba a poca distancia del punto en el que había sido capturada, y habían transcurrido unos minutos cuando llegaron a sus puertas y penetraron en el recinto central.

Los gritos que saludaron la llegada de una nueva y hermosa prisionera llevaron a Capietro y a Stabutch al umbral de su choza.

—¿Qué habrán traído ahora esos demonios negros? —exclamó Capietro.

—Parece una mujer joven —dijo Stabutch.

—Lo es —afirmó Capietro, mientras los shiftas se aproximaban a la choza con su prisionera—. Tendremos compañía, ¿eh, Stabutch? ¿Qué tenéis ahí, hijos míos? —preguntó a los tres que acompañaban a Jezabel.

—El precio del rescate de un jefe, quizá —respondió uno de los negros.

—¿Dónde la habéis encontrado?

—Cerca de aquí, a poca distancia, cuando regresábamos de efectuar un reconocimiento. Iba con un hombre. El hombre que escapó con la ayuda del hombre mono.

—¿Dónde está? ¿Por qué no le habéis traído también? —preguntó Capietro.

—Ha peleado y nos hemos visto obligados a matarle.

—Habéis hecho bien —dijo Capietro—. Ella vale por dos como él, en muchos aspectos. Vamos, muchacha, levanta la cabeza, déjanos echar un vistazo a ese bonito rostro. Vamos, no tienes que temer nada, si eres buena chica descubrirás que Dominic Capietro es un buen tipo.

—A lo mejor no entiende el italiano —sugirió Stabutch.

—Tienes razón, amigo mío; le hablaré en inglés.

Jezabel había levantado la mirada hacia Stabutch cuando le oyó hablar una lengua que entendía. Quizás este hombre sería amigo, pensó; pero cuando vio su rostro se desanimó.

—¡Qué belleza! —exclamó el ruso.

—Te has enamorado de ella enseguida, amigo mío —comentó Capietro —. ¿Quieres comprarla?

—¿Cuánto quieres por ella?

—Los amigos no deben regatear —dijo el italiano—. ¡Espera, ya lo tengo! Ven, muchacha —y cogió a Jezabel del brazo y la hizo entrar en la choza, adonde Stabutch les siguió.

—¿Por qué me habéis traído aquí? —preguntó Jezabel—. No os he hecho ningún daño. Dejadme volver con Danny; está herido.

—Está muerto —dijo Capietro—, pero no te aflijas, pequeña. Ahora tienes dos amigos en lugar de uno. Pronto le olvidarás; a una mujer le resulta fácil olvidar.

—Nunca le olvidaré —protestó Jezabel—. Quiero volver con él; a lo mejor no está muerto.

Entonces se echó a llorar.

Stabutch contemplaba a la muchacha con aire hambriento. Su juventud y belleza despertaban el diablo que llevaba dentro y se juró mentalmente que la poseería.

—No llores —dijo con amabilidad—. Soy tu amigo. Todo irá bien.

El nuevo tono de voz le dio esperanzas a Jezabel, que levantó la mirada con expresión agradecida.

—Si eres mi amigo —dijo la muchacha—, sácame de aquí y llévame con Danny.

—Dentro de un rato —respondió Stabutch, y preguntó a Capietro—: ¿Cuánto?

—No se la venderé a mi buen amigo —dijo el italiano—. Tomemos un trago y después te explicaré mi plan.

Los dos bebieron de una botella que estaba en el suelo de la choza.

—Siéntate —dijo Capietro, haciendo señas a Jezabel de que se sentara en la sucia alfombra. Luego, rebuscó un momento en su macuto y sacó una baraja de mugrientos naipes—. Siéntate, amigo mío —dijo a Stabutch—. Tomemos otro trago y te contaré mi plan.

Stabutch bebió de la botella y se secó los labios con el dorso de la mano.

—Bueno —dijo—, ¿de qué se trata?

—Nos la jugaremos —respondió el italiano barajando los naipes—, y el que gane, se la queda.

—Bebamos por ello —dijo Stabutch—. Cinco partidas, y el primero que gane tres se la queda.

—¡Otro trago para sellar el trato! —exclamó el italiano—. ¡Las mejores tres de cinco!

Stabutch ganó la primera partida, mientras Jezabel permanecía sentada ignorando la finalidad de los trozos de cartón y sabiendo únicamente que, en cierto modo, iban a decidir su destino. Esperaba que ganara el hombre más joven, pero sólo porque había dicho que era su amigo. Quizá podría persuadirle de que la llevara junto a Danny. Se preguntaba qué clase de agua había en la botella de la que bebían, pues observó que provocaba un cambio en ellos. Ahora hablaban en voz mucho más alta y gritaban extrañas palabras cuando las pequeñas tarjetas eran arrojadas a la alfombra, y entonces uno parecía estar muy enfadado mientras el otro reía sin moderación. Asimismo, se balanceaban e inclinaban de una manera peculiar que no había observado antes de que hubieran bebido tanto de la botella.

Capietro ganó la segunda partida y la tercera. Stabutch estaba furioso, pero ahora se quedó muy callado. Ponía toda su concentración en el juego, y dio la impresión de que casi volvía a estar sobrio cuando repartieron las cartas para la cuarta partida.

—¡Ya es mía! —exclamó Capietro mirando su mano de cartas.

—Nunca será tuya —gruñó el ruso.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo ganaré las próximas dos partidas.

El italiano se echó a reír sonoramente.

—¡Qué bien! —exclamó—. Bebamos por ello. —Se llevó la botella a los labios y se la pasó a Stabutch.

—No quiero beber —dijo el ruso en tono áspero, apartando la botella.

—¡Ajá! Mi amigo se está poniendo nervioso. Tiene miedo de perder y por eso no quiere beber. ¡Sapristi! A mí me da lo mismo. Me quedo con el coñac y la chica.

—¡Juega! —espetó Stabutch.

—Tienes prisa por perder, ¿eh? —le pinchó Capietro.

—Por ganar —le corrigió Stabutch, y ganó.

Ahora le tocó al italiano maldecir su suerte y enfurecerse, y una vez más repartieron las cartas y los jugadores cogieron su mano.

—Es la última partida —dijo Stabutch.

—Hemos ganado dos cada uno —observó Capietro—. Bebamos por el ganador, aunque me desagrada proponer un brindis por mí mismo —y volvió a reír, pero esta vez en su risa había una nota horrible.

En silencio ahora, reanudaron la partida. Una a una fueron cayendo las cartas sobre la alfombra. La muchacha contemplaba la escena en un silencio asombrado. La situación era tensa y ella lo percibía aunque no lo comprendía. ¡Pobrecita Jezabel, entendía tan pocas cosas!

De pronto, lanzando un juramento triunfante, Capietro se puso en pie de un salto.

—¡He ganado! —exclamó—. Vamos, amigo mío, bebe conmigo por mi buena fortuna.

De mala gana el ruso bebió, esta vez un largo trago. Había un siniestro destello en sus ojos cuando le pasó la botella a Capietro. Leon Stabutch era mal perdedor.

El italiano vació la botella y la arrojó al suelo. Luego, se volvió a Jezabel y se inclinó para ayudarle a levantarse.

—Vamos, querida —dijo, con voz ronca y lengua de trapo debido a la bebida—. Dame un beso.

Jezabel se apartó, pero el italiano la atrajo hacia sí con violencia y trató de acercar sus labios a los de la joven.

—Deja en paz a la chica —gruñó Stabutch—. ¿No ves que te tiene miedo?

—¿Para qué la he ganado? —preguntó Capietro—. ¿Para dejarla en paz? Ocúpate de tus asuntos.

—Me ocuparé de mis asuntos —dijo Stabutch—. Aparta tus manos de

ella. —Se acercó y puso una mano en el brazo de Jezabel—. Ella es mía por derecho.

—¿Qué quieres decir?

—Has hecho trampas. Te he visto en la última partida.

—¡Mientes! —gritó Capietro, y al mismo tiempo dio un golpe a Stabutch. El ruso lo esquivó e intentó pegar al otro.

Los dos estaban borrachos y ninguno tenía demasiada estabilidad. Requerían mucha atención para no caer al suelo. Pero mientras peleaban en el interior de la choza se dieron algunos golpes, los suficientes para convertir su rabia en furia y, en parte, para recuperar la sobriedad. Entonces el duelo se volvió mortal, ya que cada uno buscaba la garganta del otro.

Jezabel, con los ojos desorbitados y aterrada, tenía dificultades para mantenerse apartada mientras luchaban de un lado a otro de la choza; y tan ocupada estaba la atención de cada uno de los dos hombres en su contrincante, que la muchacha habría podido escapar de no haber tenido más miedo de los hombres negros que había fuera que de los blancos que estaban dentro.

Varias veces Stabutch soltó a su oponente y buscó algo bajo su chaqueta, que al final encontró: una fina daga. Capietro no la vio.

Estaban de pie en el centro de la choza, los brazos entrelazados el uno con el otro, como descansando. Respiraban pesadamente y ninguno de los dos parecía haber ganado ninguna ventaja material.

Lentamente, la mano derecha del ruso subió por la espalda de su adversario. Jezabel lo vio, pero sólo sus ojos reflejaron su horror. Aunque había visto matar a muchas personas, aún le horrorizaba. Vio que el ruso palpaba un punto en la espalda del otro con la punta de su pulgar. Luego, le vio volver la mano y colocar la punta de la daga en el sitio que había identificado.

Stabutch sonreía cuando clavó la hoja. Capietro se puso rígido, lanzó un grito y fijó la mirada. Cuando el cuerpo cayó pesadamente al suelo y rodó hasta quedarse de espaldas, el asesino permaneció junto a su víctima, con una sonrisa en los labios y los ojos puestos en la muchacha.

Pero de pronto la sonrisa se desvaneció cuando un nuevo pensamiento acudió a la astuta mente del asesino y su mirada pasó del rostro de Jezabel al umbral de la choza donde una sucia manta hacía las veces de puerta.

¡Había olvidado la horda de asesinos que había llamado jefe a aquella cosa que yacía en el suelo! Pero ahora los recordó y su alma se llenó de

terror. No tenía que preguntarse cuál sería su destino cuando descubrieran su crimen.

—¡Le has asesinado! —gritó la muchacha de pronto con una nota de horror en su voz.

—¡Cállate! —espetó Stabutch—. ¿Quieres morir? Nos matarán cuando lo descubran.

—Yo no lo he hecho —protestó Jezabel.

—Te matarán igual, después. Son bestias.

De pronto se agachó, cogió el cadáver por los tobillos y lo arrastró al fondo de la choza, donde lo cubrió con alfombras y ropa.

—Ahora quédate callada hasta que yo vuelva —dijo el hombre a Jezabel—. Si das la voz de alarma, te mataré yo mismo antes de que ellos tengan oportunidad de hacerlo.

Hurgó en un rincón oscuro de la choza y sacó un revólver con su funda y cinturón, el cual se ató a la cintura, y un rifle que apoyó junto a la puerta.

—Prepárate para venir conmigo cuando vuelva —ordenó; levantó la manta que cubría la puerta y salió a la aldea.

Rápidamente se dirigió hacia donde los caballos de la banda estaban atados. Allí había varios negros holgazaneando cerca de los animales.

—¿Dónde está vuestro líder? —preguntó, pero ninguno de ellos entendía inglés. Intentó decirles mediante signos que ensillaran dos caballos, pero ellos menearon la cabeza. Si le entendían, como sin duda hacían, se negaban a aceptar órdenes de él.

Entonces el líder, atraído desde una choza próxima, se acercó. Él entendía ya un poco de inglés y Stabutch no tuvo dificultades en hacerle comprender que quería que ensillaran dos caballos; pero el cabecilla quería saber más. ¿El jefe los quería?

—Sí, los quiere él —respondió Stabutch—. Me ha enviado a mí a buscarlos. El jefe se encuentra mal. Ha bebido demasiado. —Stabutch se rió y el líder pareció comprender.

—¿Quién va contigo? —preguntó el líder.

Stabutch vaciló. Bueno, igual podía decírselo, pues todo el mundo vería que la muchacha se iba con él, de todos modos.

—La chica —dijo.

El cabecilla entrecerró los ojos.

—¿El jefe lo ha dicho? —preguntó.

—Sí. La chica cree que el hombre blanco no está muerto. El jefe me

envía a buscarlo. —¿Te llevas hombres?

—No. El hombre vendrá con nosotros si la chica se lo dice. Tiene miedo de los hombres negros.

El otro asintió comprensivamente y ordenó que ensillaran dos caballos.

—Está muerto —afirmó.

Stabutch se encogió de hombros.

—Ya lo veremos —replicó, mientras conducía los dos animales hacia la choza donde le esperaba Jezabel.

El líder le acompañó y Stabutch estaba aterrado. ¿Y si el hombre insistía en entrar en la choza para ver a su jefe? Stabutch aflojó el revólver en su funda. Ahora su mayor temor era que el disparo atrajera a otros a la choza. No saldría bien. Debía encontrar otra manera. Se detuvo y el líder le imitó.

—No vengas todavía a la choza —indicó Stabutch.

—¿Por qué? —preguntó el otro hombre.

—La muchacha tiene miedo. Si te ve creerá que la engañamos y puede que se niegue a enseñarme dónde está el hombre. Le hemos prometido que ningún negro se acercaría.

El líder vaciló. Luego, se encogió de hombros y se dio media vuelta.

—De acuerdo —dijo.

—Y diles que dejen las puertas abiertas hasta que nos hayamos ido —dijo Stabutch.

En la puerta de la choza llamó a la muchacha.

—Todo listo —dijo—, y dame el rifle cuando salgas. Pero ella no sabía lo que era un rifle y él tuvo que entrar a cogerlo.

Jezabel miró los caballos con desaliento.

La idea de montar una de aquellas extrañas bestias la aterraba.

—No puedo hacerlo —dijo a Stabutch.

—Tendrás que hacerlo… o morirás —le susurró—. Yo conduciré el animal que tú montes. Ven, de prisa.

La ayudó a montar y le enseñó a utilizar el estribo y a sujetar las riendas. Luego puso una cuerda al cuello del caballo y, tras montar el suyo, guió el de ella fuera de la aldea mientras medio centenar de asesinos les veían partir.

Mientras ascendían hacia las colinas más elevadas, el sol poniente proyectaba sus sombras muy lejos por delante de ellos, y después la noche descendió sobre los dos viajeros y ocultó su repentino cambio de dirección

a cualquier observador que pudiera encontrarse en las puertas de la aldea.

XXI

UN DESPERTAR

DANNY *GUNNER* PATRICK abrió los ojos y vio el cielo azul africano. Poco a poco recuperó el conocimiento y, con él, la conciencia de que la cabeza le dolía muchísimo. Se la palpó con una mano. ¿Qué era aquello? Se miró la mano y vio que estaba manchada de sangre.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Me han herido! —Intentó recordar cómo había sucedido—. Sabía que me habían encontrado, pero ¿cómo demonios me cogieron? ¿Dónde estaba?

Sus pensamientos se hallaban en Chicago y estaba desconcertado. Tenía la vaga sensación de que había escapado y, sin embargo, le habían cogido. No lograba imaginárselo.

Luego, volvió ligeramente la cabeza y vio unas altas montañas que se levantaban cerca de donde él estaba. Se incorporó poco a poco y dolorosamente y miró alrededor. La memoria, parcial y fragmentaria, regresó a él.

—Debo de haber caído de las montañas —rumió mientras buscaba el campamento.

De mala gana se puso en pie y fue un alivio descubrir que no se hallaba gravemente herido; al menos, los brazos y piernas estaban intactos.

—Mi cabeza nunca ha estado muy bien. Pero, caramba, cómo me duele.

Una sola necesidad le dominaba: tenía que encontrar el campamento. El viejo Smith estaría preocupado por él si no regresaba. ¿Dónde estaba Obambi?

—Me pregunto si él también ha caído —masculló, mirando alrededor. Pero Obambi no estaba a la vista, ni vivo ni muerto; y, así, *Gunner* reinició su infructuosa búsqueda del campamento.

Al principio vagó hacia el noroeste, alejándose directamente del último campamento de Smith. Tongani, el mandril, sentado sobre su roca de centinela, le vio venir y dio la voz de alarma. Al principio Danny sólo vio

un par de «monos» que se dirigían hacia él, chillando y gruñendo. Les vio detenerse de vez en cuando y poner la parte posterior de la cabeza contra el suelo y mentalmente los clasificó como «monos locos»; pero cuando su número ascendió a un centenar y, por fin, comprendió el peligro potencial que residía en aquellas potentes mandíbulas y afilados colmillos, alteró su rumbo y se volvió hacia el sudoeste.

Durante un breve trecho los tonganis le siguieron, pero cuando vieron que no pretendía hacerles ningún daño, le dejaron marcharse y volvieron a la tarea de alimentarse, mientras el hombre, con un suspiro de alivio, proseguía su camino.

En una cañada Danny encontró agua, y con este descubrimiento se dio cuenta de que tenía hambre y sed. Bebió en la misma charca junto a la que Tarzán había matado a Horta, el jabalí; y también se lavó la sangre de la cabeza y la cara lo mejor que pudo. Luego, continuó caminando sin rumbo. Esta vez ascendió la pendiente hacia las montañas, en dirección sudeste, y se encaminó por fin hacia la ubicación del ahora abandonado campamento. La casualidad y los tonganis le habían puesto en la dirección correcta.

Al cabo de poco rato llegó a un lugar que le pareció familiar; y allí se detuvo y miró alrededor en un esfuerzo por recuperar sus facultades mentales erráticas, que se daba cuenta no funcionaban como era debido.

—Aquella fulana seguro que me ha dado en toda la azotea —observó medio en voz alta—. Caramba, ¿qué es eso?

Había algo en la hierba alta por la que acababa de pasar. Miró atentamente y un instante después vio la cabeza de Sheeta, la pantera, que separaba la hierba a poca distancia de él. La escena le resultó familiar.

—¡Ya lo tengo! —exclamó *Gunner*—. Yo y ese tipo, Tarzán, vinimos aquí anoche; ahora lo recuerdo.

También recordó cómo Tarzán había ahuyentado a la pantera «marcándose un farol ante ella», y se preguntó si él podría hacer lo mismo.

—Caramba, qué mala cara tienes. Apuesto a que tienes mala uva, y ese Tarzán sólo rugió y te hizo marchar. Digo, no lo habría creído si no lo hubiera visto. ¿Por qué diantre no te ocupas de tus asuntos, grandullona? Me das tembleque. —Se paró y cogió un fragmento de roca—. ¡Lárgate! —gritó cuando lanzaba el proyectil a Sheeta.

El gran felino giró en redondo y se alejó, desapareciendo en la hierba alta, que ahora *Gunner* veía agitarse con la retirada de la pantera.

—Bueno, ¿qué me dices? —exclamó Danny—. ¡Lo he hecho!

Caramba, estos leones no son gran cosa.

Ahora el hambre reclamó su atención, pues la memoria, al regresar, le sugirió una manera de apaciguarla.

—Me pregunto si podría hacerlo —reflexionó, mientras buscaba en el suelo hasta que encontró un fragmento delgado de roca, con el que se puso a escarbar en un pequeño montículo que se elevaba unos centímetros.

—Me pregunto si voy a poder.

Siguió escarbando y pronto aparecieron los restos de jabalí que Tarzán había escondido por si volvían a pasar por allí. Con su navaja, *Gunner* cortó varios trozos, tras lo cual volvió a escarbar en el suelo y se dispuso a hacer fuego, donde asó la carne de una manera que produjo unos resultados culinarios que, en una situación normal, le habrían hecho apartar la nariz con repugnancia. Pero hoy no fue así y tragó los trozos en parte cocidos y en parte chamuscados como un lobo voraz.

Ahora le había vuelto la memoria hasta el punto de recordar la comida que había hecho con Tarzán en aquel mismo lugar, pero desde entonces hasta que había recuperado el conocimiento un rato antes había un blanco. Sabía ahora que podía encontrar el camino de regreso al campamento desde el punto situado encima de la aldea de los ladrones donde él y Obambi habían almorzado, y, así pues, dirigió sus pasos hacia esa dirección.

Cuando hubo encontrado el lugar, siguió hasta el borde del risco desde donde se veía la aldea; y allí se tumbó para descansar y espiar a los ladrones, pues estaba muy cansado.

—¡Malditos pelmazos! —exclamó por lo bajo cuando vio a los shiftas pululando por la aldea—. Ojalá tuviera mi matraca, limpiaría ese vertedero.

Vio a Stabutch salir de una choza y dirigirse hacia los caballos. Le observó mientras hablaba con los negros y con su líder. Luego, vio al ruso llevar los dos caballos ensillados a la choza.

—Ese tipo no lo sabe —masculló—, pero está señalado. Algún día le cogeré, aunque me lleve el resto de mi vida. ¡Caramba, mira esa tía! —Stabutch había sacado a Jezabel de la choza. De pronto, ocurrió una cosa extraña en el interior de la cabeza de Danny *Gunner* Patrick. Fue como si alguien de pronto hubiera levantado una persiana y hubiera dejado entrar la luz a raudales. Lo vio todo. ¡Al ver a Jezabel había recuperado la memoria!

Reprimió con dificultad la necesidad de gritarle que estaba allí, pero la cautela le calló la boca y se quedó tumbado, observando a los dos montar y alejarse a caballo.

Se puso en pie y corrió hacia el norte, en paralelo al rumbo que ellos habían tomado. Anochecía ya. Al cabo de unos minutos sería de noche. ¡Si pudiera seguir viéndoles hasta que supiera en qué dirección iban!

Olvidó el agotamiento y echó a correr. Ahora apenas les distinguía. Cabalgaban a poca distancia hacia los riscos; y entonces, justo antes de que la oscuridad se los tragara, vio que daban la vuelta y se alejaban galopando hacia el norte, hacia el gran bosque que se extendía en aquella dirección.

Sin pensarlo, *Gunner* bajó los riscos, tropezando y cayéndose y desmigajando el suelo que pisaba.

—Tengo que alcanzarles, tengo que alcanzarles —no paraba de repetirse—. ¡Pobre chica! ¡Pobrecita! Ayúdame, Dios mío, si les alcanzo, qué no le haré a ese… si le ha hecho algún daño.

Avanzó, tropezando en la noche, cayendo una y otra vez en su frenética búsqueda de la pequeña Jezabel de cabellera dorada, que había entrado en su vida unas breves horas para dejar en su corazón una marca que jamás se borraría.

Poco a poco fue comprendiendo esto mientras se dirigía a ciegas hacia lo desconocido, y le dio fuerzas para seguir adelante a pesar de experimentar un agotamiento físico como jamás había conocido.

—Caramba —murmuró—, me ha dado fuerte con esa nena.

XXII

JUNTO A UNA CHARCA SOLITARIA

HABÍA caído la noche y Tarzán de los Monos, que conducía a lady Barbara Collis y a Lafayette Smith por el valle de la tierra de Midia, no vio el rastro de Jezabel y *Gunner*.

Sus dos acompañantes estaban al borde del agotamiento, pero el hombre mono les llevó a través de la noche de acuerdo con un plan que había trazado. Sabía que faltaban otros dos blancos Jezabel y Danny Patrick y quería llevar a lady Barbara y a Smith a un lugar seguro para poder estar libre y proseguir la búsqueda de aquéllos.

Para lady Barbara y Smith el viaje era interminable, pero no se quejaban, pues el hombre mono había explicado el objeto de esta marcha forzada, y estaban aún más ansiosos que él en lo concerniente al destino de sus amigos.

Smith ayudaba a la muchacha todo lo que podía, pero sus propias fuerzas estaban casi agotadas y a veces su deseo de asistirla era más bien un estorbo. Por fin, ella tropezó y se cayó; y cuando Tarzán, que iba más adelante, les oyó y regresó junto a ellos, encontró a Smith intentando en vano levantar a lady Barbara.

Era la primera indicación que el hombre mono recibía de que sus compañeros estaban al borde del agotamiento, pues ninguno de los dos había expresado una sola queja; y cuando se dio cuenta de ello, cogió a lady Barbara en brazos, mientras Smith, aliviado al menos de su preocupación por ella, pudo seguir, aunque se movía como un autómata, aparentemente sin voluntad consciente. Su estado no era extraño, si se tiene en cuenta lo que había pasado durante los últimos tres días.

Se maravilló de la fuerza y resistencia del hombre mono, el cual, debido a su propia situación de debilidad, le parecía un ser increíble a pesar de que le estaba viendo.

—No está mucho más lejos —dijo Tarzán, adivinando que el hombre

necesitaba que le dieran ánimos.

—¿Seguro que el cazador del que nos has hablado no ha trasladado su campamento? —preguntó lady Barbara.

—Estaba allí anteayer —respondió el hombre mono—. Creo que le encontraremos esta noche.

—¿Nos aceptará? —preguntó Smith.

—Claro, igual que harías tú en circunstancias similares —respondió el Señor de la Jungla—. Es inglés —añadió, como si ese dato constituyera en sí mismo una respuesta suficiente a sus dudas.

Se hallaban ahora en un bosque denso, siguiendo un antiguo sendero de caza, y después vieron unas luces al frente.

—Debe de ser el campamento —exclamó lady Barbara.

—Sí —dijo Tarzán, y un instante después gritó algo en un dialecto nativo.

Al instante llegó una voz como respuesta, y después Tarzán se detuvo en la linde del campamento, justo fuera del círculo de fogatas hecho para ahuyentar a las fieras.

Había varios askaris de guardia, y con ellos conversó Tarzán unos momentos; luego, se adelantó y dejó a lady Barbara en el suelo.

—Les he dicho que no molesten a su *bwana* —explicó el hombre mono —. Hay otra tienda que lady Barbara puede ocupar, y el jefe se encargará de preparar un refugio para Smith. Aquí estaréis completamente a salvo. Este hombre me ha dicho que su *bwana* es lord Passmore. Sin duda alguna os llevará a la estación terminal. Entretanto, intentaré localizar a vuestros amigos.

Eso fue todo; el hombre mono se dio la vuelta y desapareció en la negra noche antes de que pudieran expresar su agradecimiento.

—¡Ya se ha ido! —exclamó la muchacha—. Ni siquiera le he dado las gracias.

—Creía que se quedaría aquí hasta mañana —dijo Smith—. Debe de estar cansado.

—Parece incansable —observó lady Barbara—. Es un superhombre, si es que hay alguno.

—Vamos —dijo el jefe de porteadores—, su tienda está aquí. Los muchachos están arreglando un refugio para el *bwana* .

—Buenas noches, Smith —dijo la muchacha—. Espero que duermas bien.

—Buenas noches, lady Barbara —contestó Smith—. Espero despertar en algún momento.

Y mientras se preparaban para su tan deseado descanso, Stabutch y Jezabel cabalgaban en la noche, el hombre completamente confundido y perdido.

Hacia la mañana pararon en la linde de un gran bosque, después de cabalgar en amplios círculos durante la mayor parte de la noche. Stabutch estaba casi agotado, y Jezabel no estaba mucho mejor, pero ella gozaba de juventud y salud, lo que le daba unas fuerzas de reserva que el hombre había socavado y malgastado.

—Tengo que dormir un poco —dijo él, desmontando.

Jezabel no necesitó que la invitaran a deslizarse de su silla, pues estaba rígida y dolorida por esa inusual experiencia. Stabutch llevó a los animales al interior del bosque y los ató a un árbol. Luego, se echó al suelo y casi al instante se quedó dormido.

Jezabel permaneció sentada en silencio, escuchando la respiración regular del hombre.

«Ahora sería el momento de escapar», pensó.

Se puso en pie sin hacer ruido. ¡Qué oscuro estaba! Quizá sería mejor esperar a que hubiera luz suficiente para ver. Estaba segura de que el hombre dormiría mucho rato, pues era evidente que estaba muy cansado.

Se sentó de nuevo, escuchando los ruidos de la jungla, que la asustaban. Sí, esperaría hasta que hubiera luz; entonces desataría los caballos, montaría uno y dejaría libre al otro para que el hombre no pudiera perseguirla.

Los minutos transcurrían despacio. El cielo se fue aclarando por el este, sobre las distantes montañas. Los caballos empezaron a inquietarse. La muchacha observó que tenían las orejas levantadas y que miraban hacia el interior de la jungla y temblaban.

De pronto, se oyeron sonidos de maleza aplastada. Los caballos resoplaron y tiraron de sus cuerdas, las cuales se rompieron. El ruido despertó a Stabutch, que se incorporó justo cuando los dos aterrorizados animales daban media vuelta y huían. Un instante después un león pasó corriendo al lado de la joven y el hombre, persiguiendo a los caballos que huían.

Stabutch se puso en pie de un salto, con el rifle en la mano.

—¡Dios mío! —exclamó—. Éste no es lugar seguro para dormir —y la

oportunidad de Jezabel había pasado.

El sol coronaba las montañas orientales. El día había llegado. Pronto los perseguidores estarían a caballo. Ahora que iba a pie, Stabutch sabía que no debía entretenerse. Sin embargo, tenían que comer o no tendrían fuerzas para proseguir, y sólo con el rifle conseguirían comida.

—Súbete a ese árbol, pequeña —indicó a Jezabel—. Estarás a salvo mientras yo voy a cazar algo para desayunar. Cuidado con el león, y si ves que regresa por aquí avísame. Voy a adentrarme en la selva.

Jezabel subió al árbol y Stabutch partió en busca del desayuno. La muchacha vigilaba por si veía al león, esperando que regresara, pues había decidido que si lo hacía no avisaría al hombre.

Tenía miedo del ruso por las cosas que le había dicho durante el largo trayecto nocturno. Muchas no las había entendido, pero comprendía lo suficiente para saber que era un hombre malo. Pero el león no regresó, y Jezabel se quedó dormida y estuvo a punto de caerse del árbol.

Stabutch, mientras cazaba en la selva, encontró una charca de agua no lejos de donde había dejado a Jezabel, y allí se escondió detrás de unos arbustos esperando que algún animal fuera a beber. No tuvo que esperar mucho para ver a una criatura aparecer de pronto por el lado opuesto de la charca. Había venido con tanto sigilo que el ruso ni soñaba que hubiera algo vivo a un kilómetro de distancia. Lo más sorprendente del hecho fue, sin embargo, que el animal que de pronto apareció a la vista era un hombre.

Stabutch entrecerró sus ojos perversos. Era «el» hombre; el hombre al que había venido a matar. ¡Qué oportunidad! El Destino en verdad era bueno con él. Cumpliría su misión sin peligro para sí mismo, y luego escaparía con la muchacha, ¡aquella espléndida muchacha! Stabutch nunca había visto a una mujer tan hermosa y ahora iba a poseerla; tenía que ser suya.

Pero primero debía ocuparse de aquel otro asunto. Y qué agradable asunto era. Apoyó el rifle con cuidado y apuntó. Tarzán se había parado y volvió la cabeza a un lado. No podía ver el cañón del rifle de su enemigo debido al arbusto tras el que Stabutch se escondía y por el hecho de que sus ojos estaban puestos en algo situado en otra dirección.

El ruso se dio cuenta de que estaba temblando y se maldijo por lo bajo. La tensión nerviosa era demasiado grande. Tensó los músculos en un esfuerzo por mantener las manos firmes y el rifle estable y fijo en el blanco. La mira frontal del rifle describía un pequeño círculo en lugar de

permanecer quieta en el gran pecho que ofrecía un blanco tan espléndido.

¡Pero tenía que disparar! El hombre no se quedaría allí parado eternamente. Esta idea dio prisa a Stabutch, y cuando la mira volvió a pasar por el cuerpo del hombre mono, el ruso apretó el gatillo.

Al oír el disparo Jezabel abrió los ojos de pronto.

—Quizás ha vuelto el león —se dijo—, o tal vez el hombre ha encontrado comida. Si ha sido el león, espero que haya fallado.

Asimismo, cuando el rifle habló, el hombre mono dio un salto en el aire, se agarró a una rama baja y desapareció entre el follaje de los árboles. Stabutch había fallado; debería haber relajado los músculos en lugar de tensarlos.

El ruso estaba aterrado. Se sentía como el que está con la soga al cuello. Se dio la vuelta y huyó. Su mente astuta le sugirió que sería mejor no volver a donde estaba la chica. Ya la había perdido, pues no podía cargar con ella en su huida, dado que del éxito de ésta dependía su vida. Siguiendo esta idea, corrió hacia el sur.

Mientras se precipitaba por la selva y se quedaba sin aliento, sintió de pronto un dolor horrible en el brazo y en el mismo instante vio la punta de una flecha que se agitaba a su lado mientras corría.

La flecha se le había clavado en el antebrazo y su punta salía por el lado opuesto. Presa del terror, Stabutch aumentó su velocidad. En algún lugar por encima de él estaba su justo castigo, al que no podía ni ver ni oír. Era como si un asesino fantasmal le persiguiera con alas silenciosas.

Otra flecha le alcanzó, hundiéndose en el tríceps del otro brazo. Con un grito de dolor y de horror Stabutch se paró y, cayendo de rodillas, alzó las manos con gesto suplicante.

—¡No me mates! —gritó—. No me mates. No te he hecho nada. Si no me matas…

Una flecha se clavó en la garganta del ruso. Éste lanzó un grito, agarró el proyectil y cayó de bruces. Jezabel, que escuchaba desde el árbol, oyó el grito agonizante del hombre herido y se estremeció.

—El león le ha alcanzado —susurró—. Era malo.

¡Es la voluntad de Jehovah!

Tarzán de los Monos saltó ágilmente de un árbol y se acercó con cautela al hombre moribundo. Stabutch, retorciéndose en agonía y presa del terror, rodó de costado. Vio al hombre mono que se acercaba, con el arco y las flechas en la mano, y, muriéndose, fue a coger el revólver que llevaba

en la cadera para completar la obra por la que había venido desde tan lejos y por la que iba a entregar su vida.

En cuanto su mano hubo cogido el mango de su pistola, el Señor de la Jungla lanzó otra flecha que se clavó en el pecho del ruso y le atravesó el corazón. Sin emitir un solo sonido, Leon Stabutch se derrumbó y, un instante después, se oyó en la jungla el fiero grito de victoria del simio macho.

Mientras las salvajes notas resonaban en la jungla, Jezabel se deslizó al suelo y huyó despavorida. No sabía a qué destino la conducían sus ágiles pies. Estaba obsesionada con una idea: escapar de los terrores de aquel lugar solitario.

XXIII

CAPTURADO

CON LA llegada del día, *Gunner* se encontró cerca de un bosque. No había oído ruido de caballos en toda la noche, y ahora que había llegado el día y podía ver, recorrió el paisaje con la mirada para ver si localizaba a Stabutch y a Jezabel, pero no tuvo éxito.

—Caramba —masculló—, es inútil, tengo que descansar. ¡Pobrecita nena! Si al menos supiera adónde se la llevó esa rata; pero no lo sé y tengo que descansar. —Examinó el bosque—. Parece un escondite muy grande. Me tumbaré aquí a dormir un poco. Caramba, estoy hecho polvo.

Mientras andaba hacia el bosque llamó su atención algo que se movía a unos tres kilómetros al norte. Se paró en seco y, cuando miró más atentamente, vio que eran dos caballos que venían corriendo de la jungla, como locos, hacia el pie de las colinas, perseguidos por un león.

—¡Caramba! —exclamó *Gunner*—, deben de ser sus caballos. ¿Y si el león la ha cogido?

Al instante olvidó su fatiga y echó a correr hacia el norte, pero no pudo seguir mucho rato y pronto volvió a andar, con su mente ocupada por un torbellino de conjeturas y temores.

Vio que el león abandonaba la persecución y se daba media vuelta casi de inmediato, dirigiéndose por la cuesta en dirección nordeste. *Gunner* se alegró de verle marchar, no tanto por él como por Jezabel, a quien, razonó él, el león no debía de haber matado. Existía la posibilidad, pensó, de que hubiera tenido tiempo de trepar a un árbol. Si no hubiera sido así, llegó a la conclusión de que el león la habría matado.

Su conocimiento de los leones era escaso. Al igual que la mayoría de la gente, creía que los leones iban comiéndose a todo lo que tenía la mala fortuna de ponerse en su camino, a menos que se los hiciera huir como él había hecho con la pantera el día anterior. Pero, razonó, Jezabel no habría sido capaz de hacerlo.

Caminaba cerca de la linde del bosque, lo más deprisa que podía, cuando oyó un disparo a lo lejos. Era el disparo del rifle de Stabutch contra Tarzán. *Gunner* trató de aumentar su velocidad. Ocurrían demasiadas cosas allí, donde creía que Jezabel podía estar, como para entretenerse, pero estaba demasiado agotado para moverse deprisa.

Luego, unos minutos más tarde, el grito de agonía del ruso le llegó a los oídos y volvió a estimularle. Le siguió el grito horripilante del hombre mono, el cual, por alguna razón, Danny no reconoció, aunque lo había oído dos veces anteriormente. Quizá la distancia y los árboles que había por en medio lo amortiguaban y modificaban.

Siguió avanzando pesadamente, intentando correr de vez en cuando; pero sus músculos sobrecargados habían llegado a su límite y tuvo que abandonar el intento, pues ya las piernas le flaqueaban y tropezaba incluso andando.

—No sirvo para nada —masculló—, sólo soy un miserable. Ahí está un tipo con mi chica y ni siquiera tengo agallas para avanzar. Caramba, soy un fracaso.

Un poco más adelante entró en la selva para acercarse sin ser visto al lugar de donde había visto salir los caballos, por si Stabutch aún estaba allí.

De pronto se detuvo. Algo aplastaba la maleza en su dirección. Se acordó del león y sacó el cuchillo de su bolsillo. Luego, se escondió detrás de un arbusto y esperó, pero no tuvo que hacerlo mucho para ver al autor de aquella perturbación.

—¡Jezabel! —exclamó, saliéndole al paso. La voz le temblaba de emoción.

Lanzando un grito de sobresalto, la muchacha se detuvo y le reconoció.

—¡Danny!

Fue la gota que colmó el vaso, sus nervios se hicieron pedazos; cayó al suelo y prorrumpió en un llanto histérico.

Gunner se acercó a ella uno o dos pasos. Trastabilleó, las rodillas cedieron bajo su peso y se sentó pesadamente a unos metros de la joven; y entonces ocurrió una cosa extraña. Las lágrimas se desbordaron de los ojos de Danny *Gunner* Patrick; se arrojó de bruces al suelo y también él lloró.

Durante varios minutos se quedaron tumbados allí, hasta que Jezabel recuperó el control de sí misma y se incorporó.

—Oh, Danny —exclamó—. ¿Estás herido? ¡Oh, tu cabeza! No te mueras, Danny.

Él había cedido a su emoción y se estaba secando los ojos con la manga de la camisa.

—No me estoy muriendo —dijo—, pero debería. Alguien debería acabar conmigo… ¡un tipo duro como yo, llorando!

—Es porque estás herido, Danny —dijo Jezabel.

—No, no es eso. Otras veces me han herido, pero no había lloriqueado desde que era un niño pequeño, cuando murió mi madre. Es otra cosa. Me he derretido cuando te he visto y he comprobado que estabas bien. Se me han aflojado los nervios, ¡así! —chasqueó los dedos—. Verás —añadió, vacilante—, supongo que me gustas muchísimo, nena.

—Tú también me gustas, Danny —le dijo ella—. Eres de primera.

—¿Que soy qué?

—No lo sé —admitió Jezabel—. Es inglés, pero tú no entiendes el inglés, ¿verdad?

Él se arrastró hasta ella y le cogió la mano.

—Caramba —exclamó—, creía que nunca iba a volver a verte. Digo —estalló violentamente—, ¿ese tipo te ha hecho daño, nena?

—¿Quieres decir el hombre que me arrebató de los negros en la aldea?

—Sí.

—No, Danny. Después de matar a su amigo cabalgamos toda la noche. Tenía miedo de que los hombres negros le cogieran.

—¿Qué se hizo de aquella rata? ¿Cómo escapaste?

Ella le contó lo que sabía, pero fueron incapaces de explicar los ruidos que ambos habían oído o de adivinar si habían anunciado la muerte de Stabutch.

—No me gustaría mucho que apareciera de nuevo —dijo Danny—. Tengo que recuperar las fuerzas de alguna manera.

—Debes descansar —le dijo ella.

—Te diré lo que haremos —dijo él—. Nos tumbaremos aquí hasta que hayamos descansado un poco; luego, regresaremos hacia las colinas donde sé que hay agua y algo de comer. No es comida muy buena —añadió—, pero es mejor que nada. Digo, llevo un poco en el bolsillo. Vamos a comer. —Sacó de su bolsillo unos trozos sucios de cerdo medio quemado y los examinó con aire triste.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jezabel.

—Es cerdo, nena —explicó él—. No tiene muy buen aspecto, ¿verdad? Bueno, su sabor no es mejor que su aspecto; pero es comida y eso es lo que

ahora necesitamos. Toma. —Le ofreció un puñado de carne—. Cierra los ojos y tápate la nariz, así no es tan malo —le aseguro—. Imagina que estás en una taberna de mala muerte.

Jezabel sonrió y cogió un trozo de carne.

—El estadounidense es un idioma divertido, ¿verdad, Danny?

—Bueno, no lo sé.

—Sí, eso creo. A veces suena como inglés y sin embargo no lo entiendo.

—Es porque no estás acostumbrada —le indicó él—, pero te enseñaré si quieres, ¿eh?

—De acuerdo, nene —respondió Jezabel.

—¡Estás aprendiendo rápido! —exclamó Danny con admiración.

Se tumbaron en el calor creciente del nuevo día y hablaron de muchas cosas mientras descansaban. Jezabel le contó la historia de la tierra de Midia, de su infancia, de la llegada de lady Barbara y el extraño efecto que produjo en su vida; y Danny le habló de Chicago, pero había muchas cosas de su vida que no le contó, cosas que, por primera vez, le avergonzaban. Y se preguntaba por qué sentía vergüenza.

Mientras ellos hablaban, Tarzán salió de la jungla y partió en su busca, subiendo hacia las montañas, con la intención de empezar a buscar su rastro en la boca de la fisura. Si no lo encontraba allí, sabría que aún se hallaban en el valle; si lo encontraba, lo seguiría hasta que los localizara.

Al romper el día, un centenar de shiftas salieron a caballo de su aldea. Habían descubierto el cadáver de Capietro y ahora sabían que el ruso les había engañado y había huido después de matar a su jefe. Querían a la chica para obtener un rescate y también querían la vida de Stabutch.

No habían cabalgado mucho rato cuando encontraron los dos caballos sin jinete galopando de regreso a la aldea. Los shiftas los reconocieron al instante y, como sabían que Stabutch y la muchacha iban a pie, previeron que les costaría poco alcanzarles.

Las ondulantes estribaciones estaban interrumpidas por hondonadas y cañones; a veces, por tanto, la visión de los jinetes era limitada. Habían estado descendiendo por el fondo de un cañón poco profundo, donde ni veían a una gran distancia ni podían ser vistos; luego su líder hizo girar su montura hacia terrenos más elevados y, cuando coronó la cima de una montaña baja, vio a un hombre que se acercaba desde el bosque.

Tarzán vio al shifta al mismo tiempo y cambió de dirección

oblicuamente hacia la izquierda, echando a correr al trote. Sabía que un jinete solitario era la cabeza de una fuerza de shiftas a caballo contra los que no podría pelear; y, guiado por el instinto de la bestia salvaje, buscó un terreno donde él tuviera ventaja: el terreno abrupto y rocoso que conducía a los riscos, donde ningún caballo podría seguirle.

Lanzando un grito a sus seguidores, el líder de los shiftas picó de las espuelas a su caballo y cabalgó a toda velocidad para interceptar al hombre mono, y detrás de él iba, gritando, su horda salvaje.

Tarzán vio enseguida que no podría llegar a las escarpaduras; pero mantuvo su trote regular e incansable para estar mucho más cerca de la meta cuando se produjera el ataque. A lo mejor podría retenerles hasta llegar al refugio de los riscos, pero sin duda no tenía intención de rendirse sin intentar escapar por todos los medios de la batalla desigual que se produciría si le alcanzaban.

Los shiftas se acercaban lanzando gritos salvajes, con su floja vestimenta ondeando al viento y agitando los rifles por encima de la cabeza. El líder cabalgaba a la cabeza y, cuando se halló lo bastante cerca, el hombre mono, que había estado echando miradas ocasionales por encima del hombro, se detuvo, giró en redondo y disparó una flecha a su enemigo; luego, volvió a huir mientras la flecha se hundía en el pecho del capitán de los shiftas.

El tipo lanzó un gritó y cayó de su silla, y, por un instante, los otros tiraron de las riendas, pero sólo por un instante. Se trataba de un solo enemigo, mal armado con armas primitivas: no constituía una auténtica amenaza para hombres a caballo armados con rifles.

Lanzando gritos de ira y amenazas de venganza, espolearon a sus monturas y prosiguieron la persecución; pero Tarzán lo había conseguido y el terreno rocoso no se hallaba muy lejos.

Los shiftas se desplegaron formando un gran semicírculo, con intención de rodear a su presa, cuya estrategia habían adivinado en el instante en que vieron hacia dónde se dirigía. Ahora otro jinete se aventuró a acercarse demasiado, y durante un breve momento Tarzán se detuvo para lanzar otra flecha. Cuando este segundo enemigo cayó, mortalmente herido, el hombre mono prosiguió su huida con el acompañamiento de una ráfaga de fuego de mosquetes; pero pronto se vio obligado a pararse de nuevo cuando varios jinetes le adelantaron y le impidieron la retirada.

Los silbidos de las balas que le pasaban rozando o que iban a parar al

suelo a su alrededor le preocupaban poco, pues tradicionalmente estas bandas de ladrones tenían poca puntería, ya que, como andaban escasos de munición, pocas eran sus oportunidades de practicar.

Ahora se hallaban más cerca, formando más o menos un círculo del que Tarzán era el centro; y, como le disparaban desde todos los lados, parecía imposible que fallaran, pero fallaban, aunque sus balas hacían el blanco entre sus propios hombres y caballos, hasta que uno, que había ocupado el lugar del líder asesinado, se hizo con el mando y ordenó que cesara el fuego.

Retomando la dirección que había seguido en su huida, Tarzán intentó disparar para abrirse paso a través del cordón de jinetes que le impedía la retirada, pero, aunque cada flecha daba en el blanco, la horda vociferante se cerró sobre él hasta que, cuando hubo gastado la última flecha, se halló en el centro de una apretada masa de enemigos aullantes.

Por encima del pandemónium de la batalla se elevaban los gritos del nuevo líder:

—¡No le matéis! ¡No le matéis! —gritaba—. ¡Es Tarzán de los Monos, y vale el rescate de un ras!

De pronto, un gigante negro se lanzó desde su caballo sobre el Señor de la Jungla, pero Tarzán cogió al tipo y lo arrojó de nuevo entre los jinetes. Sin embargo, ellos se iban acercando más, y varios cayeron sobre Tarzán desde su silla y lo derribaron bajo las patas de los ahora frenéticos caballos.

Peleando por la vida y la libertad, el hombre mono luchó contra sus enemigos; cada vez eran más los que se arrojaban desde su caballo sobre el creciente montón que estaba sobre él. Una vez consiguió ponerse en pie, deshaciéndose de casi todos sus oponentes; pero le agarraron por las piernas y volvieron a derribarle, y después consiguieron ponerle nudos corredizos en las muñecas y tobillos y, así, le redujeron.

Ahora que estaba indefenso muchos de ellos le llenaron de injurias y le golpearon; pero había otros muchos tumbados en el suelo, algunos para no volver a levantarse jamás. Los shiftas habían capturado al gran Tarzán, pero les había costado caro.

Algunos de ellos rodearon entonces a los caballos sin jinetes, mientras otros arrancaban las armas de los muertos, la munición y otros objetos de valor que los vivos codiciaban. Colocaron a Tarzán sobre una silla vacía, donde le ataron firmemente, y se destinaron cuatro hombres a conducirle a él y los caballos de los muertos hasta la aldea, acompañados de los heridos,

mientras el grupo principal de negros proseguía la búsqueda de Stabutch y Jezabel.

XXIV

LA LARGA NOCHE

EL SOL estaba alto en el cielo cuando lady Barbara, recuperada por su largo e ininterrumpido sueño, salió de su tienda en el campamento de lord Passmore. Un muchacho negro, apuesto y sonriente, corrió hacia ella.

—El desayuno pronto estará listo —le dijo—. Lord Passmore lo lamenta mucho, pero ha tenido que salir a cazar.

Ella preguntó por Lafayette Smith y el otro le dijo que acababa de despertarse, y no tardó mucho en reunirse con ella; pronto estaban desayunando juntos.

—Si Jezabel y tu amigo estuvieran aquí —dijo ella—, me sentiría muy feliz. Ruego por que Tarzán les encuentre.

—Estoy seguro de que lo hará —le aseguró Smith—, aunque sólo me preocupa Jezabel. Danny puede cuidar de sí mismo.

—¿No te parece maravilloso comer de nuevo una comida? —observó la muchacha—. ¿Sabes que hace meses que no ingería nada que se aproximara vagamente a una comida civilizada? Lord Passmore tuvo suerte al encontrar un cocinero tan bueno para su safari. Yo no tuve tanta suerte.

—¿Te has fijado en el aspecto tan espléndido que tienen todos los hombres de aquí? —preguntó Smith—. A su lado, los míos parecen peones de cuarta categoría con anquilostoma y la enfermedad del sueño.

—Hay otra cosa muy notable en ellos —dijo lady Barbara.

—¿Qué es?

—No hay entre ellos una sola pieza de ropa europea; su vestimenta es nativa, pura y simple, y si bien admitiré que no es gran cosa, les presta una dignidad que la ropa europea haría absurda.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Smith—. Me pregunto por qué no conseguí un safari así.

—Es evidente que lord Passmore es un viajero africano y cazador de larga experiencia. Ningún aficionado podría conseguir hombres como

éstos.

—Me dará rabia volver a mi campamento si me quedo aquí mucho tiempo —dijo Smith—, pero supongo que tendré que ir, y eso sugiere otra cosa desagradable del cambio.

—¿Y de qué se trata? —quiso saber la muchacha.

—No volveré a verte —dijo él con una sencilla franqueza que garantizaba la sinceridad de su lamento.

La muchacha se quedó callada un momento, como si esta sugerencia hubiera despertado un hilo de pensamiento que hasta entonces no había considerado.

—Es cierto —observó ella al fin—. No nos volveremos a ver; pero no será para siempre. Estoy segura de que irás a visitarme a Londres. ¿No es extraño lo buenos amigos que nos hemos hecho? Y sin embargo, sólo hace dos días que nos conocemos. O quizás a ti no te lo parece. Verás, hacía tanto tiempo que no veía a un ser humano de mi mundo que, cuando llegaste, fue algo así como reencontrar a un hermano perdido mucho tiempo atrás.

—Yo tengo la misma sensación —dijo él—, es como si te conociera de toda la vida, y… —vaciló—… como si en el futuro no pudiera pasar sin ti. —Enrojeció un poco al pronunciar estas últimas palabras.

La muchacha le miró con una rápida sonrisa; una sonrisa de comprensión.

—Has sido amable al decir eso —dijo—. Casi ha sonado como una declaración —añadió con una alegre y amistosa carcajada.

Él le puso una mano encima de la suya sobre la mesa.

—Acéptalo como tal —dijo—. No soy muy bueno diciendo cosas… así.

—No nos pongamos serios —rogó ella—. En realidad, apenas nos conocemos.

—Te he conocido siempre —replicó él—. Creo que fuimos amebas que estuvieron juntas antes del primer período cambriano.

—Ahora me pones en un compromiso —exclamó ella, riendo—, porque estoy segura de que allí no había carabinas. Espero que fueras una ameba como es debido. No me besaste, ¿verdad?

—Lamentablemente para mí, las amebas no tienen boca —dijo él—, pero me he aprovechado de varios millones de años de evolución sólo para remediar ese defecto.

—Seamos amebas otra vez —sugirió ella.

—No —dijo él—, porque entonces no podría decirte que… que yo… —Se interrumpió y enrojeció.

—¡Por favor, no me lo digas! —exclamó ella—. Somos muy buenos amigos, no lo estropees.

—¿Lo estropearía? —preguntó él.

—No lo sé. Tal vez. Tengo miedo.

—¿Nunca podré decírtelo? —dijo él.

—Quizás, algún día —respondió ella.

Una repentina detonación de un fuego de rifles distante les interrumpió. Los negros del campamento se pusieron alerta al instante. Muchos de ellos se levantaron de un salto y escucharon atentamente los ruidos del misterioso intercambio entre hombres armados.

El hombre y la muchacha oyeron que el jefe de porteadores hablaba con sus compañeros en algún dialecto africano. Su actitud no demostraba excitación y su tono de voz era bajo pero claro. Era evidente que estaba dando instrucciones. Los hombres acudieron enseguida a sus refugios y, un instante después, lady Barbara vio transformarse el pacífico campamento. Ahora todos los hombres estaban armados. Como por arte de magia, cada negro estaba en posesión de un moderno rifle y una bandolera de cartuchos. Se estaban poniendo tocados con plumas y aplicando pintura de guerra en la piel lustrosa.

Smith se acercó al jefe.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No lo sé, *bwana* —respondió el negro—, pero nos preparamos.

—¿Hay algún peligro? —prosiguió el blanco.

El jefe se irguió y su altura era impresionante.

—¿No estamos aquí? —preguntó.

Jezabel y *Gunner* caminaban despacio en dirección a la distante charca y la carne de jabalí escondida, siguiendo la parte inferior de una inclinación que constituía la boca de un pequeño cañón que conducía a las colinas.

Estaban rígidos y muy cansados, y a *Gunner* le dolía la herida de la cabeza; pero, no obstante, estaban contentos mientras, cogidos de la mano, arrastraban sus pies agotados hacia el agua y la comida.

—Caramba, nena —dijo Danny—, es un mundo curioso. Piensa: si no hubiera conocido al viejo Smithy a bordo de aquel barco, tú y yo jamás nos habríamos encontrado. Todo empezó allí —pero Danny no sabía nada de

Angusto el Efesio.

—Tengo guardados algunos de los grandes, nena, y cuando salgamos de este lío iremos a un sitio donde nadie me conozca y empezaré de nuevo. Compraré un garaje o una gasolinera y tendremos un pisito. Caramba, será estupendo enseñarte cosas. ¡No sabes cuántas cosas no has visto nunca: cines, ferrocarriles y barcos! ¡Caramba! No has visto nada y nadie te enseñará nada, sólo yo.

—Sí, Danny —dijo Jezabel—, será estupendo —y le dio un apretón en la mano.

En aquel momento les sobresaltó el ruido de fuego de rifle que oyeron delante de ellos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jezabel.

—Ha parecido la matanza de san Valentín —dijo Danny—, pero supongo que son los tipos duros de la aldea. Será mejor que nos escondamos, nena. —La arrastró hacia unos arbustos bajos y allí se tumbaron, escuchando los gritos y disparos que les llegaban desde donde Tarzán peleaba por su vida y libertad con la probabilidad de uno a cien en su contra.

Al cabo de un rato el estruendo cesó y, un poco más tarde, los dos oyeron el ruido de muchos cascos de caballo al galope. El ruido aumentó de volumen a medida que se acercaba, y Danny y Jezabel intentaron encogerse todo lo que pudieron bajo el pequeño arbusto en el que se escondían de forma tan inadecuada.

Los shiftas cruzaron a todo galope la hondanada que quedaba justo sobre ellos, y habían pasado todos salvo unos cuantos cuando uno de los rezagados les descubrió. Su grito, que atrajo la atención de otros, llegó hasta el que ahora era líder y, a continuación, la banda entera dio media vuelta para ver lo que su compañero había descubierto.

¡Pobre *Gunner* ! ¡Pobre Jezabel! Su felicidad había sido breve. Su captura fue efectuada con humillante facilidad. Agotados, pronto se hallaron camino de la aldea escoltados por dos rufianes negros.

Con las manos y los pies atados, fueron arrojados a la choza que antes ocupara Capietro, y les dejaron, sin comida ni bebida, sobre el montón de alfombras y ropa sucia que cubría el suelo.

Junto a ellos yacía el cadáver del italiano, al cual sus seguidores, en su prisa por dar alcance a su asesino, no habían tenido tiempo de sacar. Estaba de espaldas, con los ojos fijos.

Nunca en su vida Danny Patrick se había sentido tan desalentado, por la misma razón, quizá, por la que jamás se había sentido tan animado como durante el breve interludio de felicidad de que había gozado al reunirse de nuevo con Jezabel. Ahora no veía esperanza alguna, pues, con los dos hombres blancos eliminados, temía que ni siquiera fuera capaz de regatear con aquellos negros ignorantes por el rescate que de buena gana pagaría para liberar a Jezabel y a sí mismo.

—Allá van el garaje, la gasolinera y el piso —dijo con tristeza.

—¿Dónde? —preguntó Jezabel.

—No podré tenerlos —explicó Danny.

—Pero estás aquí conmigo —dijo la muchacha de la cabellera dorada —, y no me importa nada más.

—Qué bien, nena; pero no te seré de mucha ayuda, atado así, como un regalo de Navidad. Han elegido una cama dura para mí, parece que esté tumbado sobre una cocina. —Rodó de lado para acercarse a Jezabel—. Así está mejor —dijo—, pero me pregunto qué era esa cosa en la que me había sentado.

—Quizá venga tu amigo y nos salve —sugirió Jezabel.

—¿Quién, Smith? ¿Con qué nos salvaría, con aquella pistola de juguete?

—Estaba pensando en el otro del que me has hablado.

—¡Ah, ese Tarzán! Digo, nena, si supiera que estamos aquí, entraría y apartaría a todos esos negros inútiles con una mano y los arrojaría a todos por encima de la valla. Caramba, ojalá estuviera aquí. Es un gran tipo, y lo digo en serio.

En una choza en la linde de la aldea estaba la respuesta al deseo de *Gunner* , atado de pies y manos, igual que *Gunner* , y, al parecer, igualmente indefenso. El hombre mono no paraba de estirar y retorcer las correas que le limitaban el movimiento de las muñecas.

Transcurrió el largo día y el gigante cautivo no cesó en sus esfuerzos por escapar; las correas estaban atadas con fuerza, aunque poco a poco notaba que se estaban aflojando.

Hacia media tarde el nuevo líder regresó con el grupo que había estado buscando a Stabutch. No le habían encontrado, pero habían localizado el campamento de lord Passmore, y ahora los shiftas discutían los planes para atacarlo al día siguiente.

No se habían acercado lo suficiente para advertir el número de nativos

armados que lo defendía, pero habían vislumbrado a Smith y a lady Barbara; y, como estaban seguros de que no eran más que dos blancos, vacilaron poco en intentar el ataque, ya que planeaban regresar a Abisinia pronto.

—Mataremos al hombre blanco que tenemos ahora —dijo el jefe— y nos llevaremos a las dos muchachas y a Tarzán. Por Tarzán obtendremos un buen rescate y por las chicas un buen precio.

—¿Por qué no nos quedamos las mujeres para nosotros? —sugirió otro.

—Las venderemos —declaró el líder.

—¿Quién eres para decir lo que haremos? —preguntó el otro—. No eres el jefe.

—No —gruñó un villano que estaba en cuclillas al lado del primer objetor.

El que quería ser jefe saltó como un felino sobre el que había hablado primero, antes de que éste se diera cuenta de sus intenciones. Por un instante, relució una espada a la luz de la fogata recién encendida, y el arma y cayó con fuerza sobre el cráneo de la víctima.

—¿Quién soy? —preguntó el asesino, mientras limpiaba la hoja ensangrentada en la prenda que vestía el hombre asesinado—. ¡Soy el jefe! —Miró los rostros ceñudos que le rodeaban—. ¿Alguien dice que no soy el jefe? —No hubo respuesta. Ntale era jefe de la banda de shiftas.

En el oscuro interior de la cabaña donde había yacido, atado, durante todo el día sin comer ni beber, el hombre mono tiró y tironeó hasta que su cuerpo estuvo bañado en sudor, pero no fue en vano. Poco a poco una mano se deslizó por la correa y Tarzán se vio libre. O, al menos, sus manos lo estaban y tardaron un momento en aflojar las ataduras de los tobillos.

Lanzando un rugido bajo, inaudible, se puso en pie y se acercó a la puerta. Ante él se extendía el recinto de la aldea. Vio a los shiftas en cuclillas mientras los esclavos preparaban la comida de la noche. Cerca se encontraba la empalizada. Le verían si se dirigía hacia allí, pero ¿qué importaba?

Estaría fuera antes de que ellos recuperaran el aliento. Quizá dispararían algunos tiros, pero, bueno, ¿no le habían disparado aquella mañana muchos tiros y ninguno le había alcanzado?

Salió al exterior y, en el mismo instante, un fornido negro salió de la choza de al lado y le vio. Lanzando un grito de aviso a sus compañeros, el hombre saltó sobre el prisionero fugitivo. Los que estaban junto a las

fogatas se levantaron y se acercaron corriendo.

Dentro de su prisión, Jezabel y Danny oyeron el revuelo y se preguntaron qué ocurría.

El hombre mono agarró al negro que le había detenido, le dio la vuelta para formar un escudo con él y se encaminó a la empalizada.

—Quedaos donde estáis —gritó a los shiftas que se acercaban en su dialecto—. Quedaos donde estáis o mataré a este hombre.

—Que le mate —gruñó Ntale—. No vale el rescate que perdemos —y con un grito de aliento a sus seguidores se precipitó hacia delante para interceptar al hombre mono.

Tarzán ya se hallaba cerca de la empalizada cuando Ntale atacó. Levantó al negro que forcejaba por encima de su cabeza y lo arrojó al jefe, y cuando los dos caían él dio media vuelta y corrió hacia la empalizada.

Igual que Manu, el mono, trepó por la elevada barrera. Unos cuantos tiros le siguieron, pero él cayó al suelo al otro lado sin un rasguño y desapareció en la creciente oscuridad de la noche que avanzaba.

La larga noche de su cautiverio siguió transcurriendo y *Gunner* y Jezabel yacían tal como les habían dejado, sin comer ni beber, mientras el silencioso cuerpo de Capietro miraba fijamente el techo.

—Yo no trataría a nadie así —dijo *Gunner*—. Ni siquiera a una rata.

Jezabel se incorporó y se apoyó en un codo.

—¿Por qué no lo intentamos? —susurró.

—¿El qué? —preguntó Danny—. Intentaría cualquier cosa.

—Lo que has dicho de una rata me ha hecho pensar en ello —dijo Jezabel—. En la tierra de Midia tenemos muchas ratas. A veces las cogemos; son muy buenas para comer. Hacemos trampas, pero si no matamos a las ratas nada más cogerlas, se liberan royendo las cuerdas con que las atrapamos.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Danny—. No tenemos ratas, y si las tuviéramos, bueno, no digo que no me las comiera, nena, pero no veo qué tiene que ver con el lío en que estamos metidos.

—Nosotros somos como ratas; ¡podemos liberarnos royendo!

—Bueno, nena —dijo Danny—, si quieres abrirte camino royendo la pared de esta choza, adelante; pero si tengo oportunidad, yo saldré por la puerta.

—No lo entiendes, Danny —insistió Jezabel—. Eres un tipo que no sabe hablar. Quiero decir que puedo roer las cuerdas que atan tus muñecas.

¡Caramba, nena! —exclamó Danny—. Yo que me creía listo. Sin duda tienes mollera, y lo digo en serio.

—Ojalá te entendiera, Danny —dijo Jezabel—, y ojalá me dejaras intentar roer las cuerdas de tu muñeca. ¿No entiendes lo que digo?

—Claro, nena, pero roeré yo; tengo la mandíbula más fuerte. Date la vuelta y pondré manos a la obra. Cuando estés libre, me desatarás a mí.

Jezabel se puso sobre el estómago y Danny se retorció para ponerse en una posición que le permitiera llegar a las correas de las muñecas de Jezabel con los dientes. Se puso a trabajar con tesón, pero pronto fue evidente que la tarea sería mucho más dificil de lo que había previsto.

También descubrió que estaba muy débil y pronto se cansó; pero, aunque a menudo se veía obligado a pararse por puro agotamiento, no cedió. Una vez, cuando se paró a descansar, besó las manitas que intentaba liberar. Fue un beso suave y reverente, muy poco propio de *Gunner* ; pero el amor es una extraña fuerza y cuando despierta en el pecho de un hombre a causa de una mujer limpia y virtuosa, siempre le vuelve un poco tierno y un poco mejor.

El amanecer estaba disipando la oscuridad del interior de la choza y *Gunner* seguía royendo las correas, que parecía que no iban a romperse nunca. Capietro vacía mirando el techo, sus ojos muertos vueltos hacia arriba, tal como había yacido durante las largas horas de la noche, sin ver.

Los shiftas bullían en la aldea, pues iba a ser un día ajetreado. Los esclavos preparaban los fardos de equipo de campamento y del botín que iban a llevarse hacia el norte. Los guerreros se apresuraban a desayunar para ocuparse de sus armas y su caballo antes de salir en su último ataque desde aquel poblado contra el campamento del cazador inglés.

Ntale, el jefe, comía junto a la fogata de su esposa favorita.

—Date prisa, mujer —dijo—. Tengo trabajo que hacer antes de partir.

—Ahora eres jefe —le recordó ella—. Que hagan el trabajo los demás.

—Esto lo tengo que hacer yo —replicó el hombre negro.

—¿Qué es tan importante para que deba apresurarme en preparar la comida de la mañana? —preguntó ella.

—Tengo que matar al hombre blanco y preparar a la muchacha para el viaje —respondió él—. Ten lista comida para ella. Ha de comer o morirá.

—Déjala que muera —dijo la mujer—. No la quiero cerca. Mátalos a los dos.

—¡Cierra la boca! —espetó el hombre—. El único jefe soy yo.

—Si no la matas, lo haré yo —dijo la mujer—. No cocinaré para ninguna zorra blanca. El hombre se puso de pie.

—Voy a matar al hombre —dijo—. Ten el desayuno preparado para la muchacha cuando vuelva con ella.

XXV

LOS WAZIRIS

¡YA ESTÁ! —jadeó *Gunner* .

—¡Estoy libre! —exclamó Jezabel.

—Yo tengo la mandíbula hecha polvo —dijo Danny.

Rápidamente, Jezabel se dio la vuelta y se ocupó de las cuerdas que ataban las muñecas de *Gunner* antes de liberarse los tobillos. Tenía los dedos entumecidos, pues las cuerdas le habían cortado parcialmente la circulación de las manos, y trabajó con lentitud. A los dos les parecía que jamás terminaría. Si hubieran sabido que Ntale ya se había levantado de la fogata del desayuno con el anuncio de que iba a matar a *Gunner* , se habrían puesto frenéticos; pero no lo sabían y quizá fue mejor, ya que a los otros inconvenientes de Jezabel no se sumó la tensión nerviosa que sin duda habría acompañado al conocimiento de la verdad.

Pero por fin las manos de *Gunner* estuvieron libres, y entonces los dos se pusieron a trabajar con las cuerdas que les ataban los tobillos, las cuales estaban menos tensas.

Por fin *Gunner* se puso en pie.

—Lo primero que haré —dijo— será descubrir sobre qué me tumbé anoche. Me pareció algo conocido, y, si tengo razón… ¡caramba!

Revolvió entre los sucios harapos del fondo de la choza y, un momento después, se irguió con una ametralladora Thompson en una mano y su revólver, cinturón y funda en la otra, con una sonrisa en el rostro.

—Es el primer respiro que tengo en mucho tiempo —dijo—. Ahora todo irá bien, hermana.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Jezabel.

—Son la otra mitad de *Gunner* Patrick —respondió Danny—. Ahora, ¡que vengan esas sucias ratas!

Mientras hablaba, Ntale, el jefe, apartó la manta que servía de puerta y miró dentro de la choza. El interior estaba bastante oscuro y, en un primer

momento, no distinguió las figuras de la muchacha y el hombre de pie al fondo; pero él tenía la silueta recortada sobre un fondo de luz de la mañana que le iluminaba por detrás, con lo que era claramente visible para su pretendida víctima, y Danny vio que el hombre llevaba una pistola a punto en la mano.

Gunner ya se había puesto su cinturón. Se pasó la ametralladora a la mano izquierda y sacó el revólver de su funda. Hizo estas cosas rápidamente y en silencio. Tan rápido que, cuando disparó, Ntale no se había dado cuenta de que sus prisioneros se habían librado de sus ataduras, cosa que nunca llegó a saber, ya que, sin duda, nunca oyó el disparo del arma que le había matado.

La detonación del revólver de *Gunner* fue ahogada por unos gritos y un disparo de un centinela apostado en la entrada de la aldea, a quien el día recién llegado había revelado una fuerza hostil que se acercaba sigilosamente al poblado.

Cuando Danny Patrick pasó por encima del cuerpo muerto del jefe y salió a la aldea, comprendió que algo había ocurrido. Vio a hombres corriendo a toda prisa hacia las puertas del poblado y subiéndose a la banqueta. Oyó una andanada de disparos que impacto en la empalizada, astillando la madera y atravesándola, lo que hizo que la aldea se llenara de los gritos de terror de la turba asediada.

Su conocimiento de estas cosas le dijo que sólo los rifles de gran potencia podían horadar con sus balas la pesada madera de la empalizada. Vio a los shiftas sobre la banqueta devolviendo el fuego con sus anticuados mosquetes. Vio a los esclavos y prisioneros esconderse en un rincón del poblado al que llegaba menos que a otras partes el fuego de los atacantes.

Se preguntó quiénes podían ser los enemigos de los shiftas y la experiencia le sugería sólo dos posibilidades: o una banda rival o la policía.

—Jamás creí que lo vería, nena —dijo.

—¿El qué, Danny?

—Me desagrada decirte lo que he estado esperando —admitió.

—Dímelo, Danny. No me enfadaré.

—Esperaba que los tipos de ahí fueran polis. ¡Imagínatelo, nena! ¡Yo, *Gunner* Patrick, el pistolero, esperando que viniera la policía!

—¿Qué son los «polis», Danny?

—La ley, nena. Caramba, ¿por qué haces tantas preguntas? Los polis son polis. Y te diré por qué espero que sean ellos. Si no son polis es una

banda rival, y ya tenemos suficiente con estos tipos.

Salió a la calle del poblado.

—Bueno —dijo—, ahí va Danny Patrick mezclándose con la poli. Quédate aquí, nena, y túmbate para que las balas no te encuentren; mientras, yo saldré y abriré paso.

Ante la puerta del poblado había una gran multitud de shiftas disparando por unas aberturas al enemigo. *Gunner* se arrodilló y se llevó la ametralladora al hombro. Se oyó una ráfaga y doce shiftas cayeron, muertos o gritando, al suelo.

Los otros se volvieron y, al ver a *Gunner* , comprendieron que estaban entre dos fuegos, pues recordaron la reciente ocasión en que habían presenciado los efectos mortales de aquella arma aterradora.

Gunner distinguió a Ogonyo entre los prisioneros y esclavos que se agolpaban no lejos de donde él se encontraba, y verle le sugirió una idea.

—¡Eh, tú, grandullón! —Hizo señas a Ogonyo—. ¡Ven aquí! Trae a todos esos tipos. Diles que cojan cualquier cosa con la que puedan pelear si quieren escapar.

Si Ogonyo entendió o no algo de lo que *Gunner* dijo no se sabe, pero pareció comprender la idea general y, entonces, todos los prisioneros y esclavos, excepto las mujeres, se colocaron detrás de Danny.

Los disparos de la fuerza atacante habían menguado un poco desde que el arma de Danny había hablado, como si el jefe del otro grupo hubiera reconocido su voz y supusiera que había prisioneros blancos en la aldea amenazados por su fuego de rifle. Sólo un disparo ocasional, dirigido a algún objetivo específico, llegó a la aldea.

Los shiftas habían recuperado su compostura hasta cierto punto y estaban preparando sus caballos y montando, con la evidente intención de efectuar una huida. No tenían líder y estaban confusos, y media docena de ellos gritaban consejos e instrucciones al mismo tiempo.

En ese momento, Danny avanzó sobre ellos con su horda armada con palos y piedras, un ocasional cuchillo y algunas espadas robadas apresuradamente de las chozas de sus captores. Mientras los shiftas empezaban a darse cuenta de que estaban seriamente amenazados por la retaguardia, *Gunner* abrió fuego sobre ellos por segunda vez, y la confusión que siguió en la aldea dio a los atacantes de dentro y de fuera una nueva ventaja.

Los shiftas pelearon entre ellos por los caballos, que ahora corrían en

estampida por la aldea, aterrorizados, y cuando algunos de ellos lograron montar, se alejaron cabalgando, derribando a los que se habían quedado para defenderse. Abrieron las grandes puertas por la fuerza y, cuando salieron precipitadamente de la aldea, fueron recibidos por un grupo de guerreros negros, sobre cuyas cabezas oscilaban blancas plumas y en cuyas manos había modernos rifles de gran potencia.

La fuerza atacante había permanecido parcialmente oculta tras una montaña baja, y cuando se levantó para recibir a los shiftas que huían, el salvaje grito de guerra de los waziris resonó por encima del tumulto de la batalla.

El primero en llegar a las puertas fue Tarzán, jefe de guerra de los waziri, y mientras Muviro y un pequeño destacamento daban cuenta de todos salvo de unos cuantos de los jinetes que habían logrado salir de la aldea, el hombre mono, con los restantes waziri, atacó al desmoralizado resto de la banda de Capietro que permanecía en el interior de la empalizada.

Rodeados de enemigos, los shiftas arrojaron sus rifles y suplicaron clemencia, y pronto fueron reunidos en un rincón del poblado bajo la vigilancia de un destacamento de waziris.

Cuando Tarzán saludó a *Gunner* y a Jezabel, expresó su alivio por encontrarlos ilesos.

—Has llegado en el momento oportuno —le dijo Danny—. Esta vieja ametralladora se traga la munición como si nada, y la última ráfaga casi ha vaciado el tambor; pero, digo, ¿quiénes son tus amigos? ¿De dónde has sacado esa banda?

—Son mi gente —respondió Tarzán.

—¡Vaya pandilla! —exclamó *Gunner* con admiración—, pero, digo, ¿sabes algo del viejo Smithy?

—Está a salvo en mi campamento.

—¿Y Barbara? —preguntó Jezabel—, ¿dónde está?

—Está con Smith —respondió Tarzán—. Les veréis dentro de unas horas. Echaremos a andar en cuanto me haya ocupado de esta gente. —Se alejó y empezó a hacer preguntas entre los prisioneros de los shiftas.

—¿No es hermoso? —exclamó Jezabel.

—Eh, hermana, basta ya de «hermoso» —advirtió *Gunner*—. Y a partir de ahora, recuerda que yo soy el único tipo «hermoso» que conoces, tenga yo la jeta que tenga.

Rápidamente Tarzán separó a los prisioneros según sus tribus y aldeas, nombró un jefe que les condujera de nuevo a sus hogares e impartió instrucciones mientras explicaba sus planes.

Las armas, la munición, el botín y las pertenencias de los shiftas se repartieron entre los prisioneros, después de que los waziris hubieran recibido permiso para seleccionar los rifles que desearan. Los shiftas capturados fueron puestos a cargo de un gran grupo de gallas con órdenes de devolverlos a Abisinia y entregarlos al ras más próximo.

—¿Por qué no los colgamos aquí? —preguntó el jefe galla—. Nos ahorraríamos la comida que comerían en la larga marcha de regreso a nuestro país, además de que nos evitaríamos muchos problemas y preocupaciones por tener que vigilarlos; porque el ras sin duda los hará colgar.

—Llévatelos como te digo —replicó Tarzán—. Pero si te causan problemas, haz con ellos lo que te parezca conveniente.

Tardaron poco más de una hora en evacuar el poblado. Se recuperaron todos los fardos de Smith, incluida la preciosa munición de Danny y tambores extra para su amada Thompson; y estas cosas fueron asignadas a los porteadores de Smith, que una vez más se hallaban reunidos bajo las órdenes de Ogonyo.

Cuando el poblado estuvo vacío, se le prendió fuego en una docena de puntos; y, cuando el humo negro se elevaba hacia el cielo azul, los diversos grupos tomaron sus respectivos caminos y se alejaron del lugar de su cautiverio, pero no antes de que varios jefes se hubieran acercado y arrodillado ante el Señor de la Jungla y le hubieran agradecido la devolución de su gente.

XXVI

SE ATA EL ÚLTIMO NUDO

LAFAYETTE SMITH y lady Barbara habían sido testigos extasiados de la súbita transformación de la pacífica escena desarrollada en el campamento de lord Passmore. Todo el día los guerreros habían permanecido preparados, como si esperaran una orden; y cuando llegó la noche, seguían esperando.

Su inquietud era evidente, y no había cantos ni risas en el campamento como antes. Lo último que vieron los dos blancos, cuando se retiraban para pasar la noche, fueron los pequeños grupos de guerreros emplumados sentados en cuclillas junto a sus fogatas, con los rifles a punto; y estaban dormidos cuando llegó la orden y los luchadores negros penetraron en silencio en las oscuras sombras de la jungla, dejando sólo a cuatro de ellos para vigilar el campamento y proteger a los dos invitados.

Cuando lady Barbara salió de su tienda por la mañana, se quedó asombrada al encontrar el campamento desierto. El muchacho que había actuado como criado personal y cocinero de ella y Smith estaba allí, junto a otros tres negros.

Todos iban armados constantemente, pero su actitud hacia ella no había cambiado, y la muchacha sentía sólo una curiosidad relativa respecto a las otras condiciones que habían variado, tan evidentes a primera vista, pero ningún temor.

Cuando Smith se reunió con ella unos minutos más tarde, se quedó igualmente atónito y no comprendió la extraña metamorfosis que había convertido a los alegres y bromistas porteadores y askaris en guerreros pintados y les había hecho perderse con la noche de forma tan subrepticia, ni pudieron arrancar la más mínima información al muchacho que, aunque seguía mostrándose cortés y sonriente, parecía, por algún extraño truco del Destino, haber olvidado de repente su dominio del inglés que había exhibido con evidente orgullo el día anterior.

El largo día transcurrió despacio hasta media tarde sin que se produjeran señales de cambio alguno. Ni lord Passmore ni los negros que se habían ido regresaron, y el enigma era tan desconcertante como antes. Sin embargo, los dos blancos parecían encontrar mucho placer en la compañía del otro; y por eso, quizás, el día transcurrió más rápidamente para ellos que para los cuatro negros, que esperaban y escuchaban mientras iban pasando las calurosas y soñolientas horas.

Pero, de pronto, se produjo un cambio. Lady Barbara vio que su muchacho se levantaba y se quedaba en actitud de atenta expectación.

—¡Ya vienen! —dijo, en su lengua, a sus compañeros. Entonces todos se pusieron en pie y, aunque esperaban sólo a amigos, prepararon sus rifles para el enemigo.

Poco a poco el ruido de voces y de hombres que marchaban se hizo claramente audible a los oídos no entrenados de los dos blancos, y un poco más tarde vieron la cabeza de una columna que avanzaba por el bosque hacia ellos.

—¡Vaya, ahí está *Gunner* ! —exclamó Lafayette Smith—. Y también Jezabel. Qué extraño que estén juntos.

—¡Con Tarzán de los Monos! —exclamó lady Barbara—. Él los ha salvado.

Una lenta sonrisa asomó a los labios del hombre mono cuando presenció el reencuentro de lady Barbara y Jezabel y el de Smith y *Gunner* ; y se ensanchó un poco cuando, después de los primeros saludos y explicaciones, lady Barbara dijo:

—Es una pena que nuestro anfitrión, lord Passmore, no esté aquí.

—Sí está —dijo el hombre mono.

—¿Dónde? —preguntó Lafayette Smith, mirando alrededor.

—Yo soy lord Passmore —dijo Tarzán.

—¿Tú? —exclamó lady Barbara.

—Sí. Adopté este papel cuando vine al norte a investigar los rumores que había oído sobre Capietro y su banda, creyendo que así no sospecharían, pero también esperaba que intentaran atacar y saquear mi safari como habían hecho con otros.

Caramba —dijo *Gunner*—. ¡Qué susto se habrían llevado!

—Por eso nunca veíamos a lord Passmore —dijo lady Barbara riendo —. Creía que era un anfitrión muy esquivo.

—La primera noche que os dejé aquí —explicó Tarzán—, entré en la

jungla hasta que estuve fuera de la vista, y después regresé desde otra dirección y entré en mi tienda por detrás. Dormí allí toda la noche. A la mañana siguiente, temprano, me marché en busca de vuestros amigos y fui capturado. Pero todo ha terminado bien, y, si no tenéis otros planes inmediatos, espero que me acompañéis de regreso a mi hogar y os quedéis un tiempo como invitados hasta que os recuperéis de las duras experiencias que África os ha deparado. O, quizás —añadió—, el profesor Smith y su amigo deseen continuar sus investigaciones geológicas.

—Yo, bueno, verás —balbuceó Lafayette Smith—, he decidido abandonar mi trabajo en África y dedicar mi vida a la geología de Inglaterra. Nosotros, esto… verás, lady Barbara…

—Voy a llevármelo a Inglaterra y le enseñaré a disparar antes de dejarle volver a África. Pero es posible que más adelante volvamos.

—Y tú, Patrick —preguntó Tarzán—, ¿te quedas a cazar, quizá?

—Nanay, señor —dijo Danny con ímpetu—. Nosotros nos vamos a California y compraremos un garaje y una gasolinera.

—¿Nosotros? —preguntó lady Barbara.

—Claro —explicó *Gunner*—, yo y Jez.

—¿De veras? —exclamó lady Barbara—. ¿Habla en serio, Jezabel?

—Sí, nena, ¿no es bárbaro? —respondió la muchacha de la cabellera dorada.

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

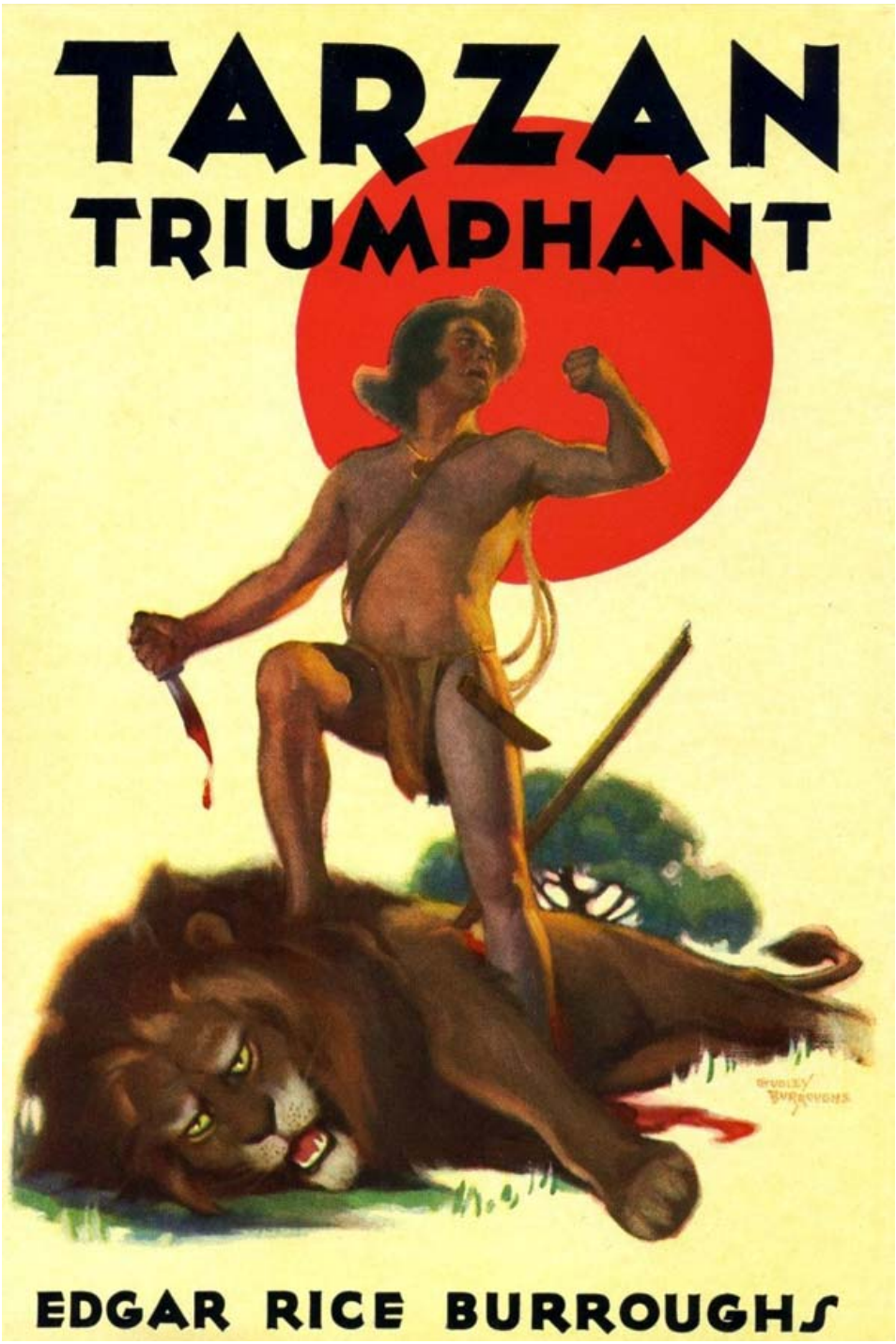
de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Burroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.

Cubierta original edición *pulp* EE.UU., 1931, Laurence Herndon.

TARZAN TRIUMPHANT



EDGAR RICE BURROUGHS

Cubierta original 1.ª edición EE.UU., 1932, Studley Burroughs

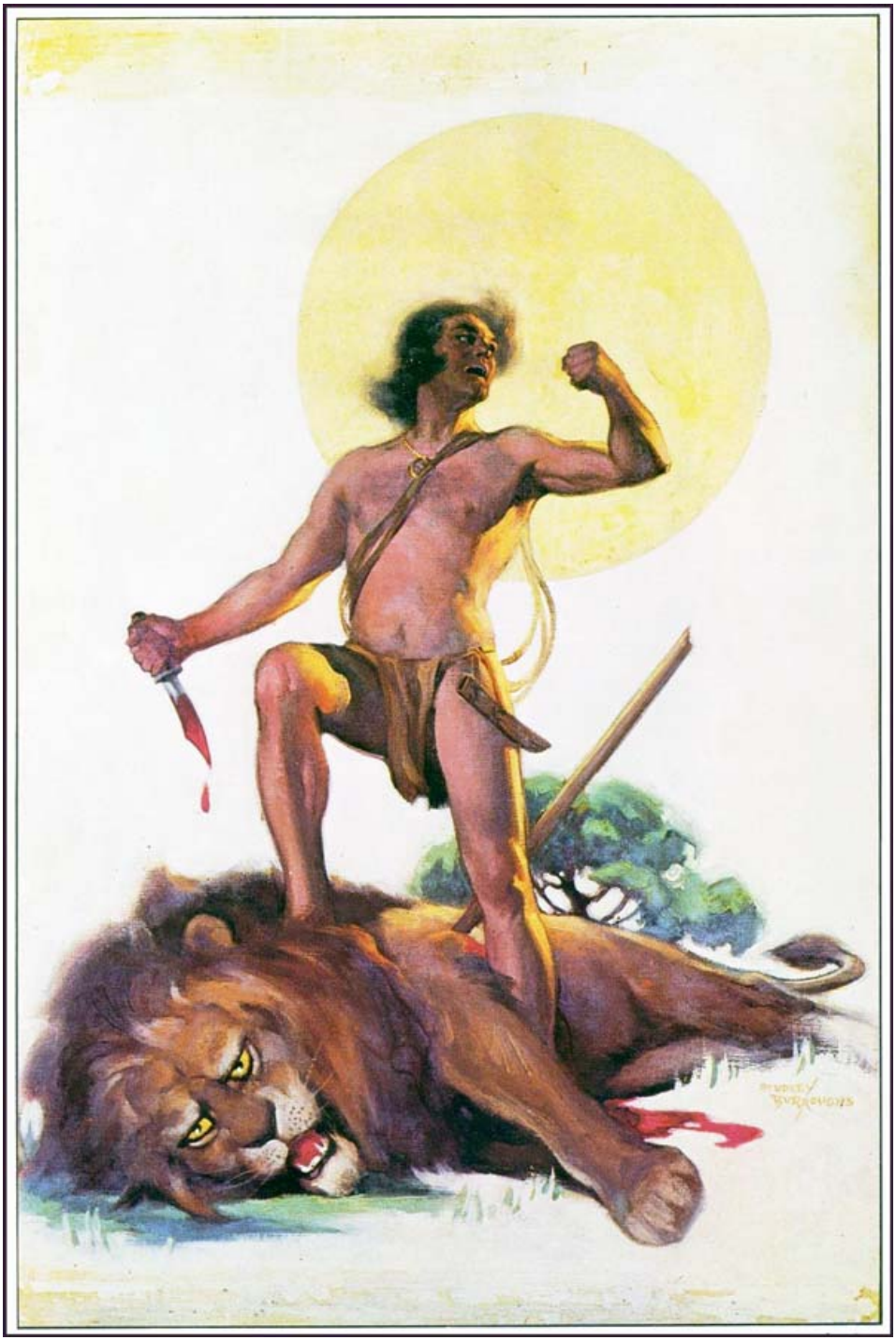


Ilustración original portada de Studley Burroughs.